

TEXTOS FUNDACIONALES DE AMÉRICA IX: EL NUEVO OCCIDENTE; DE LA ÉPICA A LA UTOPIA Y A LA HISTORIA DEL MAR DEL SUR

Por *Stelio Cro*

I. LA ÉPICA DE LA RECONQUISTA EN EL MAR DEL SUR: INTRODUCCIÓN

En su *Historia de la conquista del Perú*, William Prescott ha sugerido que la composición de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, se concibió originalmente para corregir los errores que los historiadores españoles iban acumulando sobre la historia de esa magna hazaña. En un apéndice dedicado a trazar sumariamente la biografía del historiador más importante de esa conquista, Prescott había observado:

Of all the writers on ancient Peruvian history, no one has acquired so wide celebrity, or been so largely referred to by later compilers, as the Inca Garcilasso (sic) de la Vega. He was born in Cuzco,¹ in 1540, and was a mestizo, that is, of mixed descent, his father being European and his mother Indian. His father, Garcilasso de la Vega, was one of that illustrious family whose achievements, both in arms and letters, shed such lustre over the proudest period of the Castilian annals (...). The young Garcilasso listened greedily to the stories which recounted the magnificence and prowess of his royal ancestors, and, though he made no use of them at the time, they sank deep into his memory, to be treasured up for a future occasion. When he prepared, after the lapse of many years, in his retirement of Cordova, to compose the history of his country, he wrote to his old companions and schoolfellows of the Inca family, to obtain fuller information than he could get in Spain on various matters of historical interest. He had witnessed in his youth the ancient ceremonies and usages of his countrymen, understood the science of their quipus, and mastered many of their primitive traditions. With the assistance

¹ La grafía moderna admite Cusco.

he now obtained from his Peruvian kindred, he acquired a familiarity with the history of the great Inca race, and of their national institutions, to an extent that no person could have possessed unless educated in the midst of them, speaking the same language, and with the same Indian blood flowing in his veins. Garcilasso, in short, was the representative of the conquered race; and we might expect to find the light and shadows of the picture disposed under his pencil so as to produce an effect very different from that which they had hitherto exhibited under the hands of the Conquerors (...). The difference between reading his commentaries and the accounts of European writers is the difference that exists between reading a work in the original and in a bald translation. Garcilasso's writings are an emanation from the Indian mind.² [De todos los autores que escribieron sobre la historia del Perú antiguo, nadie ha obtenido la fama o gozado de citas más frecuentes por parte de historiadores posteriores a él, que el Inca Garcilaso de la Vega. Nació en Cuzco en 1540 y era un mestizo, eso es, de descendencia mixta, pues su padre era europeo y su madre india. Su padre, Garcilaso de la Vega, pertenecía a esa familia ilustre que logró, tanto en las armas como en las letras, ennoblecer el período de más esplendor de los anales de Castilla (...). El joven Garcilaso escuchó ensimismado los relatos que recordaban la magnificencia y el poder de sus antepasados Incas (por parte de su madre, la Princesa Chimpu Oclo) de sangre real. A pesar que no los utilizó por el momento, esos recuerdos le quedaron impresos en la memoria, listos para su empleo en el futuro. Cuando, después de muchos años, se dispuso a escribir la historia de su país, en su residencia cordobesa, en España, decidió escribir a sus antiguos compañeros de escuela que pertenecían a su familia Inca, para obtener más informaciones de las que podría haber obtenido en España, sobre acontecimientos históricos de interés. En su juventud había presenciado las ceremonias y las costumbres antiguas de sus connacionales, había aprendido el significado científico de los quipus y se había familiarizado con muchas de sus tradiciones primitivas. Con la ayuda de sus parientes peruanos se enteró de la historia de la famosa estirpe de los Incas y de sus instituciones hasta tal punto que nadie hubiera podido igualarle a menos que no se hubiese educado con ellos, que supiese su lengua y sintiese en sus venas correr la sangre india. En suma, Garcilaso era el representante de la raza conquistada. Y no nos debemos asombrar que las luces y sombras descritas por su pluma representen un cuadro muy distinto del que podemos contemplar al mirar el que pintaron los conquistadores (...). La diferencia entre leer los comentarios y el relato de los escritores europeos es la diferencia que experimentamos entre leer un trabajo original y su traducción apresurada. La obra de Garcilaso es la emanación del alma india].

Estamos de acuerdo con esta evaluación sobre la sinceridad y la riqueza de los *Comentario Reales* de Garcilaso. Lo que Prescott representa como obra histórica es en realidad, como el mismo ilustre historiador reconoce, obra de arte, alimentada y enriquecida por la imaginación del artista:

² Véase William H. Prescott, *History of the Conquest of Peru*, Ed. Wilfred Harold Munro, Philadelphia and London, J. B. Lippincott Company, 1904, Tomo I, págs . 309-312. Referencias con la abreviación *Prescott*, seguida del tomo y la página entre paréntesis.

Garcilasso, therefore, wrote to effect a particular object. He stood forth as counsel for his unfortunate countrymen, pleading the cause of that degraded race before the tribunal of posterity. The exaggerated tone of panegyric consequent on this become apparent in every page of his work. He pictures forth a state of society such as an Utopian philosopher would hardly venture to depict. His royal ancestors became the types of every imaginary excellence, and the golden age is revived for a nation which, while the war of proselytism is raging on its borders, enjoys within all the blessings of tranquillity and peace. Even the material splendors of the monarchy, sufficiently great in this land of gold, become heightened, under the glowing imagination of the Inca chronicler, into the gorgeous illusions of a fairy-tale (*Prescott*, I, p. 312). [En conclusión, Garcilaso escribió con una finalidad precisa. Se sintió como el abogado de sus connacionales malogrados, defendiendo ante el tribunal de la posteridad, las razones de una raza decaída. A cada página podemos ver, como su resultado, la exageración del tono del panegirista. Describe la época de una sociedad como ni siquiera un filósofo utopista se hubiese atrevido a hacerlo. Sus antepasados de sangre real adquieren todas las virtudes que se pueden imaginar y esa edad dorada se recrea para un pueblo que goza de las ventajas de una tranquilidad y una paz celestial, mientras la guerra para su conversión ha abrasado sus confines. Hasta las riquezas materiales de la monarquía, obviamente grandes en esta tierra del oro, se exageran en la mente exaltada del cronista Inca, hasta alcanzar las ilusiones esplendorosas de un cuento de hadas].

El reconocimiento de Prescott que subraya el talento artístico de Garcilaso, no menciona la necesidad de la fidelidad a la historia.³ Se aceptan así cualidades y defectos de esta obra de arte, sin una comparación con las condiciones que la historia nos exige: la objetividad y el reconocimiento de las raíces de la conquista. Garcilaso demostró gran erudición y talento artístico, lo que le permitió crear una obra imperecedera. Los españoles que llegaron a la tierra firme con Cortés en 1519, y los que los precedieron en 1517 con Francisco Hernández de Córdoba y en 1518 con Juan de Grijalva, se identificaban con sus antepasados que habían luchado en la Reconquista, como nos recuerda Bernal Díaz del Castillo en su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*: “Y se me alegra el corazón

³ En los textos transcritos de los cronistas del Perú, como Jérez, Cieza de León y Zárate he aportado pocas modificaciones, todas necesarias para adaptar el texto a la fonética moderna del español, como en el caso de la acentuación, o de la simplificación del grupo consonántico *sc* en *c*, como en las palabras *crescer*>*crecer*, *nascere*>*nacer*, etc.; he dejado las contracciones *deste*, *dellos*, *dél*, etc, por ser frecuentes y de fácil comprensión. Las referencias a estas obras se han hecho según un criterio de abreviación del título, como, por ejemplo, para las tres primeras obras analizadas, las de Jérez, Cieza y Zárate: la *Verdadera Relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla*, de Francisco de Jérez, se ha abreviado en el texto como *Relación*; la *Crónica del Perú* de Pedro de Cieza de León se ha abreviado en el texto como *Crónica*; la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* de Agustín de Zárate se ha abreviado en el texto como *Historia*. A estas abreviaciones en paréntesis les siguen el número de páginas.

cuando me acuerdo haber sido de los primeros que puse y aventuré mi persona y bienes en esta tan notable y sancta empresa (...). Y esto tengo por mis tesoros y riquezas, más que muchas barras de oro que tuviese atesoradas.”⁴ La relación entre la conquista del Nuevo Occidente por España y la Reconquista en la península ibérica se ha reconocido.⁵ Los primeros tres textos de este artículo, de Jérez, Cieza y Zárate, a diferencia de la *Suma y narración de los Incas* de Juan de Betanzos y de los *Comentarios Reales de los Incas* de Garcilaso, nos dan la perspectiva épica de los conquistadores. En los dos últimos, se analizan estas obras en su perspectiva utópica y poética, teniendo en cuenta la visión del otro en el escenario andino y del Mar del Sur. En cada uno de los cronistas reseñados en este estudio se dan cualidades científicas y logros artísticos diferentes. El primero en orden cronológico es Francisco de Jérez; secretario del Marqués Francisco Pizarro, Jérez fue un buen testigo de primera mano que participó en los primeros viajes de exploración de Pizarro, viajes que fueron posibles gracias a los dineros y pertrechos, incluyendo varios navíos, financiados en parte por Diego de Almagro y Hernando de Luque. Estos primeros viajes duraron varios años, durante los cuales Pizarro logró establecer la presencia española en el Perú. Gracias a la obra de Jérez, bien documentada y escrita con un estilo claro y que sigue los acontecimientos en el orden en que se dieron, se puede ya hacer una comparación con la conquista de la Nueva España por Hernán Cortés. Anticipando un tema que se tratará a menudo en el curso de este estudio, sería oportuno considerar la diferencia en el uso de los caballos entre los dos conquistadores Pizarro y Cortés. Teniendo en cuenta que Pizarro salió para el Perú en 1524, o sea tres años después de que Cortés conquistara la Nueva España,⁶ la disponibilidad de obtener caballos había aumentado a tal punto que Pizarro, atesorando la experiencia de Cortés, y confiado en la importancia de los caballos, dispuso siempre de una mayor cantidad de caballos en su ejército, aventajándose de la extensión de los caminos y calzadas construidos por los Incas. Jérez cuenta con claridad y conocimiento de primera mano esos ocho años que transcurrieron entre la primera salida y el encuentro de Pizarro con Atahualpa en 1532. En este viaje los españoles descubrieron el camino real que va desde Quito al Cuzco, por más de trescientas leguas. Otra razón de la

⁴ Véase Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Editor Guillermo Serés, Madrid: Real Academia Española, 2011, p. 6. Referencias con la abreviación *HV*, seguida del número de páginas entre paréntesis.

⁵ Véase, con respecto a la interrelación de la Reconquista peninsular con la Conquista de América, el capítulo 6, titulado “The Spanish Conquest and Settlement of America”, en *The Cambridge History of Latin America*, Vol. I, Ed. de Leslie Bethell, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1985, pp. 149-206.

⁶ Bernal afirma que la toma de Tenochtitlan fue el 13 de agosto de 1521 (*HV*, 683-685).

inclusión de Jérez es que a él se deben las primeras noticias del conflicto armado entre Atahualpa y su hermano Huáscar, una guerra que ayudó decididamente la conquista de Pizarro. He tratado en lo posible de evitar repeticiones. Es verdad que, dada la riqueza de hechos y hazañas que se admiran en el relato de esta conquista extraordinaria, no ha sido difícil mantener cierta distinción en la selección del material elaborado por varios historiadores.

II. LOS CRONISTAS DEL MAR DEL SUR EN EL NUEVO OCCIDENTE

A). *La Verdadera Relación de Francisco de Jérez y la extensión del Nuevo Occidente*⁷

En el “Prólogo” a su *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla* (Sevilla, 1534), Francisco de Jérez, secretario de Francisco Pizarro, reclama para España la primacía de haber descubierto y conquistado más que “judíos, griegos ni romanos.”⁸ Este cronista dice que el 11 de noviembre de 1524, Francisco Pizarro, encomendero de la ciudad de Panamá, fletó un barco y obtuvo autorización del gobernador de Tierra Firme, Pedrarias de Ávila, para ir con ciento doce hombres a explorar la costa del Mar del Sur, o sea, lo que será el océano Pacífico. La expedición encabezada por Francisco Pizarro recuerda, en cierto modo, la anterior de Cortés a la conquista de México, con algunas diferencias importantes que hay que destacar. Como Cortés, y acaso más que éste, que también empleó su capital para financiar la expedición a Méjico, también Pizarro empleó su capital, y al principio, sin ayuda del gobernador Pedrarias. Con Francisco Pizarro, como antes con Cortés, se continúa la tradición de la caballería villana, ya en voga durante la Reconquista, como hacía notar Jovellanos en su importante *Discurso a la Real Academia*, con ocasión de su ingreso en la misma en 1780, remontándose a la legislación visigótica:

De aquí nació aquella obligación casi feudal que descubrimos en la historia de estos primeros tiempos. Los repartimientos de tierras y lugares eran de parte de los príncipes, más que un don, una paga de los servicios de sus vasallos. Un ejército compuesto de hombres libres pedía con justicia, en recompensa de sus fatigas, una

⁷ En “Textos Fundacionales de América III: el Nuevo Occidente” he analizado y subrayado la proyección occidental de España; véase *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 36, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2011, pp. 13-191.

⁸ Véase esta obra en *Historiadores primitivos de Indias*, editor Don Enrique de Vedia, Madrid, BAE, 1947, II, p. 319. Referencias en el texto con la abreviación *Relación*, seguida del número de páginas entre paréntesis.

porción del terreno sobre que habían derramado su sudor y su sangre. Los condes de Castilla tuvieron mayor necesidad de seguir esta máxima, por lo mismo que [los condes] habían fundado sobre ella su independencia. Por esto la vemos uniformemente seguida desde los tiempos más remotos, y por esto debemos mirar a los nobles castellanos como a los primeros que aseguraron los privilegios, libertades y franquicias que concedió la constitución a su clase.⁹

Al cabo de un tiempo, unos setenta días, no teniendo más que comer y padeciendo hambre, de la que habían muerto ya unos treinta miembros de su expedición, Francisco Pizarro decidió enviar el barco con los marineros y un capitán a la Isla de las Perlas, en Panamá, para obtener ayuda, con la esperanza que los socorros volverían en unos diez o doce días. Pero el barco con los mantenimientos tardó, entre ir y volver, cuarenta y siete días, y en este entretiem po perecieron unos veinte hombres más. Repuestos con el maíz y la carne de puerco traídos por el barco, la expedición continuó hasta llegar a un pueblo que parecía abandonado, hasta que fueron sorprendidos por los indios que, bien armados y aguerridos, los desbarataron, matando a cinco españoles e hiriendo a diecisiete, incluyendo al capitán Francisco Pizarro que quedó herido de gravedad. Para curarse y cuidar de los heridos, Pizarro se retiró a un pueblo cerca de la Isla de las Perlas, de nombre Cuchama, y envió un mensajero al gobernador Pedrarias con el relato de lo sucedido. Casi al mismo tiempo había salido de Panamá el capitán Diego de Almagro, en busca de Pizarro, con setenta hombres. Almagro llegó al mismo pueblo donde Pizarro había sido desbaratado y también este capitán se enfrentó con indios hostiles que también le derrotaron. En la refriega, Almagro perdió un ojo y quemó el pueblo, con muchas bajas entre sus fuerzas. Almagro siguió explorando hasta llegar al río San Juan, pero, al no encontrar rastro de Pizarro, volvió a Cuchama donde los dos jefes se acordaron: Pizarro quedaría allí para curar a sus heridos y Almagro volvería a Panamá para aderezar dos navíos con más bastimentos y hombres. Después de superar la resistencia de Pedrarias, Almagro logró obtener la autorización para hacer gente y reunir bastimentos y caballos en los dos navíos y salió para Cuchama con ciento diez hombres. Allí lo esperaba Pizarro con cincuenta o sesenta sobrevivientes. Los dos capitanes, en los dos navíos, donde viajaban con ciento setenta hombres, continuaron su viaje explorando la costa durante tres años y al fin de ese tiempo, con cincuenta sobrevivientes, descubrieron buena tierra, cerca del río de San Juan,

⁹ Véase Melchor Gaspar de Jovellanos, “Discurso leído por el autor en su recepción a la Real Academia de la Historia, sobre la necesidad de unir al estudio de la legislación el de nuestra historia y antigüedades”, en *Obras de Gaspar Melchor de Jovellanos*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1951, Edición de Cándido Nocedal, Tomo I, pp. 292-293.

donde el capitán Pizarro se quedó con la poca gente que le quedó, y envió un capitán con el más pequeño navío a descubrir alguna buena tierra la costa adelante, y el otro navío con el capitán Diego de Almagro a Panamá para traer más gente, porque yendo los dos navíos juntos y con la gente no podían descubrir y la gente se moría. El navío que fue a descubrir volvió a cabo de setenta días al río de San Juan, adonde el capitán Pizarro quedó con la gente; y dio relación de lo que le había sucedido, y fue, que llegó hasta el pueblo de Cancebí, que es en aquella costa, y antes deste pueblo habían visto, los que en el navío iban, otras poblaciones muy ricas de oro y plata, y la gente de más razón que toda la que antes habían visto de indios; y trujeron seis personas para que deprendiesen la lengua de los españoles,¹⁰ y trujeron oro y plata y ropa. El capitán [Francisco Pizarro] y los que con él estaban recibieron tanta alegría, que olvidaron todo el trabajo pasado y los gastos que habían hecho. Y como aquellos que deseaban verse en aquella tierra, pues tan buena muestra daba de sí, venido el capitán Almagro de Panamá con el navío cargado de gente y caballos, los dos navíos con los capitanes y toda la gente salieron del río de San Juan para ir a aquella tierra nuevamente descubierta; y por ser trabajosa la navegación de aquella costa, se detuvieron más tiempo de lo que los bastimentos pudieron suplir, y fue forzado saltar la gente en tierra, y caminando por ella buscaban mantenimientos, por donde los podían haber, para comer. Y los navíos por la mar llegaron a la bahía de San Mateo y a unos pueblos que los españoles les pusieron por nombre de Santiago, y a los pueblos de Lacamez, que todos van discurriendo por la costa adelante. Vistas por los cristianos estas poblaciones, que eran grandes y de mucha gente y belicosa, que en estos pueblos de Lacamez, llegando noventa españoles a una legua del pueblo, los salieron a recibir más de diez mil indios de guerra, y viendo que no les querían hacer mal los cristianos ni tomarles de sus bienes, antes con mucho amor tratándoles la paz, los indios dejaron de los hacer guerra, como ellos traían en propósito. En esta tierra había muchos mantenimientos, y la gente tenía muy buena orden de vivir; los pueblos con sus calles y plazas: pueblo había que tenía más de tres mil casas, y otros había menores (*Relación*, 321).

Los españoles se dieron cuenta que su número exiguo no les permitiría enfrentar las dificultades que los naturales y la región representaban. Por ello decidieron retirarse a la Isla del Gallo y entre tanto pedir socorro al gobernador Pedrarias, pero éste decidió darles la oportunidad de volver a Panamá si lo querían. De resultas de esta disposición, la mayoría de los miembros de la expedición volvió a Panamá con los dos navíos y sólo se quedaron con Pizarro unos diez y seis hombres. Pizarro se quedó con estos pocos en la isla del Gallo durante cinco meses, al cabo de los cuales volvió uno de los navíos y con esta nao Pizarro exploró cien leguas de costa hasta llegar a poblaciones muy ricas en oro y plata, metales preciosos que los indios entregaban. Lleno de deudas, Pizarro, con lo que había logrado ganar en esta

¹⁰ Pizarro no tuvo la suerte de Cortés que en Cozumel halló a Aguilar, que hablaba el quiche de los mayas, y, en Tabasco, a Doña Marina, que hablaba quiche y náhuatl, además de haber aprendido castellano en poco tiempo.

exploración, que alcanzaba a unos mil castellanos, se fue a Castilla para hacer relación al emperador y mostrarle lo que había obtenido de metales preciosos y joyas y cómo podía aumentar su riqueza y poderío con esas ricas tierras. El emperador le otorgó la gobernación de las nuevas tierras, honrándolo con el hábito de Santiago:

Despachado por su majestad el gobernador y adelantado Francisco Pizarro partió del puerto de Sanlúcar con una armada, y con próspero viento, sin ningún contraste, llegó al puerto del Nombre de Dios, y de allí se fue con la gente a la ciudad de Panamá, donde tuvo muchas contradicciones y estorbos para que no saliese de allí a ir a poblar la tierra que él había descubierto, como su majestad le había mandado (*Relación*, 321).

Determinado a cumplir con su mandato, Pizarro reúne una fuerza de ciento ochenta hombres y treinta y siete caballos y en tres naves sale del puerto de Panamá y en trece días llegó a la bahía de San Mateo, que, en su viaje anterior, había empleado más de dos años en alcanzar. Llegado al pueblo de Coaque lo destruyó y obtuvo quince mil pesos de oro y mil quinientos marcos de plata y muchas esmeraldas, logrando prender un cacique y otros señores de varios pueblos. En esta ocasión los españoles lograron establecer bases con mantenimientos para varios años. Pizarro despachó los navíos a Panamá y Nicaragua para obtener más hombres y caballos y con tiempo dos de los navíos volvieron con veinte y seis de caballo y treinta peones. En su exploración, descubrió varios pueblos sobre la costa y obtuvo obediencia hasta que llegó a la isla de la Pugna, que los españoles bautizaron como Isla de Santiago, a dos leguas de la costa, donde fue bien acogido y se dispuso a hacer cuartel para pasar el invierno y curar los enfermos. Jérez describe esta isla como un lugar acogedor, muy poblada y con abundancia de mantenimientos, dándonos un cuadro idílico que, como veremos, esconde una realidad potencialmente amenazadora:

El Gobernador [Pizarro] fue recibido en esta isla por el cacique señor della con mucha alegría y buen recibimiento, así de mantenimientos que le sacaron al camino, como de diversos instrumentos musicales que los naturales tienen para su recreación. Esta isla tiene quince leguas en circuito; es fértil y bien poblada. Hay en ella muchos pueblos, y siete caciques son señores dellos, y uno es señor de todos ellos. Y este señor dio de su voluntad al Gobernador alguna cantidad de oro y plata. Y por ser el tiempo de invierno el Gobernador reposó con su gente en aquella isla; porque, caminando en tal tiempo con las aguas que hacía, no podía ser sin gran detrimento de los españoles; y entre tanto que pasó el invierno fueron allí curados algunos enfermos que había (*Relación*, 322).

Pero si la naturaleza de la isla de Santiago es apacible y acogedora, sus naturales no toleran la presencia de los extranjeros, en parte debido a la naturaleza del indio que, según el cronista, se rehusa a obedecer y a servir a los españoles; la situación empeora rápidamente y Pizarro se entera del plan del cacique contra él y sus españoles:

Y como la inclinación de los indios es de no obedecer ni servir a otra generación si por fuerza no son atraídos a ello, estando este cacique con el Gobernador pacíficamente, habiéndose ya dado por vasallo de su majestad: súpose por las lenguas que el Gobernador tenía consigo que el Cacique tenía hecha junta con toda su gente de guerra, y que había muchos días que no entendía en otra cosa sino en hacer armas, demás de las que los indios tenían; lo cual por vista de ojos se vio, porque en el mismo pueblo donde los españoles estaban aposentados y el Cacique residía, se hallaron en la casa del cacique y en otras muchas, mucha gente toda puesta a punto de guerra, esperando a que se recogiese toda la gente de la isla para dar aquella noche sobre los cristianos (*Relación*, 322).

El cronista juzga que el cambio de actitud por parte del cacique y de sus indios se debe a algo que no se puede remediar, o sea, que el indio es rebelde a toda ley o *status quo* impuesto desde afuera y que esta condición inevitablemente lleva a un conflicto armado. La urgencia de la sobrevivencia le dicta a Pizarro tomar medidas drásticas para hacer frente a la nueva situación:

Sabida la verdad, y habida información secretamente sobre ello, luego mandó el Gobernador prender al Cacique y a tres hijos suyos y a otros dos principales que pudieron ser presos tomados a vida, y en la otra gente dieron los españoles de sobresalto, y aquella tarde mataron alguna gente; y los demás todos huyeron y desampararon el pueblo; y la casa del Cacique y otras algunas fueron metidas a saco, y en ellas se halló algun oro y plata y mucha ropa (*Relación*, 322).

La situación ha cambiado radicalmente y los españoles se preparan a enfrentarse con un medio hostil, y deben mostrar esa capacidad de adaptación que ya hemos observado en la conquista de la Nueva España y que le permitió llevar a cabo esta nueva conquista a Pizarro:

Aquella noche en el real de los cristianos hubo mucha guarda, en que todos velaron, que eran setenta de caballo y ciento de pie; y antes que otro día fuese amanecido se oyó en el real grita de gente de guerra, y en breve tiempo se vio cómo se venían allegando al real mucho número de indios, todos con sus armas y atabales y otros instrumentos que traen en sus guerras; y venida la gente, dividida por muchas partes, que tomaban el real de los cristianos en medio, y siendo el día claro, viniendo la gente y entrándose por el real, mandó el Gobernador que los acometiesen con mucho ánimo; y al acometer fueron heridos algunos cristianos y caballos. Y todavía, como nuestro Señor favorece y socorre en las necesidades a

los que andan en su servicio, los indios fueron desbaratados y volvieron las espaldas (*Relación*, 322).

Más y más, ahora que el relato se concentra en la lucha armada, a los españoles el cronista los llama cristianos y para justificar la victoria de éstos invoca la protección del Dios cristiano que socorre a sus soldados, es decir, a sus cruzados. Observemos un detalle de estrategia militar en Pizarro. Su fuerza, compuesta por cien peones y setenta de a caballo, revela una modificación radical en el armamento de los españoles, si lo comparamos con el que hemos visto durante la conquista de la Nueva España: la relación de los jinetes con los peones. En la primera batalla de Champotón, en Tabasco, Cortés derrota a miles de guerreros mayas con una fuerza de unos doscientos y tantos peones y doce de a caballo, es decir que la caballería en este primer encuentro decisivo para la suerte de la conquista de México, representaba un 5% del total de la fuerza, comparado al 70% en el ejército de Pizarro. Esta disposición de fuerzas muestra que Pizarro se ha inspirado en la caballería villana de la época medieval que en Castilla fue el arma decisiva de la reconquista. Esto le fue posible a Pizarro por la disponibilidad de los caballos, siempre más en aumento en el descubrimiento y conquista del Perú. Una vez restablecida la paz en la isla de Santiago, Pizarro sale con los tres navíos para tierra firme y desembarca en el pueblo de Túmbez, después de dejar en la isla a un capitán con algunos soldados. Para transportar todo el fardaje a Túmbez se utilizaron balsas y en la que llevaba la ropa de vestir y mantas iban tres españoles que se perdieron. Se enviaron las naos de vuelta a la isla para traer el resto de la gente y las provisiones en balsas. En la tierra firme los indios alzados, después de matar a los tres españoles y llevarse la balsa amenazaban con matar a todos. Pizarro dio la orden a un capitán para perseguirlos y castigar su delicto hasta que el capitán logró hablar al cacique, que se llamaba Quilimasa, que confesó saber quiénes habían asesinado a los tres cristianos; se buscaron a los asesinos, pero habían huído. Pizarro decidió pasar adelante, pero dejó en Túmbez a su teniente con los soldados que debían proteger el fardaje. Salió de Túmbez el 16 de mayo de 1532 y en una semana llegó al río Turicarami y a una villa sobre ese río de nombre Puechio. Desde Túmbez llegó el teniente con un barco que venía de Panamá y balsas con mercadería, pero sin gente, pues Diego de Almagro quería venir a poblar:

El capitán que fue a Túmbez por la gente vino con ella desde en treinta días; alguna della vino por mar con el fardaje en un navío y en un barco y en balsas. Estos eran venidos de Panamá con mercaderías, y no trajeron gente, porque el capitán Diego de Almagro quedaba haciendo una armada para venir a esta población, con propósito de poblar por sí (*Relación*, 324).

Jérez se limita a dar la noticia del plan de Almagro de fundar un pueblo en la tierra que Pizarro acaba de descubrir y pacificar. Pizarro no aprueba el plan de Almagro:

El Gobernador [Pizarro] envió a avisar al capitán Almagro, su compañero, cuánto sería deservido Dios y su majestad de intentar y hacer nueva población para estorbarle su propósito (*Relación*, 325).

1). *Atahualpa*

Desde este momento comienza a resquebrajarse la amistad entre estos dos conquistadores que llegará, más adelante a deteriorar hasta un conflicto bélico que durará casi dos décadas y ensangrentará el Perú. En tierra firme Pizarro se entera que los dos caciques de la región del río Turicarami—los caciques Lachira y Almotaje—planean un ataque contra los españoles. Ante ese peligro Pizarro resuelve prender a Almotaje y a Lachira. Decidió quemar vivo al primero y perdonó al segundo a condición de aceptar el vasallaje del emperador, lo cual fue aceptado por el asustado Lachira, además de declararse dispuesto a regir el cacicazgo de la región hasta que el hijo de Almotaje fuese en edad de gobernar. Ansioso de mostrarle al emperador el resultado de sus descubrimientos, Pizarro decide fundar, de acuerdo al padre dominico Vicente de Valverde, la ciudad de San Miguel, en la región de Tangarara, siempre a orillas del Turicarami, no lejos del puerto. Aquí, para evitar que los barcos que habían venido con los mantenimientos se echaran a perder, Pizarro decidió fundir y repartir el oro, quitando el quinto del emperador:

Y porque los navíos que habían venido de Panamá no recibiesen detrimento dilatándose su tornada, el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de sus majestades, mandó fundir cierto oro que estos caciques [Almotaje y Lachira] y el de Túmbez [Qulimasa] habían dado de presente, y sacado el quinto perteneciente a sus majestades, la resta perteneciente a la compañía el Gobernador [Pizarro] la tomó prestada de los compañeros para pagarla del primer oro que se hubiese, y con este oro despachó los navíos, pagados sus fletes, y los mercaderes despacharon sus mercaderías y se partieron (*Relación*, 324-325).

Desde la fecha de su salida de Panamá, del 11 de noviembre de 1524 hasta la última semana de mayo de 1532, en que funda la ciudad de San Miguel en Tangarara sobre el río Turicarami, han pasado casi ocho años. Pizarro, a los tres años de su salida de Panamá, ha vuelto a España con las muestras de la riqueza de su descubrimiento, obteniendo del emperador el nombramiento a adelantado y gobernador de la nueva región. Llegado a San Miguel, Pizarro ha hecho sus

cuentas y ya ha logrado pagar sus deudas y enviar el quinto al emperador. Durante su exploración y conquista ha debido luchar con caciques e indios alzados, pero los ha derrotado y reducido a vasallaje del emperador. Se perfila un conflicto latente con su antiguo compañero Diego de Almagro que, quizás resentido por no haber gozado de las ganancias obtenidas por Pizarro, ha decidido poblar en el territorio conquistado por su viejo amigo y ahora rival. Desde San Miguel Pizarro se adentra en la región que llega al Cuzco y se entera de la existencia de un gran señor de nombre Atahualpa:

Tuvo noticia el Gobernador que la via de Chinchay y del Cuzco hay muchas y grandes poblaciones abundosas y ricas; y que doce o quince jornadas deste pueblo está un valle poblado que se dice Caxamalca, adonde reside Atabalipa,¹¹ que es el mayor señor que al presente hay entre los naturales, al cual todos obedecen; y que léjos tierra de donde es natural, ha venido conquistando; y como llegó a la provincia de Caxamalca (por ser tan rica y apacible), asentó en ella, y de allí va conquistando más tierra; y por ser este señor tan temido, los comarcanos deste río no están domésticos al servicio de su majestad como conviene, antes se favorecen con este Atabalipa, y dicen que a él tienen por señor y no hay otro, y que pequeña parte de su hueste basta para matar a todos los cristianos; poniendo mucho temor con su acostumbrada crueldad. El Gobernador acordó de partirse en busca de Atabalipa para traerlo al servicio de su majestad, y para pacificar las provincias comarcanas; porque, este conquistado, lo restante ligeramente sería pacificado (*Relación*, 325).

De pronto nos enfrentamos con un escenario de épica italiana renacentista, representada ya por Ludovico Ariosto y su *Orlando Furioso*, publicado en 1516 y pronto traducido al español.¹² La trama ya no es literaria, pero los sucesos adquieren pronto una dimensión épica: por un lado el bárbaro arrogante que domina miles de guerreros, por el otro un manojito de cristianos encabezados por un jefe que seguramente conocía la historia de Mio Çid, Rodrigo Díaz de Vivar. El cronista apunta la fecha de la salida: “Salió el Gobernador de la ciudad de San Miguel en demanda de Atabalipa a 24 de setiembre año de 1532” (*Relación*, 325).

¹¹ Atabalipa es cómo Jérez escribe el nombre del emperador inca; Atabaliba es como lo escriben Cieza de León (*La crónica del Perú, Historiadores primitivos de Indias*, II, citado, p. 351) y Agustín de Zárate (*Historia del Perú, Historiadores primitivos de Indias*, II, citado, p. 473); Atagualpa, o Atahualpa es cómo aparece en la *Suma y narración de los Incas* de Juan de Betanzos, editora María del Carmen Martín Rubio. Madrid, Ediciones Polifemo, 2004, p. 319. Atahuallpa es como aparece en los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega. En este estudio se sigue la grafía Atahualpa como se lee en la *Suma* de Betanzos.

¹² El poema de Ariosto fue admirado por el hidalgo manchego; véase *Quijote*, I, cap. vi, p. 468; en *Obras Completas de Miguel de Cervantes Saavedra*, Barcelona, Juventud, I, 1964.

A los tres o cuatro días llegó a una fortaleza en el valle del Piura, donde permaneció unos diez días para reordenar su ejército. Halló que le quedaban sesenta y dos de a caballo y ciento y dos de a pié, veinte de ellos ballesteros, con su capitán. Es decir, que su fuerza constaba, en más del 50%, de jinetes. Después de descansar unos cuatro días, ya a mediados de octubre de 1532, antes de continuar su viaje, envía a un indio para que espíe el campo de Atahualpa y en medio día llegó a una plaza rodeada de una tapia donde residía el cacique Pabor que, junto con su hermano, acogieron de paz al gobernador. Es aquí que Pizarro entreve la realidad conflictiva del Perú, una región aún no del todo unida y cuya existencia política y social es en constante variación, con consecuencias tales que produjeron una sociedad inestable y presa de los conquistadores autóctonos y foráneos. El cacique le contó a Pizarro que el padre de Atahualpa le había destruido veinte pueblos, matando a sus habitantes. El gobernador se enteró que a dos jornadas de allí se encontraba un pueblo grande de nombre Caxas donde Atahualpa había puesto una guarnición que estaba a la espera de los españoles para sorprenderlos. Pizarro envió a un capitán con algunos soldados para que fuera a Caxas y tratase de persuadir a algunos de los defensores a pasarse del lado de los cristianos. Salido el capitán, al día siguiente salió Pizarro y llegado al pueblo de Zaran esperó al capitán en una fortaleza donde el cacique del lugar le trajo mantenimientos y agua. Se enteró por el capitán que ha vuelto que en Caxa el padre de Atahualpa está sepultado en un templo cuyas paredes están cubiertas de oro y plata y que al entrar verán indios colgados de los pies. La razón es que en el campamento de Atahualpa había un laboratorio donde muchas mujeres tejían y labraban ropa para el ejército de Atahualpa y que un indio se había atrevido a entrar en la casa de Atahualpa y se había acostado con una de sus mujeres. Enterado del suceso Atahualpa había ordenado ahorcar al indio y a los guardianes que lo habían permitido. El capitán ha pacificado el pueblo de Caxas, y de allí ha ido al pueblo de Guacamba, situado al lado del camino que de Cuzco va a Quito:

Por medio de este pueblo y del de Caxas pasa un río pequeño, de que los pueblos se sirven, y tienen sus puentes con calzadas muy bien hechas. Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho, hecho a mano, que atraviesa toda aquella tierra, y viene desde el Cuzco hasta Guito (sic), que hay más de trecientas leguas; va llano, y por la sierra bien labrado; es tan ancho, que seis de a caballo pueden ir por él a la par sin llegar uno a otro; van por el camino caños de agua traídos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa a manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen. A la entrada deste camino en el pueblo de Caxas, está una casa al principio de una puente, donde reside una guarda que recibe el portazgo de los que van y vienen, y páganlo en la misma cosa que llevan; y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete. Aquesta

costumbre tienen antiguamente, y Atabalipa la suspendió en cuanto tocaba a lo que sacaban para su gente de guarnición. Ningún pasajero puede entrar ni salir por otro camino con carga, sino por do está la guarda, so pena de muerte. También dijo que halló en estos dos pueblos dos casas llenas de calzado y panes de sal y un manjar que parecía albóndigas, y depósitos de otras cosas para la hueste de Atabalipa; y dijo que aquellos pueblos tenían buena orden y vivían políticamente (*Relación*, 326).

En este relato del capitán explorador, nos enteramos de la primera descripción de la técnica de construcción de caminos y puentes de los Incas, una actividad en la que alcanzaron un alto nivel de perfección por la extensión de sus caminos, la cualidad de puentes y calzadas y el cuidado de los caminantes, con los albergues localizados a distancias que se podían recorrer en un día. Con el capitán vuelve un embajador de Atahualpa que le trae a Pizarro un presente que consiste “en dos fortalezas a manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra” (*Relación*, 326). Pizarro invita a los mensajeros de Atahualpa a quedarse en su real y, antes de que vuelvan a su residencia, les da como presentes camisas de Castilla y otras cosas de España, asegurándoles su intención de ponerse en camino cuanto antes para encontrar a Atahualpa. Partidos los mensajeros de Atahualpa y antes de ponerse en camino, Pizarro escribió una relación a los que quedaban en San Miguel sobre los pueblos de Caxas y Guacamba y lo que habían oído y visto acerca de Atahualpa. Incluía en la relación los presentes recibidos para que los españoles los vieran. Después de un viaje de tres días Pizarro llegó al pueblo de Copiz, situado en un valle, pero abandonado por falta de agua. Más adelante Pizarro llegó al pueblo de Motux, lo cual le da al cronista Francisco de Jérez la oportunidad para describir la población y sus costumbres: son indios que se visten, las mujeres con ropa larga a la manera de España y los hombres con camisas cortas. Jérez los considera sucios porque comen pescado y carne crudos, sacrifican sus propios hijos a sus dioses en templos, que el cronista llama mezquitas:

Sacrifican cada mes a sus propios hijos, y con la sangre dellos, untan las caras a los ídolos y las puertas a las mezquitas, y echan della encima de las sepulturas de los muertos; y los mismos de quien hacen sacrificio se dan de voluntad a la muerte, riendo y bailando y cantando, y ellos la piden después que están hartos de beber, antes que le corten las cabezas; también sacrifican ovejas (*Relación*, 327).

Esta representación del capitán explorador define la confrontación entre españoles e incas, de una manera similar a la que determinó la confrontación entre Cortés y Moctezuma. A medida que Francisco Pizarro se va acercando a

Atahualpa, le llegan indicios de que el rey Inca quiere atraerlo en una trampa para matarlo a él y a sus hombres. Durante dos días el adelantado español avanzó por unos valles poblados y en uno de ellos se halló a la orilla de un gran río que corría con fuerza. Queriendo enterarse del estado de los pueblos que se veían del otro lado del río, el adelantado envió su hermano el capitán Hernando Pizarro, en exploración. Éste se enteró que Atahualpa estaba esperando a los españoles a la cabeza de un ejército de cincuenta mil soldados, desplegados en varios puntos, desde el pie de la sierra hasta el pueblo de Caxamalca. Enterado por mensajeros del capitán Hernando Pizarro que se había aposentado en una fortaleza, el adelantado decidió hacer pasar el río a su ejército, construyendo balsas para los hombres y los pertrechos de guerra, mientras los caballos pasaron a nado. Un cacique que era uno de los principales jefes de la región del río que acababa de pasar, le informó al adelantado que Atahualpa había exterminado su gente, matándole cuatro mil de los cinco mil hombres que poblaban su ciudad y esclavizando seiscientas mujeres y otros tantos muchachos. También le informó que el pueblo se llamaba Cinto y que el cacique actual era aliado de Atahualpa. El adelantado se quedó en Cinto cuatro días y, un día antes de salir, le pidió a un cacique de San Miguel si se podía ofrecer a ir como espía a Caxamalca y volver con noticias sobre esa región que se hallaba bajo el control de Atahualpa. La respuesta del indio fue muy noble: “No osaré ir por espía; mas iré por tu mensajero a hablar con Atabalipa y sabré si hay gente de guerra en la sierra, y el propósito que tiene Atabalipa” (*Relación*, 327). El adelantado le dio una embajada para Atahualpa en que le ofrecía al rey Inca su amistad y protección a condición de que Atahualpa mantuviese la paz. Partido el mensajero con su ayudante, el adelantado continúa su viaje hasta llegar en tres jornadas de viaje a un pueblo donde podían elegir entre el camino que iba derecho a Caxamalca donde Atahualpa tenía su ejército y otro que iba en dirección a Chíncha. A pesar de que varios soldados le aconsejaban al adelantado evitar el camino que iba hacia el ejército de Atahualpa, el adelantado les respondió de esta manera:

El gobernador respondió que ya tenía noticia Atabalipa que él iba en su demanda desde que partió del río de San Miguel; que si dejasen aquel camino dirían los indios que no osaban ir a ellos, y tomarían más soberbia de la que tenían; por lo cual, y por otras muchas causas, dijo que no se había de dejar el camino comenzado, e ir a do quiera que Atabalipa estuviese; que todos se animasen a hacer como dellos esperaba; que no les pusiese temor la mucha gente que decían que tenía Atabalipa, que, aunque los cristianos fuesen menos, el socorro de nuestro Señor es suficiente para que ellos desbaratasen a los contrarios y los hacer venir en conocimiento de nuestra santa fe católica, como cada día se ha visto hacer nuestro Señor milagros en otras mayores necesidades; que así lo haría

en la presente, pues iban con buena intención de atraer aquellos infieles al conocimiento de la verdad, sin les hacer mal ni daño, sino a los que quisieren contradecirlo y ponerse en armas (*Relación*, 328).

No se puede dudar que esta arenga del adelantado continúe el espíritu ya exhibido por Cortés en la conquista de México y que, remontándose a la reconquista peninsular, deje vislumbrar el espíritu de las cruzadas. No está demás recordar que en su *Jerusalén Conquistada* de 1609, Lope de Vega compuso un poema épico de reivindicación de la participación española en las cruzadas, como se lee en el “Prólogo” al Conde de Saldaña del mismo autor que, en su dedicatoria al rey Felipe III, menciona a los reyes Ricardo de Inglaterra (1157-1199) y Alfonso VIII de Castilla (1155-1214) como líderes de la Tercera Cruzada (1189-1192). La identidad de Castilla, y por ende de España, siempre fue, a través de los siglos, y ciertamente durante la conquista del Nuevo Mundo, la cruzada que, inicialmente concebida para libertar la península del dominio musulmán, se extendió a la conquista y la conversión de millones de almas a la religión cristiana. De manera que, como hemos visto en ocasión del relato de Cortés y de Bernal Díaz del Castillo de la conquista de la Nueva España, durante la conquista del Perú Pizarro mantiene la misma línea espiritual y religiosa adoptada en la reconquista. Convencidos por su jefe, los hombres del adelantado suben por la sierra. Pizarro escoge cuarenta de a caballo y sesenta infantes para ir subiendo, y deja el resto con el fardaje a cargo de un capitán que le seguirá como pueda y a quien el adelantado asegura que le tendrá informado de sus movimientos. El grupo de Pizarro llega a una fortaleza, construida de manera que sería difícil tomarla si fuese defendida, en un ambiente hostil y muy frío:

Los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que a mediodía llegaron a una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de cristianos se guardaría una gran hueste (...); esta fortaleza está cercada de piedra, asentada sobre una sierra cercada de peña tajada. Allí paró el Gobernador a descansar y a comer; es tanto el frío que hace en esta sierra, que, como los caballos venían hechos al calor que en los valles hacía, algunos dellos se resfriaron (*Relación*, 328).

El adelantado sigue avanzando hasta llegar a un pueblo donde decide pasar la noche, no sin antes avisar al capitán de la retaguarda que podía subir hasta la fortaleza donde pasaría la noche en lugar protegido, mientras él y sus hombres se aposentaban en una casa fuerte “cercada de piedra y labrada de cantería, tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas; que si en esta tierra hobiese los maestros y herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la

cerca” (*Relación*, 328). El cronista nos quiere dar a entender la habilidad y adelanto de los peruanos en ingeniería y arquitectura, capaces como los españoles, y hasta superiores en la construcción de caminos y fortalezas. El adelantado envía a un capitán para que se entere de la llegada de Atahualpa y el capitán se enteró que el rey Inca había llegado a Caxamalca tres días antes. El adelantado sigue subiendo la sierra hasta llegar a un altiplano donde corría un arroyo, lo que da al cronista otra ocasión para subrayar el frío del lugar y el encuentro con los embajadores de Atahualpa, durante el cual los españoles se asimilan a los cristianos, es decir que el cronista, en el momento en que los españoles encuentran los representantes de Atahualpa, de forma natural recuperan la perspectiva reconquistadora de cruzados contra los indios paganos, como en la épica renacentista del *Orlando Furioso*, incluyendo la caballerosidad de Pizarro que se refiere a Atahualpa afectivamente como su hermano:

Los españoles se aposentaron en sus toldos de algodón que traían, haciendo fuego por defenderse del gran frío que en la sierra hacía; que en Castilla en tierra de campos no hace mayor frío que en esta sierra; la cual es rasa de monte, toda llena de una yerba como esparto corto; algunos árboles hay adrados, y las aguas son tan frías, que no se pueden beber sin calentarse. Dende a poco rato que el Gobernador había aquí reposado llegó la retaguarda, y por otra parte los mensajeros que Atabalipa enviaba, los cuales traían diez ovejas. Llegados ante el Gobernador, y hecho su acatamiento, dijeron que Atabalipa enviaba aquellas ovejas para los cristianos y para saber el día que llegarían a Caxamalca, para les enviar comida al camino. El Gobernador los recibió bien, y les dijo que se holgaba con su venida, por enviarlos su hermano Atabalipa; que él iría lo más presto que pudiese. Después que hobieron comido y reposado, el Gobernador les preguntó de las cosas de la tierra y de las guerras que tenía Atabalipa. El uno dellos respondió que cinco días había que Atabalipa estaba en Caxamalca para esperar allí al Gobernador, y que no tenía consigo sino poca gente; que la había enviado a dar guerra al Cuzco, su hermano (*Relación*, 328).

Atahualpa se refiere a la guerra civil contra Huáscar, el otro hijo de Huayna Capac,¹³ emperador del imperio incaico, que había muerto en 1525.¹⁴ Al

¹³ Prescott escribe así el nombre del monarca inca; véase William H. Prescott, *The Conquest of Peru*, Philadelphia and London, Lippincott Company, 1904, Volume I, p. 28; así también aparece en los *Comentarios Reales de los Incas* del Inca Garcilaso de la Vega, en la primera edición de Lisboa, 1609; pero en ediciones recientes se ha modernizado en Huaina Cápac. Hay variantes en los cronistas del siglo XVI; Jérez prefiere la referencia de “Cuzco viejo” (*Relación*, 328); Agustín de Zárate, en su *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (Madrid, BAE, 1947), prefiere “Guaynacaba” (pág. 467).

¹⁴ Como hemos visto ya, estamos en el otoño de 1532. Es en este momento cuando Atahualpa, a la cabeza de su ejército, encontró la expedición de Pizarro que lo sorprendió y lo hizo prisionero. Durante su cautiverio, del que esperó liberarse con la entrega a Pizarro de un tesoro

preguntarle el adelantado al mensajero que Atahualpa le había enviado con diez ovejas y que le prometía más comida, qué guerra era aquella, el embajador de Atahualpa contestó:

Mi señor Atabalipa es hijo del Cuzco viejo, que es ya fallecido, el cual señoreó todas estas tierras; y a este su hijo Atabalipa dejó por señor de una gran provincia que está delante de Tomipunxa, la cual se dice Guito, y a otro su hijo mayor dejó todas las otras tierras y señorío principal; y por ser sucesor del señorío se llama Cuzco, como su padre. Y no contento con el señorío que tenía, vino a dar guerra a su hermano Atabalipa, el cual le envió mensajeros rogándole que le dejase pacíficamente en lo que su padre le había dejado por herencia; y no lo queriendo hacer el Cuzco, mató a sus herederos y a un hermano de los dos que fue con la embajada. Visto esto por Atabalipa, salió a él con mucha gente de guerra hasta llegar a la provincia de Tumepomba, que era el señorío de su hermano; y por defenderse de la gente, quemó el pueblo principal de aquella provincia y mató toda la gente. Y allí le vinieron nuevas que su hermano había entrado en su tierra haciendo guerra, y fue sobre él; y como el Cuzco supo su venida, fué huyendo a su tierra. Atabalipa fue conquistando las tierras del Cuzco, sin que algún pueblo se le defendiese, porque sabía el castigo que en Tumepomba hizo, y de todas las tierras que señoreaba se rehacía de gente de guerra. Y como llegó a Caxamalca parecióle la tierra buena y abundante, y asentó allí, para acabar de conquistar toda la otra tierra de su hermano, y envió con un capitán dos mil hombres de guerra sobre la ciudad donde su hermano reside; y como su hermano tenía mucho número de gente, matóles estos dos mil hombres; y Atabalipa tornó a enviar más gente con dos capitanes, seis meses há, y de pocos días acá le han venido nuevas destes dos capitanes, que han ganado toda la tierra del Cuzco hasta llegar a su pueblo, y han desbaratado a él y a su gente, y traen presa su persona, y le tomaron mucho oro y plata (*Relación*, 328-329).

De pronto Pizarro se entera de la guerra civil que ha dividido y debilitado el Perú. No necesitaba este conquistador de más información de la que le había dado el embajador de Atahualpa para darse cuenta que éste era un jefe sanguinario y cruel y que era su interés apoderarse de él y eliminarlo cuanto antes. Por el momento suple a su falta de medios con la diplomacia:

en oro y plata de un valor inestimable, Atahualpa ordenó la muerte de su hermano Huáscar, el otro heredero del Inca Huayna Capac, el emperador muerto hacia 1525, que antes de su muerte había dividido el imperio entre sus dos hijos, dándole a Atahualpa el gobierno del reino de Quito y a Huáscar el del Cuzco. Es probable que antes de su muerte, Huayna Capac haya percibido la creciente amenaza que los españoles representaban para su imperio. A Huáscar lo asesinaron ahogándole, por orden de Atahualpa. Este rey incaico encontró la muerte por garrote, decidida por Pizarro y Almagro para liberarse de un adversario potencial. La guerra civil entre españoles estallada en 1537, como consecuencia de la toma de Cuzco por parte de Alvarado el 8 de abril de ese año (*Prescott*, II, 310-311), duró desde 1537 hasta 1548.

El Gobernador le respondió con muy buenas palabras, como al otro había respondido. Este embajador traía servicio de señor y cinco ó seis vasos de oro fino, con que bebía, y con ellos daba de beber a los españoles de la chicha que traía, y dijo que con el Gobernador se quería ir hasta Caxamalca (*Relación*, 329).

Pizarro continúa su camino hacia Caxamalca para conocer a Atahualpa. Acompañado por el embajador del rey Inca, y después de descansar durante un día, retoma su camino subiendo la sierra. Durante su salida encuentra a su mensajero indio que había enviado a Atahualpa. Lo que sigue, con la pelea entre este mensajero y el enviado de Atahualpa, le aclara más aún la situación al conquistador español:

Otro día vino allí el mensajero que había enviado el Gobernador a Atabalipa, que era un principal indio de la provincia de San Miguel; y viendo el mensajero de Atabalipa, que presente estaba, arremetió contra él, y trabóle de las orejas, tirando reciamente, hasta que el Gobernador mandó que lo soltase, que dejándolos, hubiera entre ellos mala escaramuza. Preguntóle el Gobernador que porque había hecho aquello al mensajero de su hermano Atabalipa; él dijo: “Este es un gran bellaco, llevador de Atabalipa, y viene aquí a decir mentiras, mostrando ser persona principal; que Atabalipa está de guerra fuera de Caxamalca en el campo, y tiene mucha gente; que yo hallé el pueblo sin gente, y de ahí fui a las tiendas, y vi que tiene mucha gente y ganado y muchas tiendas, y todos están a punto de guerra, y a mí me quisieron matar, si no fuera porque les dije que si me mataban, que matarían acá a los embajadores de allá, y que hasta que yo volviese no los dejarían ir; y con esto me dejaron; y no me quisieron dar de comer, sino que me rescatase. Díjeles que me dejasen ver a Atabalipa y decirle mi embajada, y no quisieron, diciendo que estaba ayunando y no podía hablar con nadie. Un tío suyo salió a hablar conmigo, y yo le dije que era tu mensajero y todo lo que más mandaste que yo dijese. Él me preguntó qué gente son los cristianos y qué armas traen. E yo le dije que son valientes hombres y muy guerreros; que traen caballos que corren como viento, y los que van en ellos llevan unas lanzas largas y con ellas matan a cuantos hallan, porque luego en dos saltos los alcanzan, y los caballos con los pies y bocas matan muchos. Los cristianos que andan a pie dije que son muy sueltos, y traen en un brazo una rodela de madera con que se defienden y jubones fuertes colchados de algodón y unas espadas muy agudas que cortan por ambas partes de golpe un hombre por medio, y a una oveja llevan la cabeza, y con ella cortan todas las armas que los indios tienen; y otros traen ballestas que tiran de lejos, que de cada saetada matan a un hombre, y tiros de polvo a que tiran pelotas de fuego que matan mucha gente. Ellos dijeron que todo es nada; que los cristianos son pocos y los caballos no traen armas, que luego los matarán con sus lanzas. Yo dije que tienen los cueros duros, que sus lanzas no los podrán pasar, y dijeron que de los tiros de fuego no tienen temor, que no traen los cristianos más que dos (...). Pues mirad si tengo razón de matar a éste; porque siendo un llevador de Atabalipa (como me han dicho que es), habla contigo y come a tu mesa, y a mí, que soy hombre principal, no me quisieron dejar hablar con Atabalipa ni darme de comer, y con buenas razones me defendí que no me

mataron.” El mensajero de Atabalipa respondió muy atemorizado de ver que el otro indio hablaba con tanto atrevimiento, y dijo que si no había gente en el pueblo de Caxamalca era por dejar las casas vacías en que los cristianos se aposentasen, y Atabalipa está en el campo porque así lo tiene de costumbre después que comenzó la guerra; y si no te dejaron hablar con Atabalipa fue porque ayunaba, como tiene de costumbre, y no te lo dejaron ver, porque los días que ayuna está retraído, y ninguno le habla en aquel tiempo, y ninguno osaría hacerle saber que tú estabas allí (...). Si todos los razonamientos que entre este indio y el Gobernador pasaron se hobiesen de escribir por extenso, sería hacer escritura, y por abreviar va en suma. El Gobernador dijo que bien creía que era así como él decía, porque no tenía menos confianza de su hermano Atabalipa; y no dejó de le hacer buen tratamiento de ahí adelante como antes; riñendo con el indio su mensajero, dando a entender que le pesaba porque lo había maltratado en su presencia; teniendo en lo secreto por cierto que era verdad lo que su indio había dicho, por el conocimiento que tenía de las cautelosas mañas de los indios (*Relación*, 329-330).

Pizarro desconfía del enviado de Atahualpa que lo quiere engañar presentando al rey de Quito como un hombre muy modesto, entregado a prácticas morales como el ayuno, una ficción concebida por el mensajero de Atahualpa para confundir al jefe español. Éste, no solamente finge creerle, sino que, para engañarle más, le reprocha a su propio mensajero indio por haberle cogido de las orejas y por haberle dado de palos, bien sabiendo que su indio decía la verdad. Al día siguiente, Pizarro continúa su marcha hacia el cuartel general de Atahualpa, parándose en un llano de Zavana, a medio día de marcha de Caxamalca. El 15 de noviembre de 1532, a la tarde, llegó Pizarro con su hueste a Caxamalca. Se acampó con su gente en la plaza desierta y envió un mensajero a Atahualpa para pedirle una reunión y que le designara cuarteles para sus hombres. Dispuso que se recorriese el pueblo y, tras decidir aposentar su campamento en la plaza, ordenó a su caballería quedar alerta hasta que llegara Atahualpa. Mientras admiraba la disposición del pueblo y el valle atravesado por dos ríos, Pizarro envió a su hermano, Hernando Pizarro, con unos cuarenta jinetes para instar a Atahualpa a allegarse donde Pizarro estaba acuartelado. Al anochecer, Hernando se encontró con un mensajero de Atahualpa que le comunicó que Atahualpa estaba ayunando y no podía venir, pero que los españoles podían acuartelarse donde mejor quisieran. Al día siguiente Pizarro envió a sus dos hermanos, Hernando y Bernardo, para reiterar la invitación a Atahualpa. Éste, sentado frente a su tienda y rodeado de guardas y de mujeres que le servían, mostrando una argolla de hierro declaró haber matado a tres cristianos y a un caballo, pero Hernando le contestó que eso no era posible que los cristianos destruirían cualquiera que le hiciera guerra. Atahualpa se rio y los convidó a beber chicha en vasos de oro. Quedaron en que Atahualpa vendría al día siguiente, sábado. El drapel de los Pizarro calculó que Atahualpa tendría en el campamento

sobre la falda de la sierra unos treinta mil hombres. Al día siguiente, sábado, llegó Atahualpa con toda su gente, formando escuadrones. Pizarro ordenó a sus hombres de acuartelarse y tener los caballos ensillados y repartidos en tres escuadras y al artillero le ordenó apuntar las lombardas contra los enemigos y estar listo a hacer fuego. Dispuso veinte hombres que le siguieran para prender vivo a Atahualpa y que todos a una debían salir para atacar los enemigos a la orden de “Santiago” (*Relación*, 330-332).

Hasta en la invocación del Apóstol de la Reconquista—Santiago—, que el mismo Pizarro repetirá para comenzar la batalla, podemos apreciar a estos combatientes contra el Islam que llaman a los templos de los sacrificios humanos *mezquitas* y que se califican como *cristianos*. Esta es la denominación que los jefes indios y sus enviados utilizan para referirse a los españoles. En estas circunstancias se definen, con implicaciones a largo plazo, las raíces históricas y espirituales de la conquista del Nuevo Occidente. En la exhortación de los jefes a los españoles se alude claramente a la lucha que durante la Reconquista vio enfrentados cristianos y musulmanes:

El Gobernador y el Capitán General andaban requiriendo los aposentos de los españoles, viendo cómo estaban apercebidos para salir cuando fuesen menester, diciéndoles a todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenían otras, ni otro socorro sino el de Dios, que socorre en las mayores necesidades a quien anda en su servicio; y que aunque para cada cristiano había quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearía por ellos; y que al tiempo del acometer fuesen con mucha furia e tiento y rompiesen sin que los de caballo se encontrasen unos con otros. Éstas y semejantes palabras decían el Gobernador y el Capitán General a los cristianos para los animar; los cuales estaban con voluntad de salir al campo mas que de estar en sus posadas. En el ánimo de cada uno parecía que haría por ciento; que muy poco temor les ponía ver tanta gente (*Relación*, 332).

Estas exhortaciones tan eficaces, expresadas con tanta elocuencia nos recuerdan situaciones similares que para este tiempo—estamos en 1532—ya datan de varios siglos de épica medieval y renacentista. Baste pensar en la *Chanson de Roland*, al *Poema del Cid* y al *Orlando Furioso*, este último citado y admirado por el Inca Garcilaso y por Miguel de Cervantes, incluyendo el detalle de los cristianos luchando ante huestes islámicas muy superiores en número, para darnos cuenta que en la épica del Mar del Sur, como se llamó al Océano Pacífico en ese tiempo, los conquistadores como Cortés y Pizarro no ignoraban la épica que se declamaba en las plazas de España y en sus escuelas. Lo que sigue es una escena que podría ser sacada de esta tradición literaria, pero que literatura no era, sino épica heroica por obra de un grupo de valientes. El gobernador, después de observar la llegada de

Atahualpa, rodeado de miles de guerreros, le pide al padre franciscano que le acompañaba que fuera a hablar a Atahualpa, lo que el valiente monje hizo, esgrimiendo la cruz y la biblia. El intérprete le traducía sus palabras:

“Yo soy sacerdote de Dios, y enseño a los cristianos las cosas de Dios, y asimismo vengo a enseñar a vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirte ha bien dello; y vé a hablar al Gobernador, que te está esperando.” Atabalipa dijo que le diese el libro para verle, y él se lo dio cerrado; y no acertando Atabalipa a abrirle, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atabalipa con gran desdén le dio un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mismo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco o seis pasos de sí. E a las palabras que el religioso había dicho por el faraute [intérprete] respondió con mucha soberbia, diciendo: “Bien sé lo que habéis hecho por ese camino, cómo habéis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohíos.” El religioso respondió: “Los cristianos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no lo sabiendo el Gobernador, y él la mandó volver.” Atabalipa dijo: “No partiré de aquí hasta que toda me la traigan.” El religioso volvió con la respuesta al Gobernador. Atabalipa se puso en pie encima de las andas, hablando a los suyos que estuviesen apercebidos. El religioso dijo al Gobernador lo que había pasado con Atabalipa, y que había echado en tierra la sagrada Escritura. Luego el Gobernador se armó un sayo de armas de algodón, y tomó su espada y adarga, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho ánimo, con solos cuatro hombres que le pudieron seguir, llegó hasta la litera donde Atabalipa estaba, y sin temor le echó mano del brazo izquierdo, diciendo: “Santiago.” Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de a pie y de a caballo. Como los indios vieron el tropel de los caballos, huyeron muchos de aquellos que en la plaza estaban; y fue tanta la furia con que huyeron, que rompieron un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos cayeron unos sobre otros. Los de caballo salieron por encima dellos, hiriendo y matando, y siguieron el alcance. La gente de a pie se dio tan buena priesa en los que en la plaza quedaron, que en breve tiempo fueron los mas dellos metidos a espada. El Gobernador tenía todavía del brazo a Atabalipa, que no le podía sacar de las andas, como estaba en alto. Los españoles hicieron tal matanza en los que tenían las andas, que cayeron en el suelo; y si el Gobernador no defendiera a Atabalipa, allí pagara el soberbio todas las crueldades que había hecho. El Gobernador, por defender a Atabalipa, fue herido de una pequeña herida en la mano. En todo esto no alzó indio armas contra español; porque fue tanto el espanto que tuvieron de ver al Gobernador entre ellos, y soltar de improviso el artillería y entrar los caballos al tropel, como era cosa que nunca habían visto, que con gran turbación procuraban más huir por salvar las vidas que de hacer guerra (...). Y el Gobernador se fue a su posada con su prisionero Atabalipa, despojado de sus vestiduras, que los españoles les habían rotpido por quitarle de las andas. Cosa fue maravillosa ver preso en tan breve tiempo a tan gran señor, que tan poderoso venía (*Relación*, 332-333).

En pocos párrafos el cronista ha pintado con trazos enérgicos y certeros, la caída y prisión de Atahualpa, de este tirano al que el mismo Inca Garcilaso de la Vega se refiere en sus *Comentarios Reales* como un cruel asesino. Los miles de soldados a sus órdenes se muestran impotentes ante el tropel de la caballería de Pizarro y la audacia de este conquistador en arremeter el baldaquín donde se hallaba Atahualpa y aprehenderlo hasta hacerle su prisionero y así decidir, en una jornada, el destino de un imperio. Después del relato de la derrota de Atahualpa y de su prisión lograda por Pizarro y su ejército, Jérez representa la escena de Atahualpa prisionero de Pizarro. El conquistador ordena que se le limpiara y que se le vistiera con nueva ropa, pues en la batalla sus vestidos se habían arruinado. Luego tuvo un coloquio con el rey vencido en el cual le comunicó su plan, que él había ejecutado por orden del emperador Carlos V:

No tengas por afrenta haber sido así preso y desbaratado, porque los cristianos que yo traigo, aunque sean pocos en número, con ellos he sujetado más tierra que la tuya y desbaratado otros mayores señores que tú, poniéndolos debajo del señorío del Emperador, cuyo vasallo soy, el cual es señor de España y del universo mundo, y por su mandado venimos a conquistar esta tierra, porque todos vengáis en conocimiento de Dios y de su santa fe católica; y con la buena demanda que traemos permite Dios, criador del cielo y tierra y de todas las cosas criadas; y porque lo conocáis y salgáis de la bestialidad y vida diabólica en que vivís, que tan pocos como somos sujetamos tanta multitud de gente; y cuando hubiéredes visto el error en que habéis vivido, conoceréis el beneficio que recibís en haber venido nosotros a esta tierra por mandado de su majestad; y debes tener a buena ventura que no has sido desbaratado de gente cruel como vosotros sois, que no dais a ninguno; nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos, y no hacemos guerra sino a los que nos la hacen, y pudiéndolos destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos; que teniéndolo yo preso al cacique señor de la isla, lo dejé porque de allí adelante fuese bueno; y lo mismo hice con los caciques señores de Túmbez y Chilimasa y con otros, que teniéndolos en mi poder, siendo merecedores de la muerte, los perdoné. Y si tú fuiste preso, y tu gente desbaratada y muerta, fue porque venías con tan gran ejército contra nosotros, enviándote a rogar que vinieses de paz, y echaste en tierra el libro donde están las palabras de Dios, por esto permitió nuestro Señor que fuese abajada tu soberbia, y que ningún indio pudiese ofender a ningún cristiano (*Relación*, 333).

Atahualpa contesta a Pizarro tratando de justificarse y diciendo que sus consejeros lo han engañado, pues él quería venir de paz, mas sus consejeros, que ahora han muerto todos en la batalla, le instaron a que atacara a los españoles (*Relación*, 333). Jérez pasa a describir someramente la historia de la división del imperio inca hecha por Huayna Cápac, el emperador Inca, que entre sus cien hijos designó a Atahualpa rey de la región de Quito y a su heredero Huáscar, nombrado Cuzco como el padre, como rey de Cuzco, por ser hijo de la mujer legítima

(“Llaman mujer legítima a la más principal a quien más quiere el marido”, *Relación*, 335). Cuando murió, el Cuzco padre—Huayna Cápac—fue sepultado en Quito, pero su cabeza se llevó al Cuzco donde le erigieron un sepulcro todo cubierto de oro, un santuario muy reverenciado:

Y en esta ciudad hay otras veinte casas las paredes chapadas de una hoja delgada de oro por dentro y por fuera. Esta ciudad tiene muy ricos edificios; en ella tenía el Cuzco su tesoro, que eran tres bohíos llenos de piezas de oro y cinco de plata, y cien mil tejuelos de oro que había sacado de las minas; cada tejuelo pesa cincuenta castellanos; esto había habido del tributo de las tierras que había señoreado (*Relación*, 335).

Jérez parece tan absorto en describir la cantidad de metales preciosos hallados en el Perú que se aleja del tema principal—la prisión de Atahualpa—tema al que volverá más adelante en su obra. Por el momento su atención se concentra en las riquezas descubiertas por los españoles y en los recursos alimenticios de la región:

Adelante desta ciudad (el Cuzco) hay otra llamada Collao, donde hay un río que tiene mucha cantidad de oro; y camino de diez jornadas desta provincia de Caxamalca, en otra provincia que se dice Guaneso, hay otro río tan rico como éste. En todas estas provincias hay muchas minas de oro y plata. La plata sacan en la sierra con poco trabajo; que un indio saca en un día cinco o seis marcos, la cual sacan envuelta con plomo y estaño y piedra zufre, y después la apuran, y para sacarla pegan fuego a la sierra; y como se enciende la piedra zufre, cae la plata a pedazos; y en Guito (sic) y Chíncha hay las mayores minas. De aquí a la ciudad del Cuzco hay cuarenta jornadas de indios cargados, y la tierra es bien poblada. Chíncha está a medio camino, que es gran población. En toda esta hay mucho ganado de ovejas (llamas); muchas se hacen monteses, por no poder sostener tantas como se crían. Entre los españoles que con el Gobernador están se matan cada día ciento y cincuenta, y parece que ninguna falta hace ni harían en este valle aunque estuviesen un año en él. Y los indios generalmente las comen en toda esta tierra (*Relación*, 335).

Este excursus geográfico, agrícola y minero se interrumpe y el cronista vuelve al relato de Atahualpa que, en su prisión, cuenta el conflicto con el hermano Huáscar:

Y asimismo dijo Atabalipa que después de la muerte de su padre, él y su hermano el Cuzco estuvieron en paz siete años cada uno en la tierra que le dejó su padre; y podrá haber un año, poco más, que su hermano el Cuzco se levantó contra él con voluntad de tomarle su señorío, y después le envió a rogar Atabalipa que no le hiciese guerra, sino que se contentase con lo que su padre le había dejado; y el Cuzco no lo quiso hacer, y Atabalipa salió de su tierra, que se dice Guito, con la más gente de guerra que pudo, y vino a Tomepomba, donde hubo con su hermano una batalla, y mató Atabalipa más de mil hombres de la gente del Cuzco, y lo hizo

volver huyendo; y porque el pueblo Tomepomba se le puso en defensa, lo abrasó, y mató toda la gente dél, y quería asolar todos los pueblos de aquella comarca, y dejólo de hacer por seguir a su hermano; y el Cuzco se fue a su tierra huyendo, y Atabalipa vino conquistando con gran poder toda aquella tierra, y todos los pueblos se le daban, sabiendo la grandísima destrucción que había hecho en Tomepomba. Seis meses había que Atabalipa había enviado dos pajes suyos, muy valientes hombres, el uno llamado Quisques, y el otro Cheliachin, los cuales se fueron con cuarenta mil hombres sobre la ciudad de su hermano, y fueron ganando toda la tierra hasta aquella ciudad donde el Cuzco estaba, y se la tomaron, y mataron mucha gente, y prendieron su persona y le tomaron todo el tesoro de su padre, y luego lo hicieron saber a Atabalipa, y mandó que se lo enviasen preso, y tiene nueva que llegaron presto con mucho tesoro; y los capitanes se quedaron en aquella ciudad que habían conquistado, por guardar la ciudad y el tesoro que en ella había, y tenían diez mil hombres de guarnición, de los cuarenta mil que llevaron, y los otros treinta mil hombres fueron a descansar a sus casas con el despojo que habían habido, y todo lo que su hermano el Cuzco poseía tenía Atabalipa subjectado (*Relación*, 335).

Parece que Atahualpa planeaba asolar todos los pueblos de la comarca de Tomepomba, antes de caer prisionero de los españoles. Pensaba matar a todos sus habitantes y traer cuatro mil hombres casados y poblarla de nuevo. Es decir, que Atahualpa había planeado un verdadero genocidio que no se cumplió gracias a la derrota sufrida a manos de Pizarro. Después de relatar su conflicto con Huáscar, Atahualpa le promete a Pizarro entregarle mucho oro y plata. El conquistador le pide que le aclare la cantidad y la manera de la entrega:

Y porque Atabalipa temía que a “el mesmo matarían los españoles, dijo al Gobernador que daría para los españoles que le habían predicado mucha cantidad de oro y plata; el Gobernador le preguntó qué tanto daría y en qué término; Atabalipa dijo que daría de oro una sala que tenía veinte y dos pies en largo y diez y siete en ancho, llena hasta una raya blanca que está a la mitad del altor de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiría la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos, y otras piezas, y que de plata daría todo aquel bohío dos veces lleno, y que esto cumpliría dentro de dos meses. El Gobernador le dijo que despachase mensajeros por ello, y que cumpliendo lo que decía no tuviese ningún temor (*Relación*, 335).

Jérez relata esta transacción entre Atahualpa y Pizarro como si éste exigiera un rescate con el que garantizaría a Atahualpa su incolumidad física, pues el cronista pone como motivación de la oferta del rey derrotado su temor de que los españoles le maten. Esto, como veremos, ocurrirá de todas maneras, pero después de que Pizarro se adueñara del tesoro. La recolección del botín prometido por Atahualpa no será un negocio ni fácil, ni rápido. El tesoro, originalmente puesto en el Cuzco ha sido transportado a otros lugares; en parte se cree que está en un templo con un

ídolo muy reverenciado, una mezquita, como se refiere el cronista a los templos indios y como ya hemos visto que se refería Cortés en sus *Cartas de relación al emperador Carlos V*, donde relata la conquista de la Nueva España. Pero parte del tesoro parece haber sido recogido por Chilicuchima, un general de Atahualpa que ha reunido un ejército y espera órdenes de Atahualpa en Jauja. Pizarro decide encargar a su hermano Hernando de recobrar el tesoro y que prepare una expedición con este propósito. Hernando sale de Caxamalca el 5 de enero de 1533.

2). *El relato del veedor Miguel de Estete*

El relato de esta expedición está a cargo de un veedor, don Miguel Estete, que acompaña a Hernando en su viaje a Jauja. Hernando vuelve con el tesoro el 25 de mayo de 1533, pero parte del tesoro tarda en llegar hasta el 17 de junio del mismo año. Ese día Pizarro ordena que se funda todo el oro, lo cual está hecho por plateros indios que emplean en la fundición hasta el 25 de julio, día del Apóstol Santiago (*Relación*, 343). Es interesante el hecho que algunas semanas antes de la salida de Hernando Pizarro de Caxamalca, el 20 de diciembre, le había llegado al Gobernador Pizarro una carta en la que se le comunicaba el arribo de seis navíos al puerto de Cancebi, enviados para localizar a Pizarro. Entre los navíos había tres al mando de Diego de Almagro con ciento veinte hombres y ochenta y cuatro caballos. Al enterarse de su llegada, el gobernador había despachado mensajeros a Almagro para expresarle su alegría y avisarle que, llegados al pueblo de San Miguel, se saliesen a los caciques comarcanos que se encontraban en el camino a Caxamalca porque tenían abundancia de mantenimientos y que el gobernador Pizarro proveería con el oro fundido al pago del flete de los navíos que así podrían volver sin demora (*Relación*, 337).

Jérez nota que el 17 de junio de 1533 se juntó todo el oro que había llegado de Jauja y del Cuzco con Hernando Pizarro (*Relación*, 343). Como hemos visto, el oro y la plata se terminaron de fundir el día del Apóstol Santiago, es decir el 25 de julio de 1533 (*Relación*, 343). Después de fundir el metal se le dio garrote a Atahualpa, o sea entre el 26 de julio y antes del período de septiembre a primeros de diciembre, ya que el cronista fecha en el 5 de diciembre de 1533 la llegada a Sevilla del primero de cuatro barcos con el quinto de la corona sacado del oro de Atahualpa (*Relación*, 345). Considerando que la travesía desde Nombre de Dios en Panamá a Sevilla debía durar entre cincuenta y sesenta días, y que Pizarro debió ajusticiar a Atahualpa antes de embarcar el quinto de la Corona, el suplicio por garrote del rey Inca debió ocurrir a fines de julio o primeros de agosto. Esto hace

de la ejecución de Atahualpa un verdadero asesinato, pues, para librarse de mantener la palabra dada al rey inca, Pizarro prefirió eliminarlo.

La relación de Jérez y la del veedor que fue con Hernando Pizarro, y que está incorporada dentro de la primera, contienen datos interesantes sobre el valor calculado en castellanos y en maravedís. Otro dato importante de ambas relaciones son las cantidades repartidas después de separar el quinto para la corona. Todos los españoles tenían tanto oro que hubo en Caxamalca una inflación tal de precios que los cronistas pensaron en hacer comparaciones. El veedor Miguel Estete describe un templo indio, al que llama mezquita, localizado en Pacalcami con el tesoro y que contenía un ídolo al que los cacique traían tributos en oro. La mayor parte del tesoro de Atahualpa había sido substraído por Chilicuchima, general de Atahualpa que había conquistado para su señor más de seicientos leguas de territorio y que, por temor a Hernando Pizarro, se había retraído a una región de sierras muy altas. Para alcanzarlo, Hernando debe atravesar regiones con nieve que llega a las cinchas de los caballos. En una ocasión, en el pueblo de Pomba, Hernando Pizarro descubre ciento cincuenta arrobas¹⁵ de oro enviadas por Chilicuchima que se ha retirado a Jauja y allí espera a Hernando. Los dos jefes se encuentran en Jauja el 17 de marzo de 1533. Chilicuchima le entrega el tesoro a Hernando. El 18 de marzo, ambos jefes juntos salen para Caxamalca donde llegan juntos el 25 de mayo de 1533, después de una expedición de unos ocho meses. Con la llegada de los dos jefes el veedor concluye su relación: “La cual dicha relación, yo Miguel de Estete, veedor que fui en el viaje que el dicho capitán Hernando Pizarro hizo, trujo de todo lo susodicho, de la manera que sucedió. Miguel Estete” (*Relación*, 343).

3). *La inflación causada por el oro*

En la segunda parte de su *Relación*, Jérez, después de reafirmar algunos detalles del tesoro, como las 700 planchas de oro sacadas de una casa de Cuzco, de un trono de oro macizo de ocho arrobas de peso y de una grey de llamas con sus pastores, todo esculpido en oro y de tamaño natural, indica el reparto que Pizarro hizo después de fundir todo el oro. La gran cantidad de oro produjo una gran inflación. Para dar una idea de la misma, el cronista indica el precio de algunas cosas de primera necesidad: “Un caballo se vendió por mil y quinientos pesos, y otros tres mil y trecientos. El precio común dellos era dos mil y quinientos, y no se hallaban a este precio” (*Relación*, 344). En otra parte dice: “La cosa llegó a que si uno debía a otro algo le daba de un pedazo de oro a bulto sin lo pesar, y aunque le diese el doble de lo que le debía no se le daba nada, y de casa en casa andan los que debían

¹⁵ Una arroba se equivale a 11,5 kgs.

con un indio cargado de oro buscando a los acreedores para pagar lo que debían” (*Relación*, 344). Jérez nos cuenta cómo se ejecutó a Atahualpa. Le llegan a Pizarro acusaciones contra el rey Inca que desde su cárcel está conspirando para reunir un ejército y dar en los cristianos:

Sabido todo esto por el Gobernador, mandó poner mucho recaudo en el real, y que todos los de caballo rondasen toda la noche (...). Luego el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de su majestad y de los capitanes y personas de experiencia, sentenció a muerte a Atahualpa, y mandó por su sentencia, por la traición por él cometida, que muriese quemado si no se tornase cristiano, por la seguridad de los cristianos y por el bien de toda la tierra y conquista y pacificación della; porque, muerto Atabalipa, luego desbarataría toda aquella gente, y no ternían tanto ánimo para ofender y hacer lo que les había enviado a mandar. Y así, lo sacaron a hacer dél justicia; y llevándolo a la plaza, dijo que quería ser cristiano. Luego lo hicieron saber al Gobernador, y dijo que lo bautizasen; y bautizolo el muy reverendo padre fray Vicente de Valverde, que lo iba esforzando. El Gobernador mandó que no lo quemasen, sino que lo ahogasen atado a un palo en la plaza, y así fue hecho (*Relación*, 344-345).

Poco menos de un año después, el cronista y secretario de Francisco Pizarro volvió a España, en una de las cuatro naves que traían el quinto que le correspondía a la corona del tesoro de Atahualpa:

La una de las dos naos postreras que llegaron (en la cual vino por maestre Francisco Rodríguez) es de Francisco de Jérez, natural desta ciudad de Sevilla, el cual escribió esta relación por mandado del gobernador Francisco Pizarro, estando en la provincia de la Nueva Castilla, en la ciudad de Caxamalca por secretario del señor Gobernador (*Relación*, 346).

Al final de su crónica, Jérez compuso unas estrofas décimas octosilábicas de rima consonántica encadenada, de las que cito algunos versos:

Oh cesárea majestad, // Emperador, rey de España // Y de la gran tierra extraña
// Nueva, y de mas cantidad, // Que el gran Océano baña; // Invicto, semper
augusto, // Suplico no os dé mal gusto // El poner ejemplo en vos // Cómo pocas
veces Dios // Favoresce sino al justo // (...) ¿Queréis ver qué tales son // Solos
vuestros castellanos? // Digan franceses, romanos, // Moros y cualquier nación, //
Cuáles quedan de sus manos. // Ningún señor tiene gente // Tan robusta y tan
valiente, // Cristiano, gentil ni moro; // Y este es el cierto tesoro // Para ser el rey
potente. // Aventurando sus vidas // Han hecho lo no pensado, // Hallar lo nunca
hallado, // Ganar tierras no sabidas, // Enriquecer vuestro estado, // Ganaros tantas
partidas // De gentes antes no oídas, // Y también, como se ha visto, // Hacer
convertirse a Cristo // Tantas ánimas perdidas (*Relación*, 347).

Con estos versos Jérez concluía su crónica, documento esencial de la hazaña de su jefe, Francisco Pizarro, el Adelantado y Gobernador de la Nueva Castilla.

B). La Crónica del Perú¹⁶ de Pedro de Cieza de León: el Diario de navegación

Una de las razones que justifican la inclusión de la *Crónica del Perú* de Pedro de Cieza de León, es que esta obra es la primera que describe distancias y alturas de la costa del Pacífico, o Mar del Sur, como entonces se llamaba. A cada puerto y a cada ensenada corresponden los grados de latitud, constituyéndose su autor en el primer cronista geógrafo de la costa occidental del hemisferio meridional del Nuevo Mundo. Esta capacidad de Cieza para evaluar y definir las características topográficas y orográficas del perímetro costero de ese continente, del que describe en detalle el potencial económico, no descuidando un recuento detallado de la habilidad artesanal, de la capacidad e industria que los incas desplegaron en la construcción de caminos y puentes, calzadas y acequias, proyectan una visión imaginada de esta colonia hispánica, con repercusiones beneficiosas para la madre patria España. Nadie mejor de este corregidor y viajero había logrado presentar un recuento detallado del valor que los artesanos, ingenieros y artífices del Perú aportaron al fomento de una sociedad hispánica que podía asumir la dirección de los negocios de la Nueva Castilla, después de la vieja y ya rancia encomienda, culpable de la involución de la colonia, limitada por esta legislación anticuada a la explotación de la tierra y responsable del genocidio. Cieza vio claramente y más de una vez protestó contra la encomienda, presentando al mismo tiempo un potencial desarrollo económico pacífico y laborioso, o sea, un programa estructurado según principios legales y morales que algunos conquistadores no querían entender, por temor de perder su supremacía guerrera y militar, sin darse cuenta que en España, a la caballería villana de la alta edad media que había dado una contribución determinante a la reconquista, había sucedido la burguesía de banqueros y comerciantes, responsables del crecimiento económico sin el cual, entre otras ventajas, no habría habido escuelas de navegación, ni flotas atlánticas.

“Por tanto mi parecer es que los conquistadores y pobladores destas partes no se les vaya el tiempo en contar de batallas y alcances; entiendan en plantar y sembrar, que es lo que aprovechará más” (*Crónica*, 451). Esta cita representa el realismo

¹⁶ Véase la *Crónica del Perú*, en *Historiadores primitivos de Indias*, editor Don Enrique de Vedia, II, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1947. Referencias a la obra de Cieza de León, con la abreviación *Crónica*, seguida del número de páginas entre paréntesis. La obra de Cieza de León se imprimió en Sevilla en 1553 por los tipos del editor Martín de Montedoca.

con el que este capitán del adelantado Belalcázar, fue, además de conquistador, acaso el cronista que, antes y mejor que otros, entendió que a la conquista y población, debía seguir el desarrollo del Nuevo Occidente. Nació probablemente en la vecindad de Sevilla en 1518. A los 13 años viajó al Nuevo Occidente, probablemente en la región de Cartagena, donde él mismo afirma haber estado, como dice en la dedicatoria al rey Felipe II: “determiné tomar esta empresa de escribir las cosas del memorable y gran reino del Perú, al cual pasé por tierra desde la provincia de Cartagena, adonde, y en la de Popayán, yo estuve muchos años.” (*Crónica*, 249) En la misma dedicatoria el autor alude a la extensión de la región denominada Perú y a la documentación en que se fundamenta su crónica:

¿quién podrá contar los nunca oídos trabajos que no pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado? ¿Quién pensará o podrá afirmar los inopinados casos que en las guerras y descubrimientos de mil y seiscientas leguas de tierra les han sucedido: las hambres, sed, muertes, temores y cansancio? De todo esto hay tanto que decir, que a todo escritor cansara en lo escribir. Por esta causa, de lo más importante dello, muy poderoso Señor, he hecho y copiado esta historia de lo que yo vi y traté, y por informaciones ciertas de personas de fe pude alcanzar. Y no tuviera atrevimiento de ponerla en juicio de la contrariedad del mundo, si no estuviera esperanza que vuestra alteza, como cosa suya, la ilustrará, amparará y defenderá de tal suerte, que por todo él libremente ose andar; porque muchos escritores ha habido que con este temor buscan príncipes de gran valor a quien dirigir sus obras, y de algunas no hay quien diga haber visto lo que tratan, por ser lo más fantasiado, y cosa que nunca fue. Lo que yo aquí escribo son verdades y cosas de importancia, provechosas, muy gustosas, y en nuestros tiempos acaecidas, y dirigidas al mayor y más poderoso príncipe del mundo, que es a vuestra alteza. Temeridad parece intentar un hombre de tan pocas letras lo que otros de muchas no osaron, mayormente estando tan ocupado en las cosas de la guerra; pues muchas veces cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo. Mas ni esto, ni las asperezas de tierras, montañas y ríos ya dichos, intolerables hambres y necesidades, nunca bastaron para estorbar mis dos oficios de escribir y seguir a mi bandera y capitán sin hacer falta. Por haber escrito esta obra con tantos trabajos, y dirigirla a vuestra alteza, me parece debería bastar para que los lectores me perdonasen las faltas que en ella a su juicio habrá. Y si ellos no perdonaren, a mí me basta haber escrito lo cierto; porque esto es lo que mas he procurado, porque mucho de lo que escribo vi por mis ojos estando presente, y anduve muchas tierras y provincias por ver lo mejor; y lo que no vi trabajé de me informar de personas de gran crédito, cristianos y indios (*Crónica*, 349-350).

En el *Proemio*, el cronista explica algunas de las razones que le persuadieron a escribir su obra:

La primera [razón], ver que en todas las partes por donde yo andaba ninguno se ocupaba en escribir nada de lo que pasaba (...). La segunda,

considerando que, pues nosotros y estos indios todos, todos traemos origen de nuestros antiguos padres Adán y Eva, y que por todos los hombres el Hijo de Dios descendió de los cielos a la tierra, y vestido de nuestra humanidad, recibió cruel muerte de cruz para nos redimir y hacer libres del poder del demonio (...) era justo que por el mundo se supiese en qué manera tanta multitud de gente como destos indios había fue reducida al gremio de la santa madre Iglesia, con trabajo de españoles; que fue tanto, que otra nación alguna de todo el universo no los pudiera sufrir. Y así los eligió Dios para una cosa tan grande, más que a otra nación alguna (...). Y para que, notando, por el consiguiente, cómo otros no pocos [españoles] se extremaron en cometer traiciones, tiranías, robos y otros yerros, tomando ejemplo en ellos y en los famosos castigos que se hicieron, sirvan bien y lealmente a sus reyes y señores naturales (*Crónica*, 350-351).

En este proemio notamos dos cosas, ambas que podríamos calificar como tradicionales de la historia reciente en el teatro político y militar peninsular, y ambas firmemente ancladas en la Reconquista: primero, la misión que, a través de la Reconquista, se apareja a las cruzadas y que hace de los conquistadores en realidad reconquistadores, portadores de la verdad del evangelio y el medio por que millones de almas se salvan de la perversión y dominio del demonio y, segundo, la consciencia que el cronista exhibe de que el pueblo español, es el pueblo elegido por Dios para salvar el Nuevo Occidente de la damnación eterna, una idea que le llega al cronista de la herencia del Antiguo Testamento. Sobre estos dos ejes teológicos y temáticos Cieza de León, más que su predecesor Francisco de Jérez, fundamenta su obra. Hay otro aspecto importante de la *Crónica* de Cieza de León y se refiere a su dimensión económica. Como veremos, su descripción detallada de las riquezas del Perú, de la variedad de árboles, frutas y cereales, de los animales, aves y peces comestibles, proyectan un cuadro invitante que en las intenciones del cronista debía servir de acicate a los colonos españoles que podían ver un futuro de abundancia y hasta de prosperidad en las nuevas tierras al sur de la equinocial. Como veremos, y como ya hemos visto para la Nueva España, los enemigos de España también utilizaron las descripciones que Cieza de León consignó en su rica y fascinante *Crónica*. Una observación habría que hacer por lo que respecta a la disponibilidad que Cieza de León muestra en recoger noticias de fuentes orales, españolas e indias, un método que ya hemos visto aplicado en las crónicas de la Nueva España.¹⁷

¹⁷ Véase “Textos Fundacionales de América VII: las dos Repúblicas”, en *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica*, N. 42, Madrid, FUE, 2016, pp. 183-416.

a) El diario de la navegación

1). Desde Panamá hasta el marquesado de Don Francisco Pizarro

Varios capítulos, al comienzo de la obra, están dedicados a mediciones de distancias entre puertos, ensenadas y cabos, es decir, que documentan la exploración que el cronista hizo, navegando, no solamente por ríos y lagos, sino a lo largo de toda la costa del Nuevo Occidente que se asoma sobre el océano Pacífico, o mar del Sur, como se llamaba en la época de Cieza de León, desde Panamá a los puertos del Perú y a Chile, estableciendo los grados de latitud sobre las cartas de navegación. Este interés geográfico tuvo una importancia estratégica, como se puede apreciar por la inclusión, además de las distancias y el tiempo necesario para recorrerlas, del calendario a seguir para decidir la navegación desde Panamá al estrecho de Magallanes y desde el estrecho a Panamá:

Por tanto, en este capítulo quiero dar a entender a los que esta obra leyeren la manera del navegar por los rumbos y grados que en el camino de mar hay de la ciudad de Panamá al Perú. Donde digo que el navegar de Panamá para el Perú es por el mes de enero, febrero y marzo, porque en este tiempo hay siempre grandes brisas y no reinan los vendavales, y las naos con brevedad allegan adonde van, antes que reine otro viento, que es el sur, el cual gran parte del año corre en la costa del Perú; y así, antes que viene el sur, las naos acaban su navegación. También pueden salir por agosto y setiembre, mas no van tan bien como en el tiempo ya dicho. Si fuera destes meses algunas naos partieren de Panamá, irán con trabajo, y aun harán mala navegación y muy larga; y así, muchas naos arriban sin poder tomar la costa. El viento sur, y no otro, reina mucho tiempo, como dicho he, en las provincias del Perú desde Chile hasta cerca de Túmbez; el cual es provechoso para venir del Perú a la Tierra Firme, Nicaragua y otras partes; mas para ir es dificultoso. Saliendo de Panamá, los navíos van a reconocer las islas que llaman de las Perlas, las cuales están en ocho grados escasos a la parte de sur. Serán estas islas hasta veinte y cinco o treinta, pegadas a una que es la mayor de todas. Solían ser pobladas de naturales, mas en este tiempo ya no hay ninguno. Los que son señores dellas tienen negros y indios de Nicaragua y Cubagua, que les guardan los ganados y siembran las sementeras, porque son fértiles. Sin esto, se han sacado gran cantidad de perlas ricas, por lo cual les quedó el nombre de islas de las Perlas. Destas islas van a reconocer a la punta de Carachine, que está dellas diez leguas noroeste sueste con la isla Grande. Los que llegaren a este cabo verán ser la tierra alta y montañosa; está en siete grados y un tercio. Desta punta corre la costa a puerto de Piñas al sudeste cuarta del sur, y está della ocho leguas, en seis grados y un cuarto. Es tierra alta, de grandes breñas y montañas; junto a la mar hay grandes pinales, por lo cual le llaman puerto de Piñas; desde donde vuelve la costa al surcuarta de sudeste hasta cabo de Corrientes, el cual sale a la mar y es angosto. Y prosiguiendo el camino por el rumbo ya dicho, se va hasta llegar a la isla que llaman de Palmas, por los grandes palmares que en ella hay; terná en contorno poco más de legua y media; hay en ella ríos de buen agua, y solía ser

poblada. Está de cabo de Corrientes veinte y cinco leguas y en cuatro grados y un tercio. Desta isla corre la costa por el mismo rumbo hasta llegar a la bahía de la Buena ventura, y está de la isla tres leguas, poco más; junto a la bahía, la cual es muy grande, está un peñol o farallón alto; está la entrada de la bahía en tres grados y dos tercios; toda aquella parte está llena de grandes montañas, y salen a la mar muchos y muy grandes ríos, que nacen en la sierra; por el uno dellos entran las naos hasta llegar al pueblo o puerto de la Buena Ventura. Y el piloto que entrare ha de saber bien el río, y si no, pasará gran trabajo, como lo he pasado yo y otros muchos, por llevar pilotos nuevos. Desta bahía corre la costa al este cuarta del sureste hasta la isla que llaman de la Gorgona, la cual está de la bahía veinte y cinco leguas. La costa que corre en este término es baja, llena de manglares y otras montañas bravas. Salen a la costa muchos ríos grandes, y entre ellos, el mayor y más poderoso es el río de San Juan, el cual es poblado de gentes bárbaras, y tienen las casas armadas en grandes horcones a manera de barbacoas o tablados, y allí viven muchos moradores, por ser los caneyes o casas largas y muy anchas. Son muy riquísimos estos indios de oro, y la tierra que tienen muy fértil, y los ríos llevan abundancia deste metal; mas es tan fragosa y llena de paludes o lagunas, que por ninguna manera se puede conquistar, sino es a costa de mucha gente y con gran trabajo. La isla de la Gorgona es alta, y adonde jamás deja de llover y tronar, que parece que los elementos unos con otros combaten. Terná dos leguas de contorno, llena de montañas; hay arroyos de buen agua y muy dulce, y en los árboles se ven muchas pavas, faisanes y gatos pintados y grandes culebras, y otras aves nocturnas; parece que nunca fue poblada. Aquí estuvo el marqués don Francisco Pizarro con trece cristianos españoles, compañeros suyos, que fueron los descubridores desta tierra, que llamamos Perú. Muchos días ellos y el Gobernador pasaron grandes trabajos y hambres, hasta que enteramente Dios fue servido que descubriese las provincias del Perú. Esta isla de la Gorgona está en tres grados; della corre la costa al oes-sudueste hasta la isla del Gallo, y toda esta costa es baja y montañosa y salen a ella muchos ríos. Es la isla del Gallo pequeña, terna de contorno casi una legua, hace unas barrancas bermejas en la misma costa de Tierra-Firme a ella; está en dos grados de la Equinocial. De aquí vuelve la costa al sudueste hasta la punta que llaman de manglares, la cual está en otros dos grados escasos, y hay de la isla a la punta ocho leguas, poco más o menos. La costa es baja, montañosa, y salen a la mar algunos ríos, los cuales la tierra dentro están poblados de las gentes que dije que hay en el río de San Juan. De aquí corre la costa al sudueste hasta la bahía que llaman de Santiago, y hácese una grande ensenada, donde hay un ancón que nombran de Sardinias; está en el grande y furioso río de Santiago, que es de donde nace la gobernación del marqués don Francisco Pizarro. Está quince leguas la bahía de Punta de Manglares, y acaece las naos tener la proa en ochenta brazas y estar la popa zabordada en tierra, y también acontece ir en dos brazas y dará luego en más de quince; lo cual hace la furia del río; mas, aunque hay estos bancos, no son peligrosos ni dejan las naos de entrar y salir a su voluntad. Está la bahía de San Mateo en un grado largo; della van corriendo al oeste en demanda del cabo de San Francisco, que está de la bahía diez leguas. Está este cabo en tierra alta, y junto a él se hacen unas barrancas bermejas y blancas, también altas, y está este cabo de San Francisco, en un grado a la parte del norte desde la Equinocial. Entre estos dos cabos o puntas salen a la mar cuatro

ríos muy grandes, a los cuales llaman los Quiximíes; hácese un puerto razonable, donde las naos toman agua muy buena y leña. Hácense del cabo de Passáos a la Tierra-Firme unas sierras altas que dice de Quaue; el cabo es una tierra no muy baja, y vense unas barrancas como las pasadas (*Crónica*, 356-357).

Establece el cronista, entre otras cosas, la latitud del marquesado de Francisco Pizarro, que comenzaría en las orillas del río de Santiago, cerca de la bahía de San Mateo que Cieza de León ubica en un grado largo Lat. N. Esta referencia histórica y geográfica concluye el capítulo III de la *Crónica*. Los dos capítulos que siguen, el IV y V, contienen más información sobre puertos, ensenadas, ríos y villas, hasta llegar al estrecho de Magallanes, y forman un diario de navegación que refleja la exploración de la costa del Pacífico por parte de Cieza de León, información que, como sabemos, se publicó en Sevilla en 1553, es decir unos veinte y cinco años antes que Francis Drake, navegando por el estrecho que lleva su nombre, al sur del estrecho de Magallanes, devastara con sus ataques esos mismos lugares para hacerse del oro y de la plata que salía de las minas y, sobre todo, para lograr el control de la nueva ruta a las riquezas del Perú.

2). Desde el marquesado de Francisco Pizarro al Callao

Al término de nuestro recorrido siguiendo el itinerario de Cieza de León, fielmente consignado en su diario de navegación en los primeros capítulos de su *Crónica*, haremos una comparación con la navegación del famoso pirata inglés, Sir Francis Drake, del que ya hemos adelantado la fecha de su ataque a la costa peruana en 1578, unos veinte y cinco años después de la primera edición de la *Crónica* en Sevilla en 1553. A principios del capítulo IV, el cronista continúa su relato, partiendo del último puerto mencionado, el de los Quiximíes, en el Ecuador actual, hasta alcanzar la costa del puerto del Callao, o sea, del puerto de la ciudad de los Reyes.¹⁸ En este capítulo, el itinerario descripto por el cronista navegador comienza en el paralelo localizado en un grado de Lat. N:

Declarado he, aunque brevemente, de la manera que se navega por este mar del Sur hasta llegar al puerto de los Quiximíes, que ya es tierra del Perú; y agora será bien proseguir la derrota hasta llegar a la ciudad de los Reyes. Saliendo pues de cabo de Passaos, va la costa al sur cuarta del sudeste hasta llegar al Puerto-Viejo, y antes de llegar a él está la bahía que dicen de los Caraques, en la cual entran las naos sin ningún peligro; y es tal, que pueden dar en él carena a navíos aunque fuesen de mil toneles. Tiene buena entrada y salida, excepto que en medio de la forma que se hace de la bahía están unas rocas o isla de peñas; mas por cualquier

¹⁸ Zárate, en su *Historia del Perú*, explica este nombre, con el que se conocía la ciudad de Lima, por haber sido fundada el día de la Epifanía (*Historia*, 467).

parte pueden entrar y salir las naos sin peligro alguno, porque no tiene más recuesta de la que ven por los ojos. Junto a Puerto-Viejo, dos leguas la tierra adentro, está la ciudad de Santiago, y un monte redondo al sur, otras dos leguas, al cual llaman Monte-Cristo; está Puerto-Viejo a un grado de la Equinocial a la parte del sur. Más adelante, por la misma derrota a la parte del sur cinco leguas, está el cabo de San Lorenzo, y tres leguas dél al sudueste está la isla que llaman de la Plata, la cual terná en circuito legua y media, donde en los tiempos antiguos solían tener los indios naturales de la Tierra-Firme sus sacrificios, y mataban muchos corderos y ovejas y algunos niños, y ofrecían la sangre dellos a sus ídolos diablos, la figura de los cuales tienen en piedras adonde adoraban. Viniendo descubriendo el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros, dieron en esta isla, y hallaron alguna plata y joyas de oro, y muchas mantas y camisetas de lana muy pintadas y galanas; desde aquel tiempo hasta agora se le quedó por lo dicho el nombre que tiene de isla de Plata. El cabo de San Lorenzo está en un grado a la parte del sur. Volviendo al camino, digo que va prosiguiendo la costa al sur cuarta del sudueste hasta la punta de Santa Elena; antes de llegar a esta punta hay dos puertos; el uno se dice Callo, y el otro Zalango, donde las naos surgen y toman agua y leña. Hay del cabo de San Lorenzo a la punta de Santa Elena quince leguas, y está en dos grados largos; hácese una ensenada de la punta a la parte del norte, que es buen puerto. Un tiro de ballesta dél está una fuente, donde nace y mana gran cantidad de un betún, que parece pez natural y alquitrán; salen desto cuatro o cinco ojos. Desto, y de los pozos que hicieron los gigantes en esta punta, y lo que cuentan dellos, que es cosa de oír, se tratará adelante (*Crónica*, 357).

Hasta aquí el cronista se ha detenido en lo que es el actual Ecuador septentrional. En lo que sigue describe lo que será el golfo de Guyaquil, siempre en el Ecuador actual que en la época del cronista hacía parte del marquesado de Don Francisco Pizarro, con sus dos islas Puná y Santa Clara:

Destá punta de Santa Elena van al río de Túmbez, que está della veinte y cinco leguas, está la punta con el río al sur cuarta al sudueste; entre el río y la punta se hace otra gran ensenada. Al nordeste del río de Túmbez está una isla, que terná de contorno más de diez leguas, y ha sido riquísima y muy poblada; tanto, que competían los naturales con los de Túmbez y con otros de la Tierra-Firme, y se dieron entre unos y otros muchas batallas y hubo grandes guerras; y con el tiempo, y con la que tuvieron con los españoles, han venido en gran disminución. Es la isla muy fértil y abundante y llena de árboles; es de su majestad. Hay fama que de antiguamente está enterrado en ella gran suma de oro y plata en sus adoratorios. Cuentan los indios que hoy son vivos que usaban los moradores desta isla grandes religiones, y eran dados a mirar en agüeros y en otros abusos, y que eran muy viciosos; y aunque sobre todo muchos dellos usaban el pecado abominable de la sodomía, dormían con sus hermanas carnales, y hacían otros grandes pecados. Cerca desta isla de la Puná está otra más metida en la mar, llamada Santa Clara; no hay ni hubo en ella población ni agua ni leña; pero los antiguos de la Puná tenían en esta isla enterramientos de sus padres y hacían sacrificios; y había puesto en las alturas donde tenían sus aras gran suma de oro y plata y fina ropa, dedicado

y ofrecido todo al servicio de su Dios. Entrados los españoles en la tierra, lo pusieron en tal parte (a lo que cuentan algunos indios), que no se puede saber dónde está. El río de Tumbéz es muy poblado y en los tiempos pasados lo era mucho más. Cerca dél solía estar una fortaleza muy fuerte y de linda obra, hecha por los ingas, reyes del Cuzco y señores de todo el Perú; en la cual tenían grandes tesoros, y había templo del sol y casa de mamacomas, que quiere decir mujeres principales vírgines, dedicadas al servicio del templo; las cuales casi al uso que tenían en Roma las vírgines vestales vivían y estaban (...). Ya está el edificio desta fortaleza muy gastado y deshecho, mas no para que deje de dar muestra de lo mucho que fue. La boca del río de Tumbéz está en cuatro grados al sur; de allí corre la costa hasta Cabo-Blanco al susudueste; del cabo al río hay quince leguas, y está en tres grados y medio, de donde vuelve la costa al sur hasta isla de Lobos. Entre Cabo-Blanco y isla de Lobos está una punta que llaman de Parina, y sale a la mar casi tanto como el cabo que hemos pasado; desta punta vuelve la costa al sudueste hasta Paita (*Crónica*, 357-358).

Nótese el estilo del cronista, que se refiere al Cabo-Blanco como “el cabo que hemos pasado”, dando la impresión del viajero que está observando el paisaje que transcurre delante de sus ojos, como si fuera una película documental. Este detalle, que revela de modo claro y evidente, la intención artística del cronista, constituye un momento, pero su inspiración es el continuum crítico e histórico de la *Crónica*: revelar los detalles logísticos de la costa más rica en el mundo de oro, plata y piedras preciosas y, con ello, facilitar la llegada de hombres y medios desde España. Veremos que además que a los españoles, la labor de Cieza posiblemente facilitó el ataque de los piratas y corsarios ingleses, que compartían sus ganancias con la corona inglesa que los protegía. El resto del capítulo IV y el V, continúa el relieve detallado de puertos, ensenadas, golfos y cabos con los respectivos grados de latitud:

La costa de Tumbéz para delante es sin montañas, y si hay algunas sierras son peladas, llenas de rocas y peñas; lo demás todo es arenales, y salen a la mar pocos ríos. El Puerto de Paita está de la punta pasadas ocho leguas, poco más; Paita es muy buen puerto, donde las naos limpian y dan cebo; es la principal escala de todo el Perú y de todas las naos que vienen a él. Está este puerto de Paita en cinco grados [de Lat. S.]; de la isla de Lobos (que ya dijimos) córrese leste oeste hasta llegar a ella, que estará cuatro leguas; y de allí, prosiguiendo la costa al sur, se va hasta llegar a la punta de Aguja. Entre medias de la isla de Lobos y punta de Aguja se hace una grande ensenada, y tiene gran abrigo para reparar las naos; está la punta del Aguja en seis grados; al sur della se ven dos islas que se llaman de Lobos-Marinos, por la gran cantidad que hay dellos. Norte sur con la punta está la primera isla, apartada de Tierra-Firme cuatro leguas; pueden pasar todas las naos por entre la tierra y ella. La otra isla, más forana, está doce leguas desta primera, y en siete grados escasos. De punta de Aguja vuelve la costa al su-sudueste hasta el puerto que dicen de Casma. De la isla primera se corre norueste sudueste hasta Mal-Abrigo, que es un puerto que solamente con bonanza pueden las naos tomar puerto y lo que les conviene para su navegación. Diez leguas más adelante está el

arrecife que dicen de Trujillo; es mal puerto, y no tiene más abrigo que el que hacen las boyas de las anclas; algunas veces toman allí refresco las naos; dos leguas la tierra dentro está la ciudad de Trujillo. Deste puerto, que está en siete grados y dos tercios, se va al puerto de Guanape, que está siete leguas de la ciudad de Trujillo, en ocho grados y un tercio. Más adelante al sur está el puerto de Santa, en el cual entran los navíos, y está junto a él un gran río y de muy sabrosa agua; la costa toda es sin montaña (como dije atrás), arenales y sierras peladas de grandes rocas y piedras; está Santa en nueve grados. Más adelante, a la parte del sur, está un puerto cinco leguas de aquí, que ha por nombre Ferrol, muy seguro, mas no tiene ni agua ni leña. Seis leguas adelante está el puerto de Casma, adonde también hay otro río y mucha leña, do los navíos toman siempre refresco; está en diez grados.¹⁹ De Casma corre la costa al sur hasta los farallones que dicen de Guabra; mas adelante está Guarmey, por donde corre un río, de donde se va por la misma derrota hasta llegar a la Barranca, que está de aquí veinte leguas a la parte del sur. Más adelante seis leguas está el puerto de Guaura, donde las naos pueden tomar toda la cantidad de sal que quisieren; porque hay tanta que bastaría a proveer a Italia y a toda España, y aun no la acabarían, según es mucha. Cuatro leguas más adelante están los farallones; córrese de la punta que hace la tierra con ellos nordeste sudueste; ocho leguas en la mar está el farallón más forano; y están estos farallones en ocho grados y un tercio. De allí vuelve la costa al sueste hasta la isla de Lima; a medio camino, algo más cerca de Lima que de los farallones, está una baja que ha por nombre Salmerina, la cual está de tierra nueve o diez leguas. Esta isla hace abrigo al Callao, que es el puerto de la ciudad de los Reyes; y con este abrigo que da la isla está el puerto muy seguro, y así lo están las naos. El Callao, que, como digo, es el puerto de la ciudad de los Reyes, está en doce grados y un tercio [Lat. S.] (*Crónica*, 358).

Estos siete grados, o poco más de Latitud Sur, desde Túmbez hasta el puerto del Callao, o sea, desde Paita que está en cinco grados hasta el Callao, que está a poco más de doce grados, incluyen una costa llena de puertos, ensenadas e islas. De todo nos da Cieza un descripción detallada. La Tierra-Firme no muestra montañas y su consistencia es en general arenosa, con grandes salinas. Notables son los farallones que el cronista nota mar adentro.

3). *Desde el Callao a Chile*

El capítulo siguiente, el V, comienza con la reafirmación de la verdad de la descripción por parte del cronista que declara haber visto todo con sus propios ojos y, utilizando los conocimientos de pilotos, ha anotado los grados y la latitud:

¹⁹ La latitud de Casma es 9° 30' S; es decir, que ya desde 1553, fecha de publicación de la *Crónica* de Cieza de León, un pirata como Francis Drake, nacido alrededor de 1540-1544, pudo enterarse de estas referencias geográficas. Es muy probable que Drake, antes de 1577, fecha de su primera exploración de la costa sudamericana sobre el Pacífico, había estudiado los datos ofrecidos por Cieza.

En la mayor parte de los puertos y ríos que he declarado he yo estado, y con mucho trabajo he procurado investigar la verdad de lo que cuento, y lo he comunicado con pilotos diestros y expertos en la navegación destas partes, y en mi presencia han tomado el altura; y por ser cierto y verdadero lo escribo (*Crónica*, 358).

Después de esta declaración para sufragar la verdad de sus afirmaciones y observaciones, el cronista continúa su diario:

Prosiguiendo adelante en este capítulo [quinto], daré noticia de los más puertos y ríos que hay en la costa desde este puerto de Lima hasta llegar a las provincias de Chile, porque de lo del estrecho de Magallanes no podré hacer cumplida relación, por haber perdido una copiosa relación que tube de un piloto de los que vinieron en una de las naos que envió el obispo de Plasencia. Digo pues que, saliendo las naos del puerto de la ciudad de los Reyes, van corriendo al sur hasta llegar al puerto de Sangalla, el cual es muy bueno, y al principio se tuvo por cierto que la ciudad de los Reyes se fundara cerca dél; el cual está della treinta y cinco leguas, y en catorce grados escasos de la Equinocial a la parte del sur. Junto a este puerto de Sangalla hay una isla que llaman de Lobos-Marinos. Toda la costa de aquí adelante es baja, aunque a algunas partes hay sierras de rocas peladas, y todo arenales muy espesos; en los cuales nunca jamás creo llovió ni agora llueve, ni cae más de un pequeño rocío, como adelante trataré deste admirable secreto de naturaleza. Cerca desta isla de lobos hay otras siete u ocho isletas pequeñas, las cuales están en triángulo unas de otras; algunas dellas son altas, y otras bajas, despobladas, sin tener agua ni leña ni árbol ni yerba ni otra cosa, sino lobos marinos y arenales no poco grandes. Solían los indios, según ellos mismos dicen, ir de la Tierra-Firme hacer en ellas sus sacrificios; y aun se presume que hay enterrados grandes tesoros. Estarán de la Tierra-Firme estas isletas poco más de cuatro leguas. Mas adelante, por el rumbo ya dicho, está otra isla que también llaman de Lobos, por los muchos que en ella hay, y está en catorce grados y un tercio. Desta isla van prosiguiendo el viaje de la navegación, corriendo la costa al sudueste cuarta el sur. Y después de haber andado doce leguas más delante de la isla, se allega a un promontorio que nombran de la Nasca, el cual está en quince grados menos un cuarto. Hay en él abrigo para las naos, pero no para echar las barcas ni salir a tierra con ellas. En la misma derrota está otra punta o cabo que se dice de San Nicolás, en quince grados y un tercio. Desta punta de San Nicolás vuelve la costa al sudueste, y después de haber andado doce leguas, se allega al puerto de Hacari, donde las naos toman bastimento, y traen agua y leña a la valle, que estará del puerto poco más de cinco leguas. Está este puerto de Hacari en diez y seis grados. Corriendo la costa adelante deste puerto, se va hasta llegar al río de Ocona. Por esta parte es la costa brava; más adelante está otro río que se llama Camana, y adelante está también otro llamado Quilca. Cerca deste río media legua está una caleta muy buena y segura y adonde los navíos paran. Lllaman a este puerto Quilca como al río; y de lo que en él se descarga se provee la ciudad de Arequipa, que está del puerto diez y siete leguas. Y está este puerto y la misma ciudad en diez y siete grados y medio. Navegando deste puerto por la costa delante, se ve en unas islas dentro en la mar cuatro leguas, adonde siempre están

indios, que van de la Tierra-Firme a pescar en ellas. Otras tres leguas más adelante está otra isleta muy cerca de la Tierra-Firme, y a sotavento della surgen las naos; porque también las envían deste puerto a la ciudad de Arequipa, al cual nombran Chuli, que es más delante de Quilca doce leguas; está en diez y siete grados y medio largos. Más adelante deste puerto está a dos leguas un río grande que se llama Tambopalla. Y diez leguas más adelante deste río sale a la mar una punta más que toda la tierra una legua, y están sobre ella tres farallones. Al abrigo desta punta, poco más de una legua antes della, está un buen puerto que se llama Ilo, y por él sale a la mar un río de agua muy buena, que tiene el mismo nombre del puerto; el cual está en diez y ocho grados y un tercio. De aquí se corre la costa al sueste cuarta leste. Y siete leguas más adelante está un promontorio, que los hombres de la mar llaman Morro de los Diablos. Toda aquella costa es (como ya dije) brava y de grandes riscos. Más adelante deste promontorio cinco leguas está un río de buen agua, no muy grande, y deste río al sueste cuarta leste; doce leguas más adelante sale otro morro alto, y hace unas barrancas. Sobre este morro está una isla, y junto a ella el puerto de Arica, el cual está en veinte y nueve [sic]²⁰ grados y un tercio. Deste puerto de Arica corre la costa al su-sudueste nueve leguas; sale a la mar un río que se dice Pizagua. Deste río hasta el puerto de Tarapaca se corre la costa por la misma derrota, y habrá del río al puerto cantidad de veinte y cinco leguas. Cerca de Tarapaca está una isla que terná de contorno poco más de una legua; y está de la Tierra-Firme legua y media, y hace una bahía, donde está el puerto, en veinte y uno grados. De Tarapaca se va corriendo la costa por la misma derrota, y cinco leguas más adelante hay una punta que ha por nombre de Tacama. Pasada esta punta, diez y seis leguas más adelante, se allega al puerto de los Moxillones, el cual está en veinte y dos grados y medio. Deste puerto de Moxillones corre la costa al su-sudueste cantidad de noventa leguas. Es costa derecha, y hay en ella algunas puntas y bahías. En fin dellas está una grande, en la cual hay un buen puerto y agua que se llama Copayapo; está en veinte y seis grados. Sobre esta ensenada o bahía está una isla pequeña, media legua de la Tierra-Firme. De aquí comienza lo poblado de las provincias de Chile. Pasado este puerto de Copayapo, poco más adelante sale una punta, y cabe ella se hace otra bahía, sobre la cual están dos farallones pequeños, y en cabo de la bahía está un río de agua muy buena. El nombre deste río es el Guasco. La punta dicha está en veinte y ocho grados y un cuarto. De aquí se corre la costa al sudueste. Y diez leguas adelante sale otra punta, la cual hace abrigo para las naos, mas no tiene agua ni leña. Cerca desta punta está el puerto de Coquimbo; hay entre él y la punta pasada siete islas. Está el puerto en veinte y nueve grados y medio. Diez leguas mas adelante, por la misma derrota, sale otra punta, y en ella se hace una gran bahía que ha por nombre de Atongayo. Mas adelante cinco leguas está el río de Limara. Deste río se va por el mismo rumbo hasta llegar a una bahía que está dél nueve leguas, la cual tiene un farallón y no agua ninguna, y está en treinta y un grados; llámase Choapa. Más adelante por la misma derrota, cantidad de veinte y

²⁰ El texto dice “veinte y nueve,” pero es muy probable que sea un error y que el original debió decir “diez y nueve,” que corresponde a la latitud actual. El cronista ha observado hasta aquí una progresión matemática. Que sea un error del copista se deduce de la latitud siguiente, para el puerto de Tarapaca, en “veinte y uno grados.”

una leguas, está un buen puerto que se llama de Quintero; está en treinta y dos grados; y más adelante diez leguas está el puerto de Valparaíso, y de la ciudad de Santiago, que es lo que decimos Chile; está en treinta y dos grados y dos tercios. Prosiguiendo la navegación por la misma derrota, se allega a otro puerto que se llama Potocalma, que está del pasado veinte y cuatro leguas. Doce leguas más adelante se ve una punta, a un cabo della está un río, al cual nombran de Mauque o Maule. Más adelante catorce leguas está otro río que se llama Itata, y caminando al sur cuarta sudueste veinte y cuatro leguas, está otro río que se llama Biobio en altura de treinta y ocho grados escasos. Por la misma derrota, cantidad de quince leguas, está una isla grande, y se afirma que es poblada, cinco leguas de la Tierra-Firme; esta isla se llama Luchengo. Adelante desta isla está una bahía muy ancha, que se dice de Valdibia, en la cual está un río grande que nombran de Ainilendos. Está la bahía en treinta y nueve grados y dos tercios. Yendo la costa al susudueste, está el cabo de Santa María, en cuarenta y dos grados y un tercio a la parte del Sur. Hasta aquí es lo que se ha descubierto y se ha navegado. Dicen los pilotos que la tierra vuelve al sueste hasta el estrecho de Magallanes. Uno de los navíos que salieron de España con comisión del obispo de Plasencia desembocó por el estrecho, y vino a aportar al puerto de Quilca, que es cerca de Arequipa. Y de allí fue a la ciudad de los Reyes y a Panamá. Traía buena relación de los grados en que estaba el estrecho, y de lo que pasaron en su viaje y muy trabajosa navegación; la cual relación no pongo aquí, porque al tiempo que dimos la batalla a Gonzalo Pizarro, cinco leguas de la ciudad del Cuzco, en el valle de Jaquijaguana, la dejé entre otros papeles míos y registros, y me la hurtaron, de que me ha pesado mucho; porque quisiera concluir allí con esta cuenta; recíbese mi voluntad en lo que he trabajado, que no ha sido poco, por saber la verdad, mirando las cartas nuevas de marear que se han hecho por los pilotos descubridores desta mar. Y porque aquí se concluye lo que toca a la navegación desta mar del Sur, que hasta agora se ha hecho, de que yo he visto y podido haber noticia; por tanto, de aquí pasaré a dar cuenta de las provincias y naciones que hay desde el puerto de Urabá hasta la villa de Plata (*Crónica*, 358-360).

Las medidas de los grados relativas a los lugares indicados por el cronista no siempre corresponden exactamente a las modernas y actuales, como hemos visto en el caso del puerto de Casma. Sin embargo, la riqueza y precisión de la descripción de Cieza de León fue muy adelantada por la época y necesariamente habrá despertado el interés de los enemigos de España. Entre ellos me referiré sobre todo a Francis Drake. Sería oportuno tener en cuenta, leyendo el último párrafo de esta cita de Cieza, lo que el cronista advierte sobre el hurto de un manuscrito que podemos fechar al momento de la batalla de Sacsahuana, o sea el 9 de abril de 1548, pues nuestro cronista se halló presente a la batalla de Sacsahuana, donde La Gasca derrotó a Gonzalo Pizarro que luego fue degollado por orden de La Gasca.

4). *Cieza de León y la presencia de los ingleses en España e Hispanoamérica*

a). *Marineros y comerciantes en España e Hispanoamérica*

La obra de Cieza de León, impresa en Sevilla en 1553, donde aparecían, con la exactitud científica que se podía lograr en ese momento, las referencias logísticas del imperio más rico de la historia, debió despertar gran interés en los rivales de España, especialmente Inglaterra y Francia, naciones de gran tradición militar, ansiosas de compartir la bonanza que Cieza describía tan detalladamente. Piratas y corsarios recorrieron las costas del Nuevo Occidente.²¹ Recordemos que ya en 1522 el corsario francés Jean Fleury aparece en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, que describe su ataque en 1522 a la flota española que llevaba el tesoro de Moctezuma al emperador Carlos V, tesoro que terminó en manos de los franceses. Bernal se detiene en describir la captura del pirata francés que fue ahorcado (HV, 713-714).

Por otra parte, varios marinos y comerciantes ingleses se afincaron en varias localidades de España para aprovechar la bonanza que los relatos de los cronistas españoles desplegaban con gran riqueza de detalles. Para lograr los mismos beneficios, los que ya tenían familiaridad con la navegación se dieron cuenta de la necesidad de afinar y mejorar sus conocimientos. Decisiva fue, en esta ocasión, la acción del gobierno inglés.²² En 1508-1509, Sebastián Caboto,

²¹ El interés de los ingleses en el Mar del Sur, que había sido explorado por los españoles se mantuvo durante varios siglos, como documentan los diarios de varios piratas en los que, con típico fair play inglés, se reconoce que han copiado los mapas de los manuscritos españoles. Véase David Waters, "English Navigational Books, Charts and Globes Printed Down to 1600", en *Revista da Universidade de Coimbra*, Vol. XXXIII, Año 1985, pp. 239-257; del mismo, "Elizabethan Navigation," *Sir Francis Drake and the Famous Voyage, 1577-1580*, editor Norman J. W. Thrower, Berkeley: University of California Press, 1954, pp. 12-32; there is a 1581 English Translation of Agustín de Zárate's *Relación: The Strange and Delectable History of the Discovery and Conquest of the Province of Perú*, Translated by Thomas Nicholas. London: Richard Johnes, 1581.

²² Hay que recordar un antecedente importante, el de Giovanni Caboto, nacido en Génova hacia 1450 y que, después de años de aprendizaje en el Mediterráneo oriental a cuenta de comerciantes y marinos venecianos, perseguido por los acreedores, decidió emigrar a Inglaterra con su mujer y tres hijos y se radicó en Bristol. En 1497, enterado de los viajes de Colón, obtuvo un permiso del Rey Enrique VII de Inglaterra para fletar un barco y explorar una nueva ruta hacia el Nuevo Occidente descubierto por los españoles. Con su barco *Matthew*, descubrió Canadá que instituyó como posesión inglesa y de allí trajo tres Inuits (Esquimos). Su viaje de ida y vuelta marcó el comienzo de las exploraciones inglesas allende el océano. Mientras su primer viaje había incluido el hallazgo de Labrador y Newfoundland (Terranova), el segundo viaje con cinco navíos aún está envuelto en el misterio, pues el barco con Caboto no volvió, mientras los otros cuatro barcos volvieron. Su nombre está para siempre relacionado con las exploraciones inglesas en el Nuevo Occidente. De hecho, su hijo Sebas-

hijo de Giovanni, invocando el derecho que había heredado del contrato que su padre Giovanni había obtenido del gobierno inglés, salió de Bristol en busca del pasaje al noroeste. Sebastián llegó a lo que más tarde se llamaría Hudson Bay y observó la tierra que se extendía hacia el sur. Creyó haber hallado el pasaje al noroeste a las islas de las especias, pero su tripulación se rehusó a seguir y tuvo que volver a Inglaterra. Su patrón, el rey Henry VII había muerto en abril de 1509, mientras Sebastián navegaba hacia el noroeste Atlántico y el hijo del rey muerto, el nuevo rey de Inglaterra Henry VIII, no mostraba interés en financiar nuevas exploraciones marítimas y Sebastián pasó al servicio de España. En 1548, un año después de la muerte de Henry VIII, durante el reinado de Edward VI, el gobierno inglés volvió a mostrar interés en la exploración marítima y llamó de nuevo Sebastián Caboto, Piloto Mayor de Castilla desde 1516, que aceptó el cargo y el dinero del gobierno inglés para educar en el arte de la navegación a los capitanes y al personal inglés formado por marinos, hidrógrafos, astrónomos y matemáticos y para preparar una flota de navíos y sus capitanes y maestros en su nueva carrera de navegación. El resultado de esta escuela de navegación bajo el patronato del gobierno inglés fue que en los primeros años de la década de 1560 navíos ingleses comerciaban con colonias portuguesas y españolas y desde unos años iban apareciendo traducciones inglesas de las hazañas de españoles y portugueses allende el océano. En esas ediciones, los traductores ingleses a menudo mencionaban las riquezas obtenidas por los portugueses y por los españoles en sus descubrimientos y conquistas. La primera traducción inglesa del *De Orbe Novo* de Pedro Mártir, en la portada, tenía el título siguiente:

tián Caboto, que había sido Piloto Mayor de España desde 1517, fue llamado por el rey Edward VI de Inglaterra a fines de la década de 1540 para instruir a los marinos ingleses en el arte de la navegación oceánica. Con un globo, Giovanni Caboto mostraba que la ruta para llegar al Cathay (China) era más breve si se emprendía un itinerario al noroeste, en vez de la ruta seguida por los Portugueses costean-do la costa occidental de Africa, y el Cabo de Buena Esperanza. Sobre Giovanni Caboto tenemos el testimonio del embajador de Milán en Londres que en una carta al duque de Milán fechada en Londres el 18 de diciembre de 1497 así lo describe: “There is in this kingdom a man of the people Messer Zoane Caboto by name, of kindly wit and a most expert mariner (...) a foreigner and a poor man (...). This Messer Zoane has the description of the world in a map and also in a solid sphere, which he has made, and shows where he has been (...) The sea there is swarming with fish”; véase James Alexander Williamson, *The Cabot Voyages and Bristol Discovery under Henry VII*, Los Angeles, Hakluyt Society, University of California Press, 1962, Note 2, pp. 209-210 [Vive en este reino un hombre del pueblo, de nombre Messer Zoane Caboto, de buen juicio y marinero de gran experiencia (...), un extranjero sin dinero (...). Este Messer Zoane tiene una descripción del mundo en un mapa y también en un globo sólido que él ha hecho en el que muestra los lugares donde él ha estado (...). El mar allá hierve de tantos pescados].

The decades of the New World or West India, conteyning the navigations and conquests of the Spanyards, with the particular description of the most ryche and large lands and islands lately found in the west ocean perteyning to the inheritance of the kings of Spayne. In the which the diligent reader may not only consider what commodities may herby chance to the whole Christian world in tyme to come, but also learn many secretes touchynge the land, the sea and the starres, very necessarie to know to all such as shal attempt any navigations or otherwise have delite to behold the strange and wonderful workes of God and Nature. Written in the latine tongue by Peter Martyr of Angleria, and translated in to englishe by Richard Eden. Londini in aedibus Guilhelmi Powell, anno 1555 [Las décadas del Nuevo Mundo, o de la India Occidental, con las navegaciones y conquistas de los españoles, con una descripción detallada de las tierras más ricas y grandes halladas recientemente en el océano occidental, que son en poder por herencia de los reyes de España. En esta obra el lector atento no solamente puede apreciar las ganancias que la cristiandad logrará con el tiempo, sino también podrá aprender los secretos de las tierras, del mar y de los cuerpos celestiales, todos conocimientos muy necesarios para todos aquellos que intentaren esa navegación, o que querrán deleitarse con la contemplación de la obra maravillosa y sorprendente de Dios y de la naturaleza. Escrita en latín por Pedro Mártir de Anglería y traducida al inglés por Richard Eden. En Londres, en la imprenta de Guillermo Powell, año de 1555].

Estas traducciones fueron otro medio para motivar la ambición de aquellos ingleses que estaban listos para entrar en acción para lograr una preparación en navegación, siguiendo las enseñanzas de Sebastián Caboto, aún vivo en 1557, año de su muerte, una educación fundada en la ciencia matemática y en la astronomía. En el giro de pocos años de la aparición de la traducción del *De Orbe Novo*, otras más apremiantes motivaciones determinaron que la educación de la ciencia de la navegación era un medio de defensa esencial para prevenir una invasión por mar y para proteger el comercio marítimo inglés. Al poco tiempo de la coronación de la reina Elizabeth I, el parlamento inglés adoptó la política de una flota siempre lista para cualquier necesidad.²³ El primer texto sobre el arte de la navegación se publicó en Inglaterra en 1561. Fue traducido por Richard Eden del Italiano, cuyo original, obra de Martino Corte, se titulaba *Breve compendio de la sphaera*, y que Eden tradujo en *The Art of Navigation*.²⁴ Esta obra llegó a ser uno de los textos fundaciona-

²³ Véase David W. Waters, *The Elizabethan Navy, and the Armada of Spain*. Maritime Monographs and Reprints. National Maritime Museum, London, 1975.

²⁴ Véase David W. Waters, "English Navigational Books, Charts and Globes printen down to 1600" *Revista da Universidade de Coimbra*, Vol. XXXIII, Ano 1985, p. 242; este mismo tratado se publicó en España con el título *Breve compendio de la sphaera y de la arte de nauegar. Con nuevos instrumentos y reglas, exemplificado con muy subtiles demonstraciones: compuesto por Martin Cortes natural de Burjalaros en el reyno de Aragón y de presente vezino de la ciudad de Cadiz: dirigido al inuictissimo Monarcha Carlos Quinto Rey de las Españas etc. Señor Nuestro*, sin lugar ni impresor ni fecha de publicación. Sobre la portada, a mano, se ha escrito la fecha de 1545.

les de la navegación en Inglaterra. Por otra parte, paralelamente al interés y aprendizaje del arte de la navegación, los lectores ingleses podían tener acceso a las traducciones italianas de Cieza de León. Sin duda, una lectora ávida de aprender esas noticias era la misma reina. Recordemos que la Primera Parte de la *Crónica* se publicó en Sevilla en 1553. Los primeros en traducir a Cieza fueron los italianos; desde 1555 hasta 1576, es decir que, durante más de veinte años de los cuales cerca de dieciocho (1558-1576) coincidieron con el reinado de Elizabeth I, que había subido al trono en 1558 y reinó hasta su muerte en 1603, se sucedieron casi ininterrumpidamente las traducciones italianas de Cieza,²⁵ en su mayoría publicadas en Venecia. Sobre la importancia de esta república en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, como centro de publicación de libros, Oliver Logan afirma que en Venecia, ya en los años noventa del siglo XV, había unas 150 imprentas, frente a las 60 de Milan, las 42 de Bolonia, las 37 de Roma y las 22 de Florencia.²⁶

Habría que tener en cuenta que, a la edad de once años, Elizabeth, futura reina de Inglaterra como Elizabeth I, gracias a la reina Catherine Parr, la sexta esposa de Henry VIII, fue readmitida a corte, de donde, a la muerte de su madre Ann Boleyn, había sido alejada como hija ilegítima del monarca y, desde ese momento, logró una educación excelente. Su tutor, el humanista inglés Roger Ascham, le enseñó latín, griego, francés, italiano y español. Uno de los primeros documentos autógrafos de la joven Elizabeth es una carta a la reina Catherine escrita en italiano. Una de las virtudes de la nueva reina Elizabeth I, después de su coronación en 1558, fue

²⁵ Aunque la primera traducción inglesa de la *Crónica* sea de 1707—*The Seventeen Years Travels of Peter de Cieza through the Myghty Kingdom of Peru and the Large Provinces of Cartagena and Popoyan, on the Isthmus, to the Frontier of Chile*—por el Capitán John Stevens, Londres, 1707, se conocen varias traducciones italianas que la reina Elizabeth I pudo leer. De entre ellas recordaremos las siguientes:

Cieza de León, Pedro de: *Historia, overo Cronica del gran regno del Perú*, tradotta nella [lingua] italiana per Agostino de Cravaliz; Roma, 1555;

Cieza de León, Pedro de: *Cronica del gran regno del Perú con la descrizione di tutte le provincie, costumi e vita, con le nuove città edificate et altre strane e maravigliose notitie*, tradotta da Agostino Crevaliz in Venetia, per Francesco Lorenzini da Torino, MDLX [1560];

Cieza de León, Pedro de: *La prima parte dell' historia del Perú, dove si tratta l'ordine delle Provincie, delle città nuove in quel paese edificate, i riti et costumi de li Indiani (...)*. In Venetia, appresso Giordano Ziletti all'insegna della Stella, appresso Domenico de Fani, tradotta da Agostino Craualiz, 1556;

Cieza de León, Pedro de: *Historia, ouer Cronica del gran regno del Perú*, tradotta nella [lingua] italiana da Agostino Craualiz, in Venetia, per Giovanni Bonadio, 1564;

Cieza de León, Pedro de: *Cronica del gran regno del Perú, con la descrizione di tutte le provincie, costumi et riti (...)*, tradotta per Agostino di Craualiz, in Venetia, per Camillo Franceschini, 1576.

²⁶ Véase Oliver Logan, *Venezia. Cultura e Società, 1470-1790*. Traducción italiana del inglés de Susanna Delfino; Roma: Il Veltro, 1980, p. 111.

la de hablar a los embajadores y diplomáticos extranjeros en la corte en su lengua. Esta facilidad aumentó grandemente su prestigio. Roger Ascham, que era, además de su tutor, uno de los humanistas más distinguidos por su conocimiento del griego, en una carta en que se refiere a la educación de Elizabeth, escribe: “Yea, I believe that beside her perfect reading in Latin, Italian, French and Spanish, she readeth here now at Windsor more Greek every day than some prebendary of this church doth read Latin in a whole week” [Por cierto yo creo que, además de su lectura perfecta en latín, italiano, francés y español, ella lee aquí en Windsor al presente más griego en un día de lo que un becado de esta iglesia lee en una semana].²⁷ En otra carta que Ascham escribió a Johannes Sturm, el Maestro de Estrasburgo, se lee el elogio siguiente de Elizabeth: “She talks French and Italian as well as English; she has often talked to me readily and well in Latin and moderately so in Greek. When she writes Greek and Latin nothing is more beautiful than her handwriting (...) She read with me almost all Cicero and great part of Titus Livius: for she drew all her knowledge of Latin from those two authors” [Habla en francés y en italiano como en inglés; a menudo me habla sin titubeos en latín y de manera más moderada en griego. Cuando escribe en griego y latín no hay cosa más linda que su escritura (...) Ha leído conmigo casi todo Cicerón y la mayoría de Tito Livio, pues ha adquirido todo su conocimiento del latín de esos dos autores].²⁸

b). Sir Francis Drake y otros piratas en el Nuevo Occidente español

Francis Drake (1541-1596), uno de los más famosos corsarios ingleses que, desde 1577 hasta fines del siglo XVI, destruyó y saqueó ciudades y flotas hispánicas, contribuyó de manera decisiva a la destrucción de la Invencible Armada. Recientemente se ha destacado el rol de este pirata y gran navegador en el éxito extraordinario del gobierno de la reina Elizabeth I, sobre todo de la manera en que la reina pudo superar una grave crisis financiera, directamente conectada a las décadas 1560 a 1580, con motivo de la decisión por parte de la reina inglesa de apoyar militarmente y políticamente los hugonotes franceses y los protestantes escoceses y en razón de su noviazgo con el duque d’Alençon, hermano del rey francés, con el que meditaba casarse. Carolly Erickson, autora de una importante biografía sobre Elizabeth I, describe la llegada a Plymouth de Drake, pirata al servicio oficial de Inglaterra con patente de corso, o sea con un contrato entre la reina Elizabeth I y el

²⁷ Véase Roger Ascham, “The Schoolmaster,” *Journal of the History of Ideas*, N. 69 (2008), pp. 517-532.

²⁸ “Roger Ascham”, in Hugh Chisholm, *Encyclopedia Britannica*, 11th Edition, Cambridge University Press, 1911, a-j.

corsario en el que se especificaba el porcentaje del botín dividido entre ambos. Por sus hazañas de navegante y corsario la reina lo ennobleció y desde ese momento se tituló Sir Francis Drake. La reina inglesa, que había anunciado su noviazgo con el duque d'Alençon, necesitaba el dinero para satisfacer las exigencias de las fiestas y banquetes con que celebrar el noviazgo. A este respecto, dice la historiadora americana que unos meses antes de la celebración de las fiestas, calculadas en muchos miles de libras esterlinas, llegó el corsario en el puerto de Plymouth:

This expense, plus the cost of feeding and lodging the hundreds of guests and distributing some ten thousand pounds' worth of silver plate among the official marriage commissioners, should have severely strained the English treasury. But in fact it was Spanish, not English, silver that was being paid out, Spanish treasure captured by Francis Drake on his way around the world. Only six months earlier [en septiembre de 1580], Drake had sailed into Plymouth harbor, his ship leaking badly and riding low in the water, weighed down by her precious cargo. During his three year voyage he had not only circumnavigated the globe but also shattered the myth of Spanish dominion of the seas. To contemporaries this, and not the unprecedented feat of seamanship and navigation, was Drake's principal achievement. He had sailed freely in waters swept by lofty Spanish galleons and heavy-laden treasure ships. The treasure ship *Nuestra Señora de la Concepción** had fallen to him, its hold full of silver in such quantities as to be almost incalculable²⁹ [Este gasto, además de la necesidad de alimentar y alojar a centenares de huéspedes y la distribución de regalos de fuentes y cubiertos de plata por un valor de diez mil libras esterlinas destinados a los intermediarios de las nupcias, debería haber seriamente agotado la economía inglesa. De hecho no se trataba de plata inglesa, sino española. El tesoro español obtenido por Francis Drake en su viaje de circunnavegación del globo [y a lo largo de las costas americanas del Mar del Sur]. Unos seis meses antes [en septiembre de 1580], Drake había atracado en el puerto de Plymouth con su barco [*Golden Hind*] que hacía agua, debido al peso de su rica carga. Durante tres años [diciembre 1577-septiembre 1580] de navegaciones, no solamente había circunnavegado el globo terráqueo, sino también había destruido el mito del dominio español de los mares. Había navegado en aguas patrulladas por soberbios galeones españoles y surcadas por navíos repletos de riquezas. El navío *Cagafuego** había caído en sus manos con la estiba llena de plata en cantidades incalculables].

Hacia el año 1579 la reina Elizabeth I consideró seriamente su casamiento con el duque François d'Alençon, hermano del rey francés, Henry, que había subido al

²⁹ Véase Carolly Erickson, *The First Elizabeth*. New York: Summit Books, 1983, p. 322. Referencias con la abreviación *Erickson*, seguida del número de páginas. *El barco, cuyo nombre era *Nuestra Señora de la Concepción*, tenía el sobrenombre de *Cagafuego*. Drake lo atacó en el puerto Esmeraldas (Ecuador actual), el 1º de noviembre de 1579. Su carga de plata fue transferida al *Golden Hind*, el barco de Drake, que siguió su itinerario para lograr la vuelta al mundo que concluyó el 26 de septiembre de 1580, cuando llegó a Plymouth.

trono de Francia en 1574. El duque envió Jean de Simier, su secretario, a Inglaterra, para tratar las nupcias. Solicitada por el nombre del enviado francés y, aparentemente por su aspecto, la reina inglesa le dio como apodo “el mono.” No era la primera vez que el duque francés había sido designado como probable marido de la reina inglesa, pero las negociaciones no habían adelantado. Esta segunda embajada parecía destinada a coronarse con las nupcias, gracias a la habilidad de Simier que, según el historiador Camden, era “exquisitamente hábil en los juegos eróticos, en dulces metáforas y en las alusiones del amor cortés. Y sus mensajes en voz baja la hacían sonrosar, sin aliento y sonriente como una niña de veinte años—y de veras aparentaba ser más joven de lo que había parecido en los últimos quince años, observó el embajador francés Mauvissière. Parecía radiante, inspirada, siempre amable—una persona encantada, completamente transformada bajo el poder del amor.”³⁰ La misma historiadora parece relacionar esa renovada energía sensual de la reina con su excepcional energía para enfrentar la amenaza de España y su política de expansión territorial. Leicester, amigo íntimo y uno de los principales consejeros de la reina, se sorprendió de su rejuvenecida vitalidad, obligado como estaba a hospedar a Simier, pero, no pudiendo esconder su aversión al petimetre francés, se vengaba difundiendo rumores sobre su reputación:

No one was more dumbfounded by the apparent sincerity of Elizabeth’s wooing than Leicester, who knew better than anyone how she looked when she was in love. As the weeks passed he continued to play the highly visible political role required of him—that of principal adviser to the queen and gracious host to Simier and eager promoter of the French marriage—yet in private he spread a story that Simier was using “drinks and unlawful arts” to turn Elizabeth’s head, and that these love potions alone were responsible for the otherwise unaccountable change in her (*Erickson*, 296) [Nadie se habría sorprendido más de Leicester, que sabía reconocer, mejor que ningún otro, el comportamiento de Elizabeth cuando estaba enamorada. Las semanas transcurrieron y él continuaba a desempeñar el papel que se le había asignado—o sea, el de consejero principal de la reina y huésped generoso de Simier, al mismo tiempo que promovía con celo la boda francesa—pero en privado hacía circular un chisme según el cual Simier utilizaba bebidas y medios ilegales para seducir a Elizabeth, y que esas pociones eran responsables por lo que ocurría con la reina y que no ofrecía otra explicación].

³⁰ “He was a master of erotic flattery—“most exquisitely skilled in love toys, pleasant conceits, and court-dalliances,” as the historian Camden wrote—and his whispered messages made her blush and gasp and smile like a girl of twenty—and indeed she looked younger than she ever had in the last fifteen years, the French ambassador Mauvissière noted. She was radiant, spirited, altogether lovely—an enchanted being, utterly transformed by the power of love” (*Erickson*, 296).

La intimidad entre el enviado francés y la reina llegó al punto que en la corte se difundió el rumor que los dos eran amantes y que Simier estaba seduciendo a Elisabeth para convencerla a las nupcias con el duque d'Alençon. La transformación de Elisabeth que, a los cuarenta y cinco años, parecía rejuvenecida y deseosa de anunciar su casamiento ofreciendo, en un baile de corte en el que seis caballeros debían medirse con seis damas, su mano como premio, dejó a todos maravillados. Como prueba de la seriedad de sus intenciones fue a la sesión extraordinaria del Parlamento que se tuvo en marzo para definir las nupcias en las Pascuas de ese año.³¹ Las cartas entre Elizabeth y d'Alençon de ese periodo muestran su deseo que las nupcias se realicen. Quizás la ocupación de Portugal por España y la proclamación de Felipe II en abril de 1581 a rey de Portugal podrían haber influido en la actitud de Elizabeth. Para marcar la inminencia de las nupcias, la reina organizó una fiesta para los centenares de invitados franceses y de la nobleza inglesa en Whitehall. Allí, un edificio suntuoso de reciente construcción ofrecía un lugar amplio para el banquete: "Cuarenta mástiles sostenían el cobertizo de tela, pintado y dorado con nubes, estrellas y rayos luminosos. Trescientas lámparas de vidrio iluminaban la sala inmensa al aire libre, haciendo resplandecer ornamentos decorados con colores brillantes relucientes de oro. En tres semanas se completó la estructura, con un costo total de dos mil esterlinas. El tesoro traído por Drake consistía de incalculables toneladas de plata, las perlas, los rubíes, las esmeraldas, las cajas fuertes repletas de metales preciosos. Todo se encerró en la Torre de Londres, porque las ganancias del viaje pertenecían a los que habían financiado su viaje, entre otros, Hatton, Leicester, Walsingham y la reina. Elizabeth había apoyado a Drake desde el principio. Entre los cortesanos que habían financiado el corsario estaba John Dee, astrólogo y consejero de la reina. En la década de 1580 a 1590, Dee llegó a ser uno de los matemáticos y científicos más distinguidos de Europa. Es posible que su influjo persuadió a Drake a intentar su empresa. Gracias a Drake, era la opinión de Dee, Inglaterra lograría recrear el imperio arturiano y, como consecuencia, destruir el poderío español.

La amistad entre la reina Elizabeth y su corsario Drake dio lugar a rumores y chismes. Del embajador español Mendoza, el rey Felipe aprendió que la reina Elizabeth utilizaba el tesoro de Madrid para entretener sus numerosos huéspedes. La fuente de su riqueza provenía de los lingotes robados por Drake, agregando que, como muestra de su desprecio por España, a menudo recibía al corsario en sus residencias privadas y no perdía ocasión en mostrarse en público mientras hablaba

³¹ Véase Michael Barraclough Pulman, *The Elizabethan Privy Council in the Fifteen-Seventies*. Berkeley, Berkeley Univ. Press, 1971, p. 48.

con el corsario. A menudo se les veía juntos pasear en el jardín privado de la reina y se sabía que juntos preparaban una flota para atacar los barcos españoles.³² En realidad, Francis Drake fue uno de los marinos más importantes en el reino de Elizabeth. Si observamos algunas fechas decisivas en la historia de su reino, terminado con su muerte el 24 de marzo de 1603, nos damos cuenta que, casi paralelamente, la reina muestra decisión mientras su corsario cumple hazañosas empresas. Después de décadas en que los católicos de Inglaterra mostraron heroísmo de mártires, Elizabeth decidió terminar con la amenaza que su hermanastra, la reina católica María Stuart de Escocia, representaba. El 1^o de febrero de 1587 firmó la condena a muerte de su hermanastra, al mismo tiempo asegurando a su sobrino James, hijo de la reina María, la sucesión al trono de Inglaterra. Ese mismo año, en la primavera, Francis Drake atacó el puerto de Cádiz destruyendo decenas de navíos de guerra y miles de barriles de madera estacionada para almacenar agua, vino, vinagre, aceite y comida para el viaje en la estiba de los barcos. Cuando, un año después, el rey Felipe ordenó la preparación de la Armada Invencible, se utilizaron barriles aprestados con madera aún verde, que ocasionó que su contenido se echara a perder y generara enfermedades y muertes entre la tripulación, imposibilitada de satisfacer su sed o su hambre en la expedición hacia Inglaterra. Cuando los vigías ingleses avistaron la flota española, en la primavera de 1588, la reina se presentó en la base de Tilbury y habló al ejército que esperaba a los invasores españoles:

Mi amado pueblo, alguien, preocupado por nuestra seguridad, nos ha rogado de prestar mucho cuidado en el momento en que nos enfrentamos a una numerosa fuerza armada, por temor a una traición. Pero yo os aseguro que no me atrae la posibilidad de vivir sin fiarme de mi pueblo leal y muy amado. Dejemos a los tiranos el miedo. Mi conducta está inspirada en nombre de Dios a confiar mi fuerza más grande en la defensa de los corazones leales y en la buena voluntad de mi pueblo y por eso he venido a veros, como me veis, en esta ocasión, no para entretenerme y distraerme, sino resuelta, en el vivo de la batalla, a vivir o a morir con vosotros y a sacrificar por mi Dios, mi reino y mi gente, mi honor y mi sangre, aunque sea en el polvo.³³

³² Véase *Calendar of Letters and State Papers relating to English Affairs, preserved principally in the Archives of Simancas*, editado por Martin A.S. Hume, 4 volúmenes. Londres: Her Majesty's Stationary Office, 1892-99, III, pp., 80, 91.

³³ "My loving people, we have been persuaded by some that are careful for our safety, to take heed how we commit ourselves to armed multitudes, for fear of treachery. But I assure you, I do not desire to live to distrust my faithful and loving people. Let tyrants fear. I have so behaved myself that, under God, I have placed my chiefest strength and safeguard in the loyal hearts and good will of my subjects; and therefore I am come amongst you as you see, at this time, not for my recreation and disport, but being resolved, in the midst and heat of the battle, to live or die amongst you all, and to

La disposición y las características técnicas de la Armada llegaron a ser materia de conocimiento público por una inexplicable ingenuidad del gobierno español que publicó todas las noticias relativas al número, tonelaje, armamento y otras características técnicas de la Armada. Estas noticias llegaron a ser de público interés y de público conocimiento en Roma, París y Amsterdam y, desde luego, en Londres. Los impresores holandeses agregaron a las noticias tan inconscientemente difundidas por los españoles, detalles horripilantes, sobre el plan del desembarco de verdugos que habrían cortado la garganta de todos los hombres y mujeres que hubiesen encontrado en tierra inglesa, y después habrían entregado a los huérfanos ingleses a miles de nodrizas españolas que habrían desembarcado detrás de los verdugos.

Como sabemos, las tempestades excepcionales de ese verano de 1588 y la falta de agua y víveres en la flota, contribuyeron al desastre, además de los cañones de Drake, nombrado vicealmirante de la flota inglesa. No hay duda que la plata y los cañones de Drake fueron elementos decisivos y en gran parte resultado de la imprenta europea, pues la obra de Cieza de León ya circulaba desde 1553 y la información sobre la Armada se había divulgado meses antes de que la flota navegara desde Lisboa a los puertos ingleses. La capacidad de publicación y de difusión que en el siglo XVI se había multiplicado gracias al invento de la prensa de Gutenberg, obró de forma decisiva para infligir heridas mortales a España, primero con la minuciosa descripción de los puertos donde Drake pudo hacerse de las riquezas inestimables del Perú, y, luego, con la explicación del poderío de la Armada, aumentada y adornada con maliciosos comentarios por los editores holandeses.

Al recordar la amistad notada por Erickson entre Elizabeth I y su corsario, no creo que sería demasiado atrevido imaginar a los dos, la reina y el pirata que, gracias al conocimiento y preparación lingüística de la reina, podrían haber planeado juntos esos ataques a las posesiones españolas en el Perú, para abastecer el tesoro de la corona de la plata necesaria a hacer frente a los gastos de la política de prestigio y expansión concebida por la gran reina de Inglaterra.

5). *Cieza y el caso de la expedición de los navíos piratas Duke y Duchess*

El capitán Edward Cooke, pirata al servicio de la corona inglesa, organizó, entre los años 1708 y 1711, una expedición integrada por Dampier y Crowley, al mando de los navíos *Duke* y *Duchess*, para definir la ruta e identificar las islas, como las de los Lobos Marinos y la de Juan Fernández, con su latitud, que les servían para pre-

lay down for my God and for my kingdom and for my people, my honor and my blood, even in the dust? (Erickson, 374-375).

parar el ataque contra las posesiones españolas en la costa del Pacífico. En su *Voyages*, Cooke cita a Cieza de León:

Cieza, in his Spanish Description of Perú, informs us, that to the Southward of Punta del Aguja, there are two Islands, both call'd de Lobos Marinos, or, of Sea-Wolves, from the Multitude of Seals. That the first Island and the Point stand N. and S. distant four Leagues, and all Ships may pass between them; the other outwardmost Island 12 Leagues from the first, in bare seven Degrees of South Latitude. Dampier's *Voyage*³⁴ calls the Island nearest the Continent Lobos de Tierra, and the farthest Lobos de la Mar as if they had several Names from the Land and Sea; which is a Mistake, for they both bear the same Name, from the Lobos Marinos or Sea-Wolves; that is, [for the] Seals on them, as has been said. The same Cieza informs us, that there is another Island bearing the same Name of Lobos Marinos, near the Port Sangalla, in 14 Degrees of South Latitude. This is proper to be observ'd, to save confounding those who read or consult Maps, either seeing Places miscall'd, or meeting with the same Name to several Islands; and, it may be a necessary Remark for those who shall happen to sail into the South Sea³⁵ [Pedro Cieza de León, en su descripción del Perú, nos informa que hacia el sur de Punta del Aguja hay dos islas, ambas llamadas de los Lobos Marinos a causa del gran número de focas, y que la primera isla dista de norte a sur cuatro legüas de la Punta del Aguja y que todos los barcos navegan entre ellas. La otra isla más distante, a 12 legüas de la primera, está apenas a siete grados de latitud sur. En su obra *Voyage*, Dampier llama la isla más cercana al continente Lobos de Tierra, y la que está más lejos Lobos de Mar, como si tuviesen nombres diferentes de la tierra y del mar, lo cual es un error porque tienen el mismo nombre de Lobos Marinos a causa de las focas, como se ha dicho. El mismo Cieza nos informa que hay otra isla con el mismo nombre de Lobos Marinos, cerca del puerto de Sangalla, a 14 grados de latitud sur. Es conveniente saber esto para los que consultan el mapa y podrían confundirse, sea para evitar de llamar a lugares con el nombre equivocado, o hallar otras islas con el mismo nombre, una advertencia necesaria para los que navegan en el mar del Sur].

³⁴ Se refiere a la obra de William Dampier, *Voyages, Consisting of a New Voyage Round the World...* publicada en Londres en 1703.

³⁵ Véase *A Voyage to the South Sea, and Round the World Performed in the Years 1708, 1709, 1710 and 1711*. Containing a Journal of all memorable Transactions during the said Voyage; the Wind, Currents, and Variations of the Compass; the taking of the Towns of Puna and Guayaquil, and several Prizes, one of which a rich Acapulco Ship. A Description of the American Coasts, from Tierra del Fuego in the South, to California in the North (from the Chasting-Pilot, a Spanish Manuscript). An Historical Account of all those Countries from the best Authors. With a new Map and Description of the mighty River of the Amazons. Wherein an Account is given of Mr. Alexander Selkirk, his Manner of living and taming some wild Beasts during the four Years and four Months he liv'd upon the uninhabited Island of Juan Fernandes. Illustrated with Cuts and Maps. By Capt. Edward Cooke. London, Printed by H. M. for B. Lintot and R. Gosling in Fleet-Street, A. Bettesworth on London-Bridge, and W. Innys in St. Paul's Church-Yard, MDCCXII, pp. 128-129). Referencias con la abreviación, *Cooke*, seguida del número de páginas entre paréntesis.

6). *Francisco Pizarro en el Darién*

En el capítulo VI, Cieza explica dónde comenzó Francisco Pizarro su servicio como lugarteniente del gobernador de Urabá, en el Darién, Panamá:

En los años de 1509 fueron gobernadores de la Tierra-Firme Alonso de Ojeda y Niquesa, y en la provincia del Darién se pobló una ciudad que tuvo por nombre Nuestra Señora del Antigua, donde afirman algunos españoles de los que se hallaron la flor de los capitanes que ha habido en estas Indias. Y entonces, aunque la provincia de Cartagena estaba descubierta, no la poblaron, ni hacían los cristianos españoles más que contratar con los indios naturales, de los cuales, por vía de rescate y contratación se había gran suma de oro fino y bajo. Y en el pueblo grande de Taruaco, que está de Cartagena (que antiguamente se nombraba Calamar) cuatro leguas, entró el gobernador Ojeda, y tuvo con los indios una porfiada batalla, donde le mataron muchos cristianos, y entre ellos el capitán Juan de la Cosa, valiente hombre y muy determinado. Y él, por no ser también muerto a manos de los mismos indios, le convino dar la vuelta a las naos. Y después desto pasado, el gobernador Ojeda fundó un pueblo de cristianos en la parte que llaman de Urabá, adonde puso por su capitán y lugarteniente a Francisco Pizarro, que después fue gobernador y marqués. Y en esta ciudad o villa de Urabá pasó muchos trabajos este capitán Francisco Pizarro con los indios de Urabá y con hambres y enfermedades, que para siempre quedará dél fama. Los cuales indios (según decían) no eran naturales de aquella comarca, antes era su antigua patria la tierra que está junto al río grande Darién. Y deseando salir de subjeción y mando que sobre ellos los españoles tenían, por librarse de estar sujetos a gente que tan mal los trataba, salieron de su provincia con sus armas, llevando consigo sus hijos y mujeres. Los cuales, llegados a la Culata que dicen Urabá, se hubieron de tal manera con los naturales de aquella tierra, que con gran crueldad los mataron a todos y les robaron sus haciendas, y quedaron por señores de sus campos y heredades. Y entendido esto por el gobernador Ojeda, como tuviese grande esperanza de haber en aquella tierra alguna riqueza, y por asegurar a los que se habían ido a vivir a ella, envió a poblar el pueblo que tengo dicho [la villa de Urabá], y por su teniente a Francisco Pizarro, que fue el primer capitán cristiano que allí hubo. Y como después feneciesen tan desastadamente estos dos gobernadores Ojeda y Niquesa, habiéndose habido los del Darién con tanta crueldad con Niquesa, como es público entre los que han quedado vivos de aquel tiempo, y Pedrarias viniese por gobernador a la Tierra-Firme, no embargante que se hallaron en la ciudad del Antigua más de dos mil españoles, no se entendió en poblar a Urabá (*Crónica*, 360).

La connotación de Tierra-Firme hay que entenderla mirando el mapa del Mar Caribe, que incluye las grandes Antillas, como Cuba, Hispaniola, Puerto Rico y Jamaica, al norte y las pequeñas Antillas al sureste, como las islas Vírgenes, St. Croix, Barbados, Antigua, Guadalupe, Marie-Galante, Dominica, Martinica, Grenada, Trinidad y Tobago y otras islas que hacen un collar entre las grandes Antillas y la tierra firme. Las flotas españolas debían superar todas las Antillas grandes y pequeñas, antes de tocar tierra firme. Quizás el número imponente de islas grandes

y pequeñas, de islotes y escollos que como racimos despuntaban entre las olas, generó con ansia el deseo de llegar, al cabo de salvar tantas islas y escollos, a la seguridad de la tierra firme que así se llamó, convirtiéndose, por una reacción emotiva y psicológica, que incluía el temor de tocar tierra desconocida y a menudo habitada por caníbales, de una frase calificativa en un nombre propio de un lugar, indeterminado en su presencia física y política, pero que perduró por más de cincuenta años hasta la conclusión de la conquista, a finales del siglo XVI.

En el epígrafe o título de este capítulo VI de la obra de Cieza se especifica la posición geográfica de la ciudad de San Sebastián: “Cómo la ciudad de San Sebastián estuvo poblada en la culata de Urabá, y de los indios naturales que estaban en la comarca della” (*Crónica*, 360). La designación de la región que hoy pertenece a Panamá y constituye su parte oriental, como culata, reproduce gráficamente la forma de la empuñadura de un pistoleta que en tiempos de Cieza de León era de reciente invención. La ciudad de Urabá fue fundada por segunda vez, según cuenta Cieza, por el gobernador Pedrarias, después de conflictos sangrientos que determinaron la muerte del descubridor del Pacífico, el conquistador y adelantado Vasco Núñez de Balboa, yerno de su asesino:

Andando el tiempo, después de haber el gobernador Pedrarias cortado la cabeza a su yerno el adelantado Vasco Núñez de Balboa, y lo mismo al capitán Francisco Hernández en Nicaragua, y haber muerto los indios del río del Cenu al capitán Becerra con los cristianos que con él entraron, y pasados otros trances, viniendo por el gobernador de la provincia de Cartagena don Pedro de Heredia, envió al capitán Alonso de Heredia, su hermano, con copia de españoles muy principales, a poblar segunda vez a Urabá, intitulándola ciudad de San Sebastián de Buena-Vista; la cual está asentada en unos pequeños y rasos collados de campaña, sin tener montaña, sino es en los ríos o ciénagas. La tierra a ella comarcana es doblada, y por muchas partes llena de montañas y espesuras. Estará del mar del Norte casi media legua. Los campos están llenos de unos palmares, muy grandes y espesos, que son unos árboles gruesos, y llevan unas ramas como palma de dátiles, y tiene el árbol muchas cáscaras hasta que llegan a lo interior dél; cuando lo cortan sin ser la madera recia, es muy trabajosa de cortar. Dentro deste árbol, en el corazón dél, se crían unos palmitos tan grandes, que en dos dellos tiene harto que llevar un hombre; son blancos y muy dulces. Cuando andaban los españoles en las entradas y descubrimientos, en tiempo que fue teniente y gobernador desta ciudad Alonso López de Ayala y el comendador Hernán Rodríguez de Sosa, no comían muchos días otra cosa que estos palmitos; y es tanto trabajo cortar el árbol y sacar el palmito dél, que estaba un hombre con una hacha cortando medio día primero que lo sacase; y como los comían sin pan y bebían mucha agua, muchos españoles se hinchaban y morían, y así murieron muchos dellos. Dentro del pueblo, y a las riberas de los ríos, hay muchos naranjales, plátanos, guayabas³⁶ y otras frutas. Vecinos

³⁶ Es una fruta del guayabo, árbol tropical nativo de América, de unos cinco metros de altura y

hay pocos, por ser la contratación casi ninguna. Tiene muchos ríos que nacen en las sierras. La tierra dentro hay algunos indios y caciques, que solían ser muy ricos por la gran contratación que tenían con los que moran en la campaña pasadas las sierras, y en el Dabaybe. Estos indios que en estos tiempos señorean esta región, ya dije cómo muchos dellos dicen su naturaleza haber sido pasado el gran río del Darién, y la causa porque salieron de su antigua patria. Son los señorettes o caciques de los indios obedecidos y temidos, todos generalmente dispuestos y limpios, y sus mujeres son de las hermosas y amorosas que yo he visto en la mayor parte destas indias donde he andado. Son en el comer limpios, y no acostumbran las fealdades que otras naciones. Tienen pequeños pueblos, y las casas son a manera de ramadas largas de muchos estantes. Dormían y duermen en hamacas; no tienen ni usan otras camas. La tierra es fértil, abundante de mantenimientos y de raíces gustosas para ellos y también para los que la usaren comerlas. Hay grandes manadas de puercos zainos pequeños, que son de buena carne sabrosa, y muchas dantas ligeras y grandes; algunos quieren decir que eran de linaje o forma de cebras. Hay muchos pavos y otra diversidad de aves, mucha cantidad de pescado por los ríos. Hay muchos tigres grandes, los cuales matan a algunos indios y hacían daño en los ganados. También hay culebras muy grandes y otras alimañas por las montañas y espesuras, que no sabemos los nombres; entre los cuales hay los que llamamos pericos ligeros, que no es poco de ver su talle tan fiero, y con la flojedad y torpeza que andan. Cuando los españoles daban en los pueblos destes indios y los tomaban de sobresalto, hallaban gran cantidad de oro en unos canastillos que ellos llaman habas, en joyas muy ricas de campanas, platos, joyeles, y unos que llaman caricuries, y otros caracoles grandes de oro bien fino, con que se atapaban sus partes deshonestas; también tenían zarcillos y cuentas muy menudas, y otras joyas de muchas maneras, que los tomaban; tenían ropa de algodón mucha. Las mujeres andan vestidas con unas mantas que les cubren de las tetas hasta los pies, y de los pechos arriba tienen otra manta con que se cubren. Précianse de hermosas; y así, andan siempre peinadas y galanas a su costumbre. Los hombres andan desnudos y descalzos, sin traer en sus cuerpos otra cobertura ni vestidura que la que les dio natura. En las partes deshonestas traían atados con unos hilos unos caracoles de hueso o de muy fino oro, que pesaban algunos que yo vi a cuarenta o cincuenta pesos cada uno, y algunos a más, y pocos a menos. Hay entre ellos grandes mercaderes y contratantes que llevan a vender la tierra dentro muchos puercos de los que crían en la misma tierra, diferentes de los de España, porque son más pequeños y tienen el ombligo a las espaldas, que debe ser alguna cosa que allí les nace. Llevan también sal y pescado; por ello traen oro, ropa y de lo que más ellos tienen necesidad; las armas que usan son unos arcos muy recios, sacados de unas palmas negras, de una braza cada uno, y otros más largos con muy grandes y agudas flechas, untadas con una yerba tan mala y pestífera, que es imposible al que llega y hace sangre no morir, aunque no sea la sangre más de cuanto sacarían de un hombre picándole con un alfiler. Así que pocos o ninguno de los que han herido con esta yerba dejaron de morir (*Crónica*, 360-361).

hojas ovaladas, verde oscuro; la guayaba tiene forma de baya ovalada, con una carne blanca o amarilla, llena de semillas pequeñas.

7). *El diario del explorador y cronista*

En el capítulo IX, el cronista describe su viaje en compañía de la armada del gobernador de Cartagena, licenciado Juan de Vadillo, “con una de las mejores armadas que han salido de la Tierra-Firme, según que tengo escrito en la cuarta parte desta historia” (*Crónica*, 362). Continúa el cronista detallando el itinerario hacia el sur:

Y deste pueblo de Urabá hasta la villa de Plata, que son los fines del Perú, anduve yo, y me apartaba por todas partes a ver las provincias que más podía, para poder entender y notar lo que en ellas había. Por tanto, de aquí adelante diré lo que vi y se me ofrece, sin querer engrandecer ni quitar cosa de lo que soy obligado; y desto los lectores reciban mi voluntad. Digo, pues, que saliendo de la ciudad de Antiocha, que es la primera población y la última del Perú a la parte del norte, van por la costa cinco leguas hasta llegar a un pequeño río que se llama Río Verde, del cual a la ciudad de Antiocha hay cuarenta y ocho leguas. Todo lo que hay deste río hasta unas montañas de que luego haré mención, que se llaman de Abibe, es llano, pero lleno de muchos montes y muy espesas arboledas y de muchos ríos. La tierra es despoblada junto al camino, por haberse los naturales retirado a otras partes, desviadas dél. Todo lo más del camino se anda por ríos, por no haber otros caminos, por la grande espesura de la tierra. Para poderla caminar, y pasar seguramente las sierras sin riesgo, han de caminarlo por enero, hebrero, marzo y abril; pasados estos meses, hay grandes aguas y los ríos van crecidos y furiosos; y aunque se puede caminar, es con gran trabajo y mayor peligro. En todo tiempo los que han de ir por este camino han de llevar buenas guías que sepan atinar a salir por los ríos. En todos estos montes hay grandes manadas de los puercos que he dicho; en tanta cantidad, que hay atajo de más de mil juntos, con sus lechoncillos, y llevan gran ruido por do quiera que pasan. Quien por allí caminare con buenos perros no le faltará de comer. Hay grandes dantas, muchos leones y osos crecidos, y mayores tigres. En los árboles andan de los más lindos y pintados gatos que puede ser en el mundo, y otros monos tan grandes, que hacen tal ruido, que desde lejos los que son nuevos en la tierra piensan que es de puercos. Cuando los españoles pasan debajo de los árboles por donde los monos andan, quiebran ramos de los árboles y les dan con ellos, cocándoles y haciendo otros visajes. Los ríos llevan tanto pescado, que con cualquiera red se tomara gran cantidad. Viniendo de la ciudad de Antiocha a Cartagena, cuando la poblamos, el capitán Jorge Robledo y otros, hallábamos tanto pescado, que con palos matábamos lo que queríamos. Por los árboles que están junto a los ríos, hay una que se llama iguana, que parece serpiente; para apropiarla, remeda en gran manera a un lagarto de los de España, grande, salvo que tiene la cabeza mayor y más fiera y la cola más larga; pero en la color y parecer no es más ni menos. Quitado el cuero y asadas o guisadas, son tan buenas de comer como conejos, y para mí más gustosas las hembras; tienen muchos huevos; de manera que ella es una buena comida, y quien no las conoce huiría dellas, y antes le pondrá temor y espanto su vista que no deseo de comerla. No sé determinar si es carne o pescado, ni ninguno lo acaba de entender; porque vemos que se echa de los árboles al agua y se halla bien en ella, y también la tierra dentro, donde no hay río, ninguna se halla. Hay otras que se llaman hicoteas, que es también buen

mantenimiento; son de manera de galápagos; hay muchos pavos, faisanes, papagayos de muchas maneras, y guacamayas, que son mayores, muy pintadas; asimismo se ven algunas águilas pequeñas y tórtolas, perdices, palomas y otras aves nocturnas y de rapiña. Hay, sin esto, por estos montes culebras muy grandes. Y quiero decir una cosa y contarla por cierta, aunque no la vi, pero sé haberse hallado presentes muchos hombres dignos de crédito; y es, que yendo por este camino el teniente Juan Greciano, por mandado del licenciado Santa Cruz, en busca del licenciado Juan de Vadillo, y llevando consigo ciertos españoles, entre los cuales iba un Manuel de Peralta y Pedro de Barros y Pedro Jimón, hallaron una serpiente o culebra tan grande, que tenía de largo más de veinte pies, y de muy grande anchor. Tenía la cabeza rosilla, los ojos verdes, sobresaltados; y como los vio, quiso encarar para ellos, y el Pedro Jimón le dio tal lanzada, que haciendo grandes vacas, murió, y le hallaron en su vientre un venado chico, entero como estaba cuando lo comió; y oí decir que ciertos españoles, con el hambre que llevaban, comieron el venado y aun parte de la culebra. Hay otras culebras no tan grandes como ésta, que hacen cuando andan un ruido que suena como cascabel. Éstas si muerden a un hombre lo matan. Otras muchas serpientes y animalias fieras, dicen los indios naturales que hay por aquellas espesuras, que yo no pongo por no las haber visto. De los palmares de Urabá hay muchos, y de otras frutas campesinas (*Crónica*, 362-363).

8). *Colombia y Ecuador antes de serlo*

En los capítulos X y XI, el cronista menciona al capitán Francisco César, el oro de la región, el hambre sufrida en las sierras, los pasos difíciles para subir y bajarlas, con pérdidas de caballos y hombres, el hallazgo de la madera que siempre se enciende, a pesar de estar mojada, los ríos ricos en oro, los indios y sus mantas de algodón teñidas de colores vivos, los puentes colgantes sobre ríos y torrentes, la ciudad de Antioquía en la Colombia actual, el cacique Nutibara, el canibalismo, las hazañas del capitán César, la superstición del diablo entre los indios y los tesoros de sus tumbas:

Pasados estos llanos y montañas desuso dichas, se allega a las muy anchas y largas sierras que llaman de Abibe. Esta sierra prosigue su cordillera al occidente; corre por muchas y diversas provincias y partes otras que no hay poblado. De largura no se sabe cierto lo que tiene; de anchura, a partes tiene veinte leguas, y a partes mucho más, y a cabos poco menos. Los caminos que los indios tenían, que atravesaban por estas bravas montañas (porque en muchas partes dellas hay poblado), eran tan malos y dificultosos, que los caballos no podían ni podrán andar por ellos. El capitán Francisco César, que fue el primero que atravesó por aquellas montañas, caminando hacia el nacimiento del sol, hasta que con gran trabajo dio en el valle del Cuaca, que está pasada la sierra, que cierto son asperísimos los caminos, porque todo está lleno de malezas y arboledas; las raíces son tantas, que enredan los pies de los caballos y de los hombres. Lo más alto de la sierra, que es una subida muy trabajosa y una abajada de más peligro, cuando la bajamos con el

licenciado Juan de Vadillo, por estar en lo más della unas laderas muy derechas y malas, se hizo con gruesos horcones y palancas grandes y mucha tierra, una como pared, para que pudiesen pasar los caballos sin peligro; y aunque fue provechoso, no dejaron de despeñarse muchos caballos y hacerse pedazos, y aun españoles se quedaron algunos muertos, y otros estaban tan enfermos, que por no caminar con tanto trabajo se quedaban en las montañas, esperando la muerte con grande miseria, escondidos por la espesura, porque no los llevasen los que iban sanos si los vieran. Caballos vivos se quedaron también algunos que no pudieron pasar por ir flacos. Muchos negros se huyeron y otros se murieron. Cierto, mucho mal pasamos los que por allí anduvimos, pues íbamos con el trabajo que digo. Poblado no hay ninguno en lo alto de la sierra, y si lo hay, está apartado de aquel lugar por donde la atravesamos; porque en el anchor destas sierras por todas partes hay valles, y en estos valles gran número de indios, y muy ricos de oro. Los ríos que abajan desta sierra o cordillera hacia el poniente se tiene que en ellos hay mucha cantidad de oro. Todo lo más del tiempo del año llueve; los árboles siempre están destilando agua de la que ha llovido. No hay yerba para los caballos, si no son unas palmas cortas que echan unas pencas largas. En lo interior deste árbol o palma se crían unos palmitos pequeños de grande amargor. Yo me he visto en tanta necesidad y tan fatigado de el hambre, que los he comido. Y como siempre llueve, y los españoles y más caminantes van mojados, ciertamente si les faltase lumbre creo morirían todos los más. El dador de los bienes, que es Cristo, nuestro Dios y Señor, en todas partes muestra su poder y tiene por bien de nos hacer mercedes y darnos remedio para todos nuestros trabajos; y así, en estas montañas, aunque no hay falta de leña, toda está tan mojada, que el fuego que estuviere encendido apagará, cuanto más dar lumbre. Y para suplir esta falta y necesidad que se pasaría en aquellas sierras, y aun en muchas partes de las Indias, hay unos árboles largos, delgados, que casi parecen fresnos, la madera de dentro blanca y muy enjuta; cortados éstos, se enciende luego la lumbre y arde como tea, y no se apaga hasta que es consumida y gastada con el fuego. Enteramente nos dio la vida hallar esta madera. Adonde los indios están poblados tienen mucho bastimento y frutas, pescado y gran cantidad de mantas de algodón muy pintadas. Por aquí no hay de la mala hierba de Urabá; y no tienen estos indios montañeses otras armas sino lanzas de palma y dardos y macanas. Y por los ríos (que no hay pocos) tienen hechas puentes de unos grandes y recios bejucos, que son como unas raíces largas que nacen entre los árboles, que son tan recios algunos dellos como cuerdas de cáñamo; juntando gran cantidad hacen una sogá o maroma muy grande, la cual echan de una parte a otra del río y la atan fuertemente a los árboles, que hay muchos junto a los ríos, y echando otras, las atan y juntan con barrotes fuertes, de manera que queda como puente. Pasan por allí los indios y sus mujeres, y son tan peligrosas que yo querría ir más por la de Alcántara que no por ninguna dellas; no embargante que, aunque son tan dificultosas, pasan (como ya dije) los indios y sus mujeres cargadas, y con sus hijos, si son pequeños, a cuestras, tan sin miedo como si fuesen por tierra firme. Todos los más destes indios que viven en estas montañas eran sujetos a un señor o cacique grande y poderoso, llamado Nutibara. Pasadas estas montañas, se allega a un muy lindo valle de campaña o cabaña, que es tanto como decir que en él no hay montaña ninguna, sino sierras peladas muy agras y encumbradas para andar, salvo que los indios tienen sus caminos por las lomas y laderas

bien desechados. Cuando en este valle entramos con el licenciado Juan de Vadillo, estaba poblado de muchas casas muy grandes de madera, la cobertura de una paja larga; todos los campos llenos de toda manera de comida de la que ellos usan. De lo superior de las sierras nacen muchos ríos y muy hermosos; sus riberas estaban llenas de frutas de muchas maneras, y de unas palmas delgadas muy largas, espinosas; en lo alto dellas crían un racimo de una fruta que llamamos pixivaes, muy grande y de mucho provecho, porque hacen pan y vino con ella, y si cortan la palma sacan de dentro un palmito de buen tamaño, sabroso y dulce. Había muchos árboles que llamamos aguacates y muchas guabas y guayabas, muy olorosas piñas. Desta provincia era señor o rey uno llamado Nutibara, hijo de Anunaibe, tenía un hermano que se decía Quinuchu. Era en aquel tiempo su lugarteniente en los indios montañeses que viven en las sierras de Abibe (que ya pasamos) y en otras partes; el cual proveyó siempre a este señor de muchos puercos, pescado, aves y otras cosas que en aquella tierra se crían; y le daban en tributo mantas y joyas de oro. Cuando iba a la guerra le acompañaba mucha gente con sus armas. Las veces que salía por estos valles caminaba en unas andas engastonadas de oro, y en hombros de los más principales; tenía muchas mujeres. Junto a la puerta de su aposento, y lo mesmo en todas las casas de sus capitanes, tenían puestas muchas cabezas de sus enemigos, que ya habían comido; las cuales tenían allí como en señal de triunfo. Todos los naturales de esta región comen carne humana, y no se perdonan en este caso; porque en tomándose unos a otros (como no sean naturales de un propio pueblo) se comen. Hay muchas y muy grandes sepulturas, y que no deben ser poco ricas. Tenían primero una grande casa o templo dedicado al demonio; los horcones y madera vi yo por mis propios ojos. Al tiempo que el capitán Francisco César entró en ese valle le llevaron los indios naturales dél a aquesta casa o templo, creyendo que, siendo tan pocos cristianos los que con él venían, fácilmente y con poco trabajo matarían. Y así, salieron de guerra más de veinte mil indios, con gran tropel y con mayor ruido; mas, aunque los cristianos no eran más de treinta y nueve y trece caballos, se mostraron tan valerosos y valientes, que los indios huyeron, después de haber durado la batalla buen espacio de tiempo, quedando el campo por los cristianos; adonde ciertamente César se mostró ser digno de tener tal nombre. Los que escribieron de Cartagena tienen harto que decir deste capitán; lo que yo toco no lo hago por más que por ser necesario para claridad de mi obra. Y si los españoles que entraron con César en este valle fueron muchos, cierto quedaran todos ricos y sacaran mucho oro, que después los indios sacaron por consejo del diablo, que de nuestra venida les avisó, según ellos propios afirman y dicen. Antes que los indios diesen la batalla al capitán César le llevaron a aquesta casa que digo, la cual tenían (según ellos dicen) para reverenciar al diablo; y cavando en cierta parte hallaron una bóveda muy bien labrada, la boca al nacimiento del sol; en la cual estaban muchas ollas llenas de joyas de oro muy fino, porque era todo lo más de veinte y veinte y un quilate, que montó más de cuarenta mil ducados. Dijéronle que adelante estaba otra casa donde había otra sepultura como aquella, que tenía mayor tesoro; sin lo cual, le afirmaban más que en el valle hallaría otras mayores y más ricas, aunque la que le decían lo era mucho. Cuando después entramos con Vadillo hallamos algunas destas sepulturas sacadas, y la casa o templo quemada. Una india que era de un Baptista Zimbron me dijo a mí que después que César se volvió a Cartagena se juntaron todos los principales y señores destos valles, y

hechos sus sacrificios y ceremonias, les apareció el diablo (que en su lengua se llama *Guaca*) en figura de tigre, muy fiero, y que les dijo cómo aquellos cristianos habían venido de la otra parte del mar, y que presto habían de volver otros muchos como ellos, y habían de ocupar y procurar de señorear la tierra; por tanto, que se aparejasen de armas par les dar guerra. El cual, como esto les hobiese hablado, desapareció; y que luego comenzaron de aderezarse, sacando primero grande suma de tesoros de muchas sepulturas (*Crónica*, 363-364).

El cronista describe en el capítulo XII la fundación de Antioquía, ciudad de la Colombia actual y en el XIII establece los límites de la provincia de Popayán, desde Antioquía al norte hasta Pasto al sur, con los poblados de indios ricos en oro, con una descripción de los límites del Perú que comienza en Quito y de indios tan diferentes entre sí, algunos de paz y otros indómitos, y en el XIV describe el camino desde Antioquía a la villa de Ancerma, con una anécdota de un español que dejó una piedra llena de oro por un perrito:

Esta ciudad de Antiocha pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en nombre de su majestad el emperador don Carlos, rey de España y destas Indias, nuestro señor, y con poder del adelantado don Sebastián de Belalcázar, su gobernador, y capitán general de la provincia de Popayán, año del nacimiento de nuestro Señor de 1541 años. Esta ciudad está en siete grados de la Equinocial, a la parte del norte (...) Porque los capitanes del Perú poblaron y descubrieron esta provincia de Popayán, la porné con la misma tierra del Perú, haciéndola toda una; mas no la apropiaré a ella, porque es muy diferente la gente, la disposición de la tierra y todo lo demás della; por lo cual será necesario que desde el Quito (que es donde verdaderamente comienza lo que llamamos Perú), que es también donde por aquella parte comienza esta provincia, y se acaba en Antiocha. Digo pues que esta provincia se llamó de Popayán por causa de la ciudad de Popayán, que en ella está poblada. Tendrá de longitud docientas leguas, poco más o menos, y de latitud treinta y cuarenta, y a parte más y a cabo menos. Por la una parte tiene la costa de la mar del Sur y unas montañas altísimas muy ásperas, que van de luengo della al oriente. Por la otra parte corre la larga cordillera de los Andes, y de entrambas cordilleras nacen muchos ríos, y algunos muy grandes, de los cuales se hacen anchos valles; por el uno dellos, que es el mayor de todas estas partes del Perú, corre el gran río de Santa Marta.³⁷ Inclúyese en esta gobernación la villa de Pasto, la ciudad de Popayán, la villa de Timana, que está pasada la cordillera de los Andes, la ciudad de Cali, que está cerca del puerto de la Buena Ventura, la villa de Ancerma, la ciudad de Cartago, la villa de Arma, ciudad de Antiocha, y otras que se habrán poblado después que yo salí della. En esta provincia hay unos pueblos fríos y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos, en una parte llueve mucho y en otra poco, en una

³⁷ Éste es el río Cauca actual. El nombre *Cauca* es de significado desconocido. Los aborígenes lo llamaban *Bredunco*, mientras los primeros españoles en la región lo llamaban *Río Grande*, *Cauca* o *Marta*. El nombre de Marta viene de la circunstancia en que los conquistadores veían al Cauca y Magdalena como ríos hermanos y los nombraron en honor a las santas hermanas del Evangelio: Santa Marta y Santa María Magdalena.

tierra comen los indios carne humana y en otras no la comen. Por una parte tiene por vecino al nuevo reino de Granada, que está pasados los montes de los Andes; por otra parte al reino del Perú, que comienza del largo della al oriente. Al poniente confina con la gobernación del río de San Juan, al norte con la de Cartagena. Muchos se espantan cómo estos indios, teniendo muchos dellos sus pueblos en partes dispuestas para conquistarlos, y que en toda la gobernación (dejando la villa de Pasto) no hace frío demasiado ni calor, ni deja de haber otras cosas convenientes para la conquista, cómo han salido tan indómitos y porfiados; y los del Perú, estando sus valles entre montañas y sierras de nieve y muchos riscos y ríos, y más gentes en número que los de acá, y grandes despoblados, cómo sirven y han sido y son tan sujetos y domables (...). Saliendo de la ciudad de Antioquía, y caminando hacia la villa de Ancerma, verse ha aquel nombrado y rico cerro de Buritica, que tanta multitud de oro ha salido dél en el tiempo pasado. El camino que hay de Antiocha a la villa de Ancerma son setenta leguas; es el camino muy fragoso, de muy grandes sierras peladas, de poca montaña. Todo ello o lo más está poblado de indios, y tienen las casas muy apartadas del camino. Luego que salen de Antiocha se allega a un pequeño cerro que se llama Corome, que está en unos vallecetes, donde solía haber muchos indios y población; y entrados los españoles a conquistarlos, se han disminuido en grande cantidad. Tiene este pueblo muy ricas minas de oro y muchos arroyos donde los pueden sacar. Hay pocos árboles de fruta, y maíz se da poco. Los indios son de la habla y costumbres de los que hemos pasado (...); acuérdome cuando descubrimos este pueblo con el licenciado Juan de Vadiello, que un clérigo que iba en el armada, que se llamaba Francisco de Frías, halló en una casa o bohío deste pueblo de Buritica una totuma, que es a manera de una albornía grande, llena de tierra, y se apartaban los granos de oro de entre ella muy espesos y grandes; vimos también allí los nacimientos y minas donde lo cogían, y las macanas o coas con que lo labraban. Cuando el capitán Jorge Robledo pobló esta ciudad de Antiocha fue a ver estos nacimientos, y lavaron una batea de tierra, y salió cantidad de una cosa muy menuda. Un minero afirmaba que era oro, otro decía que no, sino lo que llamamos margajita; y como íbamos de camino, no se miró más en ello. Entrados los españoles en este pueblo, lo quemaron los indios, y nunca han querido volver más a poblarlo. Acuérdome que yendo a buscar comida un soldado llamado Toribio, halló en un río una piedra tan grande como la cabeza de un hombre, toda llena de vetas de oro, que penetraban la piedra de una parte a otra, y como la vido, se la cargó en sus hombros para la traer al real; y viniendo por una sierra arriba, encontró con un perrillo pequeño de los indios, y como lo vido, arremetió a lo matar para comer, soltando la piedra de oro, la cual se volvió rodando al río, y el Toribio mató al perro, teniéndolo por de más precio que el oro, por el hambre que tenía, que fue causa que la piedra se quedase en el río donde primero estaba (...). En otro río vi yo a un negro del capitán Jorge Robledo de una bateada de tierra sacar dos granos de oro bien crecidos: en conclusión, si la gente fuera doméstica y bien inclinada, y no tan carniceros de comerse unos a otros, y los capitanes y gobernadores más piadosos, para no haberlos apocado, la tierra de aquellas comarcas muy rica es. Deste pueblo que estaba asentado en este cerro, que se llama Buritica, nace un pequeño río; hace mucha llanada, casi a manera de valle, donde está asentada una villa de minas que ha por nombre Santa Fe, que pobló el mismo capitán Jorge Robledo, y es sufragana a la ciudad de Antiocha; por

tanto, no hay qué decir della. Las minas se han hallado muy ricas junto a este pueblo, en el río grande de Santa Marta, que pasa junto a él. Cuando en verano sacan los indios y negros en las playas harta riqueza, y por tiempos sacarán mayor cantidad, porque habrá más negros (*Crónica*, 366-367).

En el capítulo XV el cronista describe la abundancia de oro en el río de Santa Marta, con la crueldad de los naturales, su religión y la suntuosidad de las ceremonias fúnebres de algunos caciques:

Cuando van a la guerra, con agudos cuchillos de pedernal, o de unos juncos o de cortezas o cáscara de cañas, que también las hacen dellas bien agudos, cortan las cabezas a los que prenden. Y a otros dan muertes temerosas, cortándoles algunos miembros, según su costumbre, a los cuales comen luego, poniendo las cabezas, como he dicho, en lo alto de las cañas. Entre estas cañas tienen puestas algunas tablas, donde esculpen la figura del demonio, muy fiera, de manera humana, y otros ídolos y figuras de gatos, en quien adoran. Cuando tienen necesidad de agua o de sol para cultivar sus tierras, piden (según dicen los mismos indios naturales) ayuda a estos sus dioses. Hablan con el demonio los que para aquella religión están señalados; y son grandes agoreros y hechiceros, y miran en prodigios y señales y guardan supersticiones, las que el demonio les manda: tanto es el poder que ha tenido sobre aquellos indios, permitiéndolo Dios nuestro Señor por sus pecados o por otra causa que él sabe. Decían las lenguas cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo, la primera vez que los descubrimos, que el principal señor dellos, que había por nombre Cauroma, tenía muchos ídolos de aquéllos, que parecían de palo, de oro finísimo; y afirmaban que había tanta abundancia deste metal, que en un río sacaba el señor ya dicho la cantidad que quería. Son grandes carniceros de comer carne humana. A las puertas de las casas que he dicho tienen plazas pequeñas, sobre las cuales están puestas las cañas gordas; y en estas plazas tienen sus mortuorios y sepulturas al uso de su patria, hechas de una bóveda, muy hondas, la boca al oriente. En las cuales, muerto algún principal o señor, lo meten dentro con muchos llantos, echando con él todas sus armas y ropa, y el oro que tiene y comida. Por donde conjeturamos que estos indios ciertamente dan algún crédito a pensar que el ánima sale del cuerpo, pues lo principal que metían en sus sepulturas es mantenimiento y las cosas que más ya he dicho; sin lo cual, las mujeres que en vida ellos más quisieron, las enterraban vivas con ellos en las sepulturas, y también enterraban otros muchachos y indias de servicio (*Crónica*, 367-368).

El capítulo XVI describe el norte de la Colombia actual, a lo largo de la cordillera y los valles entre el océano Pacífico y la cordillera occidental y central. El nombre de la villa de Ancerma viene de la sal que los indios llamaban *ancer*, porque al llegar el adelantado Sebastián de Belalcázar no había intérpretes. Digna de nota es la anécdota de los españoles hambrientos que hallan una olla con carne cocida, de que comen, antes de darse cuenta que han comido carne humana; se repite en esta región la ceremonia fúnebre que recuerda, con variantes, la que hemos leído en el texto anterior :

El sitio donde está fundada la villa de Ancerma es llamado por los indios naturales Umbra; y al tiempo que el adelantado don Sebastián de Belalcázar entró en esta provincia cuando la descubrió, como no llevaba lenguas, no pudo entender ningún secreto de la provincia. Y oían a los indios que en viendo sal la llamaban y nombraban *ancer*, como es la verdad, y entre los indios no tiene otro nombre; por lo cual los cristianos de allí adelante, hablando en ella, la nombraron Ancerma, y por esta causa se le puso a esta villa el nombre que tiene. Cuatro leguas della al occidente está un pueblo no muy grande, pero es bien poblado de muchos indios, por tener muy grandes casas y ancha tierra. Pasa un río pequeño por él, y está una legua del grande y muy rico río de Santa Marta (...). Porque entiendan los trabajos que se pasan en los descubrimientos los que esto leyeren, quiero contar lo que aconteció en este pueblo al tiempo que entramos en él con el licenciado Juan de Vadillo, y es, que como tenían alzados los mantenimientos en algunas partes, no hallábamos maíz ni otra cosa para comer, y carne había más de un año que no la comíamos, sino era de los caballos que se morían o de algunos perros, ni aun sal no teníamos; tanta era la miseria que pasábamos. Y saliendo veinte y cinco o treinta soldados, fueron a renchar, o por decirlo más claro, a robar lo que pudiesen hallar; y junto con el río Grande dieron en cierta gente que estaba huida por no ser vistos ni presos de nosotros, adonde hallaron una olla grande llena de carne cocida; y tanta hambre llevaban, que no miraron en más de comer, creyendo que la carne era de unos que llaman curíes, porque salían de la olla algunos; mas ya que estaban todos bien hartos, un cristiano sacó de la olla una mano con sus dedos y uñas; sin lo cual, vieron luego pedazos de pies, dos o tres cuartos de hombres que en ella estaban; lo cual visto por los españoles que allí se hallaron, les pesó de haber comido aquella vianda, dándoles grande asco de ver los dedos y manos; mas a la fin se pasó, y volvieron hartos al real, de donde primero habían salido muertos de hambre (...). Cuando los señores se mueren, en una parte desta provincia que se llama Tauya, tomando el cuerpo, se ponen una hamaca y a todas partes ponen fuego grande, haciendo unos hoyos, en los cuales cae la sanguaza y gordura que se derrite con el calor. Después que está el cuerpo medio quemado, vienen los parientes y hacen grandes lloros, y acabados, beben de su vino y rezan sus salmos o bendiciones dedicadas a sus dioses, a su uso y como lo aprendieron de sus mayores; lo cual hecho, ponen el cuerpo, envuelto en mucha cantidad de mantas, en un ataúd, y sin enterrarlo lo tienen allí algunos años, y después de estar bien seco, los ponen en las sepulturas que hacen dentro en sus casas. En las demás provincias, muerto un señor, hacen en los cerros altos las sepulturas muy hondas, y después que han hecho grandes lloros, meten dentro al difunto, envuelto en muchas mantas, las más ricas que tienen, y a una parte ponen sus armas y a otra mucha comida y grandes cántaros de vino y sus plumajes y joyas de oro, y a los pies echan algunas mujeres vivas, las más hermosas y queridas suyas, teniendo por cierto que luego ha de tornar a vivir y aprovecharse de lo que con ellos llevan (...). Esta villa de Ancerma pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitán general de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro; aunque es verdad que Lorenzo de Aldana, teniente general de don Francisco Pizarro, desde la ciudad de Cali nombró el cabildo, y señaló por alcaldes a Suer de Nava y a Martín de Amoroto, y por alguacil mayor a Ruy Venegas, y envió a Robledo a poblar esta ciudad, que villa se llama agora, y le mandó

que le pusiese por nombre Santa Ana de los caballeros. Así que, a Lorenzo de Aldana se puede atribuir la mayor parte desta fundación de Ancerma, por la razón susodicha (*Crónica*, 368-369).

El capítulo XVII describe el camino de Antioquía hasta Arma, en la dirección de Cartagena de Indias. Se describen indios que prefieren suicidarse ante el avance de los españoles y la protesta del cronista por la injusticia en el repartimiento de indios, la deleznable encomienda:

Cuando entramos en este valle de Aburra, fue tanto el aborrecimiento que nos tomaron los naturales dél, que ellos y sus mujeres se ahorcaban de sus cabellos o de los maures, de los árboles, y aullando con gemidos lastimeros dejaban allí los cuerpos y abajaban las ánimas al infierno (...). El repartimiento que por mis servicios se me dio fue en los términos desta villa. Bien quisiera que hubiera en qué extendiera la pluma algún tanto, pues tenía para ello razón tan justa; mas la calidad de las cosas sobre que ella está fundada no lo consiente, y principalmente porque muchos de mis compañeros, los descubridores y conquistadores que salimos de Cartagena, están sin indios, y los tienen los que los ha habido por dineros o por haber seguido a los que han gobernado, que cierto no es pequeño mal (*Crónica*, 370).

Hacia el final de su *Crónica*, el cronista describe varios hechos que él ha presenciado, como la fundación de la ciudad de La Paz, la de la ciudad de plata, de las minas de plata, del descubrimiento de las minas, de los ganados del Perú, de la fertilidad de su suelo y de su potencial para reproducir con creces plantas y frutas traídas de España, de los plateros indios del Perú, de las minas de metales preciosos del Perú, de la esclavitud entre los indios del Perú y la defensa de los indios, víctimas de los prejuicios europeos.

9). *Fundación de la ciudad de La Paz*

El cronista asigna a estos lugares un marco histórico preciso, dando referencias a los acontecimientos que marcaron su propia experiencia de descubridor y conquistador antes de ser cronista. Los capítulos CVI y CVII describen la fundación y desarrollo de la comarca cerca de la ciudad de la Paz, incluyendo la riquísima ciudad de Plata, cerca de las minas de plata, y haciendo referencia al lago Titicaca, con detalles del sesgo y vestidos de los indios de la región, la Bolivia actual y la mención del descubrimiento del río de la Plata, y de la fortaleza construida por Sebastián Caboto. Se entiende por esta referencia de dónde le vino el nombre de Río de la Plata a este gran río sobre el que se asoman, en tiempos modernos, las dos grandes metrópolis de Buenos Aires, en Argentina y Montevideo, en Uruguay:

Del pueblo de Tinguanaco, yendo por el camino derecho se va hasta llegar al de Vincha, que está de Tinguanaco siete leguas; quedan a la siniestra mano los pueblos llamados Cacayavire, Caquingora, Mallama y otros desta calidad, que me parece va poco en que se nombren todos en particular; entre ellos está el llano junto a otro pueblo que nombran Guarina, lugar que fue donde en los días pasados se dio batalla entre Diego Centeno y Gonzalo Pizarro; fue cosa notable (como se escribirá en su lugar), y adonde murieron muchos capitanes y caballeros de los que seguían el partido del Rey debajo de la bandera del capitán Diego Centeno, y algunos que eran cómplices de Gonzalo Pizarro, el cual fue Dios servido que quedase por vencedor della. Para llegar a la ciudad de la Paz se deja el camino real de los ingas y se sale al pueblo de Laxa; adelante dél una jornada está la ciudad, puesta en la angostura de un pequeño valle que hacen las sierras, y en la parte más dispuesta y llana se fundó la ciudad, por causa del agua y leña, de que hay mucha en este pequeño valle como por ser tierra más templada que los llanos y vegas del Collao, que están por lo alto della; adonde no hay las cosas que para proveimiento de semejantes ciudades requiere que haya; no embargante que se ha tratado entre los vecinos de la mudar cerca de la laguna grande de Titicaca o junto a los pueblos de Tinguanaco o de Guaqui. Pero ella se quedará fundada en el asiento y aposentos del valle de Chuquiabo, que fue donde en los años pasados se sacó gran cantidad de oro de mineros ricos que hay en este lugar. Los ingas tuvieron por gran cosa a este Chuquiabo; cerca dél está el pueblo de Oyune, donde dicen que está en la cumbre de un gran monte de nieve gran tesoro escondido en un templo que los antiguos tuvieron; el cual no se puede hallar ni saben a qué parte está. Fundó y pobló esta ciudad de Nuestra Señora de la Paz el capitán Alonso de Mendoza, en nombre del Emperador nuestro señor, siendo presidente en este reino el licenciado Pedro de la Gasca, año de nuestra reparación de 1549 años. En este valle que hacen las sierras, donde está fundada la ciudad, siembran maíz y algunos árboles, aunque pocos, y se cría hortaliza y legumbres de España. Los españoles son bien proveidos de mantenimientos y pescado de la laguna y de muchas frutas que traen de los valles calientes, adonde se siembra gran cantidad de trigo, y crían vacas, cabras y otros ganados. Tiene esta ciudad ásperas y dificultosas salidas, por estar, como digo, entre las sierras; junto a ella pasa un pequeño río de muy buena agua. Desta ciudad de la Paz hasta la villa de Plata, que es en la provincia de las Charcas, hay noventa leguas, poco más o menos. De aquí, para proseguir con orden, volveré al camino real que dejé; y así, digo que desde Viacha se va hasta Hayohayo, donde hubo grandes aposentos para los ingas. Y más delante de Hayohayo está Siquisica, que es hasta donde llega la comarca de los collas, puesto que a una parte y a otra hay destos pueblos otros algunos. Deste pueblo de Siquisica van al pueblo de Caracollo, que está once leguas dél; el cual está asentado en unas vegas de campaña cerca de la gran provincia de Paria, que fue cosa muy estimada por los ingas; y andan vestidos los naturales de la provincia de Paria como todos los demás, y traen por ornamento en las cabezas un tocado a manera de bonetes pequeños hechos de lana. Fueron los señores muy servidos de sus indios, y había depósitos y aposentos reales para los ingas, y templo del sol. Agora se ve gran cantidad de sepulturas altas, donde metían sus difuntos. Los pueblos de indios sujetos a Paria, que son Caponota y otros muchos, dellos están en la laguna y dellos en otras partes de la comarca; mas delante de Paria están los pueblos de Pocoata, Macha, Ca-

racara, Moromoro, y cerca de los Andes están otras provincias y grandes señores. La noble y leal villa de Plata, población de españoles de los Charcas, asentada en Chuquisaca, es muy mentada en los reinos del Perú y en mucha parte del mundo, por los grandes tesoros que della han ido estos años a España. Y está puesta esta villa en la mejor parte que se halló, a quien (como digo) llaman Chuquisaca, y es tierra de muy buen temple, muy aparejada para criar árboles de fruta y para sembrar trigo y cebada, viñas y otras cosas. Las estancias y heredamientos tienen en este tiempo gran precio, causado por la riqueza que se ha descubierto de las minas de plata. Tiene muchos términos y pasan algunos ríos por cerca della, de agua muy buena, y en los heredamientos de los españoles se crían muchas vacas, yeguas y cabras; y algunos de los vecinos desta villa son de los ricos y prósperos de las Indias, porque el año de 1548 y 49 hubo repartimiento, que fue el del general Pedro de Hinojosa, que rentó más de cien mil castellanos, y otros a ochenta mil, y algunos a más. Por manera que fue gran cosa los tesoros que hubo en estos tiempos. Esta villa de Plata pobló y fundó el capitán Peranzúñez, en nombre de su majestad del emperador y rey nuestro señor, siendo su gobernador y capitán general del Perú el adelantado don Francisco Pizarro, año de 1538 años, y digo que, sin los pueblos ya dichos, tiene esta villa a Totorá, Tapacari, Sipisipe, Cochabamba, los Carangues, Quillanca, Chaianta, Chaqui y los Chichas, y otros muchos, y todos muy ricos, y algunos, como el valle de Cochabamba, fértiles para sembrar trigo y maíz y criar ganados. Más adelante desta villa está la provincia de Tucumá y las regiones donde entraron a descubrir el capitán Felipe Gutiérrez y Diego de Rojas y Nicolás de Heredia; por la cual parte descubrieron el río de la Plata, y llegaron más adelante hacia el sur; de donde está la fortaleza que hizo Sebastián Gaboto (*Crónica*, 447-448).

10). *Las grandes minas de plata del Perú con el descubrimiento de Potosí*

El relato del hallazgo de las minas de plata y, sobre todo, del cerro del Potosí está descrito de manera magistral en los capítulos CVIII y CIX:

Parece por lo que oí y los indios dicen, que en tiempo que los reyes ingas mandaron este gran reino del Perú les sacaban en algunas partes desta provincia de los Charcas cantidad grande de metal de plata, y para ello estaban puestos indios, los cuales daban el metal de plata que sacaban a los veedores y delegados suyos. Y en este cerro de Porco, que está cerca de la villa de Plata, había minas, donde sacaban plata para los señores; y afirman que mucha de la plata que estaba en el templo del sol de Curicancha fue sacada deste cerro; y los españoles han sacado mucho dél. Agora en este año se está limpiando una mina del capitán Hernando Pizarro, que afirman que le valdrá por año las ansedradas que della sacarán más de doscientos mil pesos de oro. Antonio Álvarez, vecino desta villa, me mostró en la ciudad de los Reyes un poco de metal, sacado de otra mina que él tiene en este cerro de Porco, que casi todo parecía plata; por manera que Porco fue antiguamente cosa riquísima, y agora lo es, y se cree que será para siempre. También en muchas sierras comarcanas a esta villa de Plata y de sus términos y jurisdicción se han hallado ricas minas de plata; y tiénese por cierto, por lo que se ve, que hay tanto deste metal, que si hubiese quien lo buscase y sacase, sacaría dél poco menos que

en la provincia de Vizcaya sacan hierro. Pero por no sacarlo con indios, y por ser la tierra fría para negros y muy costosa, parece que es causa que esta riqueza tan grande esté perdida. También digo que en algunas partes de la comarca desta villa hay ríos que llevan oro, y bien fino. Mas como las minas de plata son más ricas, danse poco por sacarlo. En las Chichas, pueblos derramados, que están encomendados a Hernando Pizarro y son sujetos a esta villa, se dice que en algunas partes dellos hay minas de plata; y en las montañas de los Andes nacen ríos grandes, en los cuales, si quisieren buscar mineros de oro, tengo que se hallaran. Las minas de Porco y otras que se han visto en estos reinos, muchas dellas desde el tiempo de los ingas están abiertas, y descubiertas las vetas de donde sacaban el metal; pero las que se hallaron en este cerro de Potosí (de quien quiero agora escribir) ni se vio la riqueza que había ni se sacó del metal, hasta que el año de 1547 años, andando un español llamado Villaroel con ciertos indios a buscar metal para sacar, dio en esta grandeza, que está en un collado alto, el más hermoso y bien asentado que hay en toda aquella comarca; y porque los indios llaman Potosí a los cerros y cosas altas, quedósele por nombre Potosí, como le llaman. Y aunque en este tiempo Gonzalo Pizarro andaba dando guerra al Visorey, y el reino lleno de alteraciones causadas desta rebelión, se pobló la falda deste cerro y se hicieron casas grandes y muchas, y los españoles hicieron su principal asiento en esta parte, pasándose la justicia a él; tanto, que la villa estaba casi desierta y despoblada; y así, luego tomaron minas, y descubrieron por lo alto del cerro cinco vetas riquísimas, que nombran Veta, Rica, Veta del Estaño, y la cuarta de Mendieta, y la quinta de Oñate; y fue tan sonada esta riqueza, que de todas las comarcas venían indios a sacar plata a este cerro, el sitio del cual es frío, porque junto a él no hay ningún poblado. Pues tomada posesión por los españoles, comenzaron a sacar plata; desta manera, que al que tenía mina le daban los indios que en ella entraban un marco, y si era muy rica, dos cada semana; y si no tenía mina, a los señores encomenderos de indios les daban medio marco cada semana. Cargó tanta gente a sacar plata, que parecía aquel sitio una gran ciudad. Y porque forzado ha de ir en crecimiento o venir en disminución tanta riqueza, digo que para que se sepa la grandeza destas minas, según lo que yo vi el año del Señor de 1549 en este asiento, siendo corregidor en él y en la villa de Plata por su majestad el licenciado Polo, que cada sábado en su propia casa, donde estaban las cajas de las tres llaves, se hacía fundición, y de los quintos reales venían a su majestad treinta mil pesos, y veinte y cinco, y algunos poco menos y algunos más de cuarenta. Y con sacar tanta grandeza, que montaba el quinto de la plata que pertenece a su majestad más de ciento y veinte mil castellanos cada mes, decían que salía poca plata y que no andaban las minas buenas. Y esto que venía a la fundición era solamente metal de los cristianos, y no todo lo que tenían, porque mucho sacaban en tejuelos para llevar do querían, y los indios verdaderamente se cree que llevaron a sus tierras grandes tesoros. Por donde, con gran verdad se podrá tener que en ninguna parte del mundo se halló cerro tan rico, ni ningún príncipe de un solo pueblo, como es esta famosa villa de Plata, tuvo ni tiene tantas rentas ni provechos; pues desde el año 1548 hasta el de 51 le han valido sus quintos reales más de tres millones de ducados, que monta más que cuanto hubieron los españoles de Atabaliba ni se halló en la ciudad del Cuzco cuando la descubrieron. Parece, por lo que se ve, que el metal de la plata no puede correr con fuelles ni quedar con la materia del fuego convertido en plata. En Porco y en otras

partes deste reino donde sacan metal hacen grandes planchas de plata, y el metal lo purifican y apartan de la escoria que se cría con la tierra, con fuego, teniendo para ello sus fuelles grandes. En este Potosí, aunque por muchos se ha procurado, jamás han podido salir con ello; la reciura del metal parece que lo causa, o algún otro misterio; porque grandes maestros han intentado, como digo, de los sacar con fuelles, y no ha prestado nada su diligencia; y al fin, como para todas las cosas puedan hallar los hombres en esta vida remedio, no les faltó para sacar esta plata, con una invención la más extraña del mundo, y es que, antiguamente, como los ingas fueron tan ingeniosos en algunas partes que les sacaban plata, debía no querer correr con fuelles, como en esta de Potosí, y para aprovecharse del metal hacían unas formas de barro, del talle y manera que es un albaquero en España, teniendo por muchas partes algunos agujeros o respiraderos. En estos tales ponían carbón, y el metal encima; y puestos por los cerros o laderas donde el viento tenía más fuerza, sacaban dél plata, la cual aprobaban y afinaban después con sus fuelles pequeños, o cañones con que soplan. Desta manera se sacó toda esta multitud de plata que ha salido deste cerro, y los indios se iban con el metal a los altos de la redonda dél, a sacar plata. Llaman a estas formas guairas, y de noche hay tantas dellas por todos los campos y collados, que parecen luminarias; y en tiempo que hace viento recio se saca plata en cantidad; cuando el viento falta, por ninguna manera pueden sacar ninguna. De manera que, así como el viento es provechoso para navegar por el mar, lo es en este lugar para sacar la plata; y como los indios no hayan tenido veedores ni se pueda irles a la mano en cuanto al sacar la plata, por llevarla ellos (como está ya dicho) a sacar a los cerros, se cree que muchos han enriquecido y llevado a sus tierras gran cantidad desta plata. Y fue esto causa que de muchas partes del reino acudían indios a este asiento de Potosí para aprovecharse, pues había para ello tan grande aparejo (*Crónica*, 448-449).

11). *El mercado de Potosí*

Lo interesante de esta sección, que comprende una buena parte del capítulo CX, consiste en el inventario que Cieza hace de los productos que se intercambian para adquirir la plata que se produce en Potosí. Después de rebatir la riqueza y el volumen de lo que se vendía y compraba, Cieza aclara que, sin contar lo que compraban y vendían los españoles, se podía calcular el valor del mercado indio en veinte y cinco o treinta mil pesos oro cada día, y que había días en que se superaban esas cifras:

Porque fue tan grande la contratación, que solamente entre indios, sin entrevenir cristianos, se vendía cada día, en tiempo que las minas estaban prósperas, veinte y cinco y treinta mil pesos de oro, y días de más de cuarenta mil; cosa extraña, y que creo que ninguna feria del mundo se iguala al trato deste mercado. Y lo noté algunas veces, y vía que en un llano que hacía la plaza deste asiento, por una parte dél iba una hilera de cestos de coca, que fue la mayor riqueza destas partes;³⁸ por

³⁸ Coca, la famosa planta que los indios mascaban para ahuyentar el cansancio y el hambre. Es in-

otra rimeros de mantas y camisetas ricas delgadas y bastas; por otra estaban montones de maíz y de papas secas y de las otras sus comidas; sin lo cual, había gran número de cuartos de carne de la mejor que había en el reino. En fin, se vendían otras cosas muchas que no digo; y duraba esta feria o mercado desde la mañana hasta que escurecía la noche; y como se sacase plata cada día, y estos indios son amigos de comer y beber, especialmente los que tratan con los españoles, todo se gastaba lo que se traía a vender; en tanta manera, que de todas partes acudían con bastimentos y cosas necesarias para su proveimiento. Y así, muchos españoles enriquecieron en este asiento de Potosí con solamente tener dos o tres indias que les contrataban en este tianguéz, y de muchas partes acudieron grandes cuadrillas de anaconas, que se entiende ser indias libres que podían servir a quien fuese su voluntad; y las más hermosas indias del Cuzco y de todo el reino se hallaban en este asiento. Una cosa miré el tiempo que en él estuve, que se hacían muchas trapazas, y por algunos se trataban pocas verdades. Y al valor de las cosas fueron tantas mercaderías, que se vendían los ruanes, paños y holandas casi tan barato como en España, y en almoneda vi yo vender cosas por tan poco precio, que en Sevilla se tuvieran por baratas. Y muchos hombres que habían habido mucha riqueza, no hartando su codicia insaciable, se perdieron en tratar de mercar y vender; algunos de los cuales se fueron huyendo a Chile y a Tucuma y a otras partes, por miedo de las deudas; y así, todo lo más que trataban, era pleitos y debates, que unos con otros tenían. El asiento deste Potosí es sano, especialmente para indios, porque pocos o ningunos adolecían en él. La plata llevan por el camino real del Cuzco a dar a la ciudad de Arequipa, cerca de donde está el puerto de Quilca. Y toda la mayor parte della llevan carneros y ovejas; que, a faltar éstos, con gran dificultad se pudiera contratar ni andar en este reino, por la mucha distancia que hay de una ciudad a otra, y por la falta de bestias (*Crónica*, 449-450).

12). *Del ganado ovino del Perú: carneros, llamas, ovejas, guanacos, alpacas y vicuñas*

Al comenzar la descripción de este ganado ovino, comparado por su aspecto a camellos pequeños, y otros a carneros y ovejas, Cieza de León lamenta que los españoles hayan hecho estragos de estos animales que un tiempo, al estado montaraz y salvaje, poblaban las sierras del Perú, de la Bolivia actual y de Chile:

Por lo cual el dador de los bienes, que es Dios, nuestro sumo bien, crió en estas partes tanta cantidad del ganado que nosotros llamamos ovejas, que si los españoles con las guerras no dieran tanta prisa a lo apocar, no había cuento ni suma lo mucho que por todas partes había. Mas, como tengo dicho, en indios y ganado vino gran pestilencia con las guerras que los españoles unos con otros tuvieron. Llamen los naturales a las ovejas llamas y a los carneros urcos. Unos son blancos, otros negros, otros pardos. Su talle es, que hay algunos carneros y ovejas tan gran-

interesante que Cieza la considere la mayor riqueza en la región del Potosí, el cerro de donde los españoles sacaron grandes cantidades de plata, al punto que llegó a ser proverbial el dicho “vale un Potosí”. La planta aparece también en el Inca Garcilaso, a veces como “cuca”.

des como pequeños asnillos, crecidos de piernas y anchos de barriga; tira su pescuezo y talle a camello, las cabezas son largas, parecen a las de las ovejas de España. Es ganado muy doméstico y que no da ruido. Los carneros llevan a dos y a tres arrobas de peso muy bien, y en cansando no se pierde, pues la carne es tan buena. Verdaderamente en la tierra del Callao es gran placer ver salir los indios con sus arados en estos carneros, y a la tarde verlos volver a sus casas cargados de leña. Comen de la yerba del campo. Cuando se quejan, echándose como los camellos, gimen. Otro linaje hay deste ganado, a quien llaman guanacos, desta forma y talle; los cuales son muy grandes, y andan hechos montetes por los campos manadas grandes dellos, y a saltos van corriendo con tanta ligereza, que el perro que los ha de alcanzar ha de ser demasiado ligero. Sin éstos, hay asimismo otra suerte destas ovejas o llamas, a quien llaman vicunias; éstas son más ligeras que los guanacos, aunque más pequeñas; andan por los despoblados, comiendo de la yerba que en ellos cría Dios. La lana destas vicunias es excelente, y toda tan buena, que es más fina que la de las ovejas merinas de España. No sé yo si se podrían hacer paños della; sé que es cosa de ver la ropa que se hacía para los señores desta tierra. La carne destas vicunias y guanacos tira al sabor della a carne de monte, mas es buena. Y en la ciudad de la Paz comí yo en la posada del capitán Alonso de Mendoza cecina de uno de estos guanacos gordos, y me pareció la mejor que había visto en mi vida. Otro género hay de ganado doméstico, a quien llaman pacos, aunque es muy feo y lanudo; es del talle de las llamas o ovejas, salvo que es más pequeño; los corderos cuando son tiernos mucho se parecen a los de España. Pare en el año una vez una destas ovejas, y no más (*Crónica*, 450).

13). El cronista en el capítulo CXIII describe la fecundidad y las salinas y minerales de la tierra del Perú, apta para producir plantas y frutas traídas de España.

El cronista subraya la capacidad y feracidad del Perú, donde se pueden reproducir varias plantas y árboles traídos de España. Hay salinas en el Perú, contrariamente a la región de Popayán (Colombia actual), en tan cantidad, que podrían abastecer a varios países de Europa:

En toda la gobernación de Popayán conté cómo no había salinas ningunas, y que Dios nuestro Señor proveyó de manantiales salobres del agua, de los cuales las gentes hacen sal, con que pasan sus vidas. Acá en el Perú hay tan grandes y hermosas salinas, que dellas se podrían proveer de sal todos los reinos de España, Italia, Francia y otras mayores partes. Cerca de Túmbez y de Puerto-Viejo, dentro en el agua, junto a la costa de la mar, sacan grandes piedras de sal, que llevan en naos a la ciudad de Cali y a la Tierra-Firme, y a otras partes donde quieren. En los llanos y arenales deste reino, no muy lejos del valle que llaman de Guaura, hay unas salinas muy buenas y muy grandes, la sal albísima, y grandes montones della, la cual toda está perdida, que muy pocos indios se aprovechan della. En la serranía cerca de la provincia de Guailas hay otras salinas mayores que éstas. Media legua de la ciudad del Cuzco están otras pozas, en las cuales los indios hacen tanta sal, que basta para el proveimiento de muchos dellos. En las provincias del Condesuyo

y en algunas de Andesuyo hay, sin las salinas ya dichas, algunas bien grandes y de sal muy excelente. Por manera que podré afirmar que cuanto a sal es bien proveído este reino del Perú. Hay asimismo en muchas partes grandes baños, y muchas fuentes de agua caliente, donde los naturales se bañaban y bañan. Muchas dellas he yo visto por las partes que anduve dél; y en algunos lugares deste reino, como los llanos y valles de los ríos y la tierra templada de la serranía, son muy fértiles, pues los trigos se crían tan hermosos y dan fruto en gran cantidad; lo mismo hace el maíz y cebada. Pues viñas no hay pocas en los términos de San Miguel, Trujillo y los Reyes y en las ciudades del Cuzco y Guamanga, y en otras de la serranía comienza ya a las haber, y se tiene grande esperanza de hacer buenos vinos. Naranjales, granados y otras frutas, todas las hay, de las que han traído de España como las de la tierra. Legumbres de todo género se hallan; y en fin, gran reino es el del Perú, y el tiempo andando será más, porque se habrán hecho grandes poblaciones adonde hubiera aparejo para se hacer; y pasada esta nuestra edad, se podrán sacar del Perú para otras partes trigo, vinos, carnes, lanas y aun sedas. Porque para plantar moreras hay el mejor aparejo del mundo; sola una cosa vemos que no se ha traído a estas Indias, que es olivos, que, después del pan y vino, es lo más principal. Paréceme a mí que se traen engertos dellos para poner en estos llanos y en las vegas de los ríos de las tierras, que se harán tan grandes montañas dellos como en el ajarafe de Sevilla y otros grandes olivares que hay en España. Porque si quiere tierra templada, la tiene; si con mucha agua, lo mismo, y sin ninguna y con poca. Jamás truena ni se ve relámpago ni caen nieves ni hielos en estos llanos, que es lo que daña el fruto de los olivos. En fin, como vengan los engertos, también vendrá tiempo en lo futuro que provea el Perú de aceite como de lo demás. En este reino no se han hallado encinales; y en la provincia de Collao y en la comarca del Cuzco, y en otras partes dél, si se sembrasen, me parece lo mismo que de los olivares, que habrá no pocas dehesas. Por tanto mi parecer es que los conquistadores y pobladores destas partes no se les vaya el tiempo en contar de batallas y alcances; entiendan en plantar y sembrar, que es lo que aprovechará más (*Crónica*, 451).

Este comentario del cronista se fundamenta en su aspiración pacifista y laboriosa, a su atención a identificar resortes y recursos que permitan el desarrollo económico de la colonia y que permitan superar la tradición militar de los conquistadores españoles. Cieza se prefijó como objetivo último de su crónica la de identificar un entorno capaz de crecer y aumentar el potencial económico de España, objetivo que no siempre fue compartido por el poder.

14). El cronista pone de relieve, en el capítulo CXIV, los plateros indios del Perú, los constructores e ingenieros y los tejedores

Para Cieza de León, los artesanos, constructores y tejedores del Perú no tienen comparación con los de otros países, incluyendo a los de España:

En tiempo que se ganó este reino por los españoles, se vieron piezas hechas de oro y barro y plata, soldado lo uno y lo otro de tal manera, que parecía que

había nacido así. Viéronse cosas más extrañas de argentería, de figuras y otras cosas mayores, que no cuento por no haberlo visto; baste que afirmo haber visto que con dos pedazos de cobre y otros dos o tres piedras vi hacer vajillas, y tan bien labradas, y llenos los bernegales, fuentes y candeleros de follajes y labores, que tuvieran bien que hacer otros oficiales en hacerlo tal y tan bueno con todos los aderezos y herramientas que tienen; y cuando labran no hacen más de un hornillo de barro, donde ponen el carbón, y con unos cañutos soplan en lugar de fuelles. Sin las cosas de plata, muchos hacen estampas, cordones y otras cosas de oro; y muchachos, que quien los ve juzgara que aun no saben hablar, entienden en hacer destas cosas. Poco es lo que agora labran, en comparación de las grandes y ricas piezas que hacían en tiempo de los ingas; pues la chaquira tan menuda y pareja la hacen, por la cual parece haber grandes plateros en este reino, y hay muchos de los que estaban puestos por los reyes ingas en las partes más principales dél. Pues de armar cimientos, fuertes edificios, ellos lo hacen muy bien; y así, ellos mismos labran sus moradas y casas de los españoles, y hacen el ladrillo y teja y asientan las piedras bien grandes y crecidas, unas encima de otras, con tanto primor, que casi no se parece la junta; también hacen bultos y otras cosas mayores, y en muchas partes se ve que los han hecho y hacen sin tener otras herramientas más que piedras y sus grandes ingenios. Para sacar grandes acequias no creo yo que en el mundo ha habido gente ni nación que por partes tan ásperas ni dificultosas las sacasen y llevasen, como largamente declaré en los capítulos dichos. Para tejer sus mantas tienen sus telares pequeños; y antiguamente en tiempo que los reyes ingas mandaron este reino, tenían en las cabezas de las provincias cantidad de mujeres, que llamaban mamaconas, que estaban dedicadas al servicio de sus dioses en los templos del sol, que ellos tenían por sagrados; las cuales no entendían sino en tejer ropa finísima para los señores ingas, de lana de las vicunias; y cierto fue tan prima esta ropa, como habrán visto en España por alguna que allí fue luego que se ganó este reino. Los vestidos destes ingas eran camisetas desta ropa, unas pobladas de argentería de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas, y algunas de plumas de aves, otras de solamente la manta. Para hacer estas ropas tuvieron y tienen tan perfectos colores de carmesí, azul, amarillo, negro³⁹ y de otras suertes, que verdaderamente tienen ventaja a las de España (*Crónica*, 452).

Es éste de los artífices, artesanos, constructores y plateros, otro ejemplo de la laboriosidad admirada por el cronista, como logros que deberían ser atesorados por una nación pacífica y laboriosa, en paz y tranquilidad. Cieza aboga por un desarrollo económico en el que, en vez de la encomienda que embrutece la población, se reconozca la creatividad de los nativos del Perú para engrandecer tanto la colonia como la madre patria España.

³⁹ Nótese que éstos son los colores fundamentales de la tradición pictórica de occidente.

15). *De las minas de metales en el Perú*

Cieza cree que haya más metales preciosos del lado de la cordillera que mira al océano Pacífico que el que se asoma al levante:

Desde el estrecho de Magallanes comienza la cordillera o longura de sierras que llamamos Andes, y atraviesa muchas tierras y grandes provincias, como escribí en la descripción desta tierra, y sabemos que a la parte de la mar del Sur (que es al poniente) se halla en los más ríos y collados gran riqueza; y las tierras y provincias que caen a la parte de levante se tienen por pobres de metales, según dicen los que pasaron al río de la Plata conquistando, y salieron algunos dellos al Perú por la parte de Potosí; los cuales cuentan que la fama de riqueza los trajo a unas provincias tan fértiles de bastimento como poblados de gente, que están a las espaldas de los Charcas, pocas jornadas adelante. Y la noticia que tenían no era otra sino el Perú, ni la plata que vieron, que fue poca, salió de otra parte que de los términos que de la villa de Plata, y por vía de contratación la habían los de aquellas partes. Los que fueron a descubrir con los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez, Nicolás de Heredia, tampoco hallaron riqueza. Después de entrados en la tierra que está pasada la cordillera de los Andes, el adelantado Francisco de Orillana yendo por el Marañón en el barco, al tiempo que andando al descubrimiento de la canela, lo envió el capitán Gonzalo Pizarro, aunque muchas veces daba con los españoles en grandes pueblos, poco oro ni plata, o ninguno, vieron. En fin no hay para qué tratar sobre esto, pues sino fue en la provincia de Bogotá, en ninguna otra de la otra parte de la cordillera de los Andes se ha visto riqueza ninguna; lo cual todo es al contrario por la parte del sur, pues se han hallado las mayores riquezas y tesoros que se han visto en el mundo en muchas edades; y si el oro que había en las provincias que están comarcas al río grande de Santa Marta, desde la ciudad de Popayán hasta la villa de Mopox, estuviera en un poder y de un solo señor, como fue en las provincias del Perú, hubiera mayor grandeza que en el Cuzco. En fin, por las faldas desta cordillera se han hallado grandes mineros de plata y oro, así por la parte de Antiocha como de la de Cartago, que es en la gobernación de Popayán, y en todo el reno del Perú; y si hubiese quien lo sacase, hay oro y plata que sacar para siempre jamás; porque en las sierras y en los llanos y en los ríos, y por todas partes que cavén y busquen, hallarán plata y oro. Sin esto, hay gran cantidad de cobre y mayor de hierro por los secadales y cabezadas de las sierras que abajan a los llanos. En fin, se halla plomo, y de todos los metales que Dios crió es bien proveído este reino; y a mí parece que mientras hubiere hombres, no dejará de haberse gran riqueza en él; y tanta ha sido la que dél se ha sacado, que ha encarecido a España de tal manera, cual nunca los hombres lo pensaron (*Crónica*, 452-453).

16). *El mal de la esclavitud y de la encomienda entre los indios y los remedios intentados para eliminarla por parte de los misioneros y de las autoridades coloniales*

Los ingas claramente se conoce que se hicieron señores deste reino por fuerza y por maña, pues cuentan que Mangocapa, el que fundó el Cuzco, tuvo poco principio, y duraron en el señorío hasta que, habiendo división entre Guascar, único

heredero, y Atabaliba sobre la gobernación del imperio, entraron los españoles y pudieron fácilmente ganar el reino y a ellos apartarlos de sus porfias; por lo cual parece que también se usó de guerras y tiranías entre estos indios, como en las demás partes del mundo, que leemos que tiranos se hicieron señores de grandes reinos y señoríos. Yo entendí en el tiempo que estuve en aquellas partes que es grande la opresión que los mayores tienen a los menores, y con el rigor que algunos de los caciques mandan a los indios; porque si el encomendero les pide alguna cosa, o que por fuerza hayan que hacer algún servicio personal o con hacienda, luego estos tales mandan a sus mandones que lo provean, los cuales andan por las casas de los más pobres, mandando que lo cumplan; y si dan alguna excusa, aunque sea justa, no solamente no los oyen, mas maltrátanlos, tomándoles por fuerza lo que quieren (...). Verdad es que, como ya en las más provincias deste reino estén religiosos doctrinándolos y algunos entiendan la lengua, oyen estas quejas y remedian muchas dellas. Todo va cada día en más orden, y hay tanto temor entre cristianos y caciques, que no osan poner las manos en un indio, por la gran justicia que hay, con haberse puesto en aquestas partes la audiencia y chancillerías reales; cosa de gran remedio para el gobierno dellas (*Crónica*, 453).

Nótese cómo Cieza acusa la encomienda por el clima de despotismo y violencia que mortifica la colonia, pero, por prudencia, admite la labor de los misioneros y la magistratura dependiente de la Audiencia en ser dignos representantes de aquellas instituciones que mitigan la injusticia perpetrada por la encomienda.

17). Contra el prejuicio con que los españoles juzgan los indios. Relación de un clérigo que bautizó a un indio y lo que éste hizo después del bautismo.

Porque algunas personas dicen de los indios grandes males, comparándolos con las bestias, diciendo que sus costumbres y manera de vivir son más de brutos que de hombres, y que son tan malos, que, no solamente usan el pecado nefando, mas que se comen unos a otros; y puesto que en esta mi historia yo haya escripto algo desto y de algunas otras fealdades y abusos dellos, quiero que se sepa que no es mi intención decir que esto se entienda por todos; antes es de saber que, si en una provincia comen carne humana y sacrifican sangre de hombres, en otras muchas aborrecen este pecado (...). Agora los que oyen la doctrina del santo Evangelio conocen las tinieblas de la perdición que tienen los que della se apartan, y el demonio, como le crece más la envidia de ver el fruto que sale de nuestra santa fe, procura de engañar con temores y espantos a estas gentes; pero poca parte es, y cada día será menos, mirando lo que Dios nuestro Señor obra en todo tiempo, en ensalzamiento de su santa fe. Y entre otras notables, diré una que pasó en esta provincia, en un pueblo llamado Lampaz, según se contiene en la relación que me dio en el pueblo de Asangaro, repartimiento de Antonio de Quiñones, vecino del Cuzco, un clérigo, contándome lo que le pasó en la conversión de un indio; al cual yo rogué me la diese por escrito de su letra, que sin tirar ni poner cosa alguna es la siguiente: “Marcos Otazo, clérigo, vecino de Valladolid, estando en el pueblo de Lampaz dotrinando los indios a nuestra santa fe cristiana, año de 1547, en el mes de mayo, siendo la luna llena, vinieron a mí todos los caciques y principales a me

rogar muy ahincadamente les diese licencia para que hiciesen lo que ellos en aquel tiempo acostumbraban hacer; yo les respondí que había de estar presente, porque si fuera cosa no lícita en nuestra santa fe católica, de allí adelante no lo hiciesen; ellos lo tuvieron por bien; y así, fueron todos a sus casas; y siendo, a mi ver, el mediodía en punto, comenzaron a tocar en diversas partes muchos atabales con un solo palo, que así los tocan entre ellos, y luego fueron en la plaza en diversas partes della, echando por el suelo mantas, a manera de tapices, para se asentar los caciques y principales, muy aderezados y vestidos de sus mejores ropas, los cabellos hechos trenzas hasta abajo, como tienen por costumbre, de cada lado una crizneja de cuatro ramales, tejida. Sentados en sus lugares, vi que salieron derecho de cada cacique un muchacho de edad de hasta doce años, el más hermoso y dispuesto de todos, muy ricamente vestido a su modo, de las rodillas abajo las piernas a manera de salvaje, cubiertas de borlas coloradas; asimismo los brazos, y en el cuerpo muchas medallas y estampas de oro y plata; traía en la mano derecha una manera de arma como alabarda, y en la izquierda una bolsa de lana, grande, en que ellos echan la coca; y al lado izquierdo venía una muchacha de hasta diez años, muy hermosa, vestida de un mismo traje, salvo que por detrás traía gran falda, que no acostumbraban traer las otras mujeres, la cual falda le traía una india mayor, hermosa, de mucha autoridad. Tras ésta venían otras muchas indias a manera de dueñas, con mucha mesura y crianza; y aquella niña llevaba en la mano derecha una bolsa de lana, muy rica, llena de muchas estampas de oro y plata; de las espaldas le colgaba un cuero de león pequeño que las cubría todas. Tras estas dueñas venían seis indias a manera de labradores, cada una con su arado en el hombro, y en las cabezas sus diademas y plumas muy hermosas, de muchos colores. Luego venían otros seis como sus mozos, con unos costales de papas, tocando su atambor, y por su orden llegaron hasta un paso del señor. El muchacho y niña ya dichos, y todos los demás, como iban en su orden, le hicieron una muy gran reverencia, bajando sus cabezas, y el cacique y los demás la recibieron inclinando las suyas. Hecho esto cada cual a su cacique, que eran dos parcialidades, por la misma orden que iban el niño y los demás se volvieron hacia atrás, sin quitar el rostro dellos, cuanto veinte pasos, por la orden que tengo dicho; y allí los labradores hincaron sus arados en el suelo en renglera, y dellos colgaron aquellos costales de papas, muy escogidas y grandes; lo cual hecho, tocando sus atabales, todos en pie, sin se mudar de un lugar, hacían una manera de baile, alzándose sobre las puntas de los pies, y de rato en rato alzaban hacia arriba aquellas bolsas que en las manos tenían. Solamente hacían esto éstos que tengo dicho, que eran los que iban con aquel muchacho y muchacha, con todas sus dueñas, porque todos los caciques y la demás gente estaban por su orden sentados en el suelo con un gran silencio, escuchando y mirando lo que hacían. Esto hecho, se sentaron y trajeron un cordero de hasta un año, sin ninguna mancha, todo de un color, otros indios que habían ido por él, y adelante del señor principal, cercado de muchos indios alrededor porque yo no lo viese, tendido en el suelo vivo, le sacaron por un lado toda la asadura, y ésta fue dada a sus agoreros, que ellos llamaban guacacamayos, como sacerdotes entre nosotros. Y vi que ciertos indios dellos llevaban apriesa cuanto más podían de la sangre del cordero en las manos y la echaban entre las papas que tenían en los costales. Y en este instante salió un principal que había pocos días que se había vuelto cristiano, como diré abajo, dando voces y llamándolos de perros y otras co-

sas en su lengua, que no entendí; y se fue al pie de una cruz alta que estaba en medio de la plaza, desde donde a mayores voces, sin ningún temor, osadamente reprendía aquel rito diabólico. De manera que con sus dichos y mis amonestaciones se fueron muy temerosos y corridos, sin haber dado fin a su sacrificio, donde pronostican sus sementeras y sucesos de todo el año. Y otros que se llaman homo, a los cuales preguntan muchas cosas por venir, porque hablan con el demonio y traen consigo su figura, hecho de un hueso hueco, y encima un bulto de cera negra que acá hay. Estando yo en este pueblo de Lampaz, un jueves de la Cena vino a mí un muchacho mío que en la iglesia dormía, muy espantado, rogando me levantara y fuese a bautizar un cacique que en la iglesia estaba hincado de rodillas delante de las imágenes, muy temeroso y espantado; el cual estando la noche pasada, que fue miércoles de Tinieblas, metido en una guaca, que es donde ellos adoran, decía haber visto un hombre vestido de blanco, el cual le dijo que ¿qué hacía allí con aquella estatua de piedra? Que se fuese luego, y viniese para mí a ser cristiano. Y cuando fue de día yo me levanté y recé mis horas, y no creyendo que era así, me llegué a la iglesia para decir misa, y lo hallé de la misma manera, hincado de rodillas. Y como me vio se echó a mis pies, rogándome mucho le volviese cristiano, a lo cual le respondí que sí haría, y dije misa, la cual oyeron algunos cristianos que allí estaban; y dicha, lo bauticé, y salió con mucha alegría, dando voces, diciendo que él ya era cristiano, y no malo, como los indios; y sin decir nada a persona alguna, fue a donde tenía su casa y la quemó, y sus mujeres y ganados repartió por sus hermanos y parientes, y se vino a la iglesia, donde estuvo siempre predicando a los indios lo que les convenía para su salvación, amonestándoles se apartasen de sus pecados y vicios; lo cual hacía con gran hervor, como aquel que estaba alumbrado por el Espíritu Santo, y a la contina estaba en la iglesia o junto a una cruz. Muchos indios se volvieron cristianos por las persuasiones deste nuevo convertido. Contaba que el hombre que vio estando en la guaca o templo del diablo era blanco y muy hermoso, y que sus ropas asimismo eran resplandecientes”. Esto me dio el clérigo por escrito y yo veo cada día grandes señales, por las cuales Dios se sirve en estos tiempos más que en los pasados. Y los indios se convierten y van poco a poco olvidando sus ritos y malas costumbres, y si se han tardado, ha sido por nuestro descuido más que por la malicia dellos; porque el verdadero convertir los indios ha de ser amonestando y obrando bien, para que los nuevamente convertidos tomen ejemplo (*Crónica*, 453-455).

En esta anécdota, podemos apreciar el influjo benéfico de la predicación por el buen ejemplo que el indio convertido a la religión cristiana dio al pueblo de Lampaz. Es éste un capítulo fundamental en el que Cieza de León explica dos hechos importantes relativos a la pacificación del nuevo occidente: primero, superar el prejuicio por el cual los europeos juzgan a los indios sin conocerlos y, segundo, admitir que entre los indios puede haber individuos inspirados y alumbrados por el espíritu santo, una posición que se asimila al erasmismo que en esos mismos años lograba muchos adeptos en España.

El texto conclusivo que hemos seleccionado de la *Crónica* de Cieza de León, es del capítulo XXIX y en él el cronista advierte que es pecado muy grave ser cruel

con los indios y que se puede ver la correspondencia del castigo divino contra los que han sido crueles contra los indios. Lo primero que el cronista afirma es que, sin la intervención de la divina providencia, el marqués Francisco Pizarro, no solamente no habría podido descubrir el Perú, sino difícilmente lo hubiera podido conquistar sin la lucha providencial entre Huáscar y Atahualpa:

El marqués don Francisco Pizarro, cuántos trabajos pasó él y sus compañeros, sin ver ni descubrir otra cosa que la tierra que queda a la parte del norte del río de San Juan, no bastaron sus fuerzas ni los socorros que les hizo el adelantado don Diego de Almagro, para ver lo de adelante (...). Y quiso Dios, que lo puede todo, que lo que en tres o cuatro años no pudieron ver ni descubrir por mar ni por tierra, lo descubriesen en diez o doce días. Y así, estos trece cristianos con su capitán descubrieron al Perú, y después a cabo de algunos años, cuando el mismo Marqués con ciento y sesenta españoles entró en él, no bastaron a defender de la multitud de indios, si no permitiera Dios que hubiera guerra crudelísima entre los dos hermanos Guáscar y Atabaliba, y ganaron la tierra. Cuando en el Cuzco generalmente se levantaron los indios contra los cristianos, no había más de ciento y ochenta españoles de a pie y de caballo. Pues estando contra ellos Mango inga, con más de doscientos mil indios de guerra, y durando un año entero, milagro es grande escapar de las manos de los indios; pues algunos dellos mismos afirman que vian algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto a ellos andaba una figura celestial que en ellos hacía gran daño, y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego a la ciudad, el cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la iglesia, que era lo que deseaban los indios ver deshecho, tres veces la encendieron, y tantas se apagó de suyo, a dicho de muchos que en el mismo Cuzco dello me informaron, siendo en donde el fuego ponían paja seca sin mezcla ninguna. El capitán Francisco César, que salió a descubrir de Cartagena el año de 1536, y anduvo por grandes montañas, pasando muchos ríos hondables y muy furiosos con solamente sesenta españoles, a pesar de los indios todos, estuvo en la provincia del Guaca, donde estaba una casa principal del demonio, de la cual sacó de un enterramiento treinta mil pesos de oro. Y viendo los indios cuán pocos eran, se juntaron más de veinte mil para matarlos, y los cercaron a todos y tuvieron con ellos batalla. En la cual los españoles, puesto que eran tan pocos, como he dicho, y venían desbaratados y flacos, pues no comían sino raíces, y los caballos desherrados, los favoreció Dios de tal manera, que mataron y hirieron a muchos indios sin faltar ninguno dellos; y no hizo Dios sólo este milagro por estos cristianos, antes fue servido de los guiar por camino que volvieron a Uraba en diez y ocho días, habiendo andado por el otro cerca de un año (...) El adelantado Belalcázar, que a tantos indios dio muerte en la provincia de Quito, Dios permitió de le castigar, con que en vida se vio tirado del mando de gobernador por el juez que le tomó cuenta, y pobre y lleno de trabajos, tristezas y pensamientos, murió en la gobernación de Cartagena, viniendo con su residencia a España. Francisco García de Tovar, que tan temido fue de los indios, por los muchos que mató, ellos mismos le mataron y comieron (*Crónica*, 456-457).

La *Crónica del Perú* de Cieza de León es un relato variado, donde la descripción geográfica alcanza su más alto nivel científico de la época, poniendo al alcance del lector, medios de navegación e identificación de puertos, ensenadas, ríos, agua potable y leña a lo largo de todo un continente, el Nuevo Occidente de la mar del Sur. Varias veces en su relato el cronista contempla las nuevas ciudades y pueblos que han surgido en el Perú y anticipa un desarrollo rápido y fecundo. A las riquezas materiales en metales preciosos, esta crónica suple el elemento espiritual, la noción de la providencia divina guiando a los españoles en su misión civilizadora y evangelizadora sin las cuales, el territorio inmenso del Nuevo Occidente no habría tenido su acta de nacimiento.

C). *La Historia del descubrimiento y conquista del Perú de Agustín de Zárate*

La inclusión de la *Historia del Perú* de Agustín de Zárate se justificaría con sólo percatarse de la calidad de su exposición, de observaciones que son siempre resultado de experiencias de primera mano, sea que se trate de la conquista, o que se trate de la guerra civil entre Gonzalo Pizarro y la autoridad de los representantes del emperador Carlos V, pero aún más por ser la única fuente que nos ha llegado de un miembro del gobierno colonial en el período de la conquista del Perú y de las guerras civiles que ensangrentaron esa colonia.

Esta crónica de Zárate, “contador de mercedes del Emperador,”⁴⁰ es la de un administrador al que la corona envió al Perú “cuando las turbulencias del Perú tenían trastornado el orden público, y las cajas reales experimentaban un abandono que reclamaba imperiosamente reparo y remedio. Aun cuando no tuviéramos otro dato, la importancia y gravedad de esta comisión, y más en aquella coyuntura, bastarían para apreciar la inteligencia, el seso y la prudencia de Zárate. Llegó a su destino en compañía del virrey Blasco Núñez Vela, y cabalmente cuando asomaba la rebelión de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carbajal y demás partidarios suyos: y hay que formar una alta idea de su capacidad y talentos, si se considera que al mismo tiempo que desempeñaba las funciones propias de su cargo, observaba con prudencia los sucesos, y los encomendaba al papel con la veracidad y la templanza propias de un filósofo. Corría en ello no pequeño riesgo, pues él mismo asegura que a no proceder con el mayor recato y reserva, le pudiera haber costado la vida el

⁴⁰ Véase la nota, “Noticias biográficas por Don Enrique de Vedia” Vedia, editor de este volumen, aclara en términos modernos el cargo de Zárate, “equivalente a uno de los principales de nuestra hacienda en el día”, p. X. Referencias a esta nota biográfica con la abreviación *Vedia*, seguida de la página.

saberse que se ocupaba en escribir los acontecimientos de aquella región: porque, sospechoso de ello el Francisco de Carvajal, amenazó con su venganza al que tuviese la temeridad de contar sus hazañas, más dignas de perpetuo silencio y olvido que de recuerdo; y cualquiera que conozca medianamente la historia de aquel tiempo sabe que Carvajal era hombre de cumplir lo que ofrecía (*Vedia*, pp. X-XI).

En su dedicatoria a Felipe II, el cronista explica las circunstancias en que se halló, como contador fiscal de la hacienda real en el Perú, a coleccionar noticias sobre los hechos ocurridos durante su permanencia en esa provincia, es decir, desde presumiblemente diciembre de 1543, fecha de su salida en la flota del virrey del Perú.⁴¹ Se quedó en el Perú más de diez años, como se colige de su indicación, en la dedicatoria ya citada, que ubica el cronista en Amberes, donde el 30 de marzo de 1555 publicó su obra a pedido del rey Felipe II (*Historia*, 460). Al comienzo de la obra, después de la dedicatoria, el editor Don Enrique de Vedia, ha puesto una Declaración sobre la posible continuidad geológica y geográfica de América con la Atlántida, isla inmensa de la que habla Platón en su *Timeo* (*Historia*, 460-462). La obra propiamente dicha comienza con el capítulo primero, donde se recuerda el descubrimiento del Perú por parte de Francisco Pizarro, de quien se recuerda su primer intento después de pedir autorización a Pedro Arias de Ávila, gobernador de Panamá, y precisamente de la Tierra-Firme llamada Castilla del Oro, cuando salió en un navío con ciento y catorce hombres,

y descubrió una pequeña y pobre provincia, cincuenta leguas de Panamá, que se llama Perú, de donde después impropriamente toda la tierra que por aquella costa se descubrió, por espacio de más de mil y docientas leguas, por luengo de costa se llamó Perú (*Historia*, 463).

Aludido el error geográfico, Zárate insiste en relatar las peripecias de la expedición de Francisco Pizarro y la ayuda que le ofreció con otro navío Diego de Almagro que se unió a su campamento en la isla del Gallo (*Historia*, 463-464). El descubrimiento está contado con brevedad y claridad, subrayando la vuelta de aquellos que se aprovecharon de la orden del gobernador de Panamá, don Pedro de los Ríos, que autorizó por medio de su teniente que llegó con un navío a la isla del Gallo y ofreció pasaje para volver a Panamá, oferta que algunos aceptaron, menos un grupo de doce animosos que confiaron en su jefe. Francisco Pizarro con su navío recorrió explorando por tres años la costa y algunas islas y por un tiempo tomó refugio en la

⁴¹ Véase Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*, en *Historiadores primitivos de Indias*, Tomo II, p. 459. Referencias con la abreviación *Historia*, seguida de la página.

isla que llamó Gorgona⁴² y de allí siguió explorando hasta volver a Panamá con la noticia del descubrimiento. De Panamá, Francisco Pizarro fue a España para pedir al emperador la gobernación del Perú:

Y guiándolos un piloto, llamado Bartolomé Ruiz, natural de Moguer, navegaron con harto trabajo y peligro contra la fuerza de los vientos y corrientes, hasta que llegaron a una provincia llamada Motupe, que está en medio de dos pueblos que los cristianos poblaron y nombraron al uno Trujillo y al otro San Miguel (...); y con esta noticia se tornó a Panamá, habiendo andado tres años en el descubrimiento, padesciendo grandes trabajos y peligros, así con la falta de comida como con las guerras y resistencia de los indios (...). Lo cual todo apaciguaba y proveía don Francisco con mucha prudencia y buen ánimo, confiado en la gran diligencia con que don Diego de Almagro le iría siempre proveyendo de mantenimientos y gente y caballos y armas (...). Hecho el descubrimiento, como arriba está dicho, don Francisco Pizarro se vino a España y dio noticia a su majestad de todo lo acaescido, y le suplicó que en remuneración de sus trabajos le hiciese merced de la gobernación de aquella tierra, que él quería tornar a descubrir y poblar; lo cual su majestad hizo, capitulando con él lo que se acostumbraba con los otros capitanes a quien se había encomendado el descubrimiento de otras provincias; y con tanto se volvió a Panamá, llevando consigo a Hernando Pizarro y a Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro y a Francisco Martín de Alcántara, sus hermanos (...); hubo algunas disensiones entre don Francisco y don Diego [de Almagro]; porque había sentido mucho don Diego que don Francisco hubiese negociado en España con su majestad todo lo que a él tocaba, trayendo título de gobernador y adelantado mayor del Perú, sin hacer mención de cosa que a él tocase, como quier que en todos los trabajos y costas del descubrimiento había puesto la mayor parte (*Historia*, 464).

En el Capítulo IV el cronista esboza algunas características físicas del Perú, describiendo la manera de vestirse de los naturales, de su apariencia similar a los judíos y la función de sus templos, donde practican una especie de momificación para conservar el cuerpo del muerto, con la resina de un árbol:

La tierra del Perú, de que se ha de tratar en esta historia, comienza desde la línea Equinocial adelante hacia el mediodía (...). La gente que habita debajo de la línea y en las faldas della tienen los gestos ajudiados (...); préciense de traer muchas joyas de oro en las orejas y en las narices, mayormente esmeraldas, que se

⁴² Hay una isla de ese nombre en la costa cerca de Pisa, a la que se refiere Dante que apostrofa a Pisa amenazándola con un aluvión causado por las islas Gorgona y Caprara que Dante quisiera que se desplazaran a cerrar la salida del Arno en el mar Tirreno, como castigo por la muerte alevosa del Conde Ugolino y de sus hijos: "Ahí Pisa! Vituperio delle genti // Del bel paese là, dove il Sì suona; // Poi che i vicini a te punir son lenti, // Movesi la Caprara e la Gorgona, // E faccian siepe ad Arno in su la foce, // Sì ch'egli anneghi in te ogni persona (*Inferno*, XXXIII, 79-84) [Pisa, condenada por todos los que viven en ese lindo país que dice *Sí*; pero como esa gente es lenta en castigarte yo querría que las islas de Caprara y de Gorgona bloquearan el Arno, para que todos tus habitantes se ahogaran]. Gómara afirma que Francisco Pizarro militó como soldado con el padre en Italia.

hallan solamente en aquel paraje (...). Átanse los brazos y piernas con muchas vueltas de cuentas de oro y de plata, y de turquesas menudas, y de contezuelas blancas y coloradas, y caracoles, sin consentir traer a las mujeres ninguna cosa destas (...). Tienen en esta provincia las puertas de los templos hacia el oriente, tapadas con unos paramentos de algodón, y en cada templo hay dos figuras de bulto de cabrones negros, ante las cuales siempre queman leña de árboles que huelen muy bien, que allí se crían, y en rompiéndoles la corteza, destila dellos un licor, cuyo olor trasciende tanto, que da fastidio, y si con él untan algún cuerpo muerto y se lo echan por la garganta, jamás se corrompe (*Historia*, 465).

En esta descripción notamos noticias ya aprendidas de Cieza de León, como el límite septentrional del Perú que, en estas décadas del descubrimiento y conquista por Pizarro, coincide con la futura ciudad de Quito en el Ecuador actual y, como hemos visto en Hernán Cortés y en Bernal Díaz del Castillo, los templos descubiertos por los españoles en el Perú se encuentran con la entrada orientados hacia el oriente, como en la Nueva España. En los templos, los habitantes del territorio del cabo de Santa Elena (1° Lat. S.), clavan los cuerpos sacrificados de hombres y niños, después de momificarlos y cuelgan las cabezas de enemigos muertos después de un proceso que las reduce al tamaño de un puño:

En algunos templos, especialmente en los pueblos que llaman de Pasao, en todos los pilares dellos tenían hombres y niños, crucificados los cuerpos, o los cuerpos tan bien curados, que no oían mal, y clavadas muchas cabezas de indios, que con cierto cocimiento las consumen, hasta quedar como un puño. La tierra es muy seca, aunque llueve a menudo; es de pocas aguas dulces, que corren, y todos beben de pozos o de aguas rebalsadas, que llaman jagueyes; hacen las casas de unas gruesas cañas que allí se crían; el oro que allí nace es de baja ley; hay pocas frutas; navegan la mar con canoas falcadas, que son cavadas en troncos de árboles, y con balsas. Es costa de gran pesquería y muchas ballenas (*Historia*, 465).

Se entrevé otra riqueza del Perú y de la mar del Sur, la pesca de ballenas, actividad comercial que dominará la economía pesquera de la región en los siglos a venir y que determinará, entre otras cosas, la inmigración numerosa de japoneses, expertos pescadores y comerciantes de los productos obtenidos de la faena de las ballenas. Otra dimensión económica entrevista por Zárate es la existencia de productos fósiles que con el tiempo se reconocerá como combustible, el petróleo, y, como nota curiosa que anticipa el viaje de Darwin, el descubrimiento de fósiles de gigantes:

Cerca desta provincia, en un punto que los españoles llamaron de Santa Elena, que se mete en la mar, hay ciertos veneros donde mana un betún que parece pez de alquitrán, y suple por ellos. Junto a esta punta [de Santa Elena], dicen los indios de la tierra que habitaron unos gigantes, cuya estatura era tan grande como cuatro es-

tados de un hombre mediano. No declaran de qué parte vinieron; manteníanse de las mismas viandas de los indios, especialmente pescado, porque eran grandes pescadores; a lo cual iban en balsas, cada uno en la suya, porque no podían llevar más, con navegar tres caballos en una balsa;⁴³ apeaban la mar en dos brazas y media; holgaban mucho de topar tiburones o bufeos, o otros peces muy grandes, porque tenían más que comer; comía cada uno más que treinta indios; andaban desnudos por la dificultad de hacer los vestidos; eran tan crueles, que sin causa ninguna mataban muchos indios, de quien eran muy temidos. Vieron los españoles en Puerto-Viejo dos figuras de bulto destos gigantes, una de hombre y otra de mujer. Hay memoria entre los indios, descendiendo de padres en hijos, de muchas particularidades destos gigantes, especialmente del fin dellos; porque dicen que bajó del cielo un mancebo resplandeciente como el sol, y peleó con ellos, tirándoles llamas de fuego, que se metían por las peñas donde daban, y hasta hoy están allí los agujeros señalados; y así, se fueron retrayendo a un valle, donde los acabó de matar todos. Y con todo esto, nunca se dio entero crédito a lo que los indios decían cerca destos gigantes, hasta que siendo teniente gobernador en Puerto-Viejo el capitán Juan de Olmos, natural de Trujillo, en el año de [1]543, y oyendo todas estas cosas, hizo cavar en aquel valle, donde hallaron tan grandes costillas y otros huesos, que si no parecieran juntas las cabezas, no era creíble ser de personas humanas; y así, hecha la averiguación y vistas las señales de los rayos en las peñas, se tuvo por cierto lo que los indios decían; y se enviaron a diversas partes del Perú algunos dientes de los que allí se hallaron, que tenía cada uno tres dedos de ancho y cuatro de largo. Tiénese por cosa cierta entre los españoles, vistas estas señales, que por ser, como dicen que era, esta gente muy dada al vicio contra natura, la Justicia divina los quitó de la tierra, enviando algún angel para ello, como se hizo en Sodoma y en otras partes; y así para esto como para todas las otras antigüedades que en el Perú se saben, se ha de presuponer la dificultad que hay en la averiguación; porque los naturales ningún género de letras ni escritura saben ni usan, ni aun las pinturas, que sirven en lugar de libros en la Nueva-España, sino solamente la memoria que se conserva de unos en otros; y las cosas de cuenta se perpetúan por medio de unas cuerdas de algodón, que llaman los indios quippos, denotando los números por nudos de diversas hechuras, subiendo por el espacio de la cuerda desde las unidades a decenas, y así dende arriba, y poniendo la cuerda del color que es la cosa que quieren mostrar; y en cada provincia hay personas que tienen cargo de poner en memoria por estas cuerdas las cosas generales, que llaman quippo camaios; y así, se hallan casas públicas llenas destas cuerdas, las cuales con gran facilidad da a entender el que las tiene a cargo, aunque sean de muchas edades antes dél (*Historia*, 465-466).

La descripción de los gigantes, de su descubrimiento, de la memoria que de ellos tenían los indios y de su fin, decretado por la justicia divina para escarmiento de sus culpas y vicios, suena más a ejemplo didáctico concebido por un monje que a leyenda india. Sin embargo, para sufragar su relato con la evidencia científica de

⁴³ El sentido de esta frase modal es “no obstante que tres caballos podían entrar en una de esas balsas, un gigante era tan grande que ocupaba el mismo espacio que tres caballos”.

la época, Zárate cita la actividad arqueológica y científica del capitán Juan de Olmos. Otro elemento importante de este capítulo V es la descripción de los quipus con los que los peruanos conservaban la memoria histórica, utilizando cordeles de diversos colores y haciendo nudos de formas diferentes según el contenido del suceso que se proponían incorporar y finalmente la designación de empleados del estado que en cada provincia estaban encargados de mantener los quipus con los sucesos de actualidad. El capítulo VI describe la población de la isla de Puna y la navegación en balsas y describe la hechura de las mismas, refiere una población desdentada por orden del monarca inca y el carácter topográfico de la costa peruana hasta Chile. También explica la orden de Huayna Cápac de extender el quechua a lengua oficial de todo el Perú:

Pasada la línea Equinocial, hacia el mediodía hay una isla de doce leguas de bojo, muy cerca de la Tierra-Firme, la cual isla llaman la Puna, abundante de mucha caza de venados y pesquería y de muchas aguas dulces. Solía estar poblada de mucha gente, y tenían guerras con todos los pueblos comarcanos, especialmente con los de Túmbez, que está doce leguas de allí. Vestían camisas y pañicos; eran señores de muchas balsas, con que navegaban. Estas balsas son hechas de unos palos livianos, atados sobre otros dos palos, y siempre los de encima son nones, comúnmente cinco, y algunas veces siete o nueve, y el de en medio es más largo que los otros, como piértego de carreta, donde va sentado el que rema; de manera que la balsa es hechura de la mano tendida, que van menguándose los dedos, y encima hacen unos tablados por no mojarse. Hay balsas en que caben cincuenta hombres y tres caballos; navegan con la vela y con remos, porque los indios son grandes marineros dellas, aunque algunas veces ha acaecido, yendo españoles en las balsas, desatar los indios muy sotilmente los palos, y apartarse cada uno por su cabo, y así perecer los cristianos y salvarse los indios sobre los palos, y aun sin ningún arriño, por ser grandes nadadores. Peleaban los desta isla con tiraderas y hondas, y con porras y hachas de plata y cobre. Tenían muchas lanzas con hierros de oro bajo, y hombres y mujeres traían muchas joyas y anillos de oro. Servíanse con vasijas de oro y plata, y el señor de aquella isla era muy temido de sus vasallos, y tan celoso, que todos los servidores de su casa y guardas de sus mujeres traían cortadas las narices y miembros genitales. Y en otra pequeña isla, junto a ella, se halló en una casa el retrato de una huerta con los arbolicos y plantas de plata y oro. Frontera desta isla, y en la Tierra-Firme, había unos pueblos que, por cierto enojo que hicieron al señor del Perú, les dio por pena que se sacasen los dientes de la mejilla alta; y así, hasta el día de hoy hombres y mujeres andan desdentados. En pasando de Túmbez hacia el mediodía, en espacio de quinientas leguas por luengo de costa, ni en diez leguas la tierra adentro, no llueve ni truena jamás, ni cae rayo, caso que pasadas las diez leguas o algo más o menos, como la tierra dista de la mar, llueve y truena, y hay invierno y verano a los tiempos y a la manera de Castilla, y al tiempo que en la sierra es invierno en la costa es verano, y así por el contrario; y por todo el espacio descubierto de la tierra del Perú, que es desde la ciudad de Pasto, donde comienza, hasta la provincia de Chile, que agora está descubierta, hay más de mil y ochocientas leguas, más largas que las de Castilla; y en

todas ellas va a la larga una cordillera de sierras muy ásperas, que unas veces distan de la mar quince y veinte leguas, y otras se meten los ramos de la sierra por la tierra y hacen menor la distancia; por manera que todo lo descubierto del Perú se entiende por dos nombres, que toda la distancia que hay desde las montañas a la mar, agora diste poco o mucho, se llaman los Llanos, y todo lo demás se llama la Sierra (...); en cada provincia hay diferente lenguaje, caso que los caciques y principales y gente noble, demás de la lengua propia de su tierra, saben y hablan entre sí todos una misma lengua, que es la del Cuzco, por causa que el rey del Perú, llamado Guaynacaba, padre de Atabaliba, paresciéndole que era poco acatamiento de sus vasallos, especialmente de los caciques y gente principal, que más de ordinario con él trataban, haber de negociar por intérprete, mandó que todos los caciques de la tierra y sus hermanos y parientes enviasen sus hijos a servicio en su corte, so color que aprendiesen la lengua, aunque principalmente su intento era asegurar la tierra de todos los principales con tenerles sus hijos en rehenes. Como quier que sea, por esta forma consiguió que toda la gente noble de su reino supiese y hablase la lengua de su corte, de la manera que en Flandes se introdujo que los caballeros y nobles hablasen la lengua francesa; de manera que el español que supiere la lengua del Cuzco puede pasar por todo el Perú, en los llanos y en la sierra, etendiendo y siendo entendido de los principales (*Historia*, 466-467).

Muchas e importantes noticias se contienen en este capítulo VI: la navegación en balsas, con la descripción de su construcción y cuán peligrosas son para los españoles que navegan con una tripulación de indios, hábiles nadadores y acostumbrados a desatar los palos que forman la estructura de la balsa y a tirarse al agua salvándose a nado y haciendo perecer los españoles. Otro detalle es la crueldad de los monarcas incas, en el relato de la población de una isla que, por haber ofendido el monarca, le sacaron los dientes de la maxila superior a todos los adultos. Interesante es también la descripción de la topografía del Perú, con los llanos y la sierra y el clima diferente de ambos que se contraponen con estaciones diferentes en las dos regiones. Finalmente, el capítulo se cierra con la referencia a Huayna Cápac, el inca padre de Huáscar y de Atahualpa, que ha decretado que haya una lengua nacional, el quechua, la lengua del Cuzco, que todos los miembros de la corte y todos los que deben comunicarse con el inca deberán conocer. Hasta este punto de su crónica, Zárate se ha concentrado en la descripción de la costa del Perú, la misma que en su *Crónica* Cieza de León había presentado con los detalles tan importantes y de interés estratégico para los enemigos de España, dando latitudes y topografía de puertos y ensenadas, ríos y vertientes con indicaciones dónde encontrar agua dulce, leña, provisiones y minerales preciosos. En Zárate se complementa, por así decir, la representación tan cabal de Cieza de León, con un anecdotario revelador, en el que, en esos mismos parajes mencionados por Cieza, se encuentran momias, cabezas de hombres reducidas al tamaño de un puño, leyendas y huesos de gigantes, pueblos de habitantes sin dientes, castigados así por un monarca cruel, artesa-

nos capaces de forjar una huerta de plata y oro. Otro aspecto de la crónica de Zárate es el estudio del suelo y del medio ambiente, como leemos en el capítulo VII, donde el cronista describe la naturaleza, causa y efecto del viento que sopla en los llanos del Perú, las ciudades de los llanos y el camino de Arequipa a Chile:

Con razón podrían dudar los que leyeren esta historia de la causa por qué no llueve en todos los llanos del Perú, como arriba está dicho, habiendo razones de que en ellos hubiese de haber grandes lluvias, pues tienen tan cerca de la una parte la mar, que comúnmente engendra humedades y vapores, y de la otra las altas sierras, de que hemos hecho relación, donde nunca faltan nieves y aguas; y la razón natural que hallan los que con diligencia lo han inquirido es, que en todos estos llanos y costa de la mar corre todo el año un solo viento, que los marineros llaman sudueste, que viene prolongando la costa, tan impetuosos, que no deja parar ni levantar las nubes o vapores de la tierra ni de la mar a que lleguen a congelarse a la región del aire; y de las altas sierras que exceden estos vapores o nubes se ven abajo, que parece que son otro cielo, y sobre ellos está muy claro, sin ningún nublado; y este viento causa también correr las aguas de aquella mar hacia la parte del norte, como corren (...); de donde nace otro inconveniente, que es por esta razón tan dificultosa la navegación de Panamá para el Perú, porque siempre tienen el viento contrario, y mucha parte del año también las corrientes, que si no van a la bolina y forcejeando contra el viento, no es posible navegar (...). En toda la largura de los llanos hay pobladas de cristianos cinco ciudades [Puerto-Viejo, San Miguel, Trujillo, Lima y Arequipa]. Hay otra ciudad, dos leguas de un puerto de mar muy bueno y seguro, sentada en un valle que se dice Lima, y la ciudad se dice los Reyes, porque se pobló día de la Epifanía. Está en un llano junto a un río caudaloso; la tierra es muy abundante de pan y de todo género de frutas y ganados. Está la ciudad poblada de suerte que todas las calles van a dar a la plaza a cordel, y por cualquiera se parece el campo por dos partes. Es de muy apacible vivienda por causa de su templanza, que en todo el año no hay frío ni calor que dé pesadumbre; los cuatro meses del estío de España hace en ella alguna más diferencia de frío que en el otro tiempo. Estos cuatro meses cae en ella hasta el mediodía un rocío menudo como las nieblas de Valladolid, salvo que no es dañoso para la salud; antes los que tienen enfermedad de cabeza la lavan con este rocío. Dase muy bien toda fruta de Castilla, especialmente naranjas, cidras, limones, toronjas, dulce y agro, y higos y granadas, y aun de uvas hubiera abundancia si las alteraciones de la tierra hubieran dado lugar, porque algunas hay nacidas que se pusieron de granos de pasas. También hay grande abundancia de verdura y legumbres de Castilla y gran aparejo para criallas, porque en cada casa hay una acequia de agua sacada del río, que podría hacer moler un molino. Hay en el río muchas paradas de molinos de Castilla, donde los españoles muelen el trigo; por manera que esta ciudad se tiene por la más sana y apacible vivienda de la tierra, por ser el puerto de gran comercio y contratación, y que para proveerse de lo necesario acuden a él de todas las ciudades que están la tierra arriba, en cuyas minas se halla tanta abundancia de oro y plata como de aquella provincia se trae; y también por estar en medio de la tierra, y haber su majestad mandado por esta razón que resida allí la audiencia real, a cuya causa acuden todos los vecinos de la tierra a pedir allí justicia; y es de creer que

cada día se irá aumentando más en vecindad (...). Ciento y treinta leguas desta ciudad, la costa arriba,⁴⁴ está otra villa que se intitula la villa hermosa de Arequipa, que será pueblo de hasta trescientas casas, muy sano, y abundante de todo género de comida. Está doce leguas de la mar, de cuya causa se espera que se poblará mucho, porque suben a él los navíos con ropa y vino y otros mantenimientos, de donde se provee la ciudad del Cuzco y la provincia de las Charcas, adonde acude la mayor parte de la gente de la tierra por causa de la contratación de las minas de Potosí y Porco; y también se trae dellas a esta villa gran abundancia de plata para embarcar en los mismos navíos, y llevarlo por mar a la ciudad de los Reyes o a Panamá, con que se excusa llevarlo por tierra, con gran peligro y riesgo y trabajo, después que, en ejecución de la ordenanza real, no se cargan los indios. Desde esta ciudad pueden ir por tierra junto a la costa de la mar, por espacio de cuatrocientas leguas, a la provincia que descubrió y pobló el gobernador Pedro de Valdivia, que se llama Chili, que en lengua de indios quiere decir frío, por causa de los grandes fríos que para llegar a ellos se pasan, como la historia lo declarará adelante, cuando trataré de la jornada que hizo el adelantado don Diego de Almagro (*Historia*, 467-468).

Verdadero itinerario que cubre el recorrido desde Puerto Viejo, al sur de Quito, hasta Arequipa, es decir todo el territorio del Perú colonial, este capítulo es quizás uno de los textos geográficos más adelantados de la región hasta ese momento. No solamente Zárate trata de explicar el clima diferente entre los llanos y las sierras y de hacer intervenir en la ecuación el factor viento de suroeste. La acción de este viento constante impide la formación de nubes capaces de producir lluvia en los llanos, mientras que en las sierras se acumula la precipitación que alimenta los ríos caudalosos que descienden hacia los llanos y riegan la tierra que así produce toda variedad de fruta, verdura y cereales. Después de dedicar varios capítulos a la geografía y a la economía del Perú, Zárate se encara con la obra de Huayna Cápac, que él considera el monarca Inca más ilustre:

Por la sucesión destes ingas vino el señorío a uno dellos que se llamó Guaynacaba (que quiere decir mancebo rico), que fue el que más tierra ganó y acrecentó a su señorío, y el que más justicia y razón tuvo en la tierra, y la redujo a policía y cultura; tanto, que parecía cosa imposible una gente bárbara y sin letras regirse con tanto concierto y orden, y tenerle tanta obediencia y amor sus vasallos, que en servicio suyo hicieron dos caminos en el Perú tan señalados, que no es justo que se queden en olvido; porque ninguna de aquellas que los autores antiguos contaron por las siete obras más señaladas del mundo se hizo con tanta dificultad y trabajo y costa como estas. Cuando este Guaynacaba fue desde la ciudad del Cuzco con su ejército a conquistar la provincia de Quito, que hay cerca de quinientas leguas de distancia, como iba por la sierra, tuvo grande dificultad en el pasaje por causa de los malos caminos y grandes quebradas y despeñaderos que había en la sierra por do iba. Y así, pareciéndoles a los indios que era justo hacerle camino nuevo por

⁴⁴ Esta referencia de Zárate significa el aumento de grados de latitud Sur.

donde volviere vitorioso de la conquista, porque había sujetado la provincia, hicieron un camino por toda la cordillera de la sierra, muy ancho y llano, rompiendo e igualando las peñas donde era menester, y igualando y subiendo las quebradas de mampostería; tanto, que algunas veces subían la labor desde quince y veinte estados de hondo; y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dicen que era tan llano cuando se acabó, que podía ir una carreta por él, aunque después acá, con las guerras de los indios y de los cristianos, en muchas partes se han quebrado las mamposterías destes pasos por detener a los que vienen por ellos, que no puedan pasar. Y verá la dificultad desta obra quien considerare el trabajo y costa que se ha empleado en España para en allanar dos leguas de sierra que hay entre el espinar de Segovia y Guadarrama, y como nunca se ha acabado perfectamente, con ser paso ordinario, por donde tan continuamente los reyes de Castilla pasan con sus casas y corte todas las veces que andan del Andalucía o del reino de Toledo a esta parte de los puertos. Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guaynacaba quiso volver a visitar la provincia de Quito, a que era muy aficionado por haberla él conquistado, tornó por los llanos, y los indios le hicieron en ellos otro camino de casi tanta dificultad como el de la sierra, porque en todos los valles donde alcanza la frescura de los ríos y arboledas, que, como arriba está dicho, comúnmente ocupan una legua, hicieron un camino que casi tiene cuarenta pies de ancho, con muy gruesas tapias de un cabo y del otro, y cuatro o cinco tapias en alto, y en saliendo de los valles, continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel, para que no se pudiese perder el camino ni torcer a un cabo ni a otro; el cual dura las mismas quinientas leguas que el de la sierra; y aunque los palos de los arenales están rompidos en muchas partes, porque los españoles en tiempo de guerra y de paz hacían con ellos lumbre, pero las paredes de los valles se están el día de hoy en las más partes enteras, por donde se puede juzgar la grandeza del edificio; y así, fue por el uno y vino por el otro Guaynacaba, teniéndosele siempre por donde había de pasar, cubierto y sembrado con ramos y flores de suave olor. Demás de la obra y gasto destes caminos, mandó Guaynacaba que en el de la sierra, de jornada a jornada, se hiciesen unos palacios de muy grandes anchuras y aposentos, donde pudiese caber su persona y casa, con todo su ejército, y en el de los llanos otros semejantes, aunque no se podían hacer tan menudos y espesos como los de la sierra, sino a la orilla de los ríos, que, como tenemos dicho, están apartados ocho o diez leguas, y en partes quince y veinte. Estos aposentos se llaman tambos, donde los indios en cuya jurisdicción caían, tenían hecha provisión y depósito de todas las cosas que en él había menester para proveimiento de su ejército, no solamente de mantenimiento, más aun de armas, vestidos y todas las otras cosas necesarias; tanto, que si en cada uno de estos tambos quería renovar de armas o vestidos a veinte o treintamil hombres en su campo, lo podía hacer sin salir de casa (...). En los ríos tenían hechas puentes de madera donde alcanzaban, y donde no, echando maromas gruesas de una yerba que llaman maguey, que es más recio que cáñamo, de un cabo al otro del río, entretejiéndolas con unos tamujos, que es cosa de admiración ver la orden con que hacen tan altos edificios, que en parte hay más de quince estados de alto y más de doscientos pasos de largo; y donde no se podían hacer puentes pasaban poniendo una maroma larga de un cabo a otro, y tirando por ella una gran canasta con las asas de madera, porque no se rozase, tirando la tal canas-

ta desde la otra parte con una sogá. Y estas puentes sustentaban a su costa los indios en cuyos términos caían (...). Tenían puestas postas por toda la tierra, de media a media legua, las cuales corrían los indios muy más ligeramente que los caballos de las postas. En conquistando alguna provincia, la primera cosa que hacía era pasar todos los vasallos, o los más principales, a otra población antigua, a poblar aquella tierra de los indios ya sujetos, y de esta manera lo aseguraba todo (...) Tenía en gran estima el oro, porque dello hacía el Rey y los principales vasijas para su servicio y joyas para su atavío, y lo ofrecían en los templos. Y traía el Rey un tablón en el que se sentaba, de oro de diez y seis quilates, que valió de buen oro más de veinte y cinco mil ducados, que es el que don Francisco Pizarro escogió por su joya al tiempo de la conquista; porque, conforme a su capitulación, le habían de dar una joya que él escogiese, fuera de la cuenta común. Al tiempo que le nació el primer hijo mandó hacer Guaynacaba una maroma de oro tan gruesa (según hay muchos indios vivos que lo dicen), que asidos a ella más de seiscientos indios orejones, no la levantaban muy fácilmente. Y en memoria de esta tan señalada joya llamaron al hijo Guascar (que en su lengua quiere decir sogá), con el sobrenombre de inga, que era de todos los reyes, como los emperadores romanos se llamaban augustos. Esto se ha traído aquí por desarraigar una opinión que comúnmente se ha tenido en Castilla entre la gente que no tiene plática en las cosas de las Indias, de que los indios no tenían en nada el oro ni conocían su valor. También tenía muchos graneros y trojes hechos de oro y plata, y grandes figuras de hombres y mujeres y de ovejas y de todos los otros animales, y de todos los géneros de yerbas que nacían en aquella tierra, con sus espigas y bastigas y nudos hechos al natural, y gran suma de mantas y hondas entretejidas con oro tirado, y aun cierto número de leños, como los que había de quemar, hechos de oro y plata (*Historia*, 471-472).

Huayna Cápac tiene en Zárate el historiador que mejor lo ha representado, antes del Inca Garcilaso. Es un rey conquistador y legislador, un civilizador de tribus primitivas que se incorporan a un reino entre los más adelantados del Nuevo Occidente. Después de dar noticias útiles y complementarias al magnífico trabajo de Cieza de León, Zárate se apresta a contar lo que había anunciado en su título, es decir, la historia del descubrimiento y conquista del Perú, con una introducción en la que quiere justificar otra paréntesis histórica que él considera como necesaria para entender la conquista del Perú por los españoles. Por ello, se dispone a analizar el estado del Perú, en vísperas de la llegada de los españoles y los dos factores determinantes que permitieron, según Zárate, una conquista cuya rapidez y eficacia no habría sido posible sin la concurrencia de dos hechos: el primero fue la división del Perú en los dos bandos de Atahualpa y de Huáscar y, el segundo, la divina providencia que permitió esa división:

Aunque el intento principal desta historia sea contar las cosas en ella sucedidas a los españoles que la conquistaron, entonces y después acá del descubrimiento; pero, porque esto no se podría bien entender sin tocar algo del estado en que los

negocios de los indios que la gobernaban estaban en aquella sazón, y también para que se vea claramente cómo fue permisión divina que los españoles llegasen a esta conquista al tiempo que la tierra estaba dividida en dos parcialidades, y que era imposible, o a lo menos muy dificultoso, poderla ganar de otra manera, diré en suma los términos en que hallaron la tierra en aquella coyuntura, para que haya más claridad en la historia (*Historia*, 472).

El relato de Zárate incluye la conquista de la provincia de Quito por parte de Huayna Cápac, su casamiento con la hija del rey vencido de Quito, de la que tuvo un hijo, Atahualpa, de su vuelta al Cuzco para ver a sus tres hijos, Huáscar, Mango y Paulo y de su decisión de volver a Quito para ver a Atahualpa, el hijo que él favorecía y a quien, a su muerte, dejó la provincia de Quito y cómo Atahualpa, muerto su padre Huayna Cápac, se apoderó de su ejército y, aconsejado por dos generales de Huayna Cápac, de nombres Quizquiz y Cilicuchima, se adelantó a Huáscar que le había ordenado entregarle la provincia de Quito, pero la batalla, que duró tres días, se resolvió en la derrota de Atahualpa que quedó preso. Ayudado por una mujer, Atahualpa se evadió y volvió a Quito donde organizó otro ejército para atacar a Huáscar. Llegado en Caxamalca, Atahualpa sorprendió a Huáscar y lo tomó preso, al mismo tiempo en que llegaba en esos parajes Francisco Pizarro a la cabeza de su pequeño ejército:

Y en esta coyuntura llegó el gobernador don Francisco Pizarro con los españoles que llevaba a la tierra del Perú, y tuvo lugar de hacer la conquista que en el libro siguiente se dirá; porque el ejército de Guascar era desbaratado y huído, y el de Atabaliba estaba la mayor parte despedido por la nueva victoria (*Historia*, 473).

En el Libro Segundo de su *Historia*, Zárate cuenta cómo el gobernador Francisco Pizarro, a su vuelta de España, decidió salir de Panamá a la vuelta del Perú a principios de 1531 y, llegado a un pueblo llamado Coaque, se abasteció y obtuvo oro y esmeraldas que envió en dos navíos a Panamá y Nicaragua por un valor de treinta mil castellanos de oro para motivar más gente a seguirle en la conquista del Perú. Fue en ese viaje que conquistó y pobló Puerto-Viejo, donde le alcanzaron los capitanes Benalcázar y Juan Flores con más hombres y caballos. Después de Puerto-Viejo, Pizarro conquistó y pobló el puerto de Túmbez y la isla de Puna, frontera de aquel puerto, donde libertó a unos indios cautivos y los envió a sus tierras en unas balsas con tres españoles. Al llegar a tierra los indios sacrificaron a sus ídolos los tres cristianos. Los otros españoles enviados en balsas por Pizarro se salvaron hasta que, llegado el gobernador y reunida una fuerza de cincuenta cristianos dieron en los indios que habían sacrificado a los cristianos y los desbarataron. Los indios aceptaron las paces que el gobernador les ofrecía. En Túmbez le alcanzaron

los mensajeros de Huáscar que denunciaban la rebelión de Atahualpa y le pedían ayuda. Más adelante pobló la ciudad de San Miguel y dentro del río del mismo nombre el gobernador hizo construir un buen puerto, para ofrecer un lugar seguro para los navíos que viniesen de Panamá y Nicaragua. *Y repartido el oro y plata que allí hubieron, dejando en la ciudad solos los vecinos, el Gobernador se partió con toda la otra gente a la provincia de Caxamalca, porque supo que estaba allí Atabaliba (Historia, 475).* Yendo en busca del rey de Quito, el gobernador tuvo que atravesar un valle arenoso y caluroso donde pasó gran sed hasta llegar a la provincia de Motupe donde pudieron satisfacer su sed y abastecerse. Al subir por la sierra le alcanzó un mensajero de Atahualpa con algunos presentes: unos zapatos colorados y unos puñetes de oro y que se calzase los zapatos y se pusiese aquellos puñetes para ser conocido por Atahualpa. Otro mensajero de Atahualpa le ordena no hacer su real hasta que Atahualpa le de la orden, pero el gobernador no hace caso. Organiza su campamento y envía al capitán Soto con unos veinte jinetes. Al llegar a la presencia de Atahualpa el caballo de Soto arremetió, espantándose los indios. Llegado Hernando Pizarro como enviado del gobernador le dijo a Atahualpa que su hermano el gobernador venía de parte de su majestad el emperador. La respuesta de Atahualpa fue que los españoles devolviesen todo el oro y plata que habían tomado a los indios y que se fuesen de allí y que al otro día vendría al tambo de Caxamalca para entrevistarse con el gobernador. Hernando volvió al real con ese mensaje no sin haber observado el gran número de tiendas llenas de guerreros y que *para cada cristiano había cien indios Pero, como el Gobernador y todos los demás de su real eran de grande ánimo, aquella noche se esforzaron unos a otros, considerando que no tenían otro socorro sino el de Dios, en cuya ayuda esperaban, haciendo lo que en sí era, como hombres animosos; y en toda aquella noche estuvieron guardando el real y aderezando sus armas, sin dormir en toda ella (Historia, 476).* A la mañana del día siguiente, el obispo fray Vicente de Valverde le habla a Atahualpa con la biblia en la mano, recitándole la historia de la creación y de Adán y Eva, la culpa del pecado original, la venida del Salvador, la salvación del pecado original, la potestad dada al emperador de convertir los naturales y la oportunidad que Atahualpa tenía de aceptar el sacramento del bautismo. De rehusarlo, el gobernador le declarararía guerra a sangre y fuego. Atahualpa, por nada impresionado, le preguntó al obispo cómo sabía todo eso y el obispo le mostró la biblia. Después de abrirla y hojearla, Atahualpa la tiró al suelo y el obispo gritó a los españoles “¡a ellos!” En la batalla que sigue, los sesenta jinetes españoles sorprenden los indios que huyen ante ese ataque y ante los disparos de la artillería, mientras al mismo tiempo el gobernador arremete la litera donde está Atahualpa y, agarrándole por los largos cabellos lo tiró al suelo. Atahualpa, después que le prendieron, prometió entregarle

al gobernador una habitación que había en Caxamalca llena de oro hasta la altura de su brazo extendido en alto y marcada con una línea roja en derredor. Ante la demora de los indios encargados de traer el oro, los españoles mostraron su impaciencia y Atahualpa, para tranquilizarlos, prometió llenar el cuarto hasta el techo, pero para ello debía enviar a sacar el oro de la ciudad de Cuzco, donde había edificios cubiertos con tablas de oro por fuera y por dentro. Los enviados por el gobernador al Cuzco para supervisar la colección del tesoro encontraron en el camino a Huáscar que venía preso por los soldados de Atahualpa. Huáscar se quejó a los españoles contra Atahualpa. Cuando éste se dio cuenta que Huáscar podría haber denunciado su rebelión al gobernador, por temor al castigo decidió ordenar su muerte, pretendiendo que algunos asesinos habían asesinado su hermano y llorando su muerte ante el gobernador, pero Zárate no puede asegurar si el llanto de Atahualpa fue antes o después de la muerte de Huáscar, pues Atahualpa era gran simulador *que apenas se pudo averiguar después si cuando hizo Atabaliba aquellas apariencias de tristeza había sido antes o después de la muerte [de Huáscar]* (*Historia*, 478). Sobre los motivos de la muerte de Atahualpa, Zárate reúne más variantes que los cronistas anteriores. La primera causa fue la denuncia de un tal Filipillo, intérprete del gobernador, que le hizo creer que Atahualpa había ordenado que se juntara un gran ejército para atacar y matar a los españoles; Zárate acoge como muy verosímil el rumor de que Filipillo fuera el amante de una de las mujeres de Atahualpa y que, enfrentándose con el castigo de adulterio prescrito entre los Incas, que incluía la muerte de ambos culpables, de todos sus parientes, la demolición de sus casas y la expropiación de sus animales y haberes, recurrió a esa falsa acusación. Otra razón debatida por Zárate fue que, con la llegada de Diego de Almagro que llegó con dos navíos y mucha gente demandando la mitad del botín, como le correspondía, el rescate de Atahualpa se volvió un pomo de discordia, pues tardando los españoles encargados de recogerlo, durante mucho tiempo se consideró todo el oro y plata del rescate como propiedad de los hombres del gobernador y que ello persuadió a Almagro a acelerar la muerte de Atahualpa en la convicción que con la muerte del rey inca se terminaba el rescate, pues había sido pactado para salvarle la vida. Finalmente, pesaba en contra de Atahualpa la sospecha de que había ordenado la muerte de Huáscar. Sería el caso de recordar el “*Vae victis!*” (¡malditos los vencidos!), que había dicho en 390 a.C., Brenno, un rey galo al echar su espada en la balanza para cobrar en monedas de oro el rescate de la libertad del Capitolio en Roma. Una antigua derrota amenazaba nuevamente al vencido rey inca. Zárate recuerda la amistad que Atahualpa contrajo con Hernando Pizarro al que confiaba sus temores y que, al ausentarse Hernando para llevar el quinto del rescate al emperador, Atahualpa le dijo despidiéndolo: *Vaste, capitán*,

pésame dello; porque en yéndote tú, sé que me han de matar este gordo y este tuer-to (Historia, 479), refiriéndose al tesorero real Alonso de Requelme y a Diego de Almagro, ciego de un ojo; y así le sentenciaron a muerte y ejecutaron la sentencia, yendo él siempre llamando a Hernando Pizarro, y diciendo que si él allí estuviera no le mataran (Historia, 480).

A fines del Libro Segundo de su *Historia*, Zárate identifica algunos episodios que gradualmente enfrentan a los dos protagonistas de la conquista, el gobernador don Francisco Pizarro y el adelantado don Diego de Almagro, hasta la muerte de éste último. En el capítulo X Zárate menciona la salida de la Nueva España para el Perú de Pedro de Alvarado, ya lugarteniente de Hernán Cortés en la conquista de la Nueva España, mencionado, en relación a Guatemala, por el mismo Cortés en su Carta Quinta al emperador, fechada en 1526. En esta carta Cortés le explica al emperador cómo y cuándo desistió de ir a Nicaragua para coordinar la pacificación de Guatemala, donde había enviado a Pedro de Alvarado, siguiendo su plan de ampliar el conocimiento de la mar del Sur y facilitar la ruta marina a las especierías.⁴⁵ A Pedro de Alvarado lo menciona Zárate en relación al interés creciente que Cortés mostraba por las riquezas del Pacífico:

Después que don Hernando Cortés, marqués del Valle, conquistó y pacificó la Nueva España, tuvo noticia de una tierra que con ella se contenía, llamada Guatimala, y para la descubrir envió un capitán suyo, llamado don Pedro de Alvarado, el cual con la gente que llevaba la conquistó y ganó, pasando en ella muchos trabajos y peligros, cuya remuneración su majestad le proveyó de la gobernación della. Y desde allí tuvo noticia de la tierra del Perú, y pidió cierta parte de la conquista della a su majestad, y le fue concedida y hecho sobre ello sus capitulaciones; por virtud de las cuales él envió un caballero de Cáceres, llamado García Holguín, que con dos navíos fue a descubrir y tomar lengua en la costa del Perú. Y como le trajo tan buena nueva de la gran cantidad de oro (...) determinó de pasar allá (...), a ganar la ciudad del Cuzco, que conforme a lo que arriba está dicho, tenía entendido que caía fuera de las doscientas y cincuenta leguas de los límites de la gobernación de don Francisco Pizarro. Y para poder mejor efectuar su propósito, temiendo que desde Nicaragua podría después ir socorro a don Francisco Pizarro, fue una noche a la costa de Nicaragua, y tomó por fuerza dos o tres grandes navíos que allí se estaban aderezando, para ir cargados de gente y caballos al Perú en socorro del Gobernador; y en ellos y en los que traía de Guatimala embarcó quinientos hombres de pie y de caballo, y navegó hasta tomar la tierra en la provincia de Puerto-Viejo, y de allí caminó la vía de Quito, en el paraje de la línea Equinocial, por las faldas de unos llanos y espesos montes que llaman Arcabucos, y en el camino pasó su gente gran trabajo de hambre y muy mayor de sed, porque

⁴⁵ Véase Stelio Cro, "Textos Fundacionales de América V; Primera Parte, Primera Sección: el Nuevo Occidente visto por el conquistador: Hernán Cortés," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 39, Madrid, 2014, p. 253.

fue tanta la falta del agua, que si no toparan con unos cañaverales de tal propiedad, que en cortando por cada nudo, se halla lo hueco lleno de agua dulce y muy buena; las cuales cañas son tan gruesas ordinariamente como la pierna de un hombre, de tal suerte, que en cada cañuto hallaban más de media azumbre de agua, que dicen recoger estas cañas por particular propiedad y naturaleza que para ello tienen, del rocío que de noche cae del cielo, como quier que la tierra sea seca y sin fuente ni agua ninguna. Con esta agua se separó el ejército de don Pedro de Alvarado, así hombres como caballos, aunque todavía el hambre los llegó a tales términos, que comieron muchos caballos, con valer cada uno cuatro o cinco mil castellanos, y en la mayor parte del camino les iba cayendo encima tierra muy menuda y caliente, que se averiguó salir de un alto volcán que hay cerca de Quito, de tan gran fuego, que más de ochenta legüas alcanza la tierra que dél sale, y da tan grandes truenos algunas veces, que suenan más de cien legüas. Y en todos los pueblos por donde pasó don Pedro de Alvarado debajo de la línea Equinocial halló gran copia de esmeraldas; y después de haber pasado tan trabajoso camino, que lo más dél fueron abriendo a mano con hachas y machetes, topó delante sí una cordillera de sierras nevadas, donde de continuo nevaba y hacía muy gran frío; y la hora que le pareció más conveniente determinó pasar por un portezuelo que allí había, donde se le quedaron helados más de sesenta hombres, aunque todos para pasar se vistieron cuantas ropas traían, iban corriendo sin esperar ni socorrerse los unos a los otros. Donde aconteció que, llevando un español consigo a su mujer y dos hijas pequeñas, viendo que la mujer y hijas se sentaron de cansadas, y que él no las podía socorrer ni llevar, se quedó con ellas, de manera que todos cuatro se helaron; y aunque él se pudiera salvar, quiso más perecer allí con ellas (*Historia*, 481-482).

Zárate logra conectar hábilmente la conquista de la Nueva España por Cortés a la del Perú por Pizarro, gracias a don Pedro de Alvarado, lugarteniente de Cortés y conquistador de Guatemala. El interés de Alvarado por las riquezas del Perú llama en la acción otro conquistador de primer plano. La dificultad de cruzar la cordillera, el hambre y la sed, los extremos de calor y frío, agentes atmosféricos y climáticos que hacen víctimas en el ejército de Alvarado pronto se transforman en un relato épico en el que la escena del soldado que prefiere morir cerca de su esposa y sus dos hijitas constituye una pincelada de alta poesía. En el capítulo siguiente, Alvarado y Almagro se encuentran, cada uno a la cabeza de su ejército. Están preparándose para la batalla, un amago de eventos amenazadoramente proféticos para la próxima etapa de la conquista del Perú; pero un intermediario, el licenciado Caldera, logra ponerlos de acuerdo: Almagro le entregará a Alvarado cien mil pesos de oro a su llegada a Pachacama donde los espera el gobernador. Así don Pedro de Alvarado podrá seguir su descubrimiento por la costa hasta alcanzar al Cuzco (*Historia*, 482). Pero los planes de los dos conquistadores no se pueden reconciliar, pues ambos aspiran al control del Cuzco. Al enterarse Don Diego de Almagro que su majestad el emperador había dispuesto que fuera gobernador de la tierra al sur de la del gobernador, creyendo que el Cuzco debía ser parte de su gobernación, se

fue allí para ocuparla, pero encontró la oposición de Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro y *cada día andaban a lanzadas con don Diego y con el capitán Soto, que era de su parte; pero al fin no pudo salir con ello, porque la mayor parte del cabildo acostó a la parte del gobernador y de sus hermanos. Y como el Gobernador esta nueva supo, se fue por la posta al Cuzco, y con su presencia lo apaciguó todo, y perdonó a don Diego (...). Y allí de nuevo tornaron a firmar nueva concordia y compañía en esta manera: que don Diego de Almagro fuese a descubrir por la tierra hacia la parte del sur, y que si buena tierra hallase pediría la gobernación a su majestad para él, y no la habiendo tal, partirían la gobernación de don Francisco entre ambos; y después desto, juraron en la Hostia consagrada, de no ser el uno contra el otro (Historia, 483-484).*

En el Libro Tercero, capítulo I, el cronista relata que mientras el adelantado don Diego de Almagro procede en su descubrimiento y conquista de Chile, le alcanza la noticia que los indios se han rebelado en el Perú y han matado a todos los cristianos y decide volverse. En el camino de vuelta encuentra a Juan de Herrada a la cabeza de cien hombres que *traía las provisiones reales por donde su majestad le hacía gobernador de docientas leguas más adelante, acabados los límites del Marqués, llamando su gobernación la Nueva-Toledo, porque la del Marqués se llamaba la Nueva-Castilla (Historia, 484)*. En el capítulo II el cronista relata dos anécdotas: una es sobre la leyenda de la existencia de las Amazonas de las que se dice lo mismo que se había dicho en el Diario de a bordo del Almirante Cristóbal Colón, o sea que hay *una gran provincia toda poblada de mujeres, que no consienten hombres consigo mas del tiempo conveniente a la generación; y si paren hijos los envían a sus padres, y si hijas, las crían (Historia, 485)*. La otra anécdota se refiere a las ratas, que no se conocían en el Perú hasta que el barco enviado por el obispo de Palencia que cruzó por el estrecho de Magallanes atracó en el puerto de la ciudad de los Reyes y de allí las ratas se reprodujeron en la región (*Historia, 486*). Mango Inca, el monarca del Perú, hermano de Atahualpa, estaba preso en la fortaleza del Cuzco. Obtuvo su libertad por orden de Juan Pizarro y, a la vuelta de Hernando Pizarro, se hizo muy amigo de éste prometiéndole una estatua hecha al natural de oro macizo de Huayna Cápac, su padre, y para ello le pidió licencia para volver a su tierra en la sierra, pero fue un pretexto para organizar un ejército que se apoderó de la fortaleza del Cuzco y en la batalla mataron a Juan Pizarro de una pedrada (*Historia, 486*). Durante esta rebelión Diego de Almagro llegó al Cuzco y pretendió ser reconocido por gobernador. El cabildo le respondió que debían medir los límites de la gobernación de la Nueva Castilla, *pero nunca se conformaron en la forma de la medida, porque unos decían que se habían de medir las leguas que estaban señaladas para la gobernación de don Francisco por la costa de la mar,*

según iban haciendo ancones y caletas, o por el camino real con todos sus rodeos, porque en cualquiera destas dos maneras de la gobernación del Marqués se acababa, no solamente antes del Cuzco, mas (según algunos) aun antes de los Reyes [la ciudad de Lima]. El marqués pretendía que sus leguas se habían de medir por el aire, echando la cuerda derechamente sin ningún rodeo ni torcedura, o por la línea superior del cielo, midiendo la graduación por la altura del sol y dando tantas leguas a cada grado (Historia, 487). Don Diego de Almagro decide entonces ocupar el Cuzco por la fuerza y prender a los dos hermanos Hernando y Gonzalo Pizarro a quienes hubiera cortado la cabeza si no hubiera sido por la intercesión de Diego de Alvarado. En el Cuzco el nuevo gobernador Diego de Almagro hizo Inca a Paulo, hermano menor de Mango que, después de la fracasada rebelión se había retirado en las sierras. En el capítulo V el cronista describe la estrategia que los indios alzados empleaban para matar a los españoles que el Marqués enviaba desde la ciudad de los Reyes a sus hermanos en el Cuzco. El error del Marqués había sido enviar pequeños destacamentos de españoles en socorro y éstos habían sido sorprendidos en emboscadas. A una fuerza mayor compuesta por setenta jinetes, los indios atrajeron en un desfiladero y, después de cerrar ambas salidas, comenzaron a hacer llover tantas piedras sobre los españoles que los mataron a todos a pedradas (Historia, 487). Sin saber noticias del Cuzco, el marqués teme lo peor, o sea que los indios hayan muerto a sus hermanos en el Cuzco. Se apresta a pedir ayuda a todos los virreinos y gobernaciones, especialmente de la Nueva España y nombra por su capitán general a Alonso de Alvarado, ignorando a Pedro de Lerma, su capitán de hacía mucho tiempo. El cronista indica este momento de crisis como muestra de debilidad por parte de Francisco Pizarro *por persuasión de algunas personas de poco corazón, que se lo aconsejaron*. Por lo que se refiere al nombramiento de Alvarado a su capitán general, el cronista anota *en lugar de Pedro de Lerma, que hasta entonces lo había sido; por el cual desabrimiento Pedro de Lerma hizo el motín que adelante se dirá (Historia, 488)*. Alonso de Alvarado con su ejército de quinientos hombres desbarata los indios rebeldes en el camino hacia el Cuzco. Se dispone a prender a Pedro de Lerma, pero éste huye con los otros conspiradores y quita cincuenta lanzas arrojándolas en un arroyo. Con su ejército debilitado, Alonso de Alvarado no puede resistir las fuerzas del gobernador Diego de Almagro que, después de saquear el real, apresó a Alvarado. Mientras, el marqués, en su marcha hacia el Cuzco, para ayudar a sus hermanos, recibe la noticia de su prisión, Diego de Alvarado le aconseja a Diego de Almagro de liberar a Hernando Pizarro. Cuando Pizarro se acerca con su ejército al Cuzco, el gobernador se apresta a enfrentarlo. En la batalla Diego de Almagro es derrotado y preso por Hernando Pizarro que, concluyendo que *mientras don Diego [de Almagro] fuese vivo nunca acabaría de*

quietarse la tierra ni sosegarse la gente (...) y así le sentenció a muerte (...) en ejecución de su sentencia, lo hizo degollar (Historia, 492). Con la ejecución de Diego de Almagro, ordenada por Hernando Pizarro, comenzó el período de las guerras civiles del Perú que ensangrentaron durante cerca de siete años ese virreinato, desde el asesinato del marqués en 1541 hasta la batalla del 9 de abril de 1548, ganada por el Presidente La Gasca.

a). Descubrimiento del río Amazonas y asesinato del Marqués don Francisco Pizarro

Habiendo tenido noticia del país de la canela a la parte oriental de la provincia de Quito, el marqués envió a su hermano Gonzalo Pizarro a descubrirlo. Durante la exploración de esa región de la canela, Gonzalo Pizarro ordenó a un capitán de nombre Francisco Orellana, de buscar comida para su ejército de varios centenares de hombres. Orellana, con el bergantín que Gonzalo Pizarro había construido para pasar el río, llegó a otro río cuya corriente le llevó en tres días a más de ochenta leguas de su jefe, que le había dado instrucción de obtener provisiones y esperarle con unas canoas, para pasar el río. Pero Orellana prefirió seguir la corriente del río que se conocía como río Marañón, por el nombre del primer explorador que lo había descubierto. Orellana continuó su navegación hasta llegar a la boca del río, después de atravesar una región en la que se decía que vivían mujeres guerreras. Llegado a la mar del Norte siguió navegando hasta llegar a España. *Y así llegó Orellana a Castilla, donde dio noticia a su majestad deste descubrimiento, echando fama que se había hecho a su coste e industria, y que había en él una tierra muy rica donde vivían aquellas mujeres, que comúnmente llamaron en todos estos reinos la conquista de las Amazonas (Historia, 495).* Aprovechando la ausencia de Gonzalo Pizarro, enviado por el marqués al país de la canela en la provincia de Quito, y de Hernando Pizarro que se había ido a España, los conspiradores, alentados por Juan de Herrada, ayo del joven Diego de Almagro, planearon asesinar al marqués y vengar la muerte de don Diego de Almagro. *Pues viendo esto Juan de Herrada, que Hernando Pizarro era venido a España y Gonzalo Pizarro era ido al descubrimiento de la canela; y habiendo sido puesto en libertad por el Marqués (porque hasta entonces siempre había estado en su nombre preso), comenzaron a juntar armas y aderezarse para poner en ejecución la venganza de la muerte de su padre y tanta destrucción de su gente, cuya memoria conservaban en sus corazones con gran sentimiento y dolor; de manera que, aunque el Marqués muchas veces procuró de hacerlos amigos, nunca lo pudo acabar de forma que quedara satisfecho (Historia, 496).* La conspiración incluyó gente ambiciosa a quien le parecía

que un cambio de gobierno les favorecería en sus planes. Entre estos últimos se hallaba don Alonso de Montemayor que se ofreció a recibir al licenciado Vaca de Castro, enviado por su majestad a averiguar sobre las quejas de los almagristas contra Hernando Pizarro. Fue durante su ausencia de la ciudad de los Reyes, mientras Montemayor se hallaba con el licenciado Vaca de Castro, que los conspiradores mataron en su casa a don Francisco Pizarro y a los que le defendieron, el 21 de junio de 1541 (*Historia*, 497-498).

b). Usurpación por Diego de Almagro el Mozo, de la gobernación del marquesado de la Nueva Castilla. Oposición de Alonso de Alvarado

Diego de Almagro expropió haberes y fondos de los principales vecinos de la ciudad de los Reyes, muchos de los cuales asesinó, y despachó mensajeros que lograron amedrentar a todos, menos a Alonso de Alvarado que, *en llegando los mensajeros [de Diego de Almagro] los prendió, y se alzó e hizo fuerte en la tierra, confiando en la fortaleza della y en cien hombres que tenía, y levantó bandera por su majestad, sin que fuesen parte para hacerle torcer las promesas ni amenazas que don Diego le envió a hacer por sus cartas, a las cuales respondía que no le recibiría por gobernador hasta que viese para ello expreso mandado de su majestad* (*Historia*, 499-500). Cuando en el Cuzco se enteraron de la rebelión de Diego de Almagro, se declararon por su majestad y nombraron capitán a don Pedro Álvarez Holguín que, después de dejar una guarnición en el Cuzco, salió con un ejército de trescientos cincuenta hombres, así distribuidos: ciento cincuenta jinetes, cien arcabuceros y cien piqueros; *nombró por maestre de campo a Gómez de Tordoya, y por capitanes de gente de a caballo a Garcilaso de la Vega [padre del autor de Los Comentarios Reales] y a Pedro de Anzures, y dio cargo de la infantería al capitán Castro, y hizo alférez de estandarte real a Martín de Robres* (*Historia*, 500) y se dirigió hacia donde estaba Alonso de Alvarado para juntar sus fuerzas contra Diego de Almagro que tenía un ejército de unos ochocientos hombres. Juntándose con Alonso de Alvarado y Pedro Álvarez Holguín, Vaca de Castro reunió un ejército de unos setecientos hombres y se aprestó a tratar de persuadir a Diego de Almagro a rendirse. En ese trance le llegó el mensaje de Gonzalo Pizarro que se ofrecía con su ejército. Como parte de esta política en que Vaca de Castro confiaba en su habilidad diplomática, la presencia de Gonzalo Pizarro le planteaba dos problemas: primero que era inevitable que Gonzalo Pizarro quería vengarse del asesinato de su hermano y, segundo, que la fama de Gonzalo Pizarro como hombre hábil y corajudo le habría obligado a hacerle capitán general del ejército. Por ello, y por tratar de representar su campaña como una acción dictada por la justicia y no por la venganza

za, le pidió a Gonzalo Pizarro que se quedara en Quito y a los hijos del marqués que se estuviesen como estaban en las ciudades de San Miguel y Trujillo, sin venir a la ciudad de los Reyes hasta que otra cosa mandase, justificando esta provisión con que estaban más seguros y pacíficos allá que en Lima (*Historia*, 503).

*D) Entre crónica y novela caballerescas: la **Suma y narración de los Incas**, de Juan de Betanzos*

Compuesta, y aparentemente interrumpida por la muerte del autor, en 1551, esta interesante crónica del Perú podría leerse distinguiendo dos partes; una sería el resultado de las conversaciones que el cronista, conocedor del quechua, mantuvo con nativos; la otra, probablemente embellecida y ampliada por las noticias recogidas a través de más de diez generaciones y acaso en parte halladas observando las señales marcadas en los quipus, que ancianos peruanos le comunicaron a Juan de Betanzos en sus peregrinaciones para preparar la obra que le había encargado el virrey Don Antonio de Mendoza. Estas dos partes son desiguales: la primera y más breve dedicada a las tradiciones mitológicas y religiosas y, la segunda, que consiste en la recreación legendaria de la tradición épica en torno al Inca Yupanqui, como por su extensión, constituyendo la primera la cuarta parte, o sea, el 25% y la segunda las tres cuartas partes, o sea el 75%, de la obra. Anticipemos que esta segunda parte es la que ofrece mayor interés, pues tiene un protagonista heroico, el Inca Yupanqui, del que podemos seguir la vida y los hechos desde su niñez hasta su consagración a “Hijo del Sol”. Juan de Betanzos aprendió el quechua y adquirió una posición oficial en el ejército de Francisco Pizarro, de quien era el intérprete. A la muerte del gobernador, se casó con su concubina Añas, que fue bautizada como Angelina y que, antes de unirse a Pizarro, había sido concubina de Atahualpa. Esta sección sobre el Inca Yupanqui se podría incluir entre las primeras novelas caballerescas compuestas en América, acaso la primera que tenga por protagonista un indio y no un europeo. En esta novela histórica se cuenta la vida y las hazañas del héroe, el Inca Yupanqui, el menor de siete hijos del Viracocha Inca.

1). La épica del Viracocha

Este joven príncipe, por su carácter rebelde e independiente, había sido castigado por su padre que le había negado el nombre, le había echado de la corte y asignado a humildes tareas campesinas. Un día, en su exilio, se enteró que Uscovilca, cacique de los Chancas, le había exigido obediencia a su padre, Viracocha Inca, amenazándole que de no aceptar, le atacaría con su ejército y le mataría. Viracocha Inca, temiendo por su vida, se prepara a abandonar el Cuzco, llevándose toda la

gente y su ejército, retirándose a un peñol llamado Caca Xaqui Xahuana, a siete leguas del Cuzco. Pero su hijo menor, el Inca Yupanqui, el exilado, que es condenado a las tareas campesinas, el héroe de esta novela caballeresca del Perú, que es aun un adolescente, avergonzado de la cobardía de su padre Viracocha Inca, decide quedarse y defender el Cuzco con sus amigos. Uscovilca, enterado que el joven Inca Yupanqui se encuentra en el Cuzco, le envía mensajeros intimándole que se rinda, mas éste, apoyado por sus amigos, todos de familias nobles, le contesta que está dispuesto a defender la ciudad y que prefiere morir a vivir como esclavo. Uscovilca le admira y le concede tres meses para darle tiempo para preparar su defensa. El Inca Yupanqui envía uno de los tres amigos como mensajero a su padre que, al oír el mensaje que su hijo promete morir en su defensa, si se dignaba volver a la ciudad, y evitar la vergüenza de su huida, se ríe y le envía un mensaje que se una a él en el peñol Caca Xaqui Xahuana, pues su dios le había comunicado que se debía rendir a Uscovilca. En el mensaje le advertía que moriría inútilmente. El Inca Yupanqui se dolió de la respuesta de su padre Viracocha Inca, pues creía que, si su padre hubiese vuelto al Cuzco para defender su patria, otros comarcanos vendrían a ayudarlo. Envío sus amigos a distintos caciques comarcanos que se encontraban a tres leguas del Cuzco, con la respuesta que Viracocha Inca había dado a su hijo. Los caciques dijeron que se unirían al Inca Yupanqui si éste pudiese reunir fuerzas suficientes para enfrentarse con las de Uscovilca. Oída la respuesta de los caciques, el Inca Yupanqui ordenó a sus amigos de no salir y se concentró en pedir ayuda a su dios (*Suma*, Cap. VII, pp. 14-16). El cronista nos ha legado una descripción moral del joven príncipe:

Inca Yupanqui era mancebo muy virtuoso y afable en su conversación; era hombre que hablaba poco para ser tan mancebo, e no se reía en demasía de manera, sino con mucho tiento; y muy amigo de hacer bien a los pobres; y que era mancebo casto, que nunca le oyeron que hobiese conocido mujer; y que nunca le conocieron los de su tiempo decir mentira e que pusiese cosa que dejase de cumplir. E como él tuviese estas partes de virtud y valeroso señor, aunque mancebo, y fuese de grande ánimo, considerando su padre a este ser de Inca Yupanqui su hijo, reinó envidia en él y aborresciale, porque quisiera que un hijo mayor suyo, que se decía Inca Urco, tuviese este ser de Inca Yupanqui (*Suma*, Cap. VIII, p. 16).

Prefería el padre el hijo mayor y temía el menor por sus virtudes y se alegró que éste se hubiera quedado en la ciudad asediada donde perecería, dejándole el trono al Inca Urco, considerado por el padre Viracocha Inca como heredero. El Inca Yupanqui se retira en oración para pedirle ayuda a Viracocha Pachayachachic—el Hacedor de todas las cosas—. Mientras reza, se duerme y en sueños se le aparece Viracocha Pachayachachic prometiéndole su ayuda en la batalla inminente (*Suma*,

Cap. VIII, p. 16). Después de derrotar y matar a Uscovilca, el Inca Yupanqui lleva el botín y los prisioneros habidos a su padre en el peñol Caca Xaqui Xahuana,⁴⁶ para cumplir la ceremonia de pisar los prisioneros, pero el padre Viracocha Inca quiere que sea el hijo mayor Inca Urco que los pise, a pesar de la observación de Inca Yupanqui que dice firmemente que Inca Urco no se merece ese honor. Pero el padre se niega, y Inca Yupanqui vuelve al Cuzco con su botín y los prisioneros. Ciego de envidia por el hijo victorioso, Viracocha Inca envía una banda de asesinos para asechar a Inca Yupanqui y matarle en su viaje de vuelta al Cuzco, pero, enterado del peligro, Inca Yupanqui desbarata a los agresores y es recibido en triunfo en el Cuzco. Los caciques y los pobladores comarcanos le piden perdón, pero Inca Yupanqui les asegura que no les tiene rencor y se muestra siempre generoso, bondadoso y justo (*Suma*, Cap. IX, pp. 17-21). Los capitanes de Uscovilca reúnen un ejército para vengar la derrota y la muerte del cacique, pero el Inca Yupanqui los desbarata y aumenta su botín que, junto con el que había ganado en la primera batalla, distribuye entre los pobladores del Cuzco y de la comarca.

Después de hacer un recorrido por la comarca alrededor del Cuzco, el Inca Yupanqui observa las ciénagas y manantiales que rodean la ciudad y la pobreza de las viviendas, comparadas por Betanzos a las que el autor había visto en su tiempo en un pueblo de nombre Cayaucachi, cerca del Cuzco, con casas de paja y de madera. El Inca Yupanqui se persuade que es necesario reconstruir la ciudad del Cuzco. El primer edificio habrá de ser el templo del Sol. Betanzos medita sobre la confusión generada por el demonio que ha persuadido a los indios de la fuerza de esos dioses:

Ellos tienen que haya uno que es el Hacedor, a quien ellos llaman Viracocha Pachayachachic, que dice Hacedor del mundo, y ellos tienen que éste hizo el sol y todo lo que es criado en el cielo y tierra, como ya habéis oído; careciendo de letras, y siendo ciegos del entendimiento en el saber, casi muchos varían en esto en todo y por todo, que unas veces tienen el sol por hacedor, y otras veces dicen que [el hacedor es] el Viracocha; y por la mayor parte, en toda la tierra y en cada provincia della, como el Demonio les traiga ofuscados, y en cada parte que se les demostraba les decía mil mentiras y engaños, y así los traía engañados y ciegos, y en los tales lugares do así le vian ponían piedras en su lugar, a quien ellos reverenciaban y adoraban. Y como les dijese unas veces que era el sol, y a otros en otras partes decía que era la luna, y a otros que era su Dios y Hacedor e a otros que era su lumbre que los calentaba y alumbraba, e que así lo verían en los volcanes de Arequipa; en otras partes decía que era el Señor que había dado el ser al mundo, y que se llamaba Pachacama, que dice Dador de ser al mundo; y así los traya, como tengo dicho, engañados y ciegos (*Suma*, Cap. XI, p. 25).

⁴⁶ También escrito Cayuca Xaquixaguana.

El Inca Yupanqui organizó y dirigió personalmente, durante veinte años ininterrumpidamente cincuenta mil indios, para traer al Cuzco piedras y cantería, barro pegajoso y maderamen, desde lugares alejados del Cuzco hasta varias leguas, para construir edificios, templos del sol, las márgenes de los dos ríos que cruzaban el Cuzco, con las relativas acequias, caminos, según un plan y de acuerdo a maquetas de barro elaborados por el mismo Inca Yupanqui, improvisado ingeniero y arquitecto, después de haber exhibido dotes extraordinarias de soldado y general en el campo de batalla. Acostumbrado a no dejar pasar un día, ni una hora, sin desplegar su energía, ingeniosidad y creatividad, el héroe de tantas batallas concibió un calendario en el que el año tiene doce meses y cada mes treinta días, cuya exactitud astronómica se controlaba físicamente por medio de pirámides elevadas en las alturas de varios cerros en las cercanías del Cuzco y dispuestas en grupos de cuatro, con dos más pequeñas y a menor distancia en el centro, con los que los indios podían establecer la orientación de los rayos al salir del sol y al ocaso, permitiendo al campesino, con este reloj solar, no sólo contar las horas del día, sino calcular el tiempo de la siembra, del riego y de la cosecha. Para decidir el lugar y la disposición de las pirámides el Inca Yupanqui recorría los cerros más altos hasta hallar los que él elegía:

[El Inca Yupanqui] se ponía, cuando se ponía el sol, en cierto sitio, en el cual estuvo seguro en pie en una parte donde bien ver se pudiese, y así como conociese desde aquel sitio do él se paraba, el curso por do el sol iba cuando se ponía, en aquel derecho, en lo más alto de los cerros, hizo hacer cuatro pirámides o mármoles de cantería, los dos en medio menores que los otros dos de los lados, y de dos estados de altor cada uno, cuadrados, e apartado uno de otro una braza, salvo que los dos pequeños de en medio hizo más juntos, que del uno al otro habrá media braza. Y cuando el sol salía, estando uno puesto do Inca Yupanqui se paró para mirar y tantear este derecho, sale y va por el derecho y medio de estos dos pilares, y cuando se pone, lo mismo, por la parte do se pone; por donde la gente común tenía entendimiento del tiempo que era, así de sembrar, como de coger; porque los relojes eran cuatro a do el sol salía, y otros cuatro a do se ponía, do se diferenciaban los transcurros y movimientos que así el sol hace en el año (*Suma*, Cap. XV, p. 36).

2). *El Inca arquitecto Pachacutec Yupanqui*

Una probable fundación del Inca Yupanqui fue la ciudad de Machu Picchu, una ciudad que no se divulgó para el resto de occidente hasta 1911, cuando Hiram Bingham, profesor de la universidad de Yale, llegó allí, guiado por unos campesinos peruanos que le habían hablado de la ciudad perdida y cubierta en la jungla por una cortina muy espesa de vegetación, alimentada por una lluvia abundante que cae

cada año y que, en una superficie de 32.592 hectáreas de quebradas y montañas herguidas de picos que llegan a 2.450 metros sobre el nivel del mar, de valles y abismos, recibe tanta precipitación como la recibe la ciudad de Chicago. Fernando Astete, director del Parque Arqueológico de Machu Picchu, que ha llevado a cabo varias observaciones, algunas documentadas por diarios y servicios televisivos, ha sugerido que el constructor de Machu Picchu fue el Inca Yupanqui, que escogió el lugar como su residencia lejos de la corte imperial de Cuzco, pero bastante cerca como para poder volver allí en poco tiempo. La ingeniería empleada por los Incas, probablemente guiados por el más grande constructor precolombino del Nuevo Occidente, muestra, a la luz de los estudios realizados por el director Astete, un conocimiento del territorio, de las condiciones climáticas y de la necesidad de apuntalar la montaña del Machu Picchu antes de emprender la construcción masiva de más de doscientos edificios y de murallas de granito. El Inca Yupanqui se dio cuenta que las quebradas eran el resultado de la erosión causada por las lluvias abundantes, además del hecho que la región experimentaba frecuentes terremotos y que manantiales de agua dificultaban la comunicación entre Cuzco y Machu Picchu. De manera que el primer problema que se le presentó al Inca Yupanqui fue hidráulico, o sea, cómo controlar el agua que inundaba la montaña y que, de no ser controlada y canalizada, con el tiempo haría derrumbar la ciudad monumental. Hacia la cima de la montaña a una altura de unos 2.450 metros, brotaba agua de una fuente. Esta agua, unida a la fuerte precipitación mencionada, presentaba un serio problema de erosión. Para resolver este problema el Inca Yupanqui concibió una idea genial: canalizar el agua de esta fuente en una acequia de piedras de granito asentadas con arcilla, formando un canal con una pendiente de tres grados que alimentaba un sistema de 16 fuentes en el centro urbano. Para resolver el problema de la acción erosiva de la lluvia, este constructor genial divisó un sistema de terrazas que, desde el pie de la montaña hasta la cima donde se erguiría el centro urbano, podían absorber la precipitación con un sistema de drenaje que también se recogía en acequias en derredor de la montaña. Las terrazas de bloques de granito tenían, en su mayoría, una altura de tres metros y, reforzadas por muros de granito, en su interior estaban rellenas de cascajos, grava, arena y finalmente de tierra para el cultivo. Así estas terrazas funcionaban como drenaje y cultivos para la alimentación, basada principalmente en el cultivo del maíz. Además, rodeando toda la montaña de Machu Picchu, la apuntalaban, pues el drenaje controlado por las terrazas impedía a las lluvias su potencial erosión. A su muerte, ocurrida en 1471, el Inca Yupanqui Pachacutec fue momificado y probablemente sepultado en el mausoleo de Machu Picchu.

Según el calendario concebido por el Inca Yupanqui, se definían las fiestas, las ceremonias religiosas, los casamientos, la adoración del sol, divinidad máxima del Perú, al que el Inca Yupanqui dedicó varios templos, al cuidado de las religiosas vírgenes, que mantenían un fuego consagrado al sol, como las antiguas vestales en Roma. En las fiestas religiosas dedicadas al sol se hacían sacrificios humanos, consistentes en el enterramiento de niños y niñas vivos, cubiertos de vestidos y alhajas, y adornados de joyas de oro, plata y piedras preciosas.

En el plan de urbanización de la ciudad del Cuzco se incluyeron almacenes con víveres para alimentar la población y no pasar hambre, como el Inca Yupanqui había ordenado:

[El Inca Yupanqui] díjoles que había gran necesidad que en la ciudad del Cuzco hubiese depósitos de todas comidas, así de maíz como de ajiby frisoles e chochos, y chichas y quínua, y carnes secas, e todos los demás proveimientos y comidas curadas que ellos tienen; y que para aquello había necesidad que de sus tierras lo mandasen traer⁴⁷ (*Suma*, Cap. XII, p. 28).

Para fortalecer los lazos de amistad y fraternidad entre las familias de la ciudad y las de las comarcas vecinas, el Inca Yupanqui decretó que hubiese comidas en común y que todos trajesen lo que tenían para contribuir al banquete de la comunidad. Tanto fue el éxito que estos banquetes tuvieron que, cada vez que se hacía un banquete, al llegar los de las comarcas le saludaban diciendo “Ah, Hijo del sol amoroso e amigable a los pobres!” En estos banquetes los adultos bebían chicha y consumían coca; cantaban tomados de la mano y el canto era un cantar guerrero en que se celebraba el heroísmo del Inca Yupanqui que, cuando era apenas un adolescente, había desbaratado al cacique Uscovilca, después que el padre del Inca Yupanqui, Viracocha Inca, había huído, abandonando la ciudad:

En el cual cantar decían e declaraban la venida que Uscovilca había venido sobre ellos, e la salida de Viracocha, [y el] Inca Yupanqui le había preso e muerto, diciendo que el sol le había dado favor para ello, como a su hijo; e como después ansimismo había desbaratado y preso y muerto a los capitanes que así habían hecho la junta postrera. E después de este canto, dando loores y gracias al sol e ansimismo a Inca Yupanqui, saludándole como a hijo del sol, se tornaron a sentar. E ansimismo comenzaron a beber la chicha que allí tenían, que según ellos dicen

⁴⁷ El ají es un ingrediente, como la pimienta, para cocinar y condimentar platos de carne, pollo y pescado. Es un arbusto que da frutos primeramente verdes, después rojos o amarillos, de forma cónica; el chocho es un árbol leguminoso de hojas pubescentes y semillas de color rojo encendido; la quinua es una planta anual, de hojas triangulares que se come como espinaca, la semilla es muy abundante y menuda como arroz, se usa en la sopa y sirve para hacer una bebida. Todas estas plantas son originariamente americanas.

había muy mucha, y en muy gran cantidad. E luego le fue traída allí mucha coca e repartida entre todos ellos; y esto así hecho, se tornaron a levantar e hicieron ansimismo como habéis oído, un canto y baile (*Suma*, Cap. XIII, p. 30).

Varias leyes se decretaron por el Inca Yupanqui, todas concebidas para el bien y el orden de la comunidad, y para aumentar la disciplina que se requiere en la guerra, como las siguientes, a conclusión de una ceremonia ante un ídolo:

[Los parientes] le lleven al tal novel (mozo) a la guaca (santuario) de Guana-caure, que es legua y media de la ciudad, y en una fuente que allí hay, los parientes laven todo el cuerpo a este novel, y después de lavado, le tresquilen el cabello muy tusado, y después de tusado, vístanle aquella camiseta que le hicieron aquellas mujeres primeras, de lana negra, y cálcnle unos zapatos hechos de paja, los cuales el mozo haya hecho estando en su ayuno, para que sepan, que si en la guerra anduviere y le faltaren zapatos, que los sepa hacer de paja y seguir los enemigos con ellos (...) y esto ya hecho, júntenlos todos a estos noveles que allí se hallaren y mándenles que partan de allí corriendo todos juntos con sus alabardas en las manos, bien así como si fuesen siguiendo alcance de enemigo, y este correr sea desde la guaca hasta un cerro do se parece esta ciudad; estén allí en este sitio, para que vean ciertos cómo llegan estos caballeros noveles corriendo, y quien es aquel que primero llegare corriendo, y este tal hónrenle los suyos y denle cierta cosa y díganle que lo hizo como buen orejón (noble), e denle por sobrenombre *guaman*, que dice “halcón”; y estos tales que así se extremaren, cuando orejones fueron hechos,⁴⁸ sean conocidos, para cuando la ciudad del Cuzco tuviere guerra, suban a los peñoles, como más ligeros e combatan con los enemigos (*Suma*, Cap. XIV, p. 33).

Un detalle importante es el pasaje en que se describe la fiesta del Manantial Calix, y la pregunta que se le hace al Inca Yupanqui cuándo debía comenzar la fiesta. El Inca Yupanqui responde que deberá comenzar a los 30 días después de la reunión en que se ha planeado la fiesta, y que estos treinta días marcaban el comienzo del año nuevo. Betanzos explica que “desde entonces lo continuaron hacer en la manera ya dicha hasta este año en que estamos de mil y quinientos y cincuenta y un años” (*Suma*, Cap. XIV, p. 35).

Una de las últimas referencias de esta crónica se refiere al casamiento del Inca Yupanqui, y al pedido de su corte que lleve la borla en la cabeza, la señal del rey Inca. El Inca Yupanqui les recuerda que aún vive su padre Viracocha Inca y que, según la tradición, él no puede aceptar la borla de otra persona sino de las manos de su padre. Los que le habían encarecido que tomase la borla se fueron a ver a su padre, Viracocha Inca y le refirieron que el Inca Yupanqui se resistía a aceptar la

⁴⁸ Betanzos se detiene en la ceremonia de los orejones, durante la cual al mozo se le da de beber chicha y luego le horadan las orejas, de allí el nombre de “orejón” que está por noble.

borla por no ofender a su padre. Y que, si quisiera venir al Cuzco podría admirar los nuevos edificios. El padre consintió y, llegado al Cuzco, fue bien recibido con honor. Era la tradición que el que le ponía al Inca la borla le llamase por su nuevo nombre y así su padre, al ponerle la borla en la cabeza dijo: “Yo te nombro para de hoy más te nombren los tuyos e las demás naciones que te fueron sujetas *Pachacutec Yupanqui Capac Indichuri*, que dice Vuelta de tiempo, Rey Yupanqui, Hijo del Sol” (*Suma*, Cap; XVII, p. 40). Betanzos relata la fiesta con la que se celebró en el Cuzco el casamiento, después de diez días de dieta estricta a base de maíz crudo y de chicha. La fiesta incluyó un banquete y sacrificios de animales y enterramientos de muchos niños y niñas vivos aún. Terminada la ceremonia, el padre Viracocha Inca volvió a su residencia en el peñol. Allí, a los diez años del matrimonio del Inca Yupanqui Pachacutec, murió a los 80 años, después de una enfermedad de cuatro meses. Es probable que el Inca Yupanqui pasó parte de su vida de desposado en Machu Picchu, rodeado de una corte que, según los cálculos de los antropólogos y, en especial, del director Astete, formada de varios centenares, habría podido llegar al millar de personas. Aunque hay varias hipótesis sobre el origen del Machu Picchu, sobre la base de la *Suma y narración de los Incas* de Juan de Betanzos, corroborada por hallazgos recientes, no deja de ser persuasiva la hipótesis de Astete, considerando el talento de constructor y arquitecto del Inca Yupanqui Pachacutec.

E). *Los Comentarios Reales de los Incas* de Garcilaso de la Vega, el Inca: *Historia, Literatura y Utopía*

Hasta que no apareció la *Historia del Perú*, o *Los Comentarios Reales de los Incas* de Garcilaso de La Vega, el Inca, el descubrimiento y la conquista de la Nueva España, narrada por Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera*, se consideró la más alta expresión de la narración de los sucesos de los españoles en el Nuevo Occidente. Con los *Comentarios Reales de los Incas* de Garcilaso de la Vega, el Inca, publicados en Lisboa en 1617, la narración de los sucesos españoles en el Perú alcanzó su más alta expresión literaria y artística. El editor de la obra, cuyo ejemplar he utilizado para mi análisis, impresa en 1800 en Madrid, por los tipos de la Imprenta de Villalpando, ha substituido el título original: “aunque se contenta Garcilaso con dar a su luminosa obra el humilde título de *Comentarios Reales de los Incas*, a mí me ha parecido, y no sin fundamento, cuadrarle mas bien el de *Historia general del Perú*, dexándole también el otro en segundo lugar.” La distribución del material de la obra, que el editor dividió en dos partes, se justifica de la manera siguiente:

la primera [parte] que comprende nueve libros, trata del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su sabio gobierno en paz y en guerra, provincias que conquistó cada rey, dioses, idolatrías, ciencias, artes, usos y costumbres de cada provincia en particular, así antes de Manco Capac, fundador de aquel vasto imperio, y el primero que con su raro talento y con sus astutas aunque groseras revelaciones supo reunir en sociedad aquellas bestiales gentes,⁴⁹ enseñándoles al mismo tiempo las artes y a cultivar la tierra, como en tiempos posteriores, y hasta que los españoles los fueron conquistando sucesivamente: riquezas de oro y plata que éstos hallaron; animales, plantas, frutas que había en el país, y las que después se han ido llevando, con quanto pudo averiguar su autor, tanto por medio de la tradición verbal que entre otros le suministraron sus dos tíos Cusi Huallpa y Don Fernando Huallpa Tupac, hombres bastante racionales y testigos del trastorno de su imperio, quanto por los quipus puestos a cargo de los contadores, la única escritura que alcanzaron para transmitir sus memorias a la posteridad. En la segunda [parte], dividida en ocho libros, se da una cuenta exacta y circunstanciada de la conquista que concibió y emprendió el intrépido corazón de Don Francisco Pizarro, Marqués de las Charcas y Atavillos, de aquella dilatada y aguerrida monarquía, descubierta por el mismo pocos años antes, sin más auxilios que los que le pudieron suministrar Don Diego de Almagro y el Presbítero Hernando de Luque, acompañado del valor de trece compañeros tan solos; guerras civiles que introdujo la discordia entre Pizarristas y Almagristas; sublevación de algunos tiranos y su castigo; hechos ya heroicos, ya temerarios de algunos Españoles e Indios; embaxadas, ardidés de guerra de unos y otros; obstinación en los combates, y acciones decisivas de ambos partidos; fundación de algunas ciudades célebres y de otros pueblos de menor nombre; paz general de todo el imperio devida a la cordura y madurez de un hombre de talento; renuncia solemne que hizo en Lima Don Diego Sayri-Tupac Inca en manos de Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey del Perú, de todos sus derechos a aquel imperio en la persona de Felipe II, Rey de España, de gloriosa memoria, reservándose por su vida la soberanía de las provincias de Villca-pampa, Tarma, Muyupampa y Chunchos; con otras cosas dignas de saberse, y de que no es posible dar un análisis por diminuto que sea (*Comentarios*, Tomo I, pp. vii-x).

Sobre la cronología del imperio de los Incas, el autor se detiene en una explicación útil por su claridad y brevedad: “La que llamamos segunda edad y la idolatría que en ella se usó, tuvo principio de Manco Capac, Inca. Fue el primero que levantó la monarquía de los Incas reyes del Perú que reynaron por espacio de más de quatrocientos años, aunque el Padre Blas Valera dice que fueron más de quinientos y cerca de seiscientos” (*Comentarios*, Tomo I, cap. XXVII, p. 175). Según estos datos consignados por el Inca Garcilaso (1539-1616), que los refiere al tiempo en que vivió y al momento en que está escribiendo, o sea entre los años 1600, como él

⁴⁹ A la pregunta de Garcilaso sobre el origen de los Incas, el tío materno más anciano le contesta que “las gentes en aquellos tiempos, vivían como fieras y animales brutos” (*Comentarios*, I, cap. XV, 100).

mismo indica, y 1616, fecha de su muerte, con una admisión que especifica la época de la “Segunda Edad” de los Incas, a seiscientos años antes de la composición de los *Comentarios Reales*, por lo cual podríamos ubicar en el año mil d. C. la fecha de la fundación del Cuzco. El editor confirma esta cronología al observar el contenido de la obra de Garcilaso: “en ella [obra] se nos dan las vidas y hechos memorables de diez y siete Incas con inclusión de Sayri Tupac, quienes se sucedieron por el espacio de casi 600 años” (*Comentarios*, Tomo I, “El editor”, p. xxii). El editor aclara que antes de escribir su obra Garcilaso leyó, entre otras, las obras de Zárate, Herrera, Cieza, Gómara, Ercilla, los Padres Blas Valera y José de Acosta (*Comentarios*, I, xxi). El historiador enuncia ciertas reservas sobre el conocimiento que estos historiadores tuvieron del quechua, la lengua de los Incas, con respecto a la cual Garcilaso advierte que los que han transcrito al español las palabras quechuas lo han hecho sin saber que esta lengua carece de ciertas vocales y consonantes y que su acentuación es particular: “Para acentuar las dicciones se advierte que tienen sus acentos casi siempre en la sílaba penúltima, pocas veces a la antepenúltima, y nunca jamás en la última; esto es, no contradiciendo a los que dicen que las dicciones bárbaras se han de acentuar en la última; que lo dicen por no saber el lenguaje. También es de advertir que en aquella lengua general del Cozco, de quien es mi intención hablar, y no de las particulares de cada provincia, que son innumerables, faltan las letras siguientes: *b, d, f, g, j, jota, l* sencilla no la hay, sino *ll*, duplicadas, y al contrario, no hay pronunciación de *rr*, duplicada en principio de parte ni en medio de la dicción, sino que siempre se ha de pronunciar sencilla. Tampoco hay *x*, de manera que del todo faltan seis letras del *a b c* Español o Castellano: y podemos decir que faltan ocho con la *l* sencilla y con la *rr* duplicada” (*Comentarios*, “Advertencias” del autor, I, xxvii-xxviii). En el cap. III, Garcilaso da su interpretación del descubrimiento, recordando el episodio del naufrago Alonso Sánchez de Huelva, socorrido por Colón, en cuya casa murió:

Cerca del año de mil quatrocientos ochenta y quatro, uno más o menos, un piloto natural de la villa de Huelva, en el condado de Niebla, llamado Alonso Sánchez de Huelva, tenía un navío pequeño con el que contratava por la mar, y llevaba de España a las Canarias algunas mercaderías que allí se le vendían bien; y de las Canarias cargaba de los frutos de aquellas islas, y las llevaba a la isla de la Madera, y de allí se volvía a España cargado de azúcar y conservas. Andando en esta su triangular contratación, atravesando de las Canarias a la isla de la Madera, le dio un temporal tan recio y tempestuoso, que no pudiendo resistirle se dexó llevar de la tormenta, y corrió veinte y ocho o veinte y nueve días sin saber por dónde ni a donde; porque en todo este tiempo no pudo tomar el altura por el sol ni por norte. Padescieron los del navío grandísimo trabajo en la tormenta, porque ni les dexaba comer ni dormir; al cabo de este largo tiempo se aplacó el viento, y se hallaron cerca de una isla, no se sabe de cierto cuál fue, mas de que se sospecha

que fue la que ahora llaman Santo Domingo; y es de mucha consideración, que el viento que con tanta violencia y tormenta llevó aquel navío, no pudo ser otro sino el solano, que llaman leste, porque la isla de Santo Domingo está al poniente de las Canarias; el qual viento en aquel viage antes aplaca las tormentas que las levanta. Mas el Señor todo poderoso, quando quiere hacer misericordias, saca las más misteriosas y necesarias de causas contrarias, como sacó el agua del pedernal, y la vista del ciego del lodo que le puso en los ojos, para que notoriamente se muestren ser obras de la misericordia y bondad Divina, que también usó de esta su piedad para enviar su Evangelio y luz verdadera a todo el Nuevo Mundo, que tanta necesidad tenía de ella; pues vivían, o por mejor decir, perescían en las tinieblas de la gentilidad e idolatría tan bárbara y bestial, como en el discurso de la historia veremos. El piloto saltó en tierra, tomó el altura y escribió por menudo todo lo que vio y lo que le sucedió por la mar a ida y a vuelta; y habiendo tomado agua y leña, se volvió a tiento sin saber el viage tampoco a la venida como a la ida; por lo qual gastó más tiempo del que le convenía, y por la dilación del camino les faltó el agua y el bastimento; de cuya causa, y por el mucho trabajo que a ida y venida habían padescido, empezaron a enfermar y morir de tal manera, que de diez y siete hombres que salieron de España no llegaron a la Tercera más de cinco, y entre ellos el piloto Alonso Sánchez de Huelva. Fueron a parar a casa del famoso Christóbal Colón, ginovés, porque supieron que era gran piloto y cosmógrafo, y que hacía cartas de marear. El qual los recibió con mucho amor, y les hizo todo regalo por saber cosas acaecidas en tan extraño y largo naufragio, como el que decían haber padescido. Y como llegaron tan descaecidos del trabajo pasado, por mucho que Christóbal Colón les regaló, no pudieron volver en sí, y murieron todos en su casa, dexándole en herencia los trabajos que les causaron la muerte: los quales aceptó el gran Colón con tanto ánimo y esfuerzo, que habiendo sufrido otros tan grandes y aún mayores, pues duraron más tiempo, salió con la empresa de dar el Nuevo Mundo y sus riquezas a España, como lo puso por blasón en sus armas, diciendo: *a Castilla y a León Nuevo Mundo dio Colón*. Quien quisiera ver las grandes hazañas de este varón, lea la *Historia General de las Indias* que Francisco López de Gómara escribió, que allí las hallará aunque abreviadas; pero lo que más loa y engrandece a este famoso sobre los famosos, es la misma obra de esta conquista y descubrimiento. Yo quise añadir esto poco que faltó de la relación de aquel antiguo historiador, que como escribió lejos de donde acaecieron estas cosas, y la relación se la daban yentes y vinientes, le dixeran muchas cosas de las que pasaron, pero imperfectas, y yo las oí en mi tierra a mi padre y a sus contemporáneos, que en aquellos tiempos la mayor y más ordinaria conversación que tenían, era repetir las cosas más hazañosas y notables que en sus conquistas habían acaecido: donde contaban la que hemos dicho, y otras que adelante diremos, que como alcanzaron a muchos de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, hubieron de ellos la entera relación de semejantes cosas, y yo, como digo, las oí a mis mayores aunque, como muchacho, con poca atención, que si entonces la tuviera, pudiera ahora escribir otras muchas cosas de mucha admiración, necesarias en esta historia; diré las que hubiere guardado la memoria con dolor de las que ha perdido. El M. R. Padre José de Acosta toca también esta historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, con pena de no poderla dar entera, que también faltó a su paternidad parte de la relación en este paso, como en otros más

modernos, porque se habían acabado ya los conquistadores antiguos, quando pasó a aquellas partes, sobre lo qual dice estas palabras, libro primero, capítulo diez y nueve: Habiendo mostrado que no lleva camino pensar que los primeros moradores de Indias hayan venido a ellas con navegación hecha para este fin, bien se sigue, que si vinieron por mar, haya sido acaso y por fuerza de tormentas el haber llegado a Indias; lo qual por inmenso que sea el mar océano no es cosa increíble. Porque pues así sucedió en el descubrimiento de nuestros tiempos, quando aquel marinero, cuyo nombre aún no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya a otro autor sino a Dios, habiendo por un terrible e importante temporal, reconocido el Nuevo Mundo, dexó por paga del buen hospedaje a Christóbal Colón la noticia de cosa tan grande. Así pudo ser, etc.' Hasta aquí es del P. Acosta, sacado a la letra, donde muestra haber hallado en el Perú parte de nuestra relación, y aunque no toda, pero lo más esencial de ella. Éste fue el primer principio y origen del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la qual grandeza podía loarse la pequeña villa de Huelva que tal hijo crió, de cuya relación, certificado Christóbal Colón, insistió tanto en su demanda, prometiendo cosas nunca vistas ni oídas, guardando como hombre prudente el secreto de ellas, aunque debaxo de confianza dio cuenta a algunas personas de mucha autoridad, acerca de los Reyes Catolicos que le ayudaron a salir con su empresa, que si no fuera por esta noticia que Alonso Sánchez de Huelva le dio, no pudiera de sola su imaginación de cosmografía prometer tanto y tan certificado como prometió, salir tan presto con la empresa del descubrimiento; pues según aquel autor, no tardó Colón más de sesenta y ocho días en el viaje hasta la Isla Guanatanico, con detenerse algunos días en la Gomera a tomar refresco, que si no supiera por la relación de Alonso Sánchez que rumbos había de tomar en un mar tan grande, era casi milagro haber ido allá en tan breve tiempo (*Comentarios*, I, cap. III, 11-20).

En el Cap. IV Garcilaso explica cómo los españoles llamaron Perú al imperio Inca, con una palabra que no existe en el quechua. Esta anécdota está contada con arte de gran escritor en un capítulo que incluye el destino trágico y la injusticia perpetrada contra Núñez de Balboa por el Gobernador Pedro Arias de Ávila:

Pues hemos de tratar del Perú, será bien digamos aquí cómo se deduxo este nombre no lo teniendo los Indios en su lenguaje; para lo qual es de saber, que habiendo descubierto la mar del Sur Vasco Núñez de Balboa, caballero natural de Xérez de Badajoz, año de mil quinientos y trece, que fue el primer Español que la descubrió y vio, y habiéndole dado los Reyes Católicos título de Adelantado de aquella mar, con la conquista y gobierno de los reynos que por ella descubriese. En los pocos años que después de esta merced vivió, hasta que su propio suegro, el Gobernador Pedro Arias de Ávila, en lugar de muchas mercedes que había merecido, y se le debían por sus hazañas, le cortó la cabeza, tuvo este caballero cuidado de descubrir y saber qué tierra era, y cómo se llamaba la que corre de Panamá adelante hacia el sur. Para este efecto hizo tres o cuatro navíos, los quales mientras él aderezaba las cosas necesarias para su descubrimiento y conquista, enviaba cada uno de por sí en diversos tiempos del año a descubrir aquella costa. Los navíos, habiendo hecho las diligencias que podían, volvían con la relación de mu-

chas tierras que hay por aquella ribera. Un navío de éstos subió más que los otros, y pasó la línea equinoccial a la parte del sur, y cerca de ella, navegando costa a costa, como se navegaba entonces por aquel viage, vio un Indio que a la boca de un río, de muchos que por toda aquella tierra entran en la mar, estaba pescando. Los Españoles del navío, con todo el recato posible, echaron en tierra, lejos de donde el Indio estaba, quatro Españoles grandes corredores y nadadores, para que no se les fuese por tierra ni por agua. Hecha esta diligencia, fueron con el navío por delante del Indio, para que pusiera los ojos en él, y se descuidase de la celada que le dejaban armada. El Indio, viendo en la mar una cosa tan extraña, nunca jamás vista en aquella costa, como era navegar un navío a todas velas, se admiró grandemente, y quedó pasmado y abobado; imaginando qué pudiese ser aquello que en la mar veía delante de sí; y tanto se embebeció y engañó en este pensamiento, que primero lo tuvieron abrazado los que le iban a prender que él los sintiese llegar; y así le llevaron al navío con mucha fiesta y regocijo de todos ellos. Los Españoles, habiéndole acariciado porque perdiese el miedo que de verlos con barba y en diferente trage que el suyo había cobrado, le preguntaron por señas y con palabras qué tierra era aquella, y cómo se llamaba. El Indio, por los ademanes y meneos que con manos y rostro le hacían como a un mudo, entendía que le preguntaban, más no entendió lo que le preguntaban, y a lo que entendió que era el preguntarle, respondió aprisa antes que le hiciesen algún mal y nombró su propio nombre diciendo Berú, y añadió otro y dixo Pelú. Quiso decir, si me preguntáis cómo me llamo, yo me digo Berú; y si me preguntáis dónde estaba, digo que estaba en el río: porque es de saber que el nombre Pelú en el language de aquella provincia es nombre apelativo y significa río en común, como luego veremos en un autor grave (...). Los christianos entendieron conforme a su deseo, imaginando que el Indio los había entendido y respondido a propósito como si él y ellos hubiesen hablado en castellano, y desde aquel tiempo, que fue el año de mil quinientos quince o diez y seis, llamaron Perú aquel riquísimo y grande imperio, corrompiendo ambos nombres, como corrompen los Españoles casi todos los vocablos que toman del language de los Indios de aquella tierra; porque si tomaron el nombre del Indio Berú, trocaron la B por la P, y si el nombre Pelú, que significa río, trocaron la L por la R, y de la una manera o de la otra dixeron Perú (*Comentarios*, I, cap. IV, 20-25).

En este mismo capítulo Garcilaso indica las dimensiones del imperio Inca:

Y como aquel parage donde esto sucedió acertase a ser término de la tierra que los reyes Incas tenían por aquella parte conquistada y sujeta a su Imperio, [los españoles] llamaron después Perú a toda la que hay desde allí, que es el parage de Quito, hasta las Charcas, que fue lo más principal que ellos señorearon y son más de setecientos leguas de largo, aunque su Imperio pasaba hasta Chile, que son otras quinientas leguas más adelante, y es otro muy rico y fertilísimo reyno (*Comentarios*, I, cap. IV, 25-26).

a). *El nombre del Perú para los Incas: Tahuantin suyu*

En el Cap. VI, dice el autor que al no hallar los españoles otro nombre que designara el imperio Inca, se refirieron al mismo como Perú, o Nueva Castilla. Sobre esto Garcilaso cita al padre jesuita Blas Valera cuyos papeles recibió a su muerte por intermedio del padre jesuita Pedro Maldonado de Saavedra:

Muchos hubo que no se agradaron del nombre Perú, y por ende le llamaron la Nueva Castilla. Estos dos nombres impusieron a aquel gran reyno, y los usan de ordinario los escribanos reales y notarios eclesiásticos; aunque en Europa y en otros reynos anteponen el nombre Perú al otro. También afirman muchos que se dedujo de este nombre Pirva, que es vocablo del Cozco de los Quechuas, significa orón, en que encierran los frutos. La sentencia de estos apruebo de muy buena gana, porque en aquel reyno tienen los Indios gran número de orones para guardar sus cosechas; por esta causa fue a los Españoles fácil usar de aquel nombre ageno y decir Pirú, quitándole la última vocal, y pasando el acento a la última sílaba. Este nombre, dos veces apelativo, pusieron los primeros conquistadores por nombre propio al Imperio que conquistaron, e yo usaré de él sin ninguna diferencia diciendo Perú o Pirú. La introducción de este vocablo nuevo no se debe repudiar por decir que lo usurparon falsamente y sin acuerdo; que los Españoles no hallaron otro nombre genérico y propio que imponer en toda aquella región, porque antes del reynado de los Incas, cada provincia tenía su propio nombre como Charcas, Colla, Cozco, Rimac, Quito y otros muchos, sin atención ni respeto a las otras regiones: mas, después que los Incas sojuzgaron todo aquel Reyno a su Imperio, le fueron llamando conforme al orden de las conquistas, y el sujetarse y rendirse los vasallos, y al cabo se llamaron Tahuantin suyu, esto es, las quatro partes del Reyno, o Incap Runam, que es vasallos del Inca (*Comentarios*, I, cap. VI, 37-39).

En este mismo capítulo Garcilaso cuenta que el padre Blas Valera, jesuita, había escrito lo siguiente sobre el Perú:

[Escribió] la historia de aquel Imperio en elegantísimo latín (...) mas, por la desdicha de aquella mi tierra, que no mereció que su república quedara escrita de tal mano, se perdieron sus papeles en la ruina y sacco de Cádiz, que los Ingleses hicieron año de mil quinientos noventa y seis, y él murió poco después. Yo hube del sacco las reliquias las que se pudieron, que se sacan por los que se hallaron. Quedaron tan destrozados que falta lo más y mejor: hizome merced de ellos el P. M. Pedro Maldonado de Saavedra, natural de Sevilla, de la misma Religión, que en este año de mil seiscientos lee Escritura en esta ciudad de Córdoba (*Comentarios*, cap. VI, 34-35).

En este pasaje Garcilaso nos da la fecha y el lugar de donde y cuando está escribiendo los *Comentarios*, o sea en Córdoba en 1600. Además, siempre en el mismo capítulo, aclara la confusión entre Pirva, o Pirua, que quiere decir orón, y Berú:

Digo que es más verosímil que la imposición del nombre Perú naciese del nombre propio Berú, o del apelativo Pelú, que en el lenguaje de aquella provincia significa río, que no del nombre Pirua, que significa orón, porque como se ha dicho lo impusieron los de Vasco Núñez de Balboa, que no entraron la tierra adentro para tener noticia del nombre Pirua, y no los conquistadores del Perú, porque quince años antes que ellos fueron a la conquista, llamaban Perú los Españoles que vivían en Panamá a toda aquella tierra que corre desde la equinoccial al mediodía; lo qual también lo certifica Francisco López de Gómara en la historia de las Indias, capítulo ciento y diez, donde dice estas palabras: “Algunos dicen que Balboa tuvo relación de cómo aquella tierra del Perú tenía oro y esmeraldas, sea así o no sea, es cierto que había en Panamá gran fama del Perú quando Pizarro y Almagro armaron para ir allí, etc.” Hasta aquí es de Gómara, de donde consta claro que la imposición del nombre Perú fue mucho antes que la ida de los conquistadores que ganaron aquel Imperio (*Comentarios*, I, cap. VI, 39-40).

b). *Historia, literatura y utopía*

1. *Introducción*

En los *Comentarios Reales* la dimensión utópica se relaciona a la memoria del autor cuando era niño y adolescente y oía los relatos de sus parientes maternos, fascinado por la versión que los ancianos abuelos y tíos adaptaban con sabiduría a la tierna edad del niño que, con su talento natural y su condición de niño, proyectaba a un plano fabuloso los relatos de los ancianos. Gradualmente, en la mente embelesada del niño desfílan los Incas, sus ejércitos, el imperio que Manco Capac y Mama Ocllo han fundado subiendo al Cuzco, el Tauantinsuyo que en un futuro cercano y ya en España, el heredero espiritual de la civilización incaica se dedicará a representar, quitando asperezas y embelleciendo los buenos como Huayina Capac y condenando los malos como Atahualpa. Pocos historiadores de la conquista pudieron fundarse en una experiencia tan personal como la que se dio en Garcilaso de la Vega el Inca. Hijo de un jefe militar español, el capitán Garcilaso de la Vega, a cargo de la caballería que derrotó el rebelde Gonzalo Pizarro, y de una princesa inca, Chimpu Ocllo, en su niñez recibió una educación esmerada en el Cuzco, a la que contribuyeron, además de los maestros españoles, la madre Chimpu Ocllo y los tíos Paullu Inca y Tito Auqui, hijos del emperador Huayna Cápac. A pesar de las reservas que recientemente se han adelantado con respecto al valor histórico de los *Comentario Reales*, se le reconoce al Inca Garcilaso un talento de escritor elegante y de gran vigor artístico, dotes esenciales para que su fantasía rica de impulsos idealistas fuera gobernada por una sed de verdad y justicia. La originalidad de Garcilaso como historiador se debe acaso al hecho que esas memorias de la niñez y juventud, revividas en Europa, en España, donde residió cincuenta y siete años,

casi siempre en Córdoba, donde murió en 1616, a los setenta y siete años de edad—había nacido en 1539 en el Cuzco y allí aprendió el quechua y pudo absorber la esencia vital de su pueblo, los Incas—y donde pudo asimilar la cultura del Renacimiento y lograr una perspectiva universal que su estilo de escritor clásico, amante de la claridad y de la concisión, le permitió medirse con los modelos más altos de la época, hispánicos, como López de Gómara y Oviedo, extranjeros, como Montaigne y Ariosto y anticipar un filósofo tan revolucionario como Giambattista Vico, de más de un siglo. En los capítulos que siguen analizaremos los elementos críticos que hacen de los *Comentarios* del Inca Garcilaso la obra cumbre de la edad de oro del Virreinato del Perú.

2. Recuerdos de niñez y adolescencia

En el capítulo XV de los *Comentarios Reales*—“Origen de los Incas Reyes del Perú”—, Garcilaso cuenta cómo se enteró de la historia de su pueblo. Comienza con sus memorias de niñez, cuando vivía con su madre en su casa del Cuzco y allí venían a visitarla sus parientes, casi semanalmente, y siempre hablaban del origen de su país y recordaba que siempre concluían sus memorias llorando el pasado de grandeza, comparándolo al presente de servidumbre (*Comentarios*, I, XV, 97-98). Según Garcilaso, fue Dios el que inspiró a los primeros Incas a civilizar a los naturales para que cuando llegase la luz del Evangelio estuviesen preparados a recibirla (*Comentarios*, XV, 94-95). Garcilaso llegó a convencerse que la mejor manera de contar la historia del Perú, era comenzar con su autobiografía, o sea, lo que le había ocurrido desde niño hasta su madurez. De esa forma, ya se establecía un modelo de originalidad, pues ningún historiador hasta ese momento podía presentarse de esa manera, pues todos eran originarios de España, o de otros países europeos que habían estado en América por diferentes motivos, sea como soldados, o como misioneros, o como viajeros:

Después de haber dado muchas trazas, y tomado muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas, Reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza, y el camino más fácil y llano, era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre, hermanos y tíos y a otros sus mayores, acerca de este origen y principios: porque todo lo que por otras vías se dice de él, viene a reducirse en lo mismo que nosotros diremos, y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuenten que no por las de otros autores extraños (*Comentarios*, I, XV, 96-97).

En este pasaje Garcilaso reafirma la prioridad del historiador como testigo y no simple recogedor de datos obtenidos de segunda mano, concepto ya visto repeti-

damente en Bernal Díaz del Castillo.⁵⁰ Recuerda de niño cómo venían a visitar su madre los pocos parientes que habían logrado sobrevivir a las persecuciones y matanzas de Atahualpa, para recordar los tiempos pasados en que reinaban los reyes Incas con sus leyes que se extendían a todo el imperio, de la guerra y de la paz y donde siempre reinaba la justicia y Garcilaso lamenta que a menudo esos recuerdos terminaban en llantos: “siempre acababa su conversación en lágrimas y llanto diciendo “trócasenos el reyno en vasallaje” (*Comentarios*, I, XV, 96-97), frase que parece inspirada en el famoso terceto del Canto VI del *Purgatorio* de Dante, donde Sordello, al encontrar a Virgilio, lamenta el estado presente de Italia con estas palabras: “Ahí serva Italia di dolore ostello // Nave senza nocchiero in gran tempesta, // Non donna di province, ma bordello” (*Purg.*, VI, 76-78) [Ay Italia esclava, refugio de dolor, // Navío sin piloto en una tempestad tan grande, // Ya no dueña del imperio, sino burdel]. En su niñez, Garcilaso oía embelesado los relatos de los ancianos que a su imaginación infantil se le presentaban como fábulas: “En estas pláticas yo como muchacho entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, que holgaba de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas.” (*Comentarios*, I, XV, 98). Con el tiempo, el niño creció y ya joven adulto, se interesó por la historia de su familia, tan ligada a la del Perú y le preguntó al tío más anciano que tenía más autoridad:

Inca tío, pues no hay escritura entre vosotros, que es la que guarda la memoria de las cosas pasadas ¿qué noticias tenéis del origen y principio de nuestros Reynos? (...) ¿de qué manera [el Inca] empezó a reinar? ¿con qué gente y armas conquistó este grande Imperio? ¿qué origen tuvieron nuestras hazañas? (*Comentarios*, I, XV, 99).

A estas preguntas el tío, mostrando buen talante y casi gozoso de ver el interés de Garcilaso, le contestó: “Sobrino, ya te las diré de muy buena gana, a ti te conviene oírlas y guardarlas en el corazón” (*Comentarios*, I, XV, 100). Su relato comienza con una referencia al Perú antes de la llegada de los Incas:

⁵⁰ Véase la aclaración que Bernal hace sobre la conspiración entre Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Roano, conspiración que obtuvo el efecto de nombrar al gobernador Adelantado de Cuba, para restarle a Cortés la gloria de la conquista de la Nueva España: “Y diré cómo estando escribiendo esta relación vi las corónicas de los coronistas Francisco López de Gómara y las del doctor Illescas y las de Jovio, que hablan en las conquistas de la Nueva España. Y lo que sobre ello me pareciere declarar, adonde hubiere contradicción y la proponré clara y verdaderamente, y va muy diferente de lo que han escrito los coronistas ya por mí nombrados”; (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, editor Guillermo Serés. Madrid: Real Academia Española, 2011; la discusión de Bernal se extiende en las pp. 68-70). Referencias a esta obra con la abreviación *HV*, seguida de las páginas.

Sabrás que en los siglos antiguos, toda esta región de tierras que ves eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos (*Comentarios*, I, XV, 100).

La descripción de Garcilaso del estilo de vida de los peruanos antes de la llegada de los Incas es original y sobria y anticipa en más de un siglo la que Vico elaboró en su *Scienza Nuova*, publicada en Nápoles en 1725, sobre el hombre primitivo.⁵¹

Las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión, ni policía, sin pueblo, ni casa, sin cultivar, ni sembrar la tierra, sin vestir, ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir. Vivían de dos en dos, y de tres en tres como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas, y cavernas de la tierra, comían como bestias yerbas del campo, raíces de árboles y la fruta inculta que ellos daban de suyo, y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles y pieles de animales, otros andaban en cueros. En suma, vivían como venados y salvaginas, y aun en las mujeres se habían como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas (*Comentarios*, I, XV, 100-101).

En 1725, Giambattista Vico publicó en Nápoles la *Scienza Nuova*. Sin querer disminuir el alcance y el influjo de esta obra de filosofía que ejerció y aún ejerce un gran influjo, se debe reconocer que la mención que hace Vico en esta obra, en la sección titulada “Metafísica poética,” en que describe el hombre y la vida humana sin sociedad, ni leyes, en una anarquía integral, que este filósofo napolitano cita de autores y obras sobre América,⁵² y que en la sección mencionada Vico presenta interesantes puntos en común con la descripción que el tío Inca materno le hizo al joven Garcilaso. Además de mencionar los Patagones, Vico menciona a Marc Lescarbot. Esta referencia a sacrificios humanos en la Nueva Francia, actual Canadá, indica un interés en las crónicas americanas por parte de Vico, desde las regiones más septentrionales del continente hasta el extremo sur.⁵³

⁵¹ He utilizado la siguiente edición: Giambattista Vico, *La Scienza Nuova*, editor Fausto Nicolini. Roma-Bari: Laterza 1974, 2 volúmenes. Citas con la abreviación *SN*, seguida del tomo y páginas.

⁵² Al tratar de los sacrificios humanos, comunes a las sociedades antiguas paganas, Vico menciona varias fuentes. Entre ellas cita a los Patagones de la Tierra del Fuego, a Oviedo y Valdés y a Marc Lescarbot. No cita a Garcilaso, pero el texto del filósofo italiano presenta varias semejanzas con el de Garcilaso, como veremos. La referencia a Oviedo incluye, además de los sacrificios humanos, la antropofagia y otras noticias incluidas en la *Historia general y natural de las Indias* (*SN*, I, p, 260).

⁵³ Vico se refiere a Lescarbot y a su obra, con el título de *Francia Nova*, o sea de la Nouvelle France, como los franceses llamaban al Canadá. Lo notable del título citado por Vico, es que es muy similar a *Nova Francia*, título de la traducción inglesa del original francés de Marc Lescarbot, que es el siguiente: *Histoire de la Nouvelle France*, contenant les navigations, découvertes, & habitations faites par les François és Indes Occidentales & Nouvelle-France souz l’auoou & autorité de noz Rois

El tío interpelado por el joven Garcilaso concluye su relato recordando el origen de los primeros reyes Incas enviados por el Sol, porque se había apiadado del estado ferino de los peruanos:

Nuestro padre el sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima de ellos, y envió del cielo a la tierra su hijo y su hija de los suyos, para que los doctrinasen en el conocimiento de nuestro padre el sol (*Comentarios*, I, XV, 101-102).

3. *El proselitismo de los Incas y el mojón sagrado*

Estas instrucciones del sol a sus dos hijos, Manco Capac y Mama Ocllo Huaco, generan prosélitos en el cerro Huanacauti, después de la salida del lago Titicaca, a unas ochenta leguas al sur del valle del Cuzco y de haber hundido allí, en el cerro, la vara de oro que el sol les había entregado como mojón permanente y sagrado. Esos prosélitos se difundieron a los cuatro puntos cardinales, obteniendo acólitos que les permitieron a los dos hermanos reyes fundar el imperio de los Incas (*Comentarios*, I, XV-XVII, 102-117). Es notable la inclusión, por parte del tío historiador, en la explicación de los confines logrados por Manco Capac, la pérdida del imperio a manos de los españoles, incluyendo al padre de Garcilaso, con un acento y participación muy personal para el gran historiador:

Y para abreviar las hazañas de nuestro primer Inca, te digo que, hacia el levante, redujo hasta el río llamado Paucartampu, y al poniente, conquistó ocho leguas hasta el gran río Apurimac, y al mediodía atrajo nueve leguas hasta Quequesana. En este distrito mandó poblar nuestro Inca más de cien pueblos, los mayores de a cien casas, y otros de a menos, según la capacidad de los sitios. Estos fueron los primeros principios que esta nuestra ciudad tuvo para haberse fundado y poblado como la ves. Estos mismos fueron los que tuvo este nuestro grande, rico y famoso imperio que tu padre y sus compañeros nos quitaron (*Comentarios*, I, XVII, 114).

Tre-Chrétiens & les diversez fortunes d'iceux en l'execution de ces choses, depuis cent ans jusques à hui, En quoy est comprise l' Histoire Morale, Naturele (sic) & Geographique de la dite province: Avec les Fables & Figure d'icelle Par Marc Lescarbot, Advocat en Parlemant, à Paris Chez Iean Milot, tenant sa boutique sur les degrez de la grand Salle du Palais MDCIX. Avec privilege du Roy. El título de la traducción inglesa, publicada en Londres en el mismo año, y que creo que fue la copia consultada por Vico, es el siguiente: *Nova Francia: or The Description of that part of New France which is one continent with Virginia: Described in the Three late voayages and plantations made by Monsieur de Monts, Monsieur du Pont-Grané, and Monsieur de Poutrincourt, into the countries called by the French men la Cadie [Acadia], Lying to the Southwest of Cape Breton. Together with an excellent severall treatise of all the commodities of the said countries, and manners of the natural inhabitants of the same. Translated out of French into English by P[ierre] E[rondelle]. London [Eliot's Court Press for] George Bishop, 1609; véase SN, I, p. 260.*

A conclusión de su relato el tío Inca confía a Garcilaso que se ha abstenido de expresar su emoción que le habrían provocado lágrimas de sangre, por la memoria del drama del fin del imperio inca y que se ha controlado por no entristecer el joven sobrino. Por su parte, Garcilaso aclara que su relato es la traducción española del relato del tío Inca que él oyó en la lengua original del Perú, o sea, el quechua, en la que él percibió acentos de una elocuencia profunda y que la traducción es sólo una mera prosa informativa, sin el vuelo poético del original pronunciado por el tío. De hecho, afirma Garcilaso, él no ha incluido muchos detalles del relato original, porque se limitó a dar una información somera, reservando para otro momento el relato detallado de esos sucesos:

Otras cosas semejantes, aunque pocas, me dixo este Inca en las visitas y pláticas que en casa de mi madre se hacían, las quales pondré adelante en los lugares citando el autor: y pésame de no haberle preguntado otras muchas para tener ahora las noticias de ellas, sacadas de tan buen archivo para escribirlas aquí (*Comentarios*, I, XVII, 116-117).

4. *El entrecruzarse de historia, épica y utopía*

El relato de Pedro Serrano, los relatos subsiguientes de los piratas ingleses, el todo como posible fermento novelístico para *Robinson Crusoe*—la novela más leída de todos los tiempos—la memoria del niño solicitada décadas después de su viaje a Europa, lejos del teatro de los hechos ocurridos, un estado de motivación creadora por la cual el Inca Garcilaso, anticipando Daniel Defoe, supo dar a sus *Comentarios* un contenido a la vez histórico, épico y utópico. No siempre es posible distinguir los tres elementos que caracterizan el relato de los *Comentarios reales*, tan entrelazados se hallan en la prosa elegante y expresiva del autor. Por ello me pareció oportuno seleccionar algunos pasajes de la obra en que cada uno de esos elementos—la historia, la épica y la utopía—se manifiestan más claramente al lector. Es una característica del Inca Garcilaso la de perfilar en el tejido histórico una dimensión comparada con experiencias que él debió adquirir en su permanencia en Europa, desde 1560 hasta 1616, fecha de su muerte en Córdoba.

5. *Historicismo comparado*

El Inca Garcilaso compuso los *Comentarios Reales* teniendo en cuenta la obra de otros historiadores que le precedieron y que él reconoce repetidamente, para sufragar su relato con la autoridad de autores reconocidos, limitándose a veces a observar algunos errores en la transcripción de palabras quechuas. Los autores más citados son los siguientes:

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1551) y su obra *Historia general y natural de las Indias* (Madrid, 1535).

Francisco López de Gómara (1511-1562) y su obra *Historia de las Indias* (Zaragoza, 1552).

Agustín de Zárate (1514-1585) y su *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (Amberes, 1555).

Pedro Cieza de León (1518-1554) y su *Crónica del Perú* (Sevilla, 1553).

Diego Fernández, el Palentino († 1580) y su obra *Historia del Perú* (Sevilla, 1571).

José de Acosta, S. I. (1539-1600) y su obra *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla, 1590).

El padre Blas Valera se cita a menudo como fuente principal en legislación y organización social. Fue amigo del Inca Garcilaso y a su muerte sus papeles le fueron remitidos a Garcilaso para su utilización. No sabemos si dejó un manuscrito con un título específico.

6. *Barbarie y civilización: la alternativa de los Incas*

Yendo adelante en su relato, con las conquistas de los Incas para civilizar el Perú, el Inca Garcilaso se detiene en las conquistas del Inca Capac Yupanqui, de regiones habitadas por pueblos que vivían en cuevas y practicaban la sodomía:

Habiendo ganado el Inca Capac Yupanqui a Tarma y a Pampa,⁵⁴ pasó adelante reduciendo otras muchas provincias que hay al oriente hacia los Antis, las cuales eran como Behetrias, sin orden ni gobierno, ni tenían pueblos, ni adoraban dioses ni tenían cosas de hombres. Vivían como bestias derramados por los campos, sierras y valles, matándose unos a otros sin saber por qué. No reconocían señor, y así no tuvieron nombre sus provincias; y esto fue por espacio de más de treinta leguas norte sur, y otras tantas leste hueste. Los cuales reduxeron y obedecieron al Inca Pachacutec atraídos por bien, y como gente simple se iban donde les mandaban, poblaron pueblos, y aprendieron la doctrina de los Incas; y no se ofrece otra cosa que contar hasta la provincia llamada Chupurcu, la qual era poblada de gente belicosa, bárbara, áspera de condición y de malas costumbres: y conforme a ella adoraban a un tigre por su ferocidad y brabeza. Con esta nación, por ser tan feroz, y que como bárbaros se preciaban de no admitir razón alguna, tuvo el Inca Capac Yupanqui algunos recuentros en que murieron de ambas partes más de quatromil Indios; mas al cabo se rindieron, habiendo experimentado la pujanza del Inca, su mansedumbre y piedad; porque vieron que muchas veces pudo destruirlos y no quiso, y que quando más apretados y necesitados los tenía, entonces los convidaba a la paz con mayor mansedumbre y clemencia. Por el qual tuvieron por bien de rendirse y sujetarse al señorío del Inca Pachacutec, abrazar sus leyes y costumbres

⁵⁴ Regiones al noroeste del lago Titicaca.

y adorar al sol, dexando al tigre que tenían por dios, y la idolatría y manera de vivir de sus pasados. El Inca Capac Yupanqui tuvo a buena dicha que aquella nación se le sujetase, porque según se habían mostrado ásperos e indomables, temía destruirlos del todo habiéndolos de conquistar, o dexarlos libres como los había hallado por no los matar, que lo uno o lo otro fuera pérdida de la reputación de los Incas; y así con buena maña y muchos alhagos y regalos asentó la paz con la provincia Chucurpu, donde dexó los gobernadores y ministros necesarios para la enseñanza de los Indios, y para la administración de la hacienda del sol y del Inca. Dexó asimismo gente de guarnición para asegurar lo que había conquistado. Luego pasó a mano derecha del camino real, y con la misma industria y maña (...) redujo otras dos provincias muy grandes y de mucha gente. La una llamada Ancara y la otra Huayllas: dejó en ellas como en las demás los ministros del gobierno y de la hacienda, y la guarnición necesaria. Y en la provincia de Huayllas castigó severísimamente algunos sométicos que en mucho secreto usaban el abominable vicio de la sodomía. Y porque hasta entonces no se había sentido ni hallado tal pecado en los Indios de la Sierra, aunque en los Llanos sí, como ya lo dejamos dicho, escandalizó mucho el haberlo entre los Huayllas, del qual escándalo nació un refrán entre los Indios de aquel tiempo, y vive hasta hoy en oprobio de aquella nación, que dice: “Astaya Huayllas”, que quiere decir apártate allá Huayllas, como que hieden por su antiguo pecado, aunque usado entre pocos y en mucho secreto, y bien castigado por el Inca Capac Yupanqui. El qual, habiendo proveído lo que se ha dicho, pareciéndole que por entonces bastaba lo que había ganado, que eran sesenta legüas de largo norte sur, y de ancho lo que hay de los Llanos a la gran cordillera de la Sierra Nevada, se volvió al Cozco al fin de tres años que había salido de aquella ciudad, donde halló al Inca Pachacutec su hermano. El qual lo recibió con gran fiesta y triunfo de sus victorias, que duraron una lunación, que así cuentan el tiempo los Indios por lunas (*Comentarios*, T. III, cap. XL, pp. 296-300).

7. El culto del sol y de la luna en el Cuzco

Cuzco, ciudad sagrada de los Incas, tenía el templo del sol, edificado y adornado de grandes riquezas, para mostrar la veneración en que los Incas tenían al que consideraban padre de la vida y de todos los hombres y seres vivientes. El relato del Inca Garcilaso se enriquece con anécdotas, hechos y personajes vividos y conocidos por el historiador:

Uno de los principales ídolos que los reyes Incas y sus vasallos tuvieron, fue la imperial ciudad del Cozco, que la adoraban los Indios como a cosa sagrada, por haberla fundado el primer Inca Manco Capac, por las innumerables victorias que tuvo en las conquistas que hizo, y porque era casa y corte de los Incas sus dioses. De tal manera era su adoración que aun en cosas muy menudas las mostraban: que si dos Indios de igual condición se topaban en los caminos, el uno que fuese del Cozco y el otro que viniese, el que venía era respetado y acatado del que iba, como superior de inferior, sólo por haber estado e ir de la ciudad, quanto más si era vecino de ella, y mucho más si era natural. Lo mismo era en las semillas y legumbres o qualquiera otra cosa que llevasen del Cozco a otras partes, que aunque en la

calidad no se aventajasen, sólo por ser de aquella ciudad era más estimada que las de otras regiones y provincias. De aquí se sacará lo que habría en cosas mayores. Por tenerla en esta veneración la ennoblecieron aquellos reyes lo más que pudieron con edificios suntuosos y casas reales que muchos de ellos hicieron para sí, como en la descripción de ella diremos de algunas. Entre las cuales y en la que más se esmeraron, fue en la casa y templo del sol, que la adornaron de increíbles riquezas, aumentándolas cada Inca de por sí y aventajándose del pasado. Fueron tan increíbles las grandezas de aquella casa, que no me atreviera a escribirlas sino las hubieran escrito todos los Españoles historiadores del Perú; mas ni lo que ellos dicen, ni lo que yo diré alcanza a significar las que fueron. Atribuyen el edificio de aquel templo al rey Inca Yupanqui, abuelo de Huayna Capac, no porque él lo fundase, que desde el primer Inca quedó fundado, sino porque lo acabó de adornar y poner en la riqueza y magestad que los Españoles lo hallaron. Viniendo pues a la traza del templo es de saber, que el aposento del sol era lo que ahora es la iglesia de Santo Domingo, que por no tener su precisa anchura y largura no la pongo aquí: la pieza en quanto a su tamaño vive hoy. Es labrada de cantería llana muy primorosa y pulida. El altar mayor, digámoslo así para darnos a entender, aunque aquellos Indios no supieron hacer altar, estaba al oriente. La techumbre era de madera muy alta porque tuviera mucha corriente, la cubija fue de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las quatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba abaxo de planchas y tablones de oro. En el testero, que llamamos altar mayor, tenían puesta la figura del sol hecha de una plancha de oro al doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo, y con sus rayos y llamas de fuego todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande que tomaba todo el testero del templo de pared a pared. No tuvieron los Incas otros ídolos suyos ni ajenos con la imagen del sol en aquel templo ni en otro alguno porque no adoraban otros dioses sino al sol, aunque no falta quien diga lo contrario. Esta figura del sol cupo en suerte quando los Españoles entraron en aquella ciudad a un hombre noble, conquistador de los primeros, llamado Mancio Serra de Leguizano, que yo conocí y dejé vivo quando me vine a España, gran jugador de todos juegos, que con ser tan grande la imagen la jugó y perdió en una noche: de donde podremos decir, siguiendo al P. M. Acosta, nació el refrán que dice: juega el sol antes que amanezca. Después el tiempo adelante, viendo el cabildo de aquella ciudad quan perdido andaba este su hijo por el juego, por apartarlo de él lo eligió un año por alcalde ordinario. El qual acudió al servicio de su patria con tanto cuidado y diligencia, porque tenía muy buenas partes de caballero, que todo aquel año no tomó naipe en la mano. La ciudad viendo esto le ocupó otro año y otros muchos en oficios públicos. Mancio Serra con la ocupación ordinaria olvidó el juego y lo aborreció para siempre, acordándose de los muchos trabajos y necesidades en que cada día le ponía. Donde se ve claro quanto ayude la ociosidad al vicio, y quan de provecho sea la ocupación a la virtud. Volviendo a nuestra historia decimos, que por sola aquella pieza que cupo de parte a un Español, se podrá sacar el tesoro que en aquella ciudad y templo hallaron los Españoles. A un lado y otro de la imagen del sol estaban los cuerpos de los reyes muertos puestos por su antigüedad, como hijos del sol, embalsamados no se sabe cómo, parecían estar vivos: estaban sentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían sentarse. Tenían los

rostros hacia el pueblo, sólo Huayna Capac se aventajaba de los demás, que estaba puesto delante de la figura del sol, vuelto el rostro hacia él como hijo más querido y amado, por haberse aventajado de los demás, pues mereció que en vida le adorasen por dios por las virtudes y ornamentos reales que mostró desde muy mozo. Estos cuerpos escondieron los Indios con el demás tesoro, que los más de ellos no han parecido hasta hoy. El año de mil quinientos cincuenta y nueve, el licenciado Polo descubrió cinco de ellos, tres de reyes y dos de reynas. La puerta principal del templo miraba al norte como hoy está, sin la qual había otras menores para servicio del templo. Todas estas estaban adornadas con planchas de oro en forma de portada. Por de fuera del templo, por lo alto de las paredes, corría una cenefa de oro de un tablón de más de una vara de ancho en forma de corona que abrazaba todo el templo (*Comentarios*, T.II, cap. XXV, pp. 191-198).

8. *El claustro del templo del sol con el aposento de la luna*

El Inca Garcilaso sigue el mismo método fundado en sus recuerdos de niñez y juventud, y se preocupa de subrayar su método de relatar la historia de su pueblo:

Yo escribo como otras veces he dicho, lo que mamé en la leche, vi y oí a mis mayores, y acerca del trueno queda atrás dicho lo que más tuvieron (*Comentarios*, T. II, cap. XXVI, p. 203).

El aposento de la luna, mujer del sol, tenía las paredes cubiertas de tablones de plata, para indicar el color blanco de la luna. Las reinas Incas estaban sepultadas allí, momificadas. El capítulo XXVI, que trata del claustro, se titula así: "Claustro del templo: aposento de la luna, estrellas, trueno y relámpago: arco del cielo." Como la descripción anterior, también la que concierne la mujer del sol sigue un criterio antropomórfico y describe, con la substitución del oro y de la plata con ornamentos de yeso como en el templo del sol, las depredaciones que los sitios históricos y religiosos de los Incas sufrieron a mano de los conquistadores; además de este contenido histórico, la descripción del Inca Garcilaso ofrece una comparación entre la religión incaica y la religión greco-romana, además de una contraposición con la cristiana:

Pasado el templo había un claustro de quatro lienzos, el uno era el lienzo del templo. Por todo lo alto del claustro había una cenefa de un tablón de oro de más de una vara en ancho que servía de corona al claustro; en su lugar mandaron poner los Españoles en memoria de la pasada otra cenefa blanca de yeso de ancho de la de oro: yo la dexé viva en las paredes que estaban en pie. Al derredor del claustro había cinco quadras o aposentos grandes quadrados cada uno de por sí, no trabados con otros, cubiertos en forma de pirámide, de los cuales se hacían los otros tres lienzos del claustro. La una quadra de aquellas estaba dedicada para aposento de la luna, muger del sol, y era la que estaba más cerca de la capilla mayor del templo, toda ella y sus puertas estaban aforradas de tablones de plata, porque por

el color blanco vieses que era aposento de la luna: teníanla puesta su imagen y retrato como al sol, hecho y pintado un rostro de mujer en un tablón de plata. Entraban en aquel aposento a visitar la luna y a encomendarse a ella, porque la tenían por hermana y mujer del sol, y por madre de los Incas y de toda su generación: así la llamaban Mamaquillia, que es madre luna; no le ofrecían sacrificios como al sol. A una mano y otra de la figura de la luna estaban los cuerpos de las reynas difuntas, puestas por su orden y antigüedad. Mama Ocllo, madre de Huayna Capac, estaba delante de la luna rostro a rostro con ella y aventajada de las demás, por haber sido madre de tal hijo. Otro aposento de aquellos, el más cercano a la luna, estaba dedicado al lucero Venus, a las siete cabrillas, y a todas las demás estrellas en común. A la estrella Venus llamaban Chasca, que quiere decir de cabellos largos y crespos, honrábanla porque decían que era paje del sol que andaba más cerca de él, unas veces delante y otras veces en pos. A las siete cabrillas respetaban por la estrañeza de su postura y conformidad de su tamaño. A las estrellas tenían por criadas de la luna, y así les dieron el aposento cerca del de su señora, porque estuviesen más a mano para su servicio; porque decían que las estrellas andan en el cielo con la luna como criadas suyas, y no con el sol, porque las ven de noche y no de día. Este aposento estaba entapizado de plata como el de la luna, y la portada era de plata: tenía todo lo alto del techo sembrado de estrellas grandes y chicas, a semejanza del cielo estrellado. El otro aposento junto al de las estrellas, era dedicado al relámpago, trueno y rayo: estas tres cosas nombradas y comprendidas debaxo de este nombre Illapa, y con el verbo que le juntaban distinguían las significaciones del nombre: que diciendo viste la Illapa, entendían por el relámpago, si decían oíste la Illapa entendían por el trueno, y quando decían la Illapa cayó en tal parte o hizo tal daño, entendían por el rayo. No los adoraron por dioses más de respetarlos por criados del sol. Lo mismo sintieron de ellos que la gentilidad antigua sintió del rayo, que lo tuvo por instrumento y arma de su dios Júpiter. Por lo qual los Incas dieron aposento al relámpago, trueno y rayo en la casa del sol como a criados suyos, y estaba todo él guarnecido de oro. No dieron estatua ni pintura al trueno, relámpago y rayo, porque no pudiendo retraerlos al natural, que siempre lo procuraban en toda cosa de imágenes, los respetaban con el nombre Illapa, cuya trina significación no han alcanzado hasta ahora los historiadores Españoles, que ellos hubieran hecho de él un Dios trino y uno, y dádoselos a los Indios, asemejando su idolatría a nuestra santa religión: que en otras cosas de menos apariencia y color han hecho trinidades, componiendo nuevos nombres en el lenguaje, no habiéndolas imaginado los Indios (...) Otro aposento, que era el quarto, dedicaron al arco del cielo, porque alcanzaron que procedía del sol, y por ende lo tomaron los reyes Incas por divisa y blasón, porque se jactaban de descender de él. Este aposento estaba todo guarnecido de oro. En un lienzo de él, sobre las planchas de oro tenían pintado muy al natural el arco del cielo, tan grande que tomaba de una pared a otra con todos sus colores al vivo: llaman al arco Chuychu, y con tenerle en esta veneración, quando lo veían en el aire cerraban la boca y ponían la mano delante, porque decían que si le descubrían los dientes los gastaba y empodrecía. Esta simplicidad tenían entre otras sin dar razón para ello. El quinto y último aposento estaba dedicado para el sumo sacerdote y demás sacerdotes que asistían al servicio del templo, que todos habían de ser Incas de la sangre real. Estos tenían aquel aposento, no para dormir y comer en él, sino que era sala de audiencia para

ordenar los sacrificios que se habían de hacer, y para todo lo demás que conviniese al servicio del templo. Estaba este aposento, como los demás, guarnecido con oro de alto abaxo (*Comentarios*, T. II, cap. XXVI, pp, 198-204).

9. *Las Vírgenes del sol*

No se puede dejar de relacionar dentro de la religión incaica, el templo del sol en el Cuzco, ciudad sagrada, y el culto de las vírgenes del sol, considerado por el mismo cronista como una de las instituciones más admirables de los Incas. La ley y las instituciones que tutelaban estas mujeres escogidas por su belleza y su talento, el cuidado en protegerlas y educarlas para su alto ministerio, la severidad de los castigos contra los que violaban las reglas a las que debían atenerse las vírgenes del sol, todo lo que dependía de ellas, emanaba un sentido majestuoso y solemne que envolvía con su dedición inquebrantable la veneración de los Indios por su ciudad sagrada. En el relato del Inca Garcilaso se hacen comparaciones frecuentes con las vestales de la antigua Roma y nos es lícito, como simples lectores de esta obra magistral, imaginar que las órdenes de monjas de la iglesia católica tengan aspectos similares a estas escogidas de los Incas, pues, como veremos en este capítulo XXXI, y en los subsiguientes que tratan el tema de las Vírgenes del sol, el cronista se refiere repetidamente a ellas como monjas:

Tuvieron los reyes Incas en su gentilidad y vana religión cosas grandes dignas de mucha consideración; y una de ellas fue la profesión de perpetua virginidad que las mugeres guardaban en muchas casas de recogimiento, que para ellas en muchas provincias de su imperio edificaron; y para que se entienda qué mugeres eran éstas, a quién se dedicaban y en qué se ejercitaban, lo diremos cómo era; porque los historiadores Españoles que de esto tratan, pasan por ello conforme al refrán que dice: como gato por brasas. Diremos particularmente de la casa que había en el Cozco, a cuya semejanza se hicieron después las que hubo en todo el Perú. Es así que un barrio de los de aquella ciudad se llamaba Acllahuaci, quiere decir casa de escogidas: el barrio es el que está entre las dos calles que salen de la plaza mayor y van al convento de Santo Domingo, que solía ser casa del sol. La una de las calles es la que sale del rincón de la plaza a mano izquierda de la iglesia mayor, y va norte sur. Quando yo salí de aquella ciudad el año de mil quinientos y sesenta era ésta la principal de los mercaderes. La otra es la que sale del medio de la plaza donde dejé la cárcel, y va derecha al mismo convento Dominico, también norte sur. La frente de la casa salía a la plaza mayor entre las dos calles dichas, y las espaldas de ella llegaban a la calle que las atraviesa de oriente a poniente, de manera que estaba hecha isla entre la plaza y las tres calles: quedaba entre ella y el templo del sol otra isla grandísima de casas, y una plaza grande que hay delante del templo. De donde se ve claro la falta de relación verdadera que tuvieron los historiadores que dicen que las Vírgenes estaban en el templo del sol, que eran sacerdotisas y que ayudaban a los sacerdotes en los sacrificios, habiendo tanta distancia de la una casa a la otra, y siendo la principal intención de aquellos reyes Incas, que en

esta de las monjas no entrasen hombres ni en la del sol mugeres. Llamábase casa de escogidas, porque las escogían o por linage o por hermosura. Habían de ser Vírgenes, y para seguridad de que lo eran las escogían de ocho años abaxo. Y porque las Vírgenes de aquella casa del Cozco eran dedicadas para mujeres del sol, habían de ser de su misma sangre, quiero decir hijas de los Incas, así del rey como de sus deudos los legítimos y limpios de sangre agena que llamamos bastardas, no podían entrar en esta casa del Cozco, de la qual vamos hablando: y la razón de esto decían, que como no se sufría dar al sol mujer corrupta sino virgen, así tampoco era lícito dársela bastarda con mezcla de sangre agena. Porque habiendo de tener hijos el sol como ellos imaginaban, no era razón que fueran bastardos, mezclados de sangre divina y humana. Por tanto habían de ser legítimas de la sangre real que era la misma del sol. Había de ordinario más de mil y quinientas monjas, y no había tasa de las que podían ser. Dentro en la casa había mujeres mayores de edad que vivían en la misma profesión, envejecidas en ella; que habían entrado con las mismas condiciones, y que por ser ya viejas y por el oficio que hacían las llamaban *mamacuna*, que interpretándolo superficialmente bastaría decir *matrona*; empero para darle toda su significación, quiere decir mujer que tiene cuidado de hacer oficio de madre, porque es compuesto de *mama* que es madre, y de esta partícula *cuna* que por sí no significa nada, y en composición significa lo que hemos dicho, sin otras muchas significaciones, según las diversas composiciones que recibe. Hacíales bien el nombre porque unas hacían oficio de *abadesas*, otras de *maestras de novicias*, para enseñarlas así en el culto divino de su idolatría, como en las cosas que hacían de mano para su ejercicio, como hilar, texer, coser. Otras eran *porteras*, otras *provisoras* de la casa para pedir lo que habían menester, lo qual se les proveía abundantísimamente de la hacienda de él, porque eran mugeres suyas (*Comentarios*, T. II, cap. XXXI, pp, 232-237).

10. *Las obligaciones de las Vírgenes escogidas*

En este capítulo XXXII—Estatutos y ejercicios de las Vírgenes escogidas—el cronista describe el tipo de vida a la que se sometían estas niñas que envejecían en la casa, que era substancialmente un convento de clausura, con penas capitales para todos aquellos que violasen las reglas:

Vivían en perpetua clausura hasta acabar la vida, con guarda de perpetua virginitad. No tenían locutorio, ni torno ni otra parte alguna por donde pudiesen hablar ni ver hombre ni mujer, sino eran ellas mismas unas con otras; porque decían que las mujeres del sol no habían de ser tan comunes que las viese nadie; y esta clausura era tan grande que aun el propio Inca que quería gozar del privilegio que como rey podía tener de las ver y hablar; porque nadie se atreviese a pedir semejante privilegio. Sola la Coya, que es la reyna, y sus hijas tenían licencia de entrar en la casa y hablar con las encerradas, así mozas como viejas. Con la reyna y sus hijas enviaba el Inca a las visitar y saber cómo estaban, y qué habían menester. Esta casa alcancé yo a ver entera de sus edificios, que sola ella y la del sol, que eran dos barrios, y otros quatro galpones grandes que habían sido casas de los reyes Incas, respetaron los Indios en su general levantamiento contra los Españoles, que no las

quemaron como todo lo demás de la ciudad, porque la una había sido casa del sol su dios, la otra de sus mujeres y la otra de sus reyes. Tenían entre otras grandezas de su edificio una calleja angosta capaz de dos personas, la qual atravesaba toda la casa. Tenía la calleja muchos apartados a una mano y a otra, donde había oficinas de la casa en que trabajaban las mugeres de servicio. A cada puerta de aquella había porteras de mucho recaudo: en el último apartado al fin de la calleja estaban las mugeres del sol donde no entraba nadie. Tenía la casa su puerta principal como las que aquí llaman puerta reglar, la qual no se abría sino para los reyes, y para recibir las que entraban para ser monjas. Al principio de la calleja, que era la puerta del servicio de la casa, había veinte porteros de ordinario para llevar y traer hasta la segunda puerta lo que en la casa hubiese de entrar y salir. Los porteros no podían pasar de la segunda puerta so pena de la vida, aunque se lo mandase de allá dentro: ni nadie lo podía mandar so la misma pena. Tenían para servicio de las monjas⁵⁵ y de la casa quinientas mozas, las quales también habían de ser doncellas, hijas de los Incas del privilegio que el primer Inca dio a los que redujo a su servicio, no de los de la casa real, porque no entraban para mugeres del sol sino para criadas. No querían que fuesen hijas de alienígenas, sino de Incas aunque de privilegio. Las quales mozas también tenían sus mamacunas de la misma casta, y doncellas que les ordenaban lo que habían de hacer. Y estas mamacunas, no eran sino las que envejecían en la casa, que llegadas a tal edad les daban el nombre de la administración, como diciéndoles: ya podéis ser madres y gobernar la casa. En el repartimiento que los Españoles hicieron para sus moradas de las casas reales de la ciudad del Cuzco, quando la ganaron, cupo la mitad de este convento a Pedro del Barco, de quien adelante haremos mención, fue la parte de las oficinas, y la otra mitad cupo al Licenciado de la Gama, que yo alcancé en mis niñeces, y después fue de Diego Ortiz de Guzmán, Caballero natural de Sevilla, que yo conocí y dexé vivo quando vine a España. El principal exercicio que las mugeres del sol hacían era hilar, texer y hacer todo lo que el Inca traía sobre su persona de vestido y tocado, y también para la Coya su muger legítima. Labraban asimismo toda la ropa finísima que ofrecían al sol en sacrificio: lo que el Inca traía en la cabeza era ua trenza llamada llautu, ancha como el dedo merguerite, y muy gruesa, que venía a ser casi quadrada y daba quatro o cinco vueltas a la cabeza, y la borla colorada que le tomaba de una sien a otra. El vestido era una camiseta que descendía hasta las rodillas, que llaman Vacu. Los Españoles le llaman cusma, no es del general language, sino vocablo intruso de alguna provincia particular. Traía una manta quadrada de dos piernas en lugar de capa, que llaman Yacolla. Hacían asimismo estas monjas para el Inca unas bolsas que son quadradas, de una quarta en quadro: tráenlas debajo del brazo, asidas a una trenza muy labrada de dos dedos de ancho puestas como tahelí del hombro izquierdo al costado derecho. A estas bolsas llaman chuspa: servían solamente de traer la hierba llamada cuca, que los Indios comen, la qual entonces no era tan común como ahora, porque no la comía sino el Inca, sus parientes y algunos curacas a quien el rey por mucho favor y merced enviaba algunos cestos de ella por año. También hacían unas borlas pequeñas de dos colores, amarillo y colorado, llamadas paycha, asidas a una trenza delgada de una braza en largo, las quales no eran para el Inca sino para los de su sangre real: teníanlas sobre su cabe-

⁵⁵ Con llamar “monjas” las Vírgenes del Sol, el cronista revela el substrato católico de su obra.

za; caían las borlas sobre la sien derecha (*Comentarios*, T. II, cap, XXXII, pp. 238-244).

En el capítulo XXXIII—Veneración en que tenían las cosas que hacían las escogidas y ley contra los que las violasen—el Inca Garcilaso describe algunos de los castigos crueles que la ley contemplaba contra los que mostraban hostilidad a las actividades y productos de las mujeres escogidas o que violaban las vírgenes del sol:

Todas estas cosas hacían las monjas de sus manos en mucha cantidad para el sol, marido de ellas; y porque el sol no podía vestir ni traer aquellos ornamentos, se los enviaban al Inca como a hijo legítimo y natural, y heredero que decían ser suyo, para que él los traxese. El qual los recibía como cosas sagradas, las tenía él y todo su imperio en mayor veneración que las tuvieran los griegos y romanos si en su gentilidad las hicieran sus diosas Juno, Venus, y Pallas. Porque estos nuevos gentiles, como más simples que los antiguos, adoraron con grandísima veneración y afecto de corazón todo lo que en su falsa religión tenían por sagrado y divino, y porque aquellas cosas eran hechas por las manos de las coyas mugeres del sol, y hechas para él, y las mugeres por su calidad eran de su misma sangre, por todos estos respetos las tenían en suma veneración: y así el mismo Inca no podía darlas a otro alguno que no fuese de su sangre real y parentela, porque las cosas divinas, decían ellos, no era lícito sino sacrilegio emplearlas en hombres humanos, y de aquí le era prohibido al mismo rey dar a los curacas y capitanes, por mucho que hubiesen servido, sino fuesen de su sangre (...). Sin lo dicho tenían cuidado estas monjas de hacer a sus tiempos el pan llamado zancu, para los sacrificios que ofrecían al sol en las fiestas mayores, que llamaban raymi y cittua. Hacían también la bebida que el Inca y sus parientes aquellos días festivos bebían, que en su lengua llaman Aca, pronunciada la última sílaba en las fauces, porque pronunciada como suenan las letras Españolas significa estiércol. Toda la baquilla de aquella casa, hasta las ollas, cántaros y tinajas eran de plata y oro como en la casa del sol, porque eran mugeres suyas, y ellas lo merecían por su calidad. Había asimismo un jardín con árboles y plantas, yerbas y flores, aves y animales contrahechos de oro y plata, como los que había en el templo del sol. Las cosas que hemos dicho eran las principales en que las monjas de la ciudad del Cozco se ocupaban. Todo lo demás era conforme a la vida y conversación de unas mugeres que guardaban perpetua clausura y perpetua virginidad. Para la monja que delinquiese contra su virginidad, había ley que la enterrasen viva, y al cómplice mandaban ahorcar, y porque les parecía, y así lo afirmaban ellos, que era poco castigo matar un hombre solo por delito tan grave, como era atreverse a violar una muger dedicada al sol su dios y padre de sus reyes, mandaba la ley matar con el delincuente la mujer, hijos, criados, parientes y todos los vecinos y moradores de su pueblo, y todos sus ganados, sin quedar mamante ni piante como dicen. Derrivaban el pueblo: lo sembraban de piedra, y como patria y madre que tan mal hijo había parido y criado, quedaba desierta y asolada, y el sitio maldito y descomulgado para que nadie lo hollase, ni aun los ganados si ser pudiese. Esta era la ley mas nunca se vio executada, porque jamás se halló quién hubiese delinquido contra ella: porque, como otras

veces hemos dicho, los Indios del Perú fueron temerosísimos de sus leyes y observantísimos de ellas, principalmente de las que tocaban en su religión o en su rey: mas si se hallara haber delinquido alguno contra ella, se ejecutaría al pie de la letra sin remisión alguna, como si no fuera más que matar un gozque: porque los Incas nunca hicieron leyes para asombrar los vasallos ni para burlarse de ellas, sino para ejecutarlas en los que se atreviesen a quebrantarlas (*Comentarios*, T. II, cap. XXXIII, pp. 244-249).

11. De la épica a la utopía social del Pachacutec

Esta sección comprende dos temas distintos, pero relacionados porque en ella se discuten los logros excepcionales, tanto militares como sociales y políticos del Inca Yupanqui, personaje que ya hemos tenido ocasión de ver en la *Suma* de Juan de Betanzos. La fuente citada por Garcilaso es el Padre Blas Valera, que en esta instancia nos recuerda, por el contenido, la *Suma* de Juan de Betanzos. El Inca Garcilaso comienza su relato de la vida de este príncipe recordando que a los 19 años fue echado de la corte por su padre el Inca Yahuar Huacac, que había heredado el trono del famoso Inca Roca, que reinó cerca de cincuenta años y conquistó muchas regiones. La historia de este joven héroe en Garcilaso sigue una trayectoria parecida a la que hemos leído en Betanzos, es decir la del género tan popular entonces de las novelas de caballerías. Cuando nació, Yahuar Huacac lloró sangre, lo cual fue interpretado como mal agüero:

Antes que pasemos adelante será bien declaremos la significación del nombre Yahuar Huacac, y la causa por qué se lo dieron a este príncipe. Dicen los Indios que [Yahuar Huacac] quando niño de tres o quatro años lloró sangre. Si fue sola una vez o muchas no lo saben decir: debió ser que tuviese algún mal de ojos, y que el mal causase alguna sangre en ellos. Otros dicen que nació llorando sangre, y esto tienen por más cierto. También pudo ser que sacase en los ojos algunas gotas de sangre de la madre, y como tan agoreros y supersticiosos dixeron que eran lágrimas del niño: como quiera que haya sido certifican que lloró sangre; y como los Indios fueron tan dados a hechizerías, habiendo sucedido el agüero en el príncipe heredero, miraron más en ello, y tuviéronlo por agüero y pronóstico infelice, temiendo en ese príncipe alguna gran desdicha o maldición de su padre el sol, como ellos decían. Esta es la deducción del nombre Yahuar Huacac, y quiere decir el que llora sangre y no lloro de sangre como algunos interpretan; y el llorar fue quando niño y no quando hombre, ni por verse vencido y preso como otros dicen, que nunca lo fue Inca alguno hasta el desdichado Huascar, que lo prendió el traidor de Atahualpa su hermano bastardo, como diremos en su lugar si el sumo Dios nos dexa llegar allá. Tampoco lo hurtaron quando niño como otro historiador dice (...). El rey Inca Roca determinó enviar a la conquista de Antisuyo a su hijo, para lo qual mandó apercibir quince mil hombres de guerra, y tres maeses de campo que le dio por acompañados y consejeros. Enviólo bien industriado de lo que había de hacer. El príncipe fue con buen suceso hasta el río Paucartampu, pasó adelante

a Challapampa, y redujo los pocos Indios que por aquella región halló: de allí pasó a Pillcupata, donde mandó poblar quatro pueblos de gente advenediza. De Pillcupata pasó a Havisca y a Tunu, que son las primeras Chacras de Cuca⁵⁶ que los Incas tuvieron, que es aquella yerba que los Indios tanto estiman. La heredad llamada Havisca fue después de Garcilaso de la Vega mi señor, de la qual me hizo merced por donación en vida, y yo la perdí por venirme a España. Para entrar a estos valles donde se cría la cuca, se pasa una cuesta llamada Canac-huay, que tiene cinco leguas de bajada casi perpendicular, que pone grima y espanto solo el mirarla, quanto más subir y baxar por ella, porque por toda ella sube el camino en forma de culebra dando vueltas a una mano y a otra (...). Muerto el rey Inca Roca,⁵⁷ su hijo Yahuar Huacac tomó la corona del reyno, gobernándolo con justicia, piedad y mansedumbre, acariciando sus vasallos y haciéndoles todo el bien que podía. Deseó sustentarse en la prosperidad que sus padres y abuelos le dexaron, sin pretender conquistas ni pependencias con nadie, porque con el mal agüero de su nombre, y los pronósticos que cada día echaban sobre él, estaba temeroso de algún mal suceso, y no osaba tentar la fortuna por no irritar la ira de su padre el sol, no le enviase algún grave castigo, como ellos decían. Con este miedo vivió algunos años deseando paz y quietud para sí y para todos sus vecinos, y por no estar ocioso visitó sus reynos una, dos y tres veces (...). Empero por no mostrarse tan pusilánime que entre todos los Incas fuese notado de cobarde, por no haber aumentado su imperio, acordó enviar un ejército de veinte mil hombres de guerra al sudueste del Cozco, la costa delante de Arequepa, donde sus pasados habían dexado por ganar una larga punta de tierra, aunque de poca población. Eligió por capitán general a su hermano Inca Mayta, que desde aquella jornada, por haber sido general en ella, se llamó siempre Apu Mayta, que quiere decir el capitán general Mayta. Nombró quatro Incas experimentados para maeses de campo. No se atrevió el Inca a hacer la conquista por su persona aunque lo deseó mucho; mas nunca se determinó a ir, porque su mal agüero en las cosas de la guerra lo traía sobre olas tan dudosas y tempestuosas, que donde le arrojaban las del deseo lo retiraban las del temor, por esos miedos nombró al hermano y a sus ministros, los quales hicieron su conquista con brevedad y buena dicha, y reduxeron al imperio de los Incas todo lo que hay desde Arequepa hasta Tacama que llaman Collisuyu, que es el fin y término por la costa de lo que hoy llaman Perú (...). Acabada esta conquista se volvieron al Cozco, y dieron cuenta al Inca Yahuar Huacac de lo que habían hecho, el qual cobrando nuevo ánimo con el buen suceso de la jornada pasada, acordó hacer otra conquista de más honra y fama, que era reducir a su imperio unas grandes provincias que habían quedado por ganar en el distrito de Colasuyu llamadas Caranca, Ullaca, Llipi, Chicha, Ampara. Las quales, demás de ser grandes, eran pobladas de mucha gente valiente y belicosa, por los quales inconvenientes los Incas pasados

⁵⁶ Es la coca, yerba que se mascaba para no sentir hambre, cansancio o frío.

⁵⁷ Antes de este capítulo L, el Inca Garcilaso ha interpuesto en el largo relato sobre las vicisitudes del Inca Roca y del Inca Yahuar Huacac, su hijo, otro capítulo, el XLIX, que él declara haber traducido del manuscrito del padre Blas Valera, con noticias sobre legislación decretada por el Inca Roca, sin referencia alguna al Inca Yahuar Huacac, cuyo nombre contenía el mal agüero, personaje que campea, desde su nacimiento, en los capítulos XLVI-LIV del Tomo II, es decir el final de este tomo. Se trata de una interrupción algo artificial.

no habían hecho aquella conquista por fuerza de armas, por no destruir aquellas naciones bárbaras e indómitas, sino que de suyo se fuesen domesticando y cultivando poco a poco, y aficionándose al imperio y señorío de los Incas, viéndolo en sus comarcas tan suave, tan piadoso, tan en provecho de los vasallos como lo experimentaban todos ellos. En los cuidados de la conquista de aquellas provincias andaba el Inca Yahuar Huacac muy congojado, metido entre miedos y esperanzas, que unas veces se prometía buenos sucesos, conforme a la jornada que su hermano Apa Mayta había hecho, otras desconfiaba de ellos por su mal agüero, por el qual no osaba acometer ninguna empresa de guerra por los peligros de ella. Andando pues rodeado de estas pasiones y congojas, volvió los ojos a otros cuidados domésticos que dentro en su casa se criaban, que días había le daban pena y dolor, que fue la condición áspera de su hijo el primogénito, heredero que había de ser de sus reynos, el qual desde niño se había mostrado mal acondicionado, porque maltrataba los muchachos que de su edad con él andaban, y mostraba indicios de asperezas y crueldad; y aunque el Inca hacía diligencias para corregirle, y esperaba que con la edad cobrando más juicio iría perdiendo la braveza de su mala condición, parecía salirle vana esta confianza, porque con la edad antes crecía que menguaba la ferocidad de su ánimo. Lo qual para el Inca su padre era de grandísimo tormento, porque como todos sus pasados se hubiesen preciado de la afabilidad y mansedumbre, érale de suma pena ver al príncipe de contraria condición. Procuró remediarla con persuasiones y exemplos de sus mayores, trayéndoselos a la memoria para aficionarle a ellos, y también con reprehensiones y desfavores que le hacía: mas todo le aprovechaba poco o nada, porque la mala inclinación en el grande y poderoso, pocas veces o nunca suele admitir corrección. Así le acaeció a este príncipe, que quanta triaca le aplicaban a su mala inclinación, todo lo convertía en la misma ponzoña. Lo qual viendo el Inca su padre, acordó desfavorecerlo del todo, apartarlo de sí con propósito, sino aprovechaba el remedio del desfavor para enmendar la condición, de desheredarlo y elegir otro de sus hijos para heredero, que fuese de la condición de sus mayores. Pensaba hacer esto imitando la costumbre de algunas provincias de su imperio, donde heredaban los hijos más bien quistos. La qual ley quería el Inca guardar con su hijo, no habiéndose hecho tal entre los reyes Incas. Con este presupuesto mandó echarle de su casa y de la corte, siendo ya el príncipe de diecinueve años, y que lo llevase poco más de una legua a levante de la ciudad, a unas grandes y hermosas dehesas que llaman Chita, donde yo estuve muchas veces. Allí había mucho ganado del sol: mandó que lo apacentase con los pastores que tenían aquel cuidado. El príncipe, no pudiendo hacer otra cosa, aceptó el destierro y el desfavor que le daban en castigo de su ánimo bravo y belicoso, y llanamente se puso a hacer el oficio de pastor con los demás ganaderos. Guardó el ganado del sol, que ser del sol era consuelo para el triste Indio. Este oficio hizo aquel desfavorecido príncipe por espacio de tres años y más, donde lo dexaremos hasta su tiempo, que él nos dará bien que decir si lo acertáramos a decir. (*Comentarios*, T. II, caps. XLVI-L, pp. 312-342).

Concluida esta primera parte de la vida del futuro Viracocha, nos enteramos en el capítulo que sigue, el LI, que hasta este momento el desdichado príncipe no tenía nombre:

Habiendo desterrado el Inca Yahuar Huacac a su hijo primogénito (cuyo nombre no se sabe qual era mientras fue príncipe, porqué lo borró totalmente el que adelante le dieron, que como no tuvieron letras, se les olvidaba para siempre todo lo que por su tradición dexaban de encomendar a la memoria), le pareció dexar del todo las guerras y conquistas de nuevas provincias, atender solamente al gobierno y quietud de su reyno, y no perder el hijo de vista alejándolo de sí, sino tenerlo a la mira y procurar la mejora de su condición; y no pudiendo haberla buscar otros remedios, aunque todos los que se le ofrecían, como ponerle en perpetua prisión, o desheredarle y elegir otro en su lugar, le parecían violentos y mal seguros por la novedad y grandeza del caso, que era deshacer la deidad de los Incas que eran tenidos por divinos hijos del sol, y que los vasallos no consentirían aquel castigo ni qualquiera otro que quisiese hacer en el príncipe. Con esta congoja y cuidado que le quitaba todo descanso y reposo, anduvo el Inca más de tres años, sin que en ellos se ofreciese cosa digna de memoria. En este tiempo envió dos veces a visitar el reyno a quatro parientes suyos, repartiendo a cada uno las provincias que habían de visitar: mandóles que hiciesen las obras que conviniesen al honor del Inca y al beneficio común de los vasallos, como era sacar nuevas acequias, hacer pósitos, casas reales, fuentes, puentes, calzadas y otras obras semejantes: mas él no osó salir de la corte, donde entendía en celebrar las fiestas del sol y las otras que se hacían entre año, y en hacer justicia a sus vasallos. Al fin de aquel largo tiempo, un día poco después de mediodía, entró el príncipe en la casa de su padre, donde menos le esperaban, solo y sin compañía, como hombre desfavorecido del rey. Al qual le envió a decir que estaba allí, y que tenía necesidad de darle una embaxada. El Inca respondió que se fuese luego donde le había mandado residir, sino quería que lo castigase con pena de muerte por inobediente al mandato real, pues sabía que a nadie era lícito quebrantarlo, por muy liviano que fuese el caso que se le mandase. El príncipe respondió diciendo, que él no había venido allí por quebrantar su mandamiento, sino por obedecer a otro tan gran Inca como él. El qual le enviaba a decir ciertas cosas que le importaba mucho saberlas: que si las quería oír le diese licencia para que entrase a decírselas, y si no, que con volver al que le había enviado, y darle cuenta de lo que había respondido, habría cumplido con él. El Inca, oyendo decir otro tan gran señor como él, mandó que entrase por ver qué disparates eran aquellos, y saber quién le enviaba recaudos con el hijo desterrado y privado de su gracia: quiso averiguar qué novedades eran aquellas para castigarlas. El príncipe, puesto ante su padre le dixo: solo señor, sabrás que estando yo recostado hoy a mediodía, no sabré certificarte si despierto, o dormido, debaxo de una gran peña de las que hay en los pastos de Chita, donde por tu mandado apaciento las ovejas de nuestro padre el sol, se me puso delante un hombre extraño, en hábito y figura diferente de la nuestra, porque tenía barbas en la cara de más de un palmo y el vestido largo y suelto que le cubría hasta los pies: traía atado por el pescuezo un animal no conocido. El qual me dixo: Sobrino, yo soy hijo del sol y hermano del Inca Manco Capac, y de la Coya Mama Ocllo Huaco su muger y hermana, los primeros de tus antepasados, por lo qual soy hermano de tu padre y de todos vosotros. Llámome Viracocha Inca: vengo de parte del sol nuestro padre a darte aviso para que se lo des al Inca mi hermano, como toda la mayor parte de las provincias de Chinchasuyo sujetas a su imperio, y otras de las no sujetas, están rebeladas y juntan mucha gente para venir con poderoso ejército a derribarle de su trono, y

destruir nuestra imperial ciudad del Cozco. Por tanto ve al Inca mi hermano y dile de mi parte, que se aperciba y prevenga, y mire por lo que le conviene acerca de este caso. Y en particular te digo a ti, que en qualquiera adversidad que te suceda no temas que yo te falte, que en todas ellas te socorreré como a mi carne y sangre; por tanto no dejes de acometer qualquiera hazaña por grande que sea que convenga a la magestad de tu sangre y a la grandeza de tu imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo, y te buscaré los socorros que hubiere menester. Dichas estas palabras, dixo el príncipe, se me desapareció el Inca Viracocha que no le vi más; y yo tomé luego el camino para darte cuenta de lo que me mandó te digese (*Comentarios*, T. II, cap. LI, pp. 342-348).

El Inca Yahuar Huacac recibió el mensaje que le traía el príncipe su hijo con gran enojo, amenazándole de muerte si no volvía sin demora a sus ovejas en Chita. Pero los parientes del Inca que habían estado presentes a la escena de la revelación de las cosas que el fantasma le había mandado decir al príncipe a su padre el Inca fueron de otro parecer y todos le encarecieron al Inca que tuviese cuidado y tomase muy en serio las cosas que su hermano Viracocha había confiado al príncipe. Nada ni nadie pudo hacer mudar de parecer al Inca que renovó sus amenazas y sus parientes se quedaron a la espera de lo que pudiese venir, pues tenían la certidumbre que la visión del príncipe anunciaba algo importante y que el Inca estaba equivocado, como muy pronto acaeció, primero por rumores, todos ignorados por el Inca, luego con hechos más graves, como la ocupación y cerrazón de los caminos, hasta que se supo que las “naciones llamadas Chanca, Uramarca, Villca, Utusulla, Hancohuallu y otras circunvecinas se habían revelado y muerto los gobernadores y ministros regios, y que venían contra la ciudad con ejército de más de quarenta mil hombres de guerra” (*Comentarios*, T. II, cap. LII, p. 354). Los cabecillas del levantamiento eran tres curacas de los Chanca, cabeza de la provincia de Cinchasuyu, nación que en la época antes de los Incas habían dominado y tiranizado sus vecinos y esperaban sorprender al Inca y con una sola victoria adueñarse de su imperio. Por su parte el Inca Yahuar Huacac, tomado de sorpresa y aun llevado del odio contra el príncipe y no queriendo aceptar la verdad del fantasma que el príncipe le había revelado, sin preparar la defensa del Cuzco, abandonó la ciudad con unos pocos soldados y se dirigió a Collasuyu, a unas leguas del Cuzco, donde, confiando en la lealtad de los residentes, quedó a la espera de los acontecimientos, esperando poder salvar la vida:

La ciudad del Cozco con la ausencia de su rey quedó desamparada sin capitán ni caudillo que osase hablar, quanto más defenderla, sino que todos procuraban huir y así se fueron los que pudieron por diversas partes, donde entendían poder mejor salvar las vidas. Algunos de los que iban huyendo fueron a toparse con el príncipe Viracocha Inca, le dieron nueva de la rebelión de Chinchasuyu, y como el

Inca su padre se había retirado hacia Collasuyu, por parecerle que no tenía posibilidad para resistir a los enemigos, por el repentino asalto con que le acometían. El príncipe sintió grandemente saber que su padre se hubiese retirado y desamparado la ciudad: mandó a los que le habían dado la nueva y a algunos de los pastores que consigo tenía, que fuesen a la ciudad, y a los Indios que topasen por los caminos y a los que hallasen en ella, les dixesen de su parte, que todos lo que pudiesen procurasen ir en pos del Inca su señor con las armas que tuviesen, porque él pensaba hacer lo mismo, y que pasasen la palabra de este mandato de unos en otros. Dada esta orden, salió el príncipe Viracocha Inca en seguimiento de su padre por unos atajos sin querer entrar en la ciudad, y con la prisa que se dio lo alcanzó en la angostura de Muyna, que aún no había salido de aquel puesto. Y lleno de polvo y sudor, con una lanza en la mano que había llevado por el camino, se puso delante del rey, y con semblante triste y grave le dixo: “Inca, ¿cómo se permite que por una nueva falsa o verdadera de unos pocos de vasallos rebelados desampares tu casa y corte, y vuelvas las espaldas a los enemigos aun no vistos? ¿Cómo se sufre que dexes entregada la casa del sol tu padre, para que los enemigos la huellen con sus pies calzados, y hagan con ella las abominaciones que tus antepasados les quitaron de sacrificios de hombres, mugeres y niños y otras grandes bestialidades y sacrilegios? ¿qué cuenta daremos de las vírgenes que están dedicadas para mugeres del sol con observancia de perpetua virginidad, si las dexamos desamparadas para que los enemigos, brutos y bestiales, hagan de ellas lo que quisieran? ¿Qué honra habremos ganado de haber permitido estas maldades por salvar la vida? Yo no la quiero: así vuelvo a ponerme delante de los enemigos para que me la quiten antes que entren en el Cozco, porque no quiero ver las abominaciones que los bárbaros harán en aquella imperial y sagrada ciudad, que el sol y sus hijos fundaron. Los que me quisieren seguir vengan en pos de mí, que yo les mostraré a trocar vida vergonzosa por muerte honrada” (*Comentarios*, T. II, cap. LIV, pp. 360-363).

El príncipe Viracocha reúne un ejército en el que se unen los parientes incas e indios, que vuelven de sus escondites persuadidos a morir con el príncipe en defensa de su patria. En este punto el Inca Garcilaso suspende el relato a fines del Tomo II y lo continúa en varios capítulos del Tomo III, capítulos XVII al XX. Esta sección de cuatro capítulos del Tomo III describe la estrategia del Inca Viracocha para derrotar a los bárbaros invasores de Chinchasuyu, su triunfo y el castigo del Inca Yahuar Huacac su padre a quien despoja del trono. El momento climático del relato del Inca Garcilaso sobre el Inca Viracocha, que, según fray Gerónimo Romano en su obra sobre la *República de las Indias Occidentales*, también se llamaba Pachacuti Inga Yupanqui (*Comentarios*, T. III, cap. XVIII, p. 129) es la batalla campal librada en el llano de Sacsahuana, batalla que el Inca Garcilaso transcribe de la obra del padre José de Acosta:

Dice pues su Paternidad lo que se sigue, que es sacado a la letra, libro sexto, capítulo veinte y uno: “Pachacuti Inga Yupanqui reynó sesenta años y conquistó mucho. El principio de sus victorias fue, que un hermano mayor suyo que tenía el

señorío en vida de su padre, y con su voluntad administraba la guerra, fue desbaratado en una batalla que tuvo con los Changas, que es la nación que poseía el valle de Andaguaylas, que está obra de treinta leguas del Cuzco, camino de Lima; y así desbaratado se retiró con poca gente. Visto esto el hermano menor Inga Yupanqui, para hacerse señor inventó y dijo: Que estando él solo y muy congojado le había hablado el Viracocha Criador, y quejándosele que siendo el señor universal y criador de todo, y habiendo él hecho el cielo, el sol, el mundo y los hombres, y estando todo debaxo de su poder, no le daban la obediencia debida, antes hacían veneración igual al sol, al trueno, a la tierra y otras cosas, no teniendo ellas ninguna virtud más de las que les daba; y que le hacía saber, que en el cielo donde estaba le llamaban Viracocha Pachayachachic, que significa Criador universal. Y que para que creyesen que esto era verdad, que aunque estaba solo no dudase de hacer gente con este título, que aunque los Changas eran tantos y estaban victoriosos, que él le daría victoria contra ellos y le haría señor, porque le enviaría gente que sin que fuese vista le ayudase. Y fue así que con este apellido comenzó a hacer gente, juntó mucha cantidad, alcanzó la victoria, se hizo señor y quitó a su padre y a su hermano el señorío. Y desde aquella victoria estatuyó, que el Viracocha fuese tenido por Señor universal, y que las estatuas del sol y del trueno le hiciesen reverencia y acatamiento. Y desde aquel tiempo se puso la estatua del Viracocha más alta que la del sol, del trueno y de las demás guacas.⁵⁸ Y aunque este Inca Yupanqui señaló chacras, tierras y ganado al sol, al trueno y a otros guacas, no señaló cosa alguna al Viracocha, daño por razón que siendo Señor universal y criador no lo había menester. Habida pues la victoria de los Changas declaró a sus soldados, que no habían sido ellos que habían vencido, sino ciertos hombres barbudos que el Viracocha le había enviado, que nadie pudo verlos sino él; y que éstos se habían después convertido en piedras y convenía buscarlos, que él los conocería. Y así juntó de los montes gran suma de piedras que escogió y puso por guacas, y las adoraban y hacían sacrificios y éstas llamaban los pururaucas, las cuales llevaban a la guerra con grande devoción, teniendo por cierta la victoria con su ayuda, y pudo esta imaginación y ficción de aquel Inga tanto, que con ella alcanzó victorias muy notables, etc.” Hasta aquí es del maestro Acosta: y según lo que su Paternidad dice la fábula es toda una. Decir que pusieron la estatua del Viracocha más alta que la del sol es invención nueva de los Indios para adular a los Españoles, por decir que les dieron el nombre del dios más alto y más estimado que tuvieron, no siendo así; porque no tuvieron más de dos dioses, que fueron el Pachacamac no visto ni conocido, y el sol visible y notorio: al Viracocha y a los demás Incas tuvieron por hijos del sol (*Comentarios*, T.III, cap. XVIII, pp. 130-134).

Para este episodio que ubica al dios Viracocha en la tradición de las creencias de los Incas, el Inca Garcilaso indica como sus fuentes la ya citadas del padre Blas Valera, y el padre José de Acosta, autor de la *Historia natural y moral de las Indias*, en la que hay una versión distinta del episodio del Viracocha, quizás menos

⁵⁸ “guaca” significa un ser sobrehumano, que debe ser venerado. Por extensión llegó a significar también monumento, testimonio, o sea, un artefacto, desde un edificio a una estatua, o a una pirámide, con significado religioso.

poético del relato del padre Blas Valera, pero más racional, en que se explica, no la invención de una divinidad, sino la utilización que los Indios hicieron de un mito ya existente para explicar la invencibilidad de los españoles y su arma más importante, el caballo, adumbrado en el sueño del Inca Yupanqui donde vio al Viracocha barbudo que llevaba del cabestro un animal no conocido. No sabemos si Garcilaso conoció la *Suma* de Juan de Betanzos porque la primera noticia sobre esta interesante crónica se debe al padre dominico Gregorio García y su datación de 1607 no se conoció hasta 1880, fecha de la primera edición de la *Suma* de Juan de Betanzos cuyo relato, como dijimos, se lee como un libro de caballerías, género muy popular en España en el siglo XVI y, unos años después, o sea, mientras Garcilaso compone sus *Comentarios* en España, ese género tan popular fue objeto de la sátira magistral que Miguel de Cervantes instituyó en su *Quijote*.

En el Tomo III, al capítulo XI—Leyes y ordenanzas de los Incas en beneficio de los Vasallos—el Inca Garcilaso cita como fuente a su amigo el padre Blas Valera. Es este capítulo el que nos hace pensar en la utopía de los Incas, sobre todo por la legislación sobre el lujo, contra el desperdicio y que prescribía el trabajo en común, en que las obras públicas no implicaban sueldo y las varias leyes que regulaban la vida de las familias, del vecindario y del pueblo, con las casas públicas para hospedar viajeros, caminantes y visitantes:

El Padre Blas Valera dice del gobierno de los Incas lo que se sigue, que por ser tan conforme a lo que hemos dicho, y por valerme de su autoridad lo saqué a la letra de su galantísimo latín. Los Indios del Perú comenzaron a tener alguna manera de república desde el tiempo del Inca Manco Capac, y del rey Inca Roca, que fue uno de sus reyes. Hasta entonces en muchos siglos atrás habían vivido en mucha torpeza y barbaridad, sin ninguna enseñanza de leyes ni otra alguna policía. Desde aquel tiempo criaron sus hijos con doctrina, comunicaronse unos con otros: hicieron de vestir para sí, no solo con honestidad, mas también con algún atavío y ornato: cultivaron los campos con industria y en compañía unos de otros: dieron en tener jueces. Hablaron cortesanamente. Edificaron casas así particulares como públicas y comunes. Hicieron otras muchas cosas de este jaez dignas de loor. Abrazaron muy de buena gana las leyes que sus príncipes enseñados con la lumbre natural ordenaron, y las guardaron muy cumplidamente. En lo qual tengo para mí que estos Incas del Perú deben ser preferidos, no sólo a los chinos, japoneses y a los Indios orientales, mas también a los gentiles naturales de Asia y de Grecia. Porque bien mirado, no es tanto de estimar lo que Numa Pompilio padeció y trabajó en hacer leyes para los Romanos, Solón para los Atenenses, y Licurgo para los Lacedemonios, porque supieron letras y ciencias humanas, las quales enseñan a trazar y componer leyes y costumbres buenas, que dejaron escritas para los hombres de sus tiempos y de los venideros. Pero es de grande admiración que estos Indios, del todo desamparados de estos socorros y ayudas de costa, alcanzasen a fabricar de tal manera sus leyes, sacadas las que pertenecen a su idolatría y errores. Innumerables de ellas vemos que guardan hoy los Indios fieles, todas puestas en

razón, y muy conformes a las leyes de los muy grandes letrados; las cuales escribieron y encomendaron distintamente a los ñudos de los hilos de diversos colores⁵⁹ que para sus cuentas tenían, y las enseñaron sus hijos y descendientes; de tal manera, que las que sus primeros reyes establecieron de seiscientos años a esta parte, tienen hoy tan en la memoria como si ahora de nuevo se hubiesen promulgado. Tuvieron la ley municipal, que hablaba acerca de los particulares provechos que cada nación o pueblo tenía dentro de su jurisdicción. Y la ley Agraria que trataba del dividir y medir las tierras, y repartirlas por los vecinos de cada pueblo; la qual se cumplía con grandísima diligencia y rectitud: que los medidores medían las tierras con sus cordeles por hanegas, que llaman Tupu, y las repartían por los vecinos señalando a cada uno su parte. Llamaban ley común a la que mandaba que los Indios acudiesen en común, sacando los viejos, muchachos y enfermos, a hacer y trabajar en las cosas de la república, como era edificar los templos, y las casas de los reyes o de los señores, labrar sus tierras, hacer puentes, aderezar los caminos y otras cosas semejantes. Llamaban ley de hermandad a la que mandaba, que todos los vecinos de cada pueblo se ayudasen unos a otros a barbechar, sembrar, a coger sus cosechas, labrar sus casas y otras cosas de esta suerte, y que fuese sin llevar paga ninguna. La ley que llamaban Mitachanacuy, que es mudarse a veces por su rueda o por linages, la qual mandaba que en todas las obras y fábricas de trabajo que se hacían y acababan con el trabajo común, hubiese la misma cuenta, medida y repartimiento que había en las tierras, para que cada provincia, cada pueblo, cada linage, cada persona trabajase lo que le pertenecía y no más; y aquel trabajo fuese remudándose a veces, porque fuese trabajando y descansando. Tuvieron ley sobre el gusto ordinario que les prohibía el fausto en los vestidos ordinarios, y las cosas preciosas, como el oro, la plata y piedras finas: y totalmente quitaba la superfluidad en los banquetes y comidas. Y mandaban que dos o tres veces al mes comiesen juntos los vecinos de cada pueblo delante de sus curacas, y se exercitasen en juegos militares o populares, para que se conciliasen los ánimos y guardasen perpetua paz; y para que los ganaderos y otros trabajadores del campo se alentasen y regocijasen. La ley en favor de los que llamaban pobres; la qual mandaba que los ciegos, mudos y cojos, los tullidos, los viejos y viejas decrépitos, los enfermos de larga enfermedad, y otros impedidos que no podían labrar sus tierras, para vestir y comer por sus manos y trabajo, los alimentasen de los pósitos públicos. También tenían ley que mandaba, que de los mismos pósitos públicos proveyesen los huéspedes que recibiesen, los extranjeros, peregrinos y caminantes, para todos los cuales tenían casas públicas que llaman corpahuaci, que es casa de hospedería, donde les daban de gracia y de valde todo lo necesario. Demás de esto mandaba la misma ley, que dos o tres veces al mes llamasen a los necesitados que arriba nombramos, a los convites y comidas públicas, para que con el regocijo común desechasen parte de su miseria. Otra ley llamaban casera, contenía dos cosas: la primera que ninguno estuviese ocioso. Por lo qual, como atrás diximos, aun a los niños de cinco años ocupaban en cosas muy livianas conforme a su edad: los ciegos, cojos y mudos, si no tenían otras enfermedades también los hacían trabajar en diversas cosas. La demás gente mientras tenía salud se ocupaba cada uno en su

⁵⁹ Se refiere a los quipus, método de tener cuentas y de suplir a la escritura que los Incas ignoraron.

oficio y beneficio, y era entre ellos cosa de mucha infamia y deshonra castigar en público alguno por ocioso. Después de esto mandaba la misma ley que los Indios comiesen y cenasen las puertas abiertas, para que los ministros de los jueces pudiesen entrar más libremente a visitarles. Porque había ciertos jueces que tenían cargo de visitar los templos, los lugares y edificios públicos, y las casas particulares, llamábanse llactacamayu. Estos por sí o por sus ministros visitaban a menudo las casas, para ver el cuidado y diligencia que así el varón como la mujer tenía acerca de su casa y familia, y la obediencia, solicitud y ocupación de los hijos. Cogían y sacaban la diligencia de ellos del ornamento, atavío, limpieza y buen aliño de su casa, de sus alhajas, vestidos, hasta los vasos, y todas las demás cosas caseras: a los que hallaban aliñosos premiaban con loarlos en público; y a los desaliñados castigaban con azotes en brazos y piernas, o con otras penas que la ley mandaba. De cuya causa había tanta abundancia de las cosas necesarias para la vida humana que casi se daban de valde aun las que hoy tanto estiman. Las demás leyes y ordenanzas morales que en común y en particular todos guardaban, tan allegadas a razón, se podrán colegir y sacar de lo que diremos de la vida y costumbres de ellos. También diremos largamente la causa porque se han perdido estas leyes y derechos a la mayor parte de ellos, y el gobierno de los Incas tan político y tan digno de loor; y como es mayor la barbariedad que ahora tienen los Indios para las cosas ciudadanas, y mayor falta y carestía de las cosas necesarias para la vida humana, que no la que tuvieron los de aquellos tiempos (*Comentarios*, T. III, cap. XI, pp. 67-76).

La obra del Inca Garcilaso fue una idealización de la sociedad incaica en la tradición de las crónicas primitivas y de las utopías del Renacimiento. Garcilaso siguió en esto el modelo ya elaborado por Colón, Pedro Martir, Quiroga y Las Casas, aunque su obra se haya inspirado en un pasado reciente en el que el mismo historiador ahondaba sus raíces. Mientras la tradición utópica anterior a Garcilaso, desde Platón a Tomás Moro, miró a presentar un modelo ideal de sociedad, en abierto contraste con su ambiente, Garcilaso se inspiró en un pasado reciente del que él actuó como testigo de vista. De este modo se convirtió en modelo de utopistas posteriores: “Es innegable que la narración de Garcilaso ha impulsado el genio imaginativo de Campanella y de Harrington: ha inspirado la *Alzira* de Voltaire o *Los Incas* de Marmontel; ha suscitado algunas creaciones de Rousseau y hasta el *Falansterio* de Fourier,” afirma Carlos Manuel Fox.⁶⁰ Podríamos decir que en los *Comentarios* de Garcilaso asoma un erasmismo latente, si se considera el conflicto que en América jefes espirituales como el obispo Zumárraga y Fray Jerónimo de Mendieta en la Nueva España tuvieron que enfrentar a razón del Índice de 1559, del Inquisidor General Valdés. En ese Índice se prohibían casi todas las obras de Erasmo, en particular el *Enquiridion, o Manual del Caballero Cristiano*, ambas las

⁶⁰ Véase Carlos Manuel Fox, *Utopía y Realidad en el Inca Garcilaso*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1965, p. 38.

versiones en latín y en romance. Ese mismo Índice prohibía en absoluto la lectura de la Biblia en romance. Es interesante observar cómo ambas prohibiciones constituyen una grave ruptura con respecto a la política española perseguida en América hasta entonces, pues tanto la acción de religiosos como Las Casas o Quiroga, cuanto las traducciones efectuadas de la Biblia a las lenguas indígenas se veían afectadas por el Índice de 1559. El caso del obispo Zumárraga y de los franciscanos observantes en la Nueva España es un episodio que ilustra este cambio radical de actitud dictado por la Inquisición. El arzobispo Zumárraga fue un franciscano observante riguroso, discípulo de Erasmo y Tomás Moro.⁶¹ El humanismo erasmista de Zumárraga dio en la Nueva España la *philosophia Christi*.⁶² Este era el espíritu heredado por Fray Jerónimo de Mendieta (1525-1604). Bataillon afirma que del erasmismo español “se derivó hacia América una corriente animada por la esperanza de fundar con la gente nueva de tierras nuevamente descubiertas una renovada cristiandad” (*Bataillon*, 816). El franciscano Mendieta había llegado a la Nueva España en 1554, en el momento en que los franciscanos, que habían concebido para la Nueva España la iglesia primitiva de los Apóstoles, iban encontrando una resistencia siempre mayor por parte del obispado. Los franciscanos querían proteger a los indios contra la prepotencia de los españoles y creían, divulgando sus opiniones, que sólo los padres franciscanos mendicantes podían cumplir ese cometido, pues el clero seglar que pretendía prebendas y rentas no podía inspirar a los indios. Mendieta había heredado también el principio de Fray Toribio de Motolinía de que hasta los obispos de la Iglesia Primitiva de América deberían ser pobres y humildes.⁶³ Según Mendieta, tanto desde el punto de vista numérico, del número de conversos, como de la intensidad de la fe y el fervor de los nuevos cristianos, la iglesia indiana de América era digna heredera de la Iglesia Apostólica primitiva de los primeros cristianos, la iglesia de antes del emperador Constantino (*Phelan*, 48). Al descubrir la mansedumbre e inocencia innatas de los indios Mendieta se convenció de que en América sería posible y realizable el paraíso terrenal (*Phelan*, 49). Para representar y evocar una imagen de prestigio perteneciente a la patrística cristiana, Mendieta se refirió a la concepción agustiniana de la Ciudad de Dios, afirmando que los *hijos del siglo* que se hallaban envilecidos por los intereses ma-

⁶¹ Véase Marcel Bataillon, *Erasmus y España*. México: FCE, 1966, pp. 816-827. Ref. con la abr. *Bataillon*, seguida del número de páginas.

⁶² Véase John Phelan, “El imperio cristiano de Las Casas”, *Revista de Occidente: Fray Bartolomé de Las Casas*, dirigido por J. A. Maravall. Madrid: N. 141, 1974, pp. 279-291. Referencias a este autor y obra con la abreviación *Phelan*, seguida del número de páginas.

⁶³ Véase John Phelan, *The Millennial Kingdom of the Franciscans in the New World*; Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1970, p. 47.

teriales eran los habitantes de la Ciudad del Hombre, mientras que aquellos que habitaban la Ciudad Celestial eran todos los sirvientes de Dios que se habían consagrado a la más estricta y absoluta pobreza. Mendieta concluía comparando la ciudad de los indios y de los frailes con la Ciudad de Dios sobre la tierra (*Phelan*, 53). El conflicto llegó al punto de ruptura entre obispado y frailes franciscanos y en 1583 éstos fueron derrotados por una cédula en que disponía que sólo el clero se-glar podía decidir en asuntos pertenecientes a los nativos. Esta toma de posición revelaba una rigidez que no dejaba a los franciscanos que dos alternativas: retirarse a sus monasterios o transferirse en las misiones de las fronteras, entre los indios paganos (*Phelan*, 54). A principios de 1570 Mendieta escribió a Juan de Ovando, futuro presidente del Consejo de Indias. Sin ambages, Mendieta en su carta declaró que los obispos deseaban aumentar sus rentas y el poder de sus cargos, mientras que los frailes querían ayudar a los pobres y salvar almas. Esta carta implicaba una dicotomía: los obispos pertenecían a la Ciudad del Hombre y los frailes a la Ciudad de Dios (*Phelan*, 55).

12. El hijo historiador y el padre conquistador

El Inca Garcilaso vivió de cerca las guerras civiles con el séquito de turbulencias políticas que dejaron largas huellas de resentimientos y frustraciones entre los españoles que las protagonizaron, sea como jefes que como soldados. Su propio padre, el capitán Garcilaso de la Vega, atraído por el partido de Gonzalo Pizarro y luego pasado al ejército realista de La Gasca, pagó sus errores políticos que el hijo historiador reivindica como injusticias padecidas por su padre. Su relato de este drama que ensangrentó el Perú y en el que perecieron conquistadores ilustres como los Almagros y los Pizarros incluye páginas dignas de la solemnidad y de la tragedia que se desarrolló en un escenario sembrado de riscos y quebradas, ríos anchos como golfos de mar, de cursos interminables, desiertos enardecidos con latigazos de viento y montañas que cobijaban picos inaccesibles rodeados de torbellinos helados y valles poblados de mieses y ganados. La fibra de historiador del Inca Garcilaso admite la inspiración poética que deja resquicios del alma donde podemos vislumbrar el dolor filial y la añoranza de un padre alejado del hogar materno. Hay un pasaje en el relato de la lucha del Inca Yupanqui, el Viracocha, contra el ejército invasor, derrotado en el llano de Sacsahuana. Dice Garcilaso:

Dos días después que llegó el socorro al Inca, asomó por lo alto de la cuesta de Rimactampu la vanguardia de los enemigos, los cuales, sabiendo que el Inca Viracocha estaba cinco leguas de allí, fueron haciendo pausas, y pasaron la palabra atrás para que la batalla y retaguardia se diesen prisa a caminar, y se juntasen con la vanguardia. De esta manera caminaron aquel día, y llegaron todos juntos a Sac-

sahuana, tres leguas y media de donde estaba el príncipe Viracocha, y donde fue después la batalla de Gonzalo Pizarro y el de la Gasca (*Comentarios*, T. III, cap. XVII, pp. 122-123).

En la batalla de Sacsahuana La Gasca derrotó de manera definitiva a Gonzalo Pizarro, le tomó preso, le degolló y le hizo llevar al Cuzco donde le enterraron. En esa batalla el padre del Inca Garcilaso mandaba un escuadrón de caballería del ejército victorioso. El Inca Garcilaso revela en este breve recuerdo su fidelidad y afecto al padre que él consideraba que había padecido una injusticia.

13. Saqueo del Cuzco por Francisco Pizarro: historias paralelas

Mientras el ejército de Francisco Pizarro, llegado al Cuzco, se abandona al saqueo de los templos y casas privadas, uno de los conquistadores, Alonso Ruiz, llega al umbral de una casa para continuar el saqueo. Allí le recibe el dueño con las palabras “Seas muy bien venido” en quechua, lengua que expresa esas cuatro palabras con solamente dos que Alonso Ruiz había aprendido. Sorprendido por la actitud pacífica y serena del dueño de la casa, el español se sosegó y esperó lo que le diría el indio que continuaba a hablarle muy tranquilo y sereno. No entendiendo todo lo que le decía, pero atraído por su comportamiento pacífico y bondadoso, Alonso Ruiz fue en busca del intérprete Felipe que, vuelto con él, le tradujo la conversación del indio que decía:

Habiendo entendido bien lo que al principio le había dicho, [Alonso Ruiz] le hizo preguntas y repreguntas acerca de su vida y costumbres. Por las respuestas entendió que había sido un hombre pacífico, contento con su vida natural, sin haber hecho males ni agravios a nadie, deseoso de saber la verdadera ley de los hombres, porque dixo, que la suya no le daba la satisfacción que su ánimo le pedía. Con esto procuró el Español lo mejor que pudo enseñarle los principios de nuestra santa fe católica, que creyese en un verdadero Dios, trino y uno; y porque al lenguaje de los Indios le faltaban todos estos vocablos, y aun el verbo creer, le decía que tuviese en su corazón lo que tenían los christianos, que era lo que la santa iglesia romana tiene. Habiendo dicho esto muchas veces, y respondiendo siempre el Indio que sí, llamó a un sacerdote, el qual habiendo sabido todo el suceso, y que el Indio quería ser christiano, como lo decía muchas veces, lo bautizó con mucho contento de todos tres, del ministro, del bautizado, y de Alonso Ruiz, que fue el padrino (*Comentarios*, T. VII, cap. I, pp. 5-6).

Alonso Ruiz recibió cincuenta mil pesos de oro, como su parte del saqueo del Cuzco. Con su dinero volvió a España, pero su conciencia le advertía que aquello no era bien ganado y decidió ir al emperador y le declaró su nombre que él era un conquistador, pero que quería devolver el dinero a Su Majestad pidiendo, si fuera

posible una pequeña parte para poder vivir. El emperador, conmovido con la resolución de Alonso Ruiz, le había otorgado un vitalicio permanente, que sus descendientes heredarían, además de una aldea, Marta, en las afueras de Truxillo, ciudad natal de Alonso Ruiz, heredad en mayorazgo perpetuo.

14. Diego de Almagro y su ida a Chile y al Cuzco; Alvarado y su llegada

El Inca Garcilaso interpreta la ida de Diego de Almagro a Chile como la causa de las disensiones que se dieron entre los españoles:

El primer Español que descubrió a Chili fue Don Diego de Almagro, pero no hizo más que darle vista y volverse al Perú, con innumerables trabajos que a ida, y vuelta pasó. La qual jornada fue causa de la general rebelión de los Indios del Perú, de la discordia que entre los dos gobernantes después hubo, de las guerras civiles que tuvieron, y de la muerte del mismo Don Diego de Almagro, preso en la batalla que llamaron de las Salinas, y de las del marqués Don Francisco Pizarro, y de Don Diego de Almagro el mestizo, que dio la batalla que llamaron de Chapas (*Comentarios*, T. IV, cap. XXX, pp. 249-250).

Por otra parte, en vez de seguir el itinerario hacia el mediodía, como acordado, Almagro se dirigió al Cuzco, habiendo sabido de las riquezas de la ciudad sagrada. Hernando Pizarro lo condenó a muerte por haber ido al Cuzco. Lo mismo hizo Alvarado que, después de encontrar a Almagro que había sido ordenado por Pizarro de prevenir el desembarque de Alvarado, hizo un acuerdo con él de compartir el botín y de dejar a sus hombres que decidieran libremente dónde ir, todo lo cual, ante la perspectiva de los templos del Cuzco con las paredes cubiertas de oro y plata, fue fácil de prever. Todos se dirigieron al Cuzco a marchas forzadas y a juntarse con el gobernador Pizarro. El Inca Manco aún esperaba obtener la devolución de su imperio y decide encontrar al gobernador Pizarro, acompañado de un fuerte ejército bajo las órdenes de Quizquiz, maese de campo de los indios. Recibido con todos los honores, el Inca Manco pide la devolución y Pizarro le sugiere que se ponga la borla colorada en la cabeza que es la señal del rey. En Cuzco se hace una gran fiesta para celebrar la paz entre los incas y los viracochas, o sea, los españoles, así llamados por los indios, por su fama de guerreros invencibles.

En el cap. VI del Tomo VII, se describe la ida al Cuzco de Diego de Almagro y Pedro de Alvarado, para reunirse al otro gobernador, Francisco Pizarro, ya en la ciudad imperial y sagrada. En el camino se enteran que Quizquiz se halla en la región de los Cañaris, con mucha gente, oro, plata, ropa muy preciada y mucho ganado. Quizquiz había recibido instrucciones de Inca Titu Atauchi, hermano de Atahualpa, que le había entregado las capitulaciones preparadas por Francisco

Chávez en que se declaraba la voluntad del Inca Huayna Capac de obedecer a los viracochas que eran también hijos del sol y de servirles como deseaban. Quizquiz, a la espera del anuncio de la paz, confía en la buena fe de los españoles:

Por estas persuasiones, y con la esperanza del cumplimiento de sus capitulaciones, estaba Quizquiz descuidado de la guerra; y aunque supo que los gobernadores iban hacia él, no se escandalizó ni hizo alboroto de armas, solamente envió una compañía de cien soldados, que eran las menores que los Incas traían en la guerra, con un centurión, que los historiadores Gómara y Zárate llaman sotaorco, por decir zocraorco, que quiere decir seis cerros. Zocra es el número seis, y orco quiere decir cerro, porque este capitán nació en el campo, entre altísimas sierras, como las hay en aquella tierra, andando su padre en la guerra, y su madre con él: debió de ser por alguna necesidad forzosa. Ahora es de saber, que por guardar la memoria de su extraño nacimiento, que fue en la guerra, que nunca tal acaecía, porque las mugeres no andaban en ella con sus maridos, le dieron este nombre, porque a una mano y a otra donde nació había seis cerros muy altos que se aventajaban de los demás que por allí había. De manera que solo en el nombre encerraron toda la historia, con el tiempo y lugar del nacimiento de aquel capitán. A esta semejanza eran las tradiciones de sus historias anales, que porque se conservasen en la memoria, las cifraban en pocas palabras que comprendiesen el suceso del hecho, o lo encerraban en versos breves y compendiosos, para que les acordasen la historia, la embajada, la respuesta del rey o del otro ministro, la oración hecha en paz o en guerra, lo que mandaba tal o tal ley, con sus penas y castigos, y todo lo demás que tenían, y por tiempo sucedía en su república. Lo qual tomaban en la memoria los historiadores y contadores, y por tradición lo enseñaban a sus hijos y sucesores, que las cifras y los versos breves, y las palabras sueltas, como el nombre de este capitán, y otros que hemos declarado y declararemos si se nos ofrecieren, no servían más que de traer lo que en sí contenían a la memoria del contador e historiador, que ya lo sabía por tradición. El qual, tomando sus memoriales, que eran los ñudos, señales y cifras, leían por ellas sus historias, mejor y más apriesa que un Español por su libro, como lo dice el P. Acosta, lib. 6, cap. 8, y era porque lo sabía de memoria, y no estudiaba en otra cosa día y noche, por dar buena cuenta de su oficio. Todo esto hemos dicho atrás: fuenos forzoso repetirlo aquí, por el exemplo tan apropiado como se ofreció con el nombre del capitán Zocraorco. Al qual envió el maese de campo Quizquiz, sabiendo que los Españoles iban hacia él, para que supiese el ánimo de ellos, y le avisase con lo que alcanzase a saber. El capitán fue no tan recatado como le conviniera, pues le prendieron los que él iba a espiar, y lo llevaron a D. Pedro de Alvarado. El qual, habiéndose informado dónde y cómo quedaba Quizquiz, y la gente que tenía, determinó caminar apriesa, y viéndose cerca, dar una trasnochada para tomarlo desapercibido: así fue con una buena vanda de caballos que llevó consigo. Los quales hallaron los caminos tan ásperos, que quando llegaron una jornada de Quizquiz, llevaban desherrados casi todos los caballos. Aquella noche la pasaron sin dormir, herrando los caballos con lumbres, como lo dicen ambos autores.⁶⁴ Y que otro día caminaron a gran priesa,

⁶⁴ Es probable que Garcilaso se refiera a Gómara y Zárate, los dos autores que cita con más frecuencia.

porque alguna de la mucha gente que topaban no volviese a dar mandado al Quizquiz de su venida, y nunca pararon hasta que otro día tarde llegaron a vista del real de Quizquiz. Y como él los vido, se fue con una parte con todas las mugeres y gente servil, etc. Hasta aquí es de Agustín de Zárate sacado a la letra, y casi lo mismo dice Gómara. Lo qual es bastante prueba de que el maese de campo Quizquiz iba descuidado de dar guerra a los Españoles, ni recibirla de ellos; porque si la pensara dar, no fuera rodeado de mugeres y gente servil, ni sus soldados eran tan bisoños, que si su capitán los hubiese apercebido, dexara de avisarle sin volver atrás: que bastaba pasar la palabra de unos a otros para que el aviso llegara en un momento. Mas todo este descuido de Quizquiz y de los suyos era providencia del cielo en favor de los Españoles, porque habían de ser predicadores del santo Evangelio; y ellos también iban ignorantes de la paz y amistad que Quizquiz pretendía, y de las capitulaciones que Francisco de Chaves llevó; porque quando él llegó con ellas al Cozco, donde el gobernador estaba, ya D. Diego de Almagro, que era el que podía llevar las nuevas de ellas, había salido del Cozco en busca de D. Pedro de Alvarado; y así iban los Españoles ansiosos de destruir a Quizquiz, porque no sabían su buena intención, que si tuvieran aviso de ella, la aceptarían muy de grado, porque también deseaban ellos la paz como los Indios (*Comentarios*, T. VII, cap. VI, pp. 49-55).

Capítulo original que, no solamente resume la situación histórica de acuerdo a fuentes de prestigio como Gómara y Zárate, sino que aclara, a través de la explicación del nombre del capitán enviado por Quizquiz a espiar el ejército español, el sistema mnemónico de los Incas, la técnica lingüística utilizada para leer los “nudos y colores” del quipus. Este ejercicio mnemónico según Garcilaso puede ser superior a la lectura y escritura tradicional empleada por los españoles y afirmada en la tradición occidental. Se trata pues de otra defensa de la tradición oral en la que la técnica mnemónica de los Incas según Garcilaso ofrecía un método simplificado y veloz para transmitir nociones y hechos.⁶⁵ El otro aspecto importante de este capítulo es la actitud confiada de Quizquiz, que se fundamenta en la buena fe de los españoles, determinando el alejamiento de su ejército, hacia la región de Quito, de manera que cuando se entera que los españoles al mando de Diego de Almagro se acercan a su posición, para evitar la acción de los caballos, trepa con los suyos en las alturas pre-andinas, abruptas y sembradas de grandes rocas—las galgas—que, lanzadas por los indios, hieren y matan caballos y españoles:

Almagro se vio bien fatigado de las galgas,⁶⁶ que le mataron gente y caballos y él estuvo a peligro de muerte; por lo qual le convino retirarse apriesa, y tomar otro camino menos áspero con que atajó a Huaypallca. El qual, viéndose entre los dos

⁶⁵ Los quipus, tiras de cordeles que contienen nudos de distintos colores, son ordenadores rudimentarios, capaces, tras un entrenamiento riguroso, de solicitar el proceso mnemónico del cronista indio.

⁶⁶ “galgas” eran grandes piedras acumuladas en las peñas que bajaban dando saltos.

gobernadores,⁶⁷ se recogió a una peña asperísima, donde se defendió valerosamente hasta la noche, porque los caballos no podían ofenderles, ni los infantes tan poco; porque para acometer y huir en sierras tan ásperas como son aquellas, hacen los Indios ventaja a los Viracochas, porque no andan cargados de ropa y armas defensivas como ellos. Venida la noche, con la obscuridad de ella, se retiró Huaypallca con los suyos y se puso en salvo. El día siguiente se vieron los españoles con la retaguardia de Quizquiz, que como no pensaba pelear, caminaba con su ejército dividido en vanguardia y retaguardia, con mangas a los lados, quince leguas y más en medio de los unos a los otros, como lo dice Zárate, lib. 2. Cap. 12; y en el mismo capítulo, poco adelante dice lo que se sigue: D. Diego [Almagro] y D. Pedro [Alvarado] recogieron todos los Españoles y los Indios con la obscuridad se salieron y se fueron a buscar a Quizquiz, y hallaron después, que los tres mil Indios que iban a la parte izquierda, habían descabezado catorce Españoles que tomaron por un atajo; y así procediendo por su camino, toparon con la retaguardia de Quizquiz. Y los Indios se hicieron fuertes al paso de un río, y en todo aquel día no dexaron pasar a los Españoles; antes ellos pasaron por la parte de arriba, a donde los Españoles estaban a tomar una alta sierra, y por ir a pelear con ellos hubieran de recibir mucho daño los Españoles, porque aunque se querían retraer, no podían por la maleza de la tierra, y así fueron muchos heridos, especialmente el capitán Alonso de Alvarado, a quien pasaron un muslo, y a otro Comendador de San Juan: y toda aquella noche los Indios tuvieron mucha guardia. Mas quando amaneció, tenían desembarazado el paso del río, y ellos se habían hecho fuertes en un alta sierra, donde se quedaron en paz; porque D. Diego de Almagro no se quiso más allí detener, etc. Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Gómara dice lo mismo, cap. 130, que es lo que se sigue: A pocas leguas de camino, ya que Quizquiz iba huyendo, toparon nuestros Españoles en su retaguardia, que como los vido, se puso a defender que no pasasen un río. Eran muchos: unos guardaron el paso, y unos pasaron el río por muy arriba a pelear, pensando matar y tomar en medio los cristianos. Tomaron una serrezuela muy áspera por ampararse de los caballos, y allí pelearon con ánimo y ventaja. Mataron algunos caballos, que con la maleza de la tierra no podían revolverse, e hirieron muchos Españoles, y entre ellos a Alonso de Alvarado de Burgos, en un muslo, que se lo pasaron, y aína mataran a D. Diego de Almagro, etc. Hasta aquí es de Francisco López de Gómara. Los Españoles que murieron peleando, y los que después murieron de las heridas que sacaron de aquellos tres reencuentros, fueron cinquenta y tres, con los catorce que Zárate dice: otros dieciocho sanaron de las heridas. Los caballos que mataron fueron treinta y quatro, y uno de ellos fue el de D. Diego de Almagro, que le dio una galga en la pospierna a soslayo y se la quebró, y cayeron ambos en tierra, de que escapó D. Diego bien fatigado: fue ventura no cogerlos la galga de lleno, que al caballo y caballero hiciera pedazos. De los Indios murieron poco más de sesenta, porque la aspereza del lugar era guarida para ellos, y muerte para los Españoles y sus caballos. Por esta causa no quiso Don Diego de Almagro detenerse a combatir los Indios que se habían fortificado en aquel cerro; porque el sitio era de mucha ventaja para los Indios, y muy en contra de los Españoles, porque no podían valerse ni de sí ni de sus caballos, y así no quiso Don Diego ver más daño y pérdida de sus

⁶⁷ Diego de Almagro y Pedro de Alvarado.

compañeros, que fue muy grande la de aquellos dos días; y el P. Gómara lo da bien a entender en suma, en el título del capítulo donde cuenta este hecho, que dice capítulo ciento y treinta, de un mal reencuentro que recibieron los nuestros de la retaguardia de Quizquiz, etc. Y el P. Blas Valera, haciendo mención de las batallas memorables y perdidas de parte de los Españoles que en el Perú hubo, nombra ocho, las mayores y más peligrosas, sin otras de menos cuenta; y ésta pone por la primera, y la nombra la batalla de Quito, porque fue en sus confines (*Comentarios*, T. VII, cap. VII, pp. 58-64).

15. *La rebelión del Príncipe Manco Inca y el cerco de Cuzco*

Después que el gobernador Francisco Pizarro le dijo al Manco Inca, hermano de Huáscar y de Atahualpa, que se pusiera la borla roja en su cabeza, símbolo del poder imperial del Inca, los españoles siguieron tratando a los Indios y a sus templos y riquezas, como botín de guerra. Por lo cual, Manco Inca se quejó con los suyos:

El Inca mandó que la gente de guerra se recogiese hacia el Cozco y hacia la ciudad de los Reyes, a convatir los Españoles y a destruirlos. Mandó que matasen todos los que estaban derramados por el reyno sacando oro por las minas, que con la paz y buen servicio que los Indios les hacían, se atrevían a andar tan sin recato como si estuvieran en sus tierras: de los quales mataron muchos en diversas partes. Con este principio llegaron al Cozco con el mayor secreto que pudieron el día que les señalaron; y luego la noche siguiente acometieron a los Españoles repentinamente, con gran alarido y estruendo, porque eran más de doscientos mil Indios los que vinieron. Los más de ellos tenían arcos y flechas, y fuego en ellas con yesca encendida. Tiráronlas a todas las casas de la ciudad generalmente, sin respetar las casas reales: solamente reservaban la casa y templo del sol, con todos los aposentos que tenían dentro, y la de las vírgenes escogidas, con las oficinas que había de las cuatro calles adentro, donde la casa estaba. En estas dos casas no tocaron por tener respeto a cuyas eran; que aunque estaban despojadas de sus riquezas, y desamparadas de la mayor parte de sus habitantes, quisieron tenerle veneración por no caer en el sacrilegio que ellos tanto temían de su vana religión (*Comentarios*, T. VII, pp. 166-167).

La defensa del Cuzco por parte de los Pizarro y sus soldados es una página épica, en la que no faltan acciones individuales heroicas y apariciones milagrosas, dignas de los héroes de la Reconquista:

Así vino el Inga con todo su poder sobre el Cuzco, y la tuvo cercada más de ocho meses, y cada lleno de luna la combatía por muchas partes, aunque Hernando Pizarro y sus hermanos la defendían valientemente, con otros muchos caballeros y capitanes que dentro estaban, especialmente Gabriel de Roxas, Hernando Ponce de León, Don Alonso Enríquez, el tesorero Riquelme y otros muchos que allí había, sin quitar las armas de noche ni de día, como hombres que tenían por cierto que ya

el gobernador y todos los otros Españoles eran muertos de los Indios, que tenían noticia que en todas las partes de la tierra se habían alzado. Y así peleaban y se defendían como hombres que no tenían más esperanza de socorro sino en Dios y en el de sus propias fuerzas: aunque cada día los disminuían los Indios, hiriendo y matando en ellos. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, el qual en pocas palabras dice el grande aprieto y peligro que aquellos conquistadores pasaron en aquel cerco, donde la mucha y esforzada diligencia que hacían para buscar de comer, no los librara de muerte de hambre, si los Indios que tenían domésticos no los socorrieran como buenos amigos, los quales, dando a entender que negaban a sus amos, se iban a los Indios enemigos, y andaban con ellos de día; y por ganar crédito hacían que peleaban contra los Españoles, y a la noche volvían a ellos con toda la comida que podían traer. Lo qual también lo dicen Gómara y Zárate, aunque muy brevemente; y en todo este alzamiento del Inca van cortos,⁶⁸ principalmente en las maravillas que Jesu Christo nuestro Señor obró en el Cozco⁶⁹ en favor de los Españoles, donde fue el mayor peligro de ellos, y la mayor furia de los Indios. Llegó el peligro a tanto que a los once o doce días del cerco andaban ya muy fatigados los Españoles, y también sus caballos, de los muchos rebatos y peleas que cada día tenían, y de el hambre que padecían, que ya no podían llevarla. Eran ya muertos treinta christianos, y heridos casi todos, sin tener con que curarse. Temían que a pocos días más habían de perecer todos; porque ni ellos podían valerse, ni esperaban socorro de parte alguna sino del cielo (...). El príncipe Manco Inca, que miraba la batalla de un alto, esforzaba a los suyos, nombrándolos por sus provincias y naciones, con gran confianza de verse aquel día señor de su imperio. A esta hora, y en tal necesidad, fue nuestro Señor servido favorecer a sus fieles con la presencia del bienaventurado apóstol Santiago, patrón de España, que apareció visiblemente delante de los Españoles, que lo vieron ellos y los Indios encima de un hermoso caballo blanco, embrazada una adarga, y en ella su divisa de la orden militar, y en la mano derecha una espada que parecía relámpago, según el resplandor que echaba de sí. Los indios se espantaron de ver el nuevo caballero, y unos a otros decían: ¿Quién es aquel Viracocha que tiene la ilapa en la mano? Que significa relámpago, trueno y rayo. Donde quiera que el Santo acometía, huían los infieles como perdidos y desatinados: ahogábanse unos a otros huyendo de aquella maravilla. Tan presto como los indios acometían a los fieles por la parte donde el Santo no andaba, tan presto lo hallaban delante de sí, y huían de él desatinadamente. Con lo qual los Españoles se esforzaron y pelearon de nuevo, y mataron innu-

⁶⁸ Garcilaso les reprocha a estos dos cronistas el haber dejado caer de su pluma las apariciones milagrosas a las que los defensores españoles del Cuzco, que se enfrentaban a doscientos mil indios, creyeron deber su salvación. Esta tradición de la aparición de la Virgen en el momento del peligro se remonta al origen del cristianismo occidental, cuando el emperador Constantino vio en el cielo la inscripción con una cruz que decía *In hoc signo vinces*—bajo este signo ganarás—en la batalla del puente Milvio contra el emperador pagano Masencio. Es también la tradición de la Reconquista en la que la invocación del Santo Patrono Santiago era el grito de batalla de las huestes cristianas. Garcilaso quiere con esta tradición reforzar los lazos entre los conquistadores del Nuevo Mundo y los reconquistadores de España, rasgo ya determinante en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo.

⁶⁹ El manuscrito de Garcilaso deletrea la ciudad imperial como *Cozco*, pero a veces como *Cuzco*.

merables enemigos sin que pudieran defenderse, y los Indios se acobardaron de manera, que huyeron a más no poder, y desampararon la pelea. Así socorrió el apóstol aquel día a los christianos, quitando la victoria que ya los infieles tenían en las manos, y dándosela a los suyos. Lo mismo hizo el día siguiente, y todos los demás que los indios querían pelear: que luego que arremetían a los christianos, se atontaban y no sabían a qué parte echar, y se volvían a sus puestos; y allá se preguntaban unos a otros ¿qué es esto? ¿Cómo nos hemos hecho vtic, zampa, llaclla? Que quiere decir tonto, cobarde, pusilánime. Mas no por eso dexaron de porfiar en su demanda, como veremos que más de ocho meses mantuvieron el cerco (*Comentarios*, T. VII, cap. XVII, pp. 173-181).

El cerco de Cuzco por los indios y la resistencia heroica de los españoles reproduce la épica renacentista del *Orlando Furioso* de Ariosto, con la hueste musulmana de Agramante que lucha contra los guerreros cristianos de Carlomagno, pero, a diferencia del poema ariostesco, se nutre de la herencia de la Reconquista con la tradición del apóstol Santiago que interviene a favor de la hueste cristiana. En esto Garcilaso anticipa a Lope de Vega que en la *Jerusalén Conquistada* hace figurar el rey de Castilla Alfonso al lado de Ricardo Corazón de León en la Tercera Cruzada. Además del apóstol Santiago, los defensores españoles del Cuzco contemplan con devoción la aparición de la Virgen con el Niño Jesús. Antes de esta aparición se da otro fenómeno que podemos definir asombroso, o sea la ayuda de los indios criados de los defensores españoles. El príncipe Manco llamó a sus capitanes y quiso una explicación de la derrota en el momento en que parecía que la victoria sería inminente y segura. Los capitanes respondieron que un nuevo viracocha, con la yllapa en la mano, los había atemorizado y hecho huir. El Inca dispuso que el próximo ataque sería de noche para evitar que sus soldados viesan el nuevo Viracocha:

Venida la noche que el Inca señaló, salieron los Indios apercebidos de sus armas, con grandes fieros y amenazas de vengar las injurias pasadas, con degollar los Españoles. Los quales, avisados de sus criados los Indios domésticos que les servían de espías, de la venida de los enemigos, estaban armados de sus armas, y con gran devoción llamando a Christo nuestro Señor, a la Virgen María su madre y al apóstol Santiago, que les socorriesen en aquella necesidad y afrenta. Estando ya los Indios para arremeter con los christianos, se les apareció en el ayre Nuestra Señora con el Niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos. Los infieles, mirando aquella maravilla, quedaron pasmados: sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos, que no sabían dónde estaban. Tuvieron por bien volver a su alojamiento antes que los Españoles saliesen a ellos. Quedaron tan amedrentados, que en muchos días no osaron salir de sus quarteles. Esta noche fue la décima séptima que los Indios tuvieron apretados a los Españoles, que no los dexaban salir de la plaza, ni ellos osaban estar sino en esquadron de día y de noche. De allí adelante, con el asombro que Nuestra Señora les puso, les dieron más lugar, y les cobraron gran miedo. Pero como la infidelidad sea tan ciega, pa-

sados algunos días, que bastaron para perder parte del miedo, volvió a incitar a los suyos a que volviesen a guerrear a los fieles. Así lo hicieron con el gran deseo que tenían de restituir el imperio a su príncipe Manco Inca. Mas lo que les sobraba de deseo les faltaba de ánimo para restituírselo, por las maravillas que habían visto; y así, como gente acobardada, no hacían más que acometimientos, y dar grita y arma de día y de noche para inquietar los Españoles, ya que no fuese para pelear con ellos (*Comentarios*, T, VII, cap. XVIII, pp. 183-187).

Los españoles aprovechan el descanso inesperado para curar sus heridas, ayudados de sus criados indios que traen yerbas medicinales y bastimentos. Lograda la reconquista de un edificio con un gran salón, lo utilizan como hospital y para curar a los heridos, levantando en él una capilla en honor de la Virgen. Garcilaso recuerda que a ella, como veremos, la devoción de los indios ha dedicado una serie de apelativos cariñosos en quechua:

Para curar las heridas, como para todas las demás necesidades, fueron de gran provecho los Indios domésticos, que también traían yerbas para curarlas como para comer: que según al principio diximos, hay muchos de ellos grandes erbolarios. Viendo esto, decían los mismos Españoles, que no sabían qué fuera de ellos según estaban desamparados, sino fuera por el socorro de estos Indios, que les traían maíz y yerbas, y de todo lo que podían haber para comer y para curarse; y lo dexaban ellos de comer porque lo comiesen sus amos, y les servían de espías y atalayas para avisarles de día y de noche con señas y contraseñas de la determinación de los enemigos. Todo lo qual atribuían también a milagro de Dios, viendo que aquellos Indios en su misma tierra y contra los suyos propios se mostrasen tan en su favor y servicio de los Españoles. Demás de la Providencia divina, también es prueba del amor y lealtad que atrás diximos que aquellos Indios tienen a los que les rinden en la guerra: que como todos estos eran rendidos en ella, en las batallas y reencuentros pasados, por su natural inclinación, y por su milicia, demás de la voluntad divina, tenían aquella fidelidad a sus amos, que murieran cien muertes por ellos. Y de aquí nació que después de apaciguado aquel levantamiento de los Indios, los naturales del Cozco, y las demás naciones que se hallaron en aquel cerco, viendo que la Virgen María los venció y rindió con su hermosísima vista, y con el regalo del rocío que les echaba en los ojos, le hayan cobrado tanto amor y afición, demás de enseñárselo la fe católica que después acá han recibido, que no contentos con oír a los sacerdotes los nombres y renombres de la Virgen le dan en la lengua latina y en la castellana, han procurado traducirlos en su lengua general, y añadir los que han podido, por hablarle y llamarle en la propia y no en la extranjera, quando la adorasen y pidiesen sus favores y mercedes. De los nombres pondremos algunos, para que se vea la traducción y la interpretación de los Indios. Dicen Maman-chic, que es Señora y madre nuestra. Coya, Reyna; Nusta, Princesa de sangre real; Zapay, única; Yurac aminzay, azucena blanca; Chasca, lucero del alba; Citoccoyllor, estrella resplandeciente; Huarcarpaña, sin mancilla; Mana chancasca, no tocada, que es lo mismo que inviolada; Tazque, Virgen pura; Diospa Maman, madre de Dios; También dicen Pachacamacpa Maman, que es madre del hacedor y sustentador del universo. Dicen Huac chacayac, que es amadora y bienhechora de po-

bres, por decir madre de misericordia, abogada nuestra; que no teniendo estos vocablos en su lengua con las significaciones al propio, se valen de los asonantes y semejantes. Demas de la afición a la Virgen, pasan con la devoción y amor a la bienaventurada señora Santa Ana, y la llaman Mamanchicpa Manan, Madre de nuestra madre; Coyanchicpa Maman, Madre de nuestra Reyna, y por el semejante los demás nombres arriba dichos. Dicen también Dispa Payan, que es abuela de Dios. Este nombre Paya, propiamente quiere decir vieja; y porque las abuelas de fuerza han de ser viejas, y más donde se casaban tan tarde como en aquel imperio, les daban el nombre, no por afrenta, sino por mucha honra, porque significa lo mismo que abuela (*Comentarios*, T. VII, cap. XVIII, pp. 186-190).

Garcilaso se demora en contar varios episodios de heroísmo por parte de indios y españoles, siempre subrayando que fue la providencia divina que protegió los sobrevivientes defensores frente a la multitud de los enemigos. Al verlos sin el arrojo de antes, sino atemorizados por las apariciones, los españoles dieron en salir y tratar de desalojar a los indios de la fortaleza. En una de estas salidas hirieron mortalmente a Juan Pizarro, el más joven de los Pizarro y el que se había ganado la admiración y el afecto de todos:

Los Indios [de la fortaleza] se defendieron valientemente, que en seis días no pudieron sujetarlos. Una noche de aquellas, habiendo peleado todo el día los unos y los otros con mucho valor, se retiraron a sus puestos, donde Juan Pizarro, hermano del marqués Don Francisco Pizarro, que de días atrás andaba herido, y podía sufrir mal la celada que traía, se la quitó antes de tiempo, que luego que se la quitó, llegó una piedra tirada con honda, y le dio una mala herida en la cabeza, de que murió dentro de tres días. La qual muerte, como lo dice Agustín de Zárate, por estas mismas palabras: Fue gran pérdida en toda la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente y experimentado en las guerras de los Indios, y bien quisto y amado de todos (*Comentarios*, T, VII, cap. XIX, pp. 207-208).

La rebelión del Manco Inca es de tal magnitud que también la ciudad de los Reyes está cercada. Francisco Pizarro, que se encontraba en esa ciudad al estallar la rebelión, no habiendo recibido noticias de sus hermanos en el Cuzco, teme que los indios los hayan matado a todos. Viendo el peligro de perder las conquistas logradas con tantos sacrificios y esfuerzo, pide ayuda a la Nueva España. Varios conquistadores responden al pedido y llegan con refuerzos, haciendo la lucha en los Reyes más llevadera para el gobernador que decide enviar refuerzos al Cuzco, pero estos refuerzos, perdidos en los riscos y matas, suman unos cuatrocientos españoles entre jinetes e infantes que incurren todos en acechos entre los peñascos a oriente de los Reyes, como afirma el padre Blas Valera:

Lo mismo dice el padre Blas Valera, que fueron más de setecientos Españoles los que mataron en aquel levantamiento, que cerca de trescientos fueron los que

degollaron en las minas y heredades, donde andaban derramados buscando sus provechos; y los quatrocientos y setenta fueron los del socorro (*Comentarios*, T. VII, cap. XXI, p. 228).

En el cerco de los Reyes, los indios que esperaban destruir la ciudad y matar al gobernador y a todos los españoles, experimentan dificultades que pronto asignan a la voluntad del Pachacamac, hacedor y protector del universo, que ha permitido la resistencia de pocos españoles frente a una multitud de indios que toman un ejemplo para confirmar sus temores: el río que en ese entonces separaba la ciudad de los Reyes de las colinas que llevan a los Andes, río que ahora se llama Rimac y que se ha convertido en un canal de desagüe que atraviesa la periferia de Lima, se consideraba una defensa natural para el ejército de los indios, porque podían vadearlo y oponerse a los arrebatos de los caballos, el arma más temible de los españoles. Pero cuando los indios vieron que los caballos de los españoles, que por mucho tiempo no podían vadearlo sin peligro, lo atravesaban a la carrera casi sin tocar el agua y, en cambio, los guerreros indios, que antes lo vadearon sin dificultad, de pronto se ahogaban, temieron que el dios Pachacamac hubiese ordenado a los elementos de ir contra ellos:

Con estas imaginaciones, y por mejor decir, obras de Dios, fueron los Indios desmayando de día en día: que de allí adelante no hicieron cosa de momento, más de asistir al sitio por cumplir con sus mayores, antes que por esperar de hacer cosa que bien les estuyese. Los Indios familiares daban cuenta a sus amos de todo lo que sus contrarios hablaban y temían. Los Españoles, habiendo notado las maravillas que Dios nuestro Señor hacía por ellos, y sabiendo que los Indios las sentían y hablaban en ellas, le daban muchas gracias por todo, y decían que aquel río había sido para ellos y para los Indios lo que el mar Bermejo para el pueblo de Israel y para los Egipcios. Y porque las mayores batallas y victorias que tuvieron fueron en las riberas de la una parte y otra de aquel río, cobraron particular devoción al bienaventurado Señor San Christóbal, trayendo a la memoria lo que en común se dice, y en las iglesias se pinta de la merced y favor que el Señor al santo hizo en el río. Y así en aquellas batallas y reencuentros, apellidaban su nombre juntamente con el del apóstol Santiago: y después de aquel cerco, en memoria de este Santo, llamaron cerro de san Christobal al cerro donde los Indios tuvieron la mayor fuerza de su ejército, que está cerca de la ciudad, río en medio; porque en él acabaron de vencer y destruir a los Indios⁷⁰ (*Comentarios*, T. VII, cap. XXI, pp. 237-239).

⁷⁰ El cerro de San Cristóbal es alto unos 400 metros. Hoy tiene en su punto más alto, una cruz de veinte metros y un museo donde se cultiva la fe y la historia del Perú. A sus pies surge la ciudad de Rimac y más allá del río del mismo nombre, la metrópolis de Lima. Hace unos años, con Ann, mi mujer, en ocasión de un congreso internacional en la Universidad de San Marcos en Lima, fuimos en taxi a visitar el cerro. El camino hasta la cruz es bonito, pues sube rápidamente a una altura que permite ver el panorama; el descenso, siempre en taxi, nos recordó el de las montañas rusas del Valdosta

16. Llegada de Almagro al Cuzco y fin del cerco

Preocupado por la suerte de los españoles en el Cuzco, Almagro, desde Chile, se dirigió hacia la ciudad asediada, donde pensaba poder convencer a los Pizarro, en ausencia del gobernador, empeñado en la defensa de los Reyes, de sus derechos sobre la ciudad imperial. El Príncipe Manco Inca marchaba con su gente hacia el Cuzco para cerciorarse del estado de sus tropas. Enterado que Diego de Almagro se dirigía al Cuzco, y sin saber las intenciones de Almagro contra los Pizarro, Manco Inca planeó matar a Almagro, convencido que con su muerte daría un golpe mortal a la defensa del Cuzco. Pero Almagro, veterano de tantos encuentros peligrosos fue a hablarle para tratar de convencerle a aliarse con él, para lograr sus planes de dominio del Perú. Fue a hablar a Manco Inca con una buena escolta, mientras Hernando Pizarro, al enterarse de la cercanía de Almagro, envió un mensaje a uno de sus capitanes, Juan de Saavedra, para convencerle a unirse a sus fuerzas:

Ellos se vieron y hablaron, mas ninguno salió con su intención; porque D. Diego, como soldado prudente, fue bien acompañado de los suyos, así de a pie como de a caballo, de manera que no se atrevieron los Indios a intentar cosa alguna contra él: ni el Inca quiso inclinarse al bando de D. Diego; y así apartado de él dixo, que deseando restituirse en su imperio, no le estaba bien favorecer y ayudar ninguna de las partes; y aunque los suyos le dixeron que aceptase la demanda, y entretuviese la guerra hasta que los mismos Españoles se hubiesen gastado y muerto unos a otros, y que entonces con más facilidad podrían dar sobre los que quedasen, y acabarlos todos, el príncipe respondió, que no era de reyes Incas faltar la palabra a los que una vez se la hubiese dado, ni dañar a los que hubiese recibido debaxo de su favor y amparo; que más quería perder su imperio que hacer cosa que no debiese a Inca. Entre tanto que D. Diego de Almagro fue a verse con el Inca, envió Hernando Pizarro a tentar a Juan de Saavedra, que quedaba con la gente de Almagro, que se le entregase, que le haría grandes partidos de honra y provecho. Más Juan de Saavedra, que era caballero, de la muy noble sangre que de este apellido hay en Sevilla, y él por sí de gran bondad y virtud, no hizo caso de los partidos, por no hacer cosa contra su honor. Así quedaron los tres bandos a la mira unos de otros sin quererse avenir. El Inca, visto y considerado que D. Diego de Almagro había vuelto de Chili, y que traía más de quatrocientos y cincuenta Españoles, aunque allá había perdido casi doscientos en el paso de la Sierra Nevada, y en la conquista de aquel reyno; y que pues en tantos meses no había podido sujetar ciento y setenta de ellos, menos sujetaría ahora seiscientos, que aunque al presente estaban divididos y enemistados, en acometiendo cualquiera de las partes se habían de juntar todos y ser contra los Indios; y que llevar adelante la guerra, no era sino muerte y destrucción de los suyos, como la experiencia lo mostraba, que en poco más de un año que se habían alzado, faltaban más de quarenta mil de ellos,

Wild Adventure Theme Park, en el sur del estado de Georgia, el parque de diversión que a veces constituía nuestra diversión los fines de semana desde Tallahassee, Florida, a unos cien kilómetros de nuestra residencia allí.

que habían muerto a manos de sus enemigos, de el hambre y de los demás trabajos y persecuciones que la guerra trae consigo, y que no se permitía dexarlos perecer todos por alcanzar una cosa que cada día se mostraba más dificultosa; habiendo consultado estas cosas con los pocos parientes que tenía, se resolvió dexar la guerra (*Comentarios*, T. VII, cap. XXII, pp. 244-248).

Después de hablarle a su gente, explicando largamente lo que ya se ha aprendido del relato de Garcilaso, Manco Inca anuncia su propósito de retirarse en las montañas de los Andes, lejos de los españoles, defendido por la asperidad del lugar; mas un español, que él había acogido porque huía de los suyos, lo mató a traición.

17. ¿Medir o no medir? Ésta es la cuestión de las diferencias entre los conquistadores del Perú

Garcilaso describe una diferencia fundamental entre Almagro y Pizarro, como el historiador enuncia al comienzo del relato que hace prever la cuestión que degenera en guerra civil:

Don Diego de Almagro y Hernando Pizarro, viendo que el Inca se había ido, deshecho su ejército, y dexadoles su imperio libre, mostraron al descubierto sus pasiones, y convirtieron contra sí las armas, el uno por mandar y reynar, y el otro porque no reynase ni mandase (*Comentarios*, T. VII, cap. XXIV, p. 261).

La cuestión fundamental era la pretensión de Diego de Almagro que la ciudad del Cuzco y su territorio estaban fuera de los límites de las doscientas leguas que se le habían asignado a Francisco Pizarro y que en su opinión, medidas desde Quito, punto de referencia del comienzo de la gobernación de Francisco Pizarro, teniendo en cuenta todos los senos y puntas de la costa no llegaban a los Reyes y, por otra parte, medidas desde Quito hacia el Cuzco, teniendo cuenta de la extensión del Camino Real que llegaba al Cuzco, doscientas leguas no alcanzaban el Cuzco. De manera que, era la conclusión de Almagro, de cualquier modo que se midiesen las doscientas leguas, o por la costa o por el interior, la gobernación de Francisco Pizarro no podía incluir ni la ciudad imperial, ni la ciudad de los Reyes. En conclusión, la medición de las doscientas leguas asignadas a Almagro por Su Majestad, a continuación del límite de las de Francisco Pizarro, incluían la ciudad imperial del Cuzco y la región del Chile. Hernando Pizarro no aceptaba esa medición, pues exigía que se midieran las doscientas leguas según los grados comprendidos entre Quito y el Cuzco, prescindiendo de las vueltas y curvas del Camino Real. De esa manera, las doscientas leguas comprendían holgadamente la ciudad imperial del Cuzco. Eran dos interpretaciones que no podían coexistir. Almagro, fuerte de la superioridad de su ejército, tomó a Cuzco por la fuerza y, para tomar prisioneros

los dos hermanos Hernando y Gonzalo, prendió fuego a su posada; para no perecer en las llamas los dos hermanos se rindieron:

Los de dentro se dieron por no morir quemados. Prendieron a Hernando Pizarro, a Gonzalo Pizarro y a otros muchos deudos y amigos de ellos, que eran estremeños, de su patria, pusieron todos en Cassana en un aposento muy estrecho: aherrorjaranlos fuertemente para asegurarse de ellos. Los ministros de la discordia aconsejaban a D. Diego de Almagro que matase a Hernando Pizarro: decíanle que se acordase que siempre, desde la primera vez que vino de España, se había mostrado su enemigo, que nunca había hablado bien de él, que era hombre áspero y vengativo, de muy diferente condición de la de sus hermanos, que se había de vengar en pudiendo, y que hombre tal estaba mejor quitado de entre ellos. Almagro estuvo por hacerlo, mas Diego de Alvarado, Gómez de Alvarado, Juan de Saavedra, Bartolomé de Terrazas, Vasco de Guevara, Gerónimo de Costilla, y otros que eran hombres nobles, amigos de paz y quietud, lo estorbaron diciéndole, que no era razón quebrar tan del todo con el marqués habiendo sido tan buenos compañeros en todo lo pasado (*Comentarios*, T. VII, cap. XXIV, pp. 270-272).

Mientras tanto, Francisco Pizarro, que al no tener noticias del Cuzco, teme que sus hermanos hayan muerto, ha pedido ayuda de hombres y pertrechos a otras regiones conlindantes con el Perú. Paulatinamente recibe refuerzos de Hernán Cortés y de otros amigos de la Nueva España, Panamá, Nombre de Dios, Tierra Firme, Nicaragua y Huahutemallan. Habiendo reunido un poderoso ejército, piensa que podrá derrotar a Diego de Almagro y sale con su ejército de los Reyes, pero habiendo marchado por 25 leguas le llegan las noticias de la derrota de Amancay sufrida por Alonso de Alvarado, de la retirada de Manco Inca, de la muerte de su hermano más joven, Juan Pizarro y de la prisión de sus otros dos hermanos. Ante estas novedades, decide volverse a los Reyes y llegado allí se aconseja con el licenciado Espinosa, hombre cuerdo y prudente que le hace entender que si la noticia de la discordia entre Pizarro, gobernador del reino de Nueva Castilla, y Almagro, gobernador del reino de Nueva Toledo llegase a oído de S. M. el emperador, se daría la posibilidad que S. M. enviase otro gobernador en substitución de ambos. Pizarro decide enviar al licenciado Espinosa para verse con Almagro y tratar la paz. Le autoriza a concederle el gobierno del Cuzco a condición de poner en libertad a sus dos hermanos. Ante la oferta, Almagro, ensoberbecido y pensando que la oferta de Pizarro esconda su debilidad, la rechaza aparentando ser, en esa instancia, según Garcilaso, “movido de esta ambición y codicia, que son pasiones insaciables” (*Comentarios*, T. VII, cap XXVII, p. 315). Almagro, llevando consigo como prisionero a Hernando Pizarro, decide marchar hacia los Reyes para dar batalla a Francisco Pizarro y resolver con la fuerza la cuestión de la gobernación del Perú. Espinosa, ya en punto de muerte, predice que la decisión de Almagro provocará la

destrucción de ambos contendientes. Mientras, los más de un centenar de prisioneros en el Cuzco, divididos entre la Cassona y la fortaleza, logran sobornar a los carceleros y se evaden. Ante el peligro de una guerra fratricida entre españoles, Diego de Alvarado pide la ayuda de

Tres caballeros, que fueron D. Alonso Enríquez, el factor Diego Nánñez de Mercado y el contador Juan de Guzmán, que eran ministros de la hacienda de S. M., eligiólos porque como criados de su rey y señor tratasen sin pasión lo que al servicio real conviniese. El marqués los recibió, y entre todos se trataron muchos y grandes partidos, mas no pudieron avenirse en ninguno de ellos, por lo qual dixo el marqués, lo comprometiesen en una persona de ciencia y conciencia, y que pasasen por lo que él sentenciase. A esto consintió D. Diego de Almagro, y ambos se sujetaron a lo que Fr. Francisco de Bobadilla, provincial en aquellas partes de la orden de la Merced, sentenciase. Aquí difieren los autores, que Zárate no hace mención más que de este religioso, y Gómara nombra otros, a quien dice que nombró D. Diego, y le llama F. Francisco Husando. Que sean dos los jueces o uno solo, ambos historiadores conforman con la sentencia, por unas mismas palabras, y las de Zárate, lib. 3, cap. 8, son estas: Fr. Francisco, usando de su poder, dio entre ellos sentencia, por la qual mandó, que ante todas cosas fuese suelto Hernando Pizarro, y restituida la posesión del Cuzco al marqués, como de primero la tenía, y que se deshiciesen los ejércitos, enviando las compañías así como estaban a descubrir la tierra por diversas partes, y que diesen noticia de todo a S. M. para que proveyese lo que fuese servido. Y para en presencia se viesen y hablasen el marqués y Don Diego trató, que con cada doce de a caballo se viesen en un pueblo que se llama Malla, que estaba entre los dos ejércitos, y así se partieron a la vista; aunque Gonzalo Pizarro, no se fiando de las treguas ni palabras de D. Diego [de Almagro], se partió luego en pos de él con toda la gente, y se fue a poner secretamente junto al pueblo de Malla. Y mandó al capitán Castro que con quarenta arcabuceros se emboscase en un cañaveral que estaba en el camino por donde D. Diego había de pasar, para que si Don Diego traxese más gente de guerra de la concertada, disparase los arcabuces, y él acudiese a la seña de ellos. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, y no dice nada de Almagro. Del qual dice Gómara en este paso, capítulo ciento y quarenta, lo que se sigue. Almagro dixo, que holgaba de verse con Pizarro, aunque tenía por muy grave la sentencia; y quando se partió a las vistas con doce amigos, encomendó a Rodrigo Orgoñes, su general, que con el ejército estuviese a punto por si algo Pizarro hiciese, y matase a Hernando Pizarro, que le dexaba en su poder, si a él fuerza le hiciesen. Pizarro fue al puesto con otros doce, y tras él Gonzalo Pizarro con todo el campo. Si lo hizo con voluntad de su hermano o sin ella nadie creo que lo supo. Es empero cierto que se puso junto a Malla, y que mandó al capitán Nuño de Castro se emboscase con sus quarenta arcabuceros en un cañaveral junto al camino por donde Almagro tenía de pasar. Llegó primero a Malla Pizarro, y en llegando Almagro se abrazaron alegremente y hablaron en cosas de placer. Acercose uno de Pizarro antes que comenzasen el negocio a Diego de Almagro, y díxole al oído, que se fuese luego de allí, ca le iba en ello la vida. El cabalgó presto, y volvióse sin hablar palabra en aquello ni en el negocio a que viniera. Vio la emboscada de arcabuceros y creyó. Quejóse mucho de

Francisco Pizarro y de los frailes, y todos los suyos decían que de Pilatos acá no se había dado sentencia tan injusta. Pizarro, aunque le aconsejaron que lo prendiese, lo dexó ir diciendo que había venido sobre su palabra; y se disculpó mucho en que, ni mandó venir a su hermano, ni sobornó los frailes (*Comentarios*, T. VII, cap. XXVIII, pp. 323-328).

En este punto de la crisis, Diego de Alvarado renueva su convicción de que hay que evitar lo peor. Persuade a D. Diego de Almagro a soltar Hernando Pizarro. Garcilaso define a Diego de Alvarado como “caballero muy caballero en todas sus cosas: fue muy cuerdo y discreto” (*Comentarios*, T. VII, cap. XXIX, p. 333). Se percató que la sentencia de los religiosos había empeorado la situación. Diego de Almagro se retiró hacia el Cuzco, dando orden a su general Orgoños de seguirle en buen orden. Francisco Pizarro dio orden a Hernando Pizarro de ir en seguimiento de Diego de Almagro. Hernando Pizarro nombró a Gonzalo Pizarro como general y puso su real cerca del Cuzco. En este punto Garcilaso corrige a ambos, Zárate y Gómara, que afirman que Hernando Pizarro escogió una altura desde donde dominaba a la ciudad del Cuzco. Según Garcilaso, Hernando Pizarro escogió el llano que los indios llaman Cachipampa, a más de una legua de la fortaleza del Cuzco, lugar rico en depósitos de sal, por lo cual el nombre del encuentro sangriento entre los dos ejércitos se llamó la Batalla de las Salinas.

18. Batalla de las Salinas y comienzo de la guerra civil

Ruy Díaz Orgoños, veterano de muchas batallas, se percató muy pronto que el ejército de Hernando Pizarro tenía superioridad en armamento y caballos. Decidió morir peleando y logró una muerte en que mostró su valentía. Después de ordenar el ejército en escuadrones, dispuso que él y Pedro de Lerma fuesen libres de recorrer las filas para ser libres de identificar a Hernando Pizarro y tratar de matarle. Por su parte Hernando Pizarro, flanqueado por Francisco de Barahona, encabezó la caballería; Gonzalo Pizarro, “como general de la infantería, quiso pelear a pie” (*Comentarios*, T. VII, cap. XXX, p. 347). Almagro esperaba contrarrestar la superioridad de los arcabuces de Hernando Pizarro con las picas, pero las pelotas de arambre que los arcabuceros de los Pizarro disparaban hacían estragos de las picas. La batalla fue larga y sangrienta y en ella se vieron escenas de excesiva crueldad que agravarían el odio que ya se había adueñado de los combatientes. Orgoños dio muestra de su valentía y de su destreza, pero su denuedo parecía el del héroe resignado a hacerse valer en su muerte heroica en el campo de batalla:

Rodrigo Orgoños, que llevaba lanza en ristre, encontró a Francisco de Barahona, y acertó a darle en el barbote (en el Perú, a falta de celadas borgoñonas le po-

nían a los de a caballo barbotes postizos a las celadas de infantes, con que cubrían el rostro); la lanza rompió el barbote, que era de plata y cobre, le abrió la cabeza, dio con él en el suelo, y pasando adelante, atravesó a otro la lanza por los pechos, y echando mano al estoque fue haciendo maravillas de su persona, mas duró poco porque de un arcabuzazo le hirieron con un perdigón en la frente, de que perdió la vista y las fuerzas (...). En este punto loando ambos historiadores [Zárate y Gómara] las proezas de Orgoños, dicen casi unas mismas palabras: las últimas de Agustín de Zárate en aquella loa, son las que se siguen: Y quando Rodrigo Orgoños acometió, le hirieron con un perdigón de arcabuz en la frente, habiéndole pasado la celada, y él con su lanza, después de herido, mató dos hombres, y metió un estoque por la boca a un criado de Hernando Pizarro, pensando que era su amo, porque iba muy bien ataviado. Hasta aquí es de Zárate (...). Estando Orgoños rendido a dos caballeros, llegó uno que lo derribó y degolló. Llevando también uno rendido y a las ancas el capitán Ruiz Díaz, le dio otro una lanzada que lo mató; y así mataron otros muchos después que sin armas los vieron (*Comentarios*, T. VII, cap. XXX, pp. 351-355; cap. XXXI, pp. 359-360).

Garcilaso ha conservado en su memoria lo que pasó con Pedro de Lerma que, después de derribar a Hernando Pizarro con su lanza, fue herido en la batalla:

Pedro de Lerma y Hernando Pizarro se encontraron de las lanzas, y porque eran ginetas y no de ristre, será necesario que digamos como usaban de ellas. Es así que entonces y después acá, en todas las guerras civiles que los Españoles tuvieron, hacían unas bolsas de cuero asidas a unos corredores fuertes, que colgaban del arzón delantero de la silla, y del pescuezo del caballo, ponían el cuentro de la lanza en la bolsa, y la metían debajo del brazo, como si fuera de ristre. De esta manera hubo bravísimos encuentros en las batallas que en el Perú se dieron entre los Españoles, porque el golpe era con toda la pujanza del caballo y del caballero; lo qual no fue menester para con los Indios, que bastaba herirles con golpe del brazo y no de ristre (...). Volviendo al encuentro de Hernando Pizarro y Pedro de Lerma, es así que por ser las lanzas largas y blandas más de lo que sus dueños quisieran, fueron los encuentros baxos. Hernando Pizarro hirió malamente a su contrario en un muslo, rompiéndoles las coracinas y la cota que llevaba puesta. Pedro de Lerma dio al caballo de Hernando Pizarro en lo alto del copete, de manera que con la cuchillada del hierro de la lama cortó algo del pellejo, rompió las cabezadas, y dio en lo alto del arzón delantero, que con ser la silla de armas lo desencajó y sacó de su lugar, y pasando delante la lanza rompió las coracinas y la cota, e hirió a Hernando Pizarro en el vientre, no de herida mortal, porque el caballo del bravo encuentro se deslomó a aquel tiempo, y cayó en tierra, y con su caída libró de la muerte al caballero; que a no suceder así, se tuvo por cierto que pasara la lanza de la otra parte (...). La muerte de Pedro de Lerma fue otra crueldad barbarísima; y porque lo fue tanto, será bien que se cuente como pasó. Como se ha dicho, Lerma salió muy mal herido de la batalla, así de la herida que Hernando Pizarro le dio, como de otras, que recibió peleando: fuese a curar a casa de un caballero amigo suyo, que yo en mis niñeces alcancé, que se decía Pedro de los Ríos, de la muy noble sangre que entre otras muchas hay en esta real ciudad de Córdoba. Un soldado que se decía Juan de Samaniego estaba afrentado de Pedro de Lerma, por lo

qual andaba a buscarle después de la batalla para vengarse de él. Dos días después supo que estaba herido en casa de Pedro de los Ríos: fue allá, y como hombre victorioso, hallando la casa desamparada de gente que le contradixese, porque todo andaba como en tiempo de guerra, la anduvo toda hasta que halló a Pedro de Lerma en una pobre cama, y sentándose sobre ella, le dixo con mucha flema: Señor Pedro de Lerma, yo vengo a satisfacer mi honra, y a mataros por una bofetada que me disteis en tal parte. Pedro de Lerma dixo: Señor, bien sabéis que fuisteis vos el agresor de esa pendencia, y por vuestras demandas fui forzado a dárosla, porque no cumplía con menos. Poca o ninguna satisfacción será para vuestra honra matar ahora un hombre herido, que se está muriendo en una cama. Si Dios me diere vida, os empeño la fe de daros la satisfacción que me pidiéredes de palabra o por escrito, con todos los requisitos que en todo rigor de soldadesca fueren menester, porque quedéis satisfecho y contento. No, voto a tal, dixo Samaniego, que no quiero aguardar tanto, sino mataros luego, porque así conviene a mi honra. Antes la perdéis que ganáis, dixo Pedro de Lerma, en matar un hombre que está medio muerto. Pero si yo vivo, yo os la satisfaré por entero! Estas propias palabras del uno y del otro las repitieron ellos mismos tres o quatro veces, amenazando el uno con la muerte y ofreciendo el otro la satisfacción; y, al cabo de todo aquel espacio, quando Pedro de Lerma pudo entender que su contrario se contentaba con la promesa, y con haberle puesto en aquel trance, que en todo el rigor de soldadesca bastaba para quedar satisfecho, se levantó Samaniego, y echando mano a la daga, le dio muchas puñaladas hasta que lo vio muerto. Luego salió a la plaza, y se loó de haber muerto a puñaladas al capitán Pedro de Lerma en satisfacción de su honra. Y pareciéndole que engrandecía mucho su hazaña, contaba palabra por palabra las que cada uno de ellos había dicho, y las veces que las habían repetido; con lo qual traía enfadados a todos los que le oían, porque donde quiera que se hallaba no hablaba en otra cosa, hasta que su misma jactancia le causó la muerte, porque el castigo fuese de su propia mano, como lo había sido el delito. Y aunque le anticipemos de su tiempo y lugar, será bien lo contemos aquí, porque los oyentes pierdan el enojo que las crueles entrañas de Samaniego pueden haberles causado, que cierto fueron abominadas en todo el Perú. Es así que cinco años después de lo que se ha dicho, estando ya el reyno quieto y pacífico de las pasiones que entre Pizarros y Almagros habían pasado, Juan de Samaniego, residiendo en Puerto Viejo, no olvidaba las suyas, antes las traía perpetuamente en la boca loando su hazaña; y para más la engrandecer, decía a cada paso, que en satisfacción de su honra, había muerto a puñaladas un capitán que había sido teniente general del gobernador D. Francisco Pizarro, y que no la había hablado nadie sobre ello: con esto decía otra cosa de gran soberbia. Cansado ya de oírle un alcalde ordinario de aquel pueblo le envió a decir con un amigo de Samaniego, que no dixese aquellas cosas que sonaban mal, ni convenía a su honra decirlas: que pues ya había vengado su injuria, se diese por contento, y no hablase más de ello. Samaniego, en lugar de tomar y agradecer el buen consejo, se enojó malamente; y saliendo a la plaza vio que el alcalde y otros quince o veinte Españoles, que poco más moradores había en el pueblo, estaban hablando en buena conversación; fuese a ellos y entrando en la rueda con aspecto airado dixo: Basta, que no falta a quien le pesa de la satisfacción de mi honra, y de la muerte que di a Pedro de Lerma. Quien quiera que es, hable claro y en público, y no con recónditos secretos, que voto a tal que soy hombre para

responderle, y darle otras tantas puñaladas, aunque sea quien se quisiere. El alcalde, viendo que lo decía por él, arremetió con Samaniego, y echándole mano de los cabezones dixo en alta voz: Aquí del rey, favor a la justicia contra un traidor homicida. Los circunstantes asieron de Samaniego, y lo metieron en una casa, que todos estaban enfadados de sus demasías. El alcalde hizo una información de quatro testigos de las mismas cosas que habían oído decir a Samaniego, como había muerto a Pedro de Lerma, el cual era capitán de S. M., y que en la conquista había servido mucho a la corona real, haciendo oficio de teniente general del marqués Francisco Pizarro, y que lo mató herido en la cama, y no en la batalla. Con esta información le condenó a muerte; y entretanto que los testigos decían sus dichos, hicieron los Indios en la plaza una horca de tres palos. Sacaron a Samaniego a pie, y haciendo los Indios el oficio de pregonero en su lengua, y el de verdugo, lo ahorcaron. Fue una justicia que agradó a quantos la vieron y oyeron (*Comentarios*, T. VII, cap. XXXI, pp. 362-369).

19. Muerte de Almagro

La muerte de Almagro por garrote en la cárcel y luego su degüello público en la plaza del Cuzco, marcan la violencia que evidencia la guerra civil que ya se estaba alimentando. El relato del Inca Garcilaso, meditado con conocimiento de todos los que participaron en la ejecución de Almagro, a más de ser uno de los más altos ejemplos del vigor y elocuencia de la prosa del Inca Garcilaso, es un modelo de relato histórico, inspirado en los modelos que la tradición clásica ofrecía en el Renacimiento:

[Hernando Pizarro] Hizo proceso contra Almagro, publicando que era para enviarlo, juntamente con él, preso a los Reyes, y de allí a España; mas como le dixerón que Mesa y otros muchos habían de salir al camino y soltarlo, o porque lo tenía en voluntad, por quitarse de ruido, sentenciólo a muerte. Los cargos y culpas fueron: que entró en el Cuzco mano armada, y causó muchas muertes de Españoles: que se concertó con Mango Inca contra Españoles; que dio y quitó repartimientos sin tener facultad del Emperador: que había quebrado las treguas y juramentos: que había peleado contra la justicia del rey en Avancay y en las Salinas. Otros hubo también que callo, por no ser tan acriminados. Almagro sintió grandemente aquella sentencia, dixo muchas lástimas, que hacían llorar a muy duros ojos. Apeló para el Emperador, mas Fernando, aunque muchos se lo rogaron ahincadamente, no quiso otorgar la apelación. Rogóselo él mismo, que por amor de Dios no lo matase: díxole que mirase como no le había él muerto pudiendo, ni derramado sangre de pariente, ni amigo suyo, aunque los había tenido en su poder. Que mirase como él había sido la mayor parte para subir Francisco Pizarro, su caro hermano, a la cumbre de la honra que tenía. Díxole que mirase quan viejo, flaco y gotoso estaba, y que revocase la sentencia por la apelación, para dexarle vivir en la cárcel siquiera los pocos y tristes días que le quedaban, para llorar en ellos y allí sus pecados. Fernando Pizarro estuvo muy duro a estas palabras, que ablandaran un corazón de acero, y dixo, que se maravillaba que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte. Él replicó, que pues Christo la temía, no era mucho temella él;

mas que se consolaba, porque según su edad no podía vivir mucho. Estuvo Almagro recio de confesar, pensando librarse por allí, ya que por otra vía no podía; empero confesóse, hizo testamento y dexó por herederos al rey y a su hijo Don Diego. No quería consentir la sentencia de miedo de la ejecución, ni Fernando Pizarro otorgar la apelación, porque no la revocasen en Consejo de Indias, y porque tenía mandamiento de Francisco Pizarro. En fin la consintió. Ahogáronle por muchos ruegos en la cárcel, y después lo degollaron públicamente en la plaza del Cuzco, año de mil quinientos treinta y ocho. Muchos sintieron mucho la muerte de Almagro, y lo echaron menos; y quien más lo sintió, sacando su hijo, fue Diego de Alvarado, que se obligó al muerto por el matador, y que libró de la muerte y de la cárcel al Fernando Pizarro; del qual nunca pudo sacar virtud sobre aquel caso por más que se lo rogó. Y así vino luego a España a querellarse de Francisco Pizarro y de sus hermanos, y a demandar la palabra y pleitesía a Fernando Pizarro delante del Emperador, y andando en ello murió en Valladolid, donde la corte estaba. Y porque murió en tres o quatro días, dixeron algunos que fue de yerbas (...). Hasta aquí es de Gómara, y como arriba se dixo, también lo dice Agustín de Zárate. Sobre lo qual, para mayor inteligencia, es necesario digamos algo. Pretendió Hernando Pizarro después de la victoria alejar de sí los enemigos, por no quedar en peligro de que lo matasen; porque con las crueldades que después de la batalla se hicieron, quedaron tan enemistados y tan odiosos los dos bandos, que aunque Hernando Pizarro hizo todo lo que pudo para hacer amigos los más principales, no le fue posible; antes de día en día mostraban más al descubierto su odio y rencor, hablando libremente de vengarse en pudiendo. Por otra parte, los amigos también se le hacían enemigos, por verse engañados de sus esperanzas, porque cada uno se había prometido toda una provincia (...). Lo que Gómara dice, que nunca se supo quién fue padre de D. Diego aunque se procuró, es así, que lo mismo dice Agustín de Zárate, y que se decía que fue echado a la puerta de la iglesia. Todo lo qual se puede llevar bien; porque a los tales la iglesia católica los da por bien nacidos y los admite a todas sus dignidades y prelacias. Mas lo que Gómara añade, que decían que [el padre] era clérigo, no se debe sufrir; debían de ser algunos envidiosos de malas entrañas y de ánimas condenadas los que lo decían, que no pudiendo deslustrar sus grandes hazañas, le hiciesen con sus lenguas ponzoñosas mal nacido, sin averiguación ni apariencia de verdad. Los hijos de padres no conocidos deben ser juzgados por sus virtudes y hazañas, y siendo sus hechos tales como los del adelantado y gobernador Don Diego de Almagro, se ha de decir que son muy bien nacidos; porque son hijos de su virtud y de su brazo derecho (...). Decían los maldicientes, que para mayor muestra del odio que le tenían, y por vengarse de él, le habían muerto dos veces. El verdugo, por gozar de su preeminencia y despojo, le desnudó y dejó en camisa, y aun esa le quitara si no se lo estorbaran. Así estuvo en la plaza mucha parte del día, sin que hubiese enemigo o amigo que de ella lo sacase, porque los amigos vencidos y rendidos no podían, y los enemigos, aunque muchos de ellos se dolieron del muerto, no osaron en público hacer nada por él, por no enemistarse con sus amigos, porque se vea de qué manera paga el mundo a los que mayores hazañas hacen en su servicio. Ya bien cerca de la noche, vino un negro que había sido esclavo del pobre difunto, y traxo una triste sábana, qual la pudo haber, o de su pobreza, o de limosna, para enterrar a su amo, y envolviéndolo en ella con ayuda de algunos Indios que habían sido criados de Don Diego, lo lle-

varon a la iglesia de nuestra Señora de las Mercedes. Los religiosos, usando de su caridad, con muchas lágrimas lo enterraron en una capilla que está debaxo del altar mayor. Así acabó el gran D. Diego de Almagro, de quien no ha quedado otra memoria que la de sus hazañas, y la lástima de su muerte. La qual parece que fue dechado y exemplar de la que en venganza de ésta dieron al marqués Don Francisco Pizarro, porque fue muy semejante a ella, como adelante veremos, para que en todo fuesen iguales y compañeros estos dos ganadores y gobernadores de aquel grande y riquísimo imperio del Perú (*Comentarios*, T. VIII, cap. I, pp. 4-16).

20. *Conquista de las Charcas por Gonzalo Pizarro: el hallazgo de la canela*

Gobernando un territorio que llegaba desde Quito hasta Chile, con una extensión de más de 5.000 kilómetros, Francisco Pizarro quiso agregar la región de las Charcas donde envió a su hermano Gonzalo que, hostilizado por los indios Huanacu, necesitaba refuerzos que llegaron bajo el mando de Francisco de Chávez. Así Gonzalo Pizarro reunió un ejército de unos 350, de éstos, 150 eran jinetes. Dejó como lugarteniente en Quito a Pedro de Puelles. En la Navidad de 1539 salió del territorio que pertenecía a los Incas y llegó a otro que se llamaba Quixos. Lo que sigue de esta conquista Garcilaso lo entresaca de Gómara y Zárate, además de sus recuerdos personales, fruto de sus conversaciones con los sobrevivientes de la expedición a la canela en Charcas. El ejército llevaba mucho ganado como bastimento. Durante más de cuarenta días tuvieron tormentas de lluvia y de nieve, por la altura del terreno. A pesar de estar cerca del ecuador, el frío mató a muchos indios. Por eso Gonzalo Pizarro decidió abandonar el ganado, convencido que hallaría víveres en los pueblos de indios en el camino, pero pronto cayeron en la cuenta que le faltaría bastimento por la esterilidad y falta de pueblos en esa tierra:

Pasados quarenta o cincuenta días que tuvieron esta tormenta, procuraron pasar la cordillera nevada, y aunque iban bien apercebidos, como aquella sierra sea tan extraña, les cayó tanta nieve, hizo tanto frío, que se helaron muchos Indios, porque visten poca ropa, y esa de muy poco abrigo. Los Españoles, por huir del frío, de la nieve, y de aquella mala región, desampararon el ganado y la comida que llevaban, entendiendo hallarla donde quiera que hubiese población de Indios, pero sucedióles en contra, porque pasada aquella cordillera, tuvieron mucha necesidad de bastimento; porque la tierra que hallaron, por ser estéril, no tenía habitantes. Diéronse prisa a salir de ella: llegaron a una provincia y pueblo que llaman Zumaco, puesto a las faldas de su volcán, donde hallaron comida, pero tan cara, que en dos meses que allí estuvieron no les cesó de llover jamás un solo día, con que recibieron mucho daño, que se les pudrió mucha ropa que llevaban de vestir. En aquella provincia que se llama Zamaco, que está debaxo de la equinoccial, o muy cerca, se crían los árboles que llaman canela, la qual iban a buscar. Son muy altos, con hojas grande como de laurel y la fruta son unos racimos de fruta menuda que se crían en capullos como de bellota. Y aunque el árbol y sus hojas, raíces y corteza huelen a canela, la más perfecta canela son los capullos. Por los montes se crían

muchos árboles de aquéllos incultos, y dan fruto; pero no es tan bueno como el que sacan los Indios de los árboles que plantan y cultivan en sus tierras para sus granjerías con sus comarcanos, mas no con los del Perú, los quales nunca quisieron ni quieren otras especies que su uchú, que los Españoles llaman allá agi, y en España pimienta. (*Comentarios*, T. VIII, cap. IV, pp. 46-48).

21. Descubrimiento del Amazonas

Gonzalo Pizarro se da cuenta que debe hallar la manera de encontrar un camino que pueda llevarle a pueblos de indios donde podrán curar los enfermos y descansar, pero no logra encontrar el camino y teme que los guías indios le mientan. Decide dejar el grueso del ejército en Zumaco e ir en busca del camino para salir de esa región. Hambrientos, llegan a Cuca, un pueblo con un curaca pacífico que les da bastimentos. Allí los Españoles hallan un gran río, principal afluente del Marañón o río de Orellana, por el nombre del capitán a quien Gonzalo Pizarro confió la responsabilidad de hallar la salida de la región de Cuca:

Los Indios que llevaban por guías les mentían, que muchas veces los encaminaban en contra de la verdad, que porque no fuesen a sus tierras, o a las de sus amigos y confederados, los encaminaban a la otra mano, donde hallaban desiertos inhabitables, y padecían grandísima hambre, que les obligaba a sustentarse con yerbas, raíces y fruta silvestre, que quando la hallaban se daban por bien andantes. Con estos trabajos y otros que se pueden imaginar mejor que escribir, llegaron a una provincia llamada Cuca, algo más poblada que las pasadas, donde hallaron bastimento, y el señor de ella les salió de paz, y les regaló como mejor pudo, dándoles comida, que era lo que más habían menester. Por allí pasa un río muy grande, que se entiende que es el principal de los ríos que se juntan para hacer el río que llaman de Orellana, que otros llaman Marañón (*Comentarios*, T. VIII, cap. V, pp. 48-50).

El itinerario de Gonzalo Pizarro, como el de muchos conquistadores, es aproximado y se basa en los guías indios que no siempre son fiables. Saliendo de Quito, Gonzalo Pizarro se dirigió hacia levante y se preparó a cruzar los Andes, donde le cogió primero la lluvia y, según subía, la nieve. Siendo Quito un lugar situado a unos tres mil metros sobre el nivel del mar, Gonzalo Pizarro ya se hallaba preparado para lo que podía ocurrir yendo en la dirección que le habría llevado hasta el río Pastaza, según Jordan Herbert Stabler, secretario de la embajada de Estados Unidos en Ecuador, que en 1917 escribió para *Royal Geographic Society*, London, Octubre de 1917, un artículo, reproducido en *Bulletin of the Panamerican Union*, sobre "Travel in Ecuador" [Viaje en Ecuador], en que comenta "out of this forest Gonzalo Pizarro wandered nearly two years in search of cities as rich in gold as those of all Perú" [saliendo de esta selva Gonzalo Pizarro se extravió durante casi dos años

en busca de ciudades tan ricas en oro como las más ricas del Perú].⁷¹ Debió ser en la orilla del río Pastaza, que se echa en el Marañón, donde Gonzalo Pizarro decidió construir un bergantín y para su capitán nombró a Francisco de Orellana con la orden de seguir el curso del río que corría a lo largo de la región de Cuca y esperar el resto del ejército en la desembocadura de este río con otro gran río que los indios en Cuca indicaban como el que atravesaba una región rica en oro y otras riquezas que los españoles buscaban. Mas, cuando Francisco de Orellana llegó a la desembocadura de ese río con el Marañón se dio cuenta que la corriente no le habría permitido volver donde le esperaba su general con el resto del ejército. En vez de enviar un mensajero y comunicarse con su general, según las órdenes recibidas, Orellana decidió continuar el viaje en busca de novedades y suceso personal, cosa, como comenta Garcilaso, bastante frecuente en la conquista española del Nuevo Mundo. De manera que Orellana con el bergantín siguió el curso del Marañón hasta que este río desembocara en el río Amazonas, nombre que Orellana eligió después de su encuentro con una tribu guerrera de ese río que defendió su tierra. En ese encuentro participaron también las mujeres y eso dio a Orellana la idea de pedir al emperador Carlos V la gobernación de esa región que él nombró de las Amazonas, nombre que ya aparece en el *Diario del Segundo Viaje* de Cristóbal Colón, recordado por Pedro Mártir en su *De Orbe Novo*⁷² en relación a la isla de Matinino, en el mar Caribe, unos cuarenta y seis años antes del descubrimiento de Orellana:

Allí paró cerca de dos meses, aguardando que llegasen los Españoles que dexó en Zumaco, que les había dado orden que le siguiesen por el rastro, quando no hallasen guías. Habiendo llegado los compañeros, y descansados del trabajo del camino pasado, caminaron todos juntos por la ribera de aquel río grande, y en más de cincuenta leguas que anduvieron, no hallaron vado ni puente por donde lo pasar, porque el río era tan grande que no permitía lo uno ni lo otro. Al cabo de este largo camino hallaron que el río hacía un salto de una peña de más de doscientas brazas de alto, que hacía tan gran ruido, que lo oyeron más de seis leguas antes que llegasen a él. Admiráronse de ver cosa tan grande y tan extraña; pero mucho más se admiraron quarenta o cincuenta leguas más abaxo, quando vieron que aquella inmensidad de agua de aquel río, se recogía y colaba por un canal de otra peña grandísima. La canal es tan estrecha, que de la una ribera a la otra no hay

⁷¹ Véase Jordan Herbert Stabler, "Travel in Ecuador", *Bulletin of the Panamerican Union*, Vol. XLV, July-December, 1917, p. 733. En realidad, como veremos, Garcilaso dice que la expedición de Gonzalo Pizarro a la canela duró dos años y medio.

⁷² Véase el Libro Segundo de la primera Década del *De Orbe Novo* de Pedro Mártir, en "La Príncipe y la cuestión del plagio del *De Orbe Novo*", por Stelio Cro, en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 28, Madrid, FUE, 2003, p. 77, donde Pedro Mártir fecha alrededor de la primera mitad de noviembre de 1493 la información de Colón sobre las amazonas de la isla Matinino, una de las Antillas en el mar Caribe.

más de veinte pies: es de peña tajada de la una parte y de la otra, y tan alta, que de lo alto de ella, por donde pasaron luego estos Españoles hasta el agua, había otras doscientas brazas como las del saltadero. Cierta es cosa maravillosa que en aquella tierra se hallen cosas tan grandes y admirables, que excedan a todo encarecimiento que de ellas se pueda hacer, como estos dos pasos y otros muchos que por esta historia se pueden notar. Gonzalo Pizarro y sus capitanes, considerando que no había otro paso más fácil para pasar de la otra parte del río, y ver lo que por allá había, porque todo lo que hasta allí habían andado era tierra estéril, flaca y desventurada, acordaron hacer una puente encima de aquel canal, mas los Indios de la otra parte, aunque eran pocos, lo defendían varonilmente, por lo qual fue forzado a los Españoles pelear con ellos, lo que no habían hecho hasta allí con Indio alguno de aquella región. Tiráronles con los arcabuces, y a pocos Indios que mataron huyeron los demás, asombrados de una cosa tan extraña para ellos, como ver que los matasen a ciento y a doscientos pasos de distancia. Fueron pregonando la braveza y ferocidad de aquella gente. Decían que traían relámpagos, truenos y rayos para matar los que no les obedecían. Los Españoles, viendo el paso desembarazado, hicieron una puente de madera, donde es de considerar el trabajo que pasarían para echar la primera viga de la una parte a la otra, que era tanta altura como hay de las peñas al agua, aun el mirarla era temeridad, como le acaeció a un Español que se atrevió a mirar desde el canto de la peña aquella brava corriente del agua que pasaba por la canal, que se le desvaneció la cabeza, y dio consigo de allí abaxo. Los demás Españoles, viendo la desgracia del compañero, anduvieron más recatados, y con mucho trabajo y dificultad echaron la primera viga, y con ayuda de ella las demás que fueron menester. Hicieron una puente, por donde seguramente pasaron hombres y caballos, y la dexaron como se estaba, para si fuese menester volver a pasar por ella. Caminaron río abaxo por unas montañas tan bravas y cerradas, que en muchas partes tuvieron necesidad de abrir el camino a golpe de hacha. Con estos trabajos llegaron a una tierra que llaman Guena, tan pobre y hambrienta como la más estéril de las pasadas: hallaron muy pocos Indios, y esos en viendo los Españoles, se entraban por los montes, donde nunca más parecían. Los Españoles y sus Indios domésticos se sustentaron con yerbas, raíces y renuevos tiernos de árboles, que se dexaban comer como por acá los pámpanos. Con el hambre y los trabajos del camino, y con la mucha agua que les llovía, que siempre traían la ropa de vestir mojada, enfermaron y murieron muchos Indios y Españoles; mas con todas estas dificultades caminaron muchas leguas, y llegaron a otra tierra donde hallaron Indios de alguna más policía que los pasados: comían pan de maíz, y vestían ropa de algodón; pero ella tan lluviosa como la que atrás dejaron. Enviaron corredores por todas partes a ver si hallaban algún camino abierto; mas todos volvieron en breve tiempo con unas mismas nuevas, que la tierra era toda montaña brava, llena de ciénagas, lagos y pantanos que no tenían salida a parte ninguna, ni se podían vadear. Con esto acordaron hacer un bergantín para poderse valer en el pasage del río de una parte a otra: que ya por allí iba tan grande, que tenía casi dos leguas de ancho.⁷³ Asentaron fragua para hacer la clavazón; hicieron carbón con mucho trabajo, porque el agua que llovía tan de ordinario, no les dexaba quemar la leña. Hicieron cobertizos donde quemarla; también hicieron chozas

⁷³ Es muy posible que ese lugar haya sido la orilla del río Pastaza, un afluente del Marañón.

en que defenderse del agua, que aunque la tierra por ser debaxo de la línea equinoccial es muy caliente, no se podían defender del agua llovediza. Hicieron parte de la clavazón de las herraduras de los caballos, que para dar de comer alguna cosa de sustancia a los enfermos habían muerto, y también para socorrer los sanos quando no tenían otro remedio. Otra parte de la clavazón hicieron del hierro que llevaban, que lo tenían en más que el oro. Gonzalo Pizarro, como tan gran soldado, era el primero en cortar la madera, en forjar el hierro, hacer el carbón, y en qualquiera otro oficio por muy baxo que fuese, por dar exemplo a todos los demás, para que nadie se excusase de hacer lo mismo. De brea para el bergantín sirvió mucha resina de árboles que cogieron, que la había en abundancia. La estopa fueron mantas y camisas viejas, y lo más cierto las podridas, con que cada uno acudía a porfía de los demás, aunque quedase sin camisa, porque les parecía que la salud y el remedio de todos ellos consistía en el bergantín, y así lo acabaron con el afán que se ha dicho, y lo echaron al agua con grandísimo regocijo, pareciéndoles que aquel día se acababan todos sus trabajos; dentro de pocos días quisieran no haberlo hecho, como luego veremos (*Comentarios*, T. VIII, cap. V, pp. 50-58).

La conclusión del capítulo V anticipa la traición de Orellana que había abandonando a su jefe y sus compañeros y, amotinándose con el bergantín, para reclamar el mal logrado descubrimiento del Amazonas, había condenado a muerte miles de Indios de los cuatro mil que Gonzalo Pizarro había llevado en la expedición, y más de doscientos cincuenta españoles, pues fueron solamente ochenta los que lograron sobrevivir, como nos cuenta Garcilaso:

[Gonzalo Pizarro] habiendo despachado a Francisco de Orellana con el bergantín, hizo diez o doce canoas, y otras tantas balsas para poder pasar el río de una parte a otra, quando por tierra les atajasen las bravas montañas, como otras veces se habían visto atajados. Caminaron con esperanza que su bergantín les socorrería presto con bastimento, para defenderse de la hambre que llevaban, porque no tuvieron otro enemigo en toda esta jornada. Llegaron al cabo de dos meses a la junta de los dos ríos grandes,⁷⁴ donde pensaban hallar su bergantín, que les estaría esperando con bastimentos, ya que por la mucha corriente del río no había vuelto a ellos. Halláronse engañados, perdida la esperanza de salir de aquel infierno, que este nombre se le puede dar a la tierra do pasaron tantos trabajos y miserias, sin remedio ni esperanza de salir de ellas. Hallaron a la junta de los dos ríos grandes al buen Hernán Sánchez de Vargas, que con el ánimo y constancia de caballero hijodalgo había perseverado a estarse quedo, sufriendo el hambre y las demás incomodidades que tenía, por dar a Gonzalo Pizarro entera razón de lo que Francisco de Orellana había hecho contra su capitán general, y contra el mismo Hernán Sánchez, por haberle contradicho sus malos propósitos.⁷⁵ De todo lo qual quedó

⁷⁴ Es decir, el punto en que el río Pastaza se echa en el Marañón.

⁷⁵ Al relatar la traición de Orellana, Garcilaso, llegado al punto en que este capitán quiere silenciar las objeciones de fray Gáspar de Carvajal y del joven Hernán Sánchez de Vargas, dice: “Particularmente se lo dixo un religioso llamado Fray Gáspar de Carvajal, y un caballero mozo, natural de Badajoz, llamado Hernán Sánchez de Bargas, a quien los contraditores [de Orellana] tomaron por

Gonzalo Pizarro admirado, que hubiese hombres en el mundo tan en contra de las esperanzas que de ellos se podían tener. Los capitanes y soldados recibieron tanta pena y dolor de verse engañados de sus esperanzas, y desamparados de todo remedio, que no les faltó si no desesperar. Su general, aunque sentía la misma pena que todos, les consoló y esforzó diciéndoles, que tuviesen ánimo para llevar como Españoles aquellos trabajos, y otros mayores, si mayores podían ser, que quanto mayores hubiesen sido, tanta más honra y fama dexarían en los siglos del mundo. Que pues les había cabido en suerte ser conquistadores de aquel imperio, hiciesen como hombres escogidos por la providencia divina para tal y tan gran empresa. Con esto se esforzaron todos, viendo el esfuerzo de su capitán general, que conforme a la opinión vulgar había de ser su sentimiento mayor que el de todos. Siguieron su viage todavía por las riberas de aquel gran río, ya por la una vanda de él, ya por la otra, como les era forzoso pasarse de una ribera a la otra. Era increíble el trabajo que tenían para pasar los caballos en las balsas, que todavía llevaban más de ochenta de ellos de ciento y cincuenta que sacaron de Quito. También llevaban casi dos mil Indios de los quatro mil que sacaron del Perú, los cuales servían como hijos a sus amos en aquellos trabajos y necesidades, buscándoles yerbas, raíces, frutas silvestres, sapos, culebras, y otras malas sabandijas, si las había por aquellas montañas, que todo les hacía buen estómago a los Españoles, que peor les iba con la falta de cosas tan viles (*Comentarios*, T. VIII, cap. VI, pp. 66-70).

22. *El destino trágico del conquistador del Perú: asesinato de Francisco Pizarro*

Mientras Gonzalo Pizarro se apresta a volver a Quito por una ruta terrestre, por no poder navegar ni el Marañón, ni el Pastaza por el caudal y corrientes contrarias a la dirección de Quito, su hermano Francisco Pizarro, gobernador y marqués, es objeto de la conspiración de los de Chile, o sea el hijo de D. Diego de Almagro, del mismo nombre, y de los que, con él, meditaban vengar la muerte tan cruel de D. Diego de Almagro. Garcilaso explica muy bien lo que los almagristas planeaban y exigían: esperar que Diego de Alvarado, que se encontraba en España, obtuviese un juez radical que, no solamente castigara a los Pizarro, sino que decretara la expropiación de sus bienes en favor de los de Almagro, de otro modo referidos por Garcilaso como “los de Chile.” Pero Diego de Alvarado tuvo que resignarse a que el magistrado español se limitara a recoger pruebas que debería someter a la atención del emperador que sería el que dispusiera cómo asignar la culpa de los autores de la

caudillo y hubieran de llegar a las manos, sino que Francisco de Orellana los apaciguó por entonces con buenas palabras, aunque después, quando tuvo los émulos sobornados con grandes promesas, maltrató de palabra y obra al buen religioso, y si no lo fuera se lo dexara allí desamparado, como dexó a Hernán Sánchez de Vargas: que por darle más cruel muerte y más duradera, no lo mató, sino que lo desamparó en aquel desierto, rodeado por una parte de montañas bravas, y por la otra de un río tan grande, para que no pudiese salir por agua ni por tierra, y pereciese de hambre (*Comentarios*, T. VIII, Cap. VI, pp. 62-63).

muerte alevosa de D. Diego de Almagro y decretar el castigo correspondiente. Este resultado no satisfizo a los de Chile:

De lo qual se mostraron muy sentidos los de Almagro, que quisieran un juez pesquisidor, que a diestro y siniestro cortara cabezas, todas las que ellos quisieran nombrar, y confiscara bienes que les aplicaran ellos. En esta confusión acordaron esperar que el juez llegase a ver como procedía en su comisión, si era tan limitada como les habían dicho, o más amplia, como ellos quisieron: porque como hombres mal intencionados, trataban unos con otros en su secreto diciendo, que si el juez no prendía al marqués luego que llegase, y hacía otros castigos rigurosos, los matarían a entrambos, y se alzarían con la tierra, vengándose de la injuria que el marqués les había hecho, y de la omisión que el Emperador había mostrado en castigar delito tan atroz como les parecía la muerte de Don Diego de Almagro. Este pensamiento de alzarse con la tierra executaron después, como se verá por la historia (*Comentarios*, T. VIII, cap. VIII, pp. 81-82).

Garcilaso pinta una escena en que se mezclan conspiración y suspenso, palabras y actitudes amenazadoras. A todo esto, la actitud de Francisco Pizarro es la de ignorar las amenazas y llevar una vida normal. Un ejemplo de esta tensión es la visita al marqués de Juan de Rada, uno de los jefes de los de Chile, que, después de preguntarle a Pizarro si le quería matar, acepta como regalo unas naranjas que el marqués le ofrece en el momento de despedirse, episodio que Garcilaso saca de la *Historia del Perú* de Agustín de Zárate:

Y un día lo fue a ver Juan de Rada con algunos de los suyos, y le halló en su vergel, donde le dixo: Que qué era la causa porque su señoría le quería matar a él, y a sus compañeros. El marqués le respondió con juramento, que nunca tal intención había tenido; que antes le habían dicho que ellos le querían matar, y que compraban armas para ello. Juan de Rada le respondió, que no era mucho, que pues su señoría compraba lanzas, que ellos compraban corazas para se defender. Y tuvo atrevimiento para decir esto, porque bien cerca de allí dejaba en retaguardia más de quarenta hombres muy bien armados. Y también le dixo, que para que su señoría se asegurase de aquella sospecha, diese licencia a Don Diego [de Almagro hijo] y a los suyos para salir de la tierra. Y el marqués, no tomando ninguna sospecha de aquellas palabras, antes teniendo lástima de ellos, los aseguró con amorosas palabras diciendo, que no había comprado las lanzas para contra ellos. Y luego él mismo cogió unas naranjas y se las dio a Juan de Rada, que entonces, por ser las primeras, se tenían en mucho, y le dixo al oído que viese de lo que tenía necesidad, que él lo proveería. Y Juan de Rada le besó por ello las manos; y dexando tan seguro al marqués, se despidió de él y se fue a su posada, donde con los más principales de los suyos concertó, que el domingo siguiente le matasen, pues no lo habían hecho el día de San Juan como lo tenían concertado. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, y lo mismo dice Francisco López de Gómara (*Comentarios*, T. VIII, cap. VIII, pp. 83-85).

Las naranjas, fruto simbólico del nacimiento del Nuevo Occidente, por ser el punto focal de una anécdota contada por otro gran conquistador, Bernal Díaz del Castillo, que, en su *Historia verdadera*⁷⁶ recuerda como las semillas sembradas en Yucatán, que nosotros debemos fechar veinte años antes del asesinato de Francisco Pizarro, produjeron naranjas buenísimas, no inspiran en Juan de Rada nada más que una falsa aceptación, confirmando sus propósitos nefarios. Los más allegados al marqués le advertían que se cuidase, pues se sabía que planeaban matarle, mas no todos compartían esa opinión:

Un sacerdote que supo en secreto el cómo y cuándo acordaba de matarle, lo entendió al marqués, y lo trató con el doctor Veázquez, su alcalde mayor, y con su secretario Antonio Picado. Los cuales le aseguraron del temor diciendo: Que no había para qué hacer caso de gente tan desventurada, que decían aquellas cosas para entretener su hambre y mala ventura. Pero el marqués, recelándose ya, fuera de su primera opinión, dexó de ir a misa a la iglesia mayor día de San Juan, año de 1541, que era el día que habían señalado para su muerte. Lo mismo hizo el domingo siguiente, que fue a 26 de Junio, excusándose que estaba mal dispuesto, y era con deseo de encerrarse por algunos días para dar orden y remedio con sus amigos y valedores como se atajasen las desvergüenzas y atrevimientos de sus contrarios, que eran ya demasiados. Los vecinos de la ciudad y caballeros principales, luego que oyeron misa aquel domingo, fueron a visitar al marqués, viendo que había faltado de ella, y como le hubiesen visto, se volvieron a comer a sus casas; solamente quedaron con él el doctor Velázquez y Francisco de Chávez, que era un caballero íntimo amigo del marqués. Los de Chili, sintiendo que el marqués se recataba ya más que hasta entonces, y que los de su bando le visitaban en tanto número, sospecharon que se hacía concierto de matarlos. Con este temor, como gente desesperada, aquel mismo domingo a la hora que todos comían, y que apenas había acabado de comer el marqués, salieron por el rincón de la plaza que está a mano izquierda de la iglesia catedral, donde posaba D. Diego de Almagro el mozo, y los más principales de su valía, y fueron toda la plaza al sesgo, que es bien larga, hasta la casa del marqués, que estaba al otro rincón de la plaza. Los que fueron eran trece, los doce de ellos nombra Francisco López de Gómara no más de los nombres, sin decir de dónde eran naturales, que son los que se siguen: Juan de Rada, que iba por caudillo de los demás, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Arbolancha, Hinogeros, Narvaez, San Millan, Porrás, Velázquez, Francisco Núñez y Gómez Pérez, que fue el que Gómara no nombra (*Comentarios*, T. VIII, cap. VIII, pp. 86-89).

Los conspiradores salen a la plaza principal del Cuzco y se dirigen sin ambages a la casa de Francisco Pizarro, decididos a matar o morir. Abrigan un odio implacable contra los Pizarro, y están dominados por una emulación y un resentimiento

⁷⁶ Se trata de un pasaje en el manuscrito de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid e incluido en la edición de la Real Academia, hecha por Guillermo Serés, 2011, p. 67, n. 10.

que están alimentados por su condición de soldados sin fortuna, alejados del poder y ansiosos de riquezas. Presintiendo que la justicia no satisfará sus pasiones, han decidido tomar la justicia en sus manos e imponer con la violencia su plan de matar y dominar, espada en la mano. Pocas páginas de la historiografía renacentista encierran el relato de la fuerza y precisión de la matanza que ocurrió aquel domingo en el Cuzco:

Sintiendo el ruido que los de Chili llevaban, algunos Indios del servicio del marqués entraron donde estaba, y le avisaron de la gente que venía, y de qué manera venía. El marqués, que estaba hablando con su alcalde Mayor el doctor Velázquez, con el capitán Francisco de Chávez que era como su teniente general, con Francisco Martín de Alcántara, su hermano materno, y con otros doce o trece criados de su casa, con el aviso de los Indios sospechó lo que fue. Mandó a Francisco de Chávez que cerrase la puerta de la sala y de la quadra donde estaban, mientras él y los suyos se armaban para salir a defenderse de los que venían. Francisco de Chávez, entendiendo que era alguna pendencia particular de soldados y que bastaría su autoridad a apaciguarla, en lugar de cerrar las puertas como le fue mandado, salió a ellos, y los halló que subían ya la escalera. Turbado de ver lo que no pensó, les preguntó diciendo: ¿Qué es lo que mandan vuestras mercedes? Uno de ellos le dio por respuesta una estocada. Él, viéndose herido, para defenderse echó mano a su espada: luego cargaron todos sobre él, y uno de ellos le dio una cuchillada tan buena en el pescuezo, que, como dice Gómara, cap. 145, le llevó la cabeza a cercén, y rodó el cuerpo la escalera abaxo. Los que estaban en la sala, que eran criados del marqués, salieron a ver el ruido, y viendo muerto a Francisco de Chávez, volvieron huyendo como mercenarios, y se echaron por las ventanas que salían a un huerto de la casa; y entre ellos fue el Doctor Juan Velázquez con la vara en la boca, porque no le estorbaba las manos, como que por ella le hubiesen de respetar los contrarios. Los quales entraron en la sala, y no hallando gente en ella, pasaron a la quadra. El marqués, sintiéndolos tan cerca, salió a medio armar, que no tuvo lugar de atarse las correas de unas coracinas que se había puesto. Sacó embrizada una adarga, y una espada en la mano. Salieron con él su hermano Francisco Martín de Alcántara, y dos pages ya hombres, el uno llamado Juan de Vargas, hijo de Gómez de Tordoya, y el otro Alonso Escandón, los quales no sacaron armas defensivas, porque no tuvieron lugar de poderlas tomar. El marqués y su hermano se pusieron a la puerta, y la defendieron valerosamente gran espacio de tiempo, sin poderles entrar los enemigos. El marqués con grande ánimo decía a su hermano, mueran que traidores son. Peleando valientemente los unos y los otros, mataron al hermano del marqués, porque no llevaba armas defensivas. Uno de los pages se puso luego en su lugar, y él y su señor defendían la puerta tan varonilmente, que los enemigos desconfiaban de poderla ganar; y temiendo que si durara mucho la pelea vendría socorro al marqués, y los matarían a todos, tomándolos en medio, Juan de Rada, y otro de los compañeros, arrebataron en brazos a Narváez, y lo arrojaron la puerta adentro para que el marqués se cebase en él, y entretanto entrasen los demás. Así sucedió, que el marqués recibió a Narváez con una estocada y otras heridas que le dio, de que murió luego. Entretanto entraron los demás, y los unos acudieron al marqués, y los otros a los pages, los quales murieron peleando

como hombres, y dejaron mal heridos a quatro de los contrarios. Viendo solo al marqués, acudieron todos a él, y le cercaron de todas partes, él se defendió buen espacio de tiempo, como quien era, saltando a unas partes y a otras, trayendo la espada con tanta fuerza y destreza, que hirió malamente a tres de sus contrarios; pero como eran tantos para uno solo, y su edad ya pasaba de los sesenta y cinco años, que uno de sus enemigos se le acercó, y le dio una estocada en la garganta, de que cayó en el suelo, pidiendo confesión a grandes voces; y caído como estaba, hizo una cruz con la mano derecha, y puso la boca sobre ella, y besándola espiró el famoso sobre los famosos D. Francisco Pizarro, el que tanto enriqueció y engrandeció, y hoy engrandece la corona de España y a todo el mundo, con las riquezas del imperio que ganó, como se ve, y como atrás, en muchas partes hemos dicho. Y con todas sus grandezas y riquezas, acabó tan desamparado y pobre, que no tuvo con qué, ni quién le enterrase: donde la fortuna, en menos de una hora, igualó su desfavor y miseria, al favor y prosperidad que en el discurso de toda la vida le había dado (*Comentarios*, T. VIII, cap. IX, pp. 90-96).

Garcilaso comenta la escena final del drama, remitiéndose al texto de Agustín de Zárate para aportar más noticias sobre este drama en que la traición contra Francisco Pizarro se completa con la participación de los que quieren aprovecharse, o que llegan para fortalecer el nuevo poder, vigilando que el partido del marqués no tenga oportunidad para organizarse:

Así dio el ánima a Dios, muriendo asimismo allí los pages del marqués; y de parte de los de Chili, murieron quatro, y quedaron otros heridos: y en sabiéndose la nueva en la ciudad, acudieron más de doscientos hombres en favor de D. Diego; porque aunque estaban apercebidos, no se osaban mostrar hasta ver como sucedía el hecho, y luego discurrieron por la ciudad, prendiendo y quitando las armas a todos los que acudían en favor del marqués. Y como salieron los matadores con las espadas sangrientas, Juan de Rada hizo subir a caballo a Don Diego, a ir por la ciudad diciendo, que en el Perú no había otro gobernador ni rey sobre él; y después de saquear la casa del marqués, la de su hermano y de Antonio Picado, hizo al cabildo de la ciudad que recibiese por gobernador a D. Diego, socolor de la capitulación que con S.M. se había hecho al tiempo del descubrimiento, para que Don Diego tuviese la gobernación de la nueva Toledo, y después de él su hijo, o la persona que él nombrase; y mataron algunos vasallos que sabían que eran criados y servidores del marqués, y era grande lástima oír los llantos que las mujeres de los muertos y robados hacían. Al marqués llevaron unos negros a la iglesia casi arrastrando, y nadie lo osaba enterrar, hasta que Juan de Barbarín, vecino de Truxillo, que había sido criado de marqués y su mujer, sepultaron a él y a su hermano lo mejor que pudieron, habiendo primero licencia de Don Diego para ello. Y fue tanta la priesa que se dieron, que apenas tuvieron lugar para vestirle el manto de la Orden de Santiago, ni ponerle las espuelas, según el estilo de los caballeros de la orden, porque fueron avisados, que los de Chili venían con gran priesa para cortar la cabeza del marqués, y ponerla en la picota. Y así Juan de Barbarín lo enterró, haciendo luego las honras y exequias, poniendo toda la cera y gastos de su casa. Y dexándolo en la sepultura, fueron a poner en cobro sus hijos, que andaban

escondidos y descarriados, quedando los de Chili apoderados de la ciudad (*Comentarios*, T. VIII, cap. IX, pp. 96-98).

Garcilaso incluye otro capítulo que se inspira al texto de Zárate en el que este historiador, inspirándose en las *Vidas paralelas de Plutarco*, trazando las características que se pueden apreciar entre lo similar y lo diferente entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, se detiene en sus funerales, que por la manera en que se hicieron, son, en su opinión, dechado del destino común de estos dos conquistadores del Perú:

A Don Diego de Almagro enterró un hombre que había sido su esclavo, y al marqués [Francisco Pizarro] otro que había sido su criado, como lo dice el mismo autor [Zárate]. Y los que al uno y al otro llevaron a enterrar fueron negros e Indios, como lo dicen ambos autores [Zárate y Gómara]. Esto baste para que se vea como trata y paga el mundo a los que más le sirven, quando más lo han menester (*Comentarios*, T. VIII, cap. XI, p. 116).

23. *La vuelta de Gonzalo Pizarro del país de la canela a Quito*

Después de cerca de dos años y medio de exploración del país de la canela que lo había llevado desde Quito, a través de los Andes, hasta la cuenca del río Amazonas, Gonzalo Pizarro volvió a Quito. El relato de su viaje, que en parte hemos aprendido y que ya había deparado episodios de gran dramatismo, como el puente sobre el río Pastaza, el bergantín construido a orillas del mismo río, la traición de Orellana que culminó en el descubrimiento del río Amazonas, se completa en Garcilaso con la descripción de la vuelta de Gonzalo Pizarro a Quito por la ruta septentrional de la cuenca del río Amazonas. En este viaje de vuelta, que duró varios meses, la expedición tuvo que cruzar tierras desoladas y la cadena de los Andes, siempre padeciendo sed, hambre y frío. La mortandad fue muy alta. Al llegar a unas leguas de Quito, la noticia del arribo de los sobrevivientes se difundió en la ciudad que en seguida preparó una gran recepción a los sobrevivientes que en número de ochenta españoles, habiéndose muerto los cuatro mil indios que integraban la expedición, además de más de doscientos españoles, a los que se debían agregar los cincuenta con los que Orellana se había amotinado cuando abandonó a su jefe en el Marañón. Cuando el alcalde de Quito, que se había adelantado con unos caballos para recibir a los héroes que habían sobrevivido, vio que llegaban medio desnudos, lastimados por no tener calzado y con el cuerpo herido por las malezas, abrojos y espinas que golpeaban los miembros sin defensa, se desnudó, imitado por su séquito que quería mostrar a los sobrevivientes su admiración por la gesta cumplida. Y así, con Gonzalo Pizarro que rehusó subir al caballo que el alcalde le había

ofrecido, por no desairar a sus hombres, todos en cueros, marcharon acompañados por el sonido de las trompetas y el ritmo de los tambores, recibidos por vítores y aplausos por la ciudadanía admirada y orgullosa de esos bravos españoles. Vale la pena citar el texto de Garcilaso por su valor antológico:

Gonzalo Pizarro y sus capitanes y soldados recibieron las dádivas y el regalo con el agradecimiento debido; mas viendo que en los vestidos y cabalgaduras no había más que para los capitanes, no quisieron, como dice Zárate, lib. 4. Cap. 5, mudar de trage ni subir a caballo, por guardar en todo igualdad como buenos soldados; y en la forma que hemos dicho, entraron en la ciudad de Quito una mañana, yendo derechos a la iglesia a oír misa, y dar gracias a Dios que de tantos males los había escapado. Hasta aquí es de Zárate, donde falta lo que se sigue, que lo oí a personas que lo vieron, y fue, que los doce personajes que llevaron el presente a Gonzalo Pizarro, viendo que ni él ni sus capitanes habían querido vestirse ni subir en los caballos, y que determinaban entrar en la ciudad así como iban desnudos y descalzos, acordaron ponerse ellos también en el mismo trage, desnudos y descalzos, por participar de tanta honra, fama y gloria como merecían los que habían pasado, sufrido y vencido tantos y tan grandes trabajos. Y así entraron todos igualmente; lo qual fue muy agradecido de la ciudad a sus embaxadores. Oída la misa, recibieron a Gonzalo Pizarro con la fiesta que le pudieron hacer, mezclada de contento y regocijo de verle vivo a él y a los suyos, y de lástima y dolor de verlos tales. Fue esta entrada a los principios de Junio del año de 1542, habiendo gastado en la jornada dos años y medio de tiempo, aunque un autor por yerro de letra dice que tardaron en ir y volver año y medio. (*Comentarios*. T. VIII, cap. XVII, pp. 185-187).

24. *Atisbos de guerra civil*

Lo que Gonzalo Pizarro aprendió a su vuelta a la ciudad de Quito, fueron varias cosas de gran importancia, no solamente para el virreinato, sino también desde un punto de vista personal: primero, la muerte de su hermano el marqués y gobernador de la Nueva Castilla (Perú), Francisco Pizarro; segundo, la rebelión de Diego de Almagro, el mozo, y, tercero, la venida del nuevo juez pesquisidor venido de España en 1541, el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, que, con la muerte de Francisco Pizarro, tenía orden de asumir la gobernación del reino de la Nueva Castilla. Con un ejército en el que militaban todos los amigos y soldados del marqués asesinado, Vaca de Castro se aprestaba a enfrentarse con los rebeldes. Gonzalo Pizarro, fiel a su majestad, escribió a Vaca de Castro, ofreciendo su servicio a la causa realista. La respuesta del nuevo gobernador fue ambigua, como Garcilaso explica de manera elocuente y profunda, teniendo en cuenta la necesidad que el gobernador sintió de un arreglo diplomático en el que él debió percibir a Gonzalo Pizarro como un obstáculo. No cabía duda que Gonzalo Pizarro no sería neutral, pues Diego de Al-

magro, el mozo, había sido el jefe de la conspiración para asesinar al marqués Francisco Pizarro. Garcilaso lo explica todo, con su estilo claro y esencial:

El gobernador le respondió admitiendo su voluntad y buen ánimo en el servicio de S. M. para remunerárselo en su nombre, y agradeciendo muy mucho de su parte el socorro que con su persona y con gente tan calificada en los trabajos de la milicia le ofrecía; pero que de su parte le rogaba, y en nombre de S. M. le mandaba, se estuviese en Quito, y descansase de los trabajos pasados; que a su tiempo le avisaría para que fuese a servir a S. M. No quiso el gobernador que Gonzalo Pizarro fuese a su ejército, porque no desconfiaba de hacer algún buen partido con Don Diego de Almagro, y no quería venir a rompimiento de batalla, porque temía, que según aquellos bandos estaban apasionados, la pelea había de ser destrucción de los unos y de los otros; y quería como prudente excusar la mortandad de tantos. Parecía que si Gonzalo Pizarro estuviese en su ejército, Don Diego no querría aceptar ni escuchar partido alguno de los que le ofreciesen, ni osara meterse en poder del gobernador, temiendo que Gonzalo Pizarro no hiciese alguna cruel venganza en él; porque sabía quan bien quisto era de todos, y que forzosamente había de ser el todo de aquel ejército. Esta fue la intención del gobernador: algunos maliciosos, no admitiéndola por bastante decían, que temía, que si Gonzalo Pizarro viniese al real, de común consentimiento le alzarían por general, según era amado de todos, y también por su esfuerzo, valentía y su mucha soldadesca (*Comentarios*, T. VIII, cap. XVII, pp. 188-190).

El gobernador sigue el rastro de Diego de Almagro y llega a Huamaca, pueblo plantado en medio de las quebradas andinas, lugar considerado fuerte para defenderse de un ataque, pero cuya topografía de quebradas y peñascos no ofrecía el terreno propicio para el empleo de la caballería, en la que el gobernador confiaba en caso de batalla con el ejército de Diego de Almagro. Desde unos campos llamados Chupas, donde el gobernador se sentía capaz de lanzar su caballería, envió mensajeros a Diego de Almagro:

[El gobernador] envió dos personas a D. Diego, el uno llamado Francisco de Idiáquez, y el otro Diego Mercado, que le dixerón que el gobernador le ofrecía en nombre de S. M. perdón de todo lo pasado si viniese a meterse debaxo del estandarte real, habiendo deshecho su ejército, y que le haría mercedes. D. Diego respondió, que aceptaría el partido con que el perdón fuese general para todos los suyos, y que a él se le había de dar la gobernación del nuevo reyno de Toledo [Chile], las minas de oro, y los repartimientos de Indios que su padre tenía (*Comentarios*, T. VIII, cap. XVII, p. 193).

Al mismo tiempo que por una parte el gobernador trataba de llegar a un acuerdo con Diego de Almagro, por la otra había enviado un espía al real de Almagro para sobornar algunos jefes:

Habiendo enviado el licenciado Vaca de Castro los mensajeros dichos, envió por otra parte un soldado llamado Alonso García, con provisiones y cartas del gobernador para muchos capitanes y caballeros principales, en que les prometía perdón de lo pasado, y grandes repartimientos de Indios. El mensajero iba en hábito de Indio por ir más disimulado, y por fuera de camino porque nadie le encontrase. Fue desgraciado, que como aquellos días hubiese nevado, los corredores de D. Diego, que andaban muy advertidos, vieron el rastro que por la nieve iba haciendo Alonso García; y siguiéndolo dieron con él, y lo llevaron a D. Diego con todos sus despachos. El qual se indignó grandemente, como lo dice Gómara, cap. 150, y Zárate, lib. 4, cap. 16, del trato doble; y dixo que no era de caballeros ni de ministros imperiales tratar por una parte de partidos de paz, y por otra enviarle a sobornar y amotinar sus capitanes y soldados. Con este desdén mandó ahorcar el mensajero, así por haber mudado el traje, como por haber llevado el recaudo; y delante de los mensajeros del gobernador, apercibió su gente para la batalla venidera, y prometió a qualquiera que matara vecinos de repartimiento, darle sus Indios, mujer y hacienda. Al gobernador respondió que en ninguna manera le obdecería en tanto que anduviese acompañado de sus enemigos, que eran Pedro Alvarez Holguín, Alonso de Alvarado, Gómez de Tordoya, Juan de Saavedra, Garcilaso de la Vega, Illen Suárez de Carvajal, Gómez de Alvarado y todos los demás caballeros que eran del bando de los Pizarro (...). Envío a decirle también que no fiase que ninguno de los suyos se le pasase (...), y que él se partía en busca suya (*Comentarios*, T, VIII, cap. XVII, pp. 194-197).

Cuando los dos ejércitos se hallaron desplegados uno frente al otro, ya era tarde y no quedaban más de dos horas de luz diaria, pero Francisco de Carvajal, sargento mayor del ejército del gobernador le instó a dar batalla y así se dio la batalla de las Chupas en Huamaca, el 16 de septiembre de 1542. La batalla duró más de cuatro horas hasta las nueve de la noche y durante ese período de obscuridad, para reconocerse en el campo de batalla en que la confusión y el desorden iban aumentando al compás de la luz menguante del atardecer, los combatientes gritaban ¡Chile!, los de Diego de Almagro, y ¡Pachacamac! los del gobernador. Cuando Diego de Almagro se dio cuenta que la batalla estaba perdida, abandonó el campo de batalla y se refugió en el Cuzco, donde su propio alcalde le prendió, según relata Zárate, citado por Garcilaso:

Así feneció el mando y gobernación de D. Diego, que un día se vio señor del Perú, y en otro le prendió su mismo alcalde, de su propia autoridad; y esta batalla se dio a diez y seis de Septiembre de mil quinientos quarenta y dos años (*Comentarios*, T. VIII, cap. XIX, p. 209).

Garcilaso relata el epílogo de la batalla:

La victoria se alcanzó por parte del licenciado Vaca de Castro cerca de las nueve de la noche; pero tan confusamente que no la tenía por segura, porque

todavía sentían pelear algunos por el campo; y con temor que D. Diego no se rehiciese, mandó el gobernador por orden de su sargento mayor, que los infantes y los de a caballo se pusiesen en sus esquadrones hasta saber si tenían cierta la victoria, o la habían de ganar de nuevo. Y así volvieron a ponerse en orden, y estuvieron hasta el día apercebidos para lo que sucediese (*Comentarios*, T. VIII, cap. XIX, pp. 209-210).

25. *Fin de la primera fase de las guerras civiles y comienzo de la segunda*

Con la victoria del gobernador Cristóbal Vaca de Castro y la muerte de Diego de Almagro, el Mozo, se habría podido esperar en un período de paz y relativa tranquilidad en el Perú, pero si hubo esta esperanza, no duró mucho, porque las Nuevas Ordenanzas y el nuevo gobernador y primer virrey del Perú—Blasco Núñez Vela—marcó el comienzo de otra crisis que se relaciona al surgimiento de una verdadera guerra civil en la que los encomenderos se resisten a las Nuevas Leyes:

Otras muchas cosas decían sobre las ordenanzas, no solamente en la ciudad de los Reyes, mas también en todo el Perú, y para mayor declaración de sus quejas y lamentos es de saber, que así en México como en el Perú había costumbre entonces, y la hubo hasta el año de quinientos y sesenta que yo salí de allá, que aun no se habían perpetuado los oficios, y era, que en cada pueblo de Españoles se elegían quatro caballeros de los más principales, de más crédito y confianza que se podían hallar para oficiales de la hacienda real, y para guardar el quinto del oro y plata que en toda la tierra se sacaba, que fue el primer tributo que los reyes católicos impusieron a todo el Nuevo Mundo. Los oficiales de la hacienda real eran tesorero, contador, factor y vedor, los quales tenían cargo de cobrar sin el quinto los tributos de los Indios, que por muerte de los vecinos vacaban y se ponían en cabeza de S. M. Sin estos oficios elegían cada año en cada pueblo de Españoles dos alcaldes ordinarios, un corregidor y teniente de corregidor, y seis, ocho o diez regidores, más o menos como era el pueblo, y con ellos los demás oficios necesarios para el buen gobierno de la república (*Comentarios*, T. VIII, cap XXVIII, pp., 317-318).

Garcilaso traza aquí, con su prosa clara y elegante, la tradición administrativa del Nuevo Occidente, antes de las así llamadas ordenanzas o nuevas leyes de 1542, traídas y aplicadas por el nuevo gobernador y primer virrey del Perú, Don Blasco Núñez de Vela. Seguidamente, Garcilaso explica la primera consecuencia de las nuevas leyes con respecto a esta buena administración:

Con estos oficiales, como lo dice la tercera ordenanza, entraban en cuenta los gobernadores, presidentes, oidores, oficiales de justicia y sus tenientes. A todos los quales que hubiesen tenido los tales oficios, o de presente los tuviesen, mandaba la dicha ordenanza se les quitasen los Indios (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVIII, pp. 318-319).

Nótese la claridad en la contraposición que se debe deducir en el pensamiento de Garcilaso, de una necesaria contradicción entre el buen gobierno de la administración que se practicaba y lo que las nuevas leyes—en particular la tercera ordenanza—significaban para los que tenían la responsabilidad de ese buen gobierno. De hecho lo que sigue es la consecuencia lógica de esa contradicción:

Decían los agraviados por ella: nosotros ganamos este imperio a nuestra costa y riesgo, y aumentamos la corona de Castilla con tan grandes reynos y señoríos como hoy tiene: en pago de estos servicios nos dieron los Indios que poseemos, y nos los dieron por dos vidas, habiendo de ser perpetuos como los señoríos de España. La causa porque nos los quitan ahora es porque nos eligieron por oficiales de la hacienda real, para ministros de la justicia, y regidores de los pueblos. Si los tales oficios los administramos bien, y no hicimos agravio a nadie ¿qué razón hay que por haber sido elegidos por hombres de bien, nos quiten nuestros Indios, y manden que nos quedemos con los oficios, que es achaque para quitarnos otro día lo que ganaremos adelante? (*Comentarios*, T. VIII., cap. XXVIII, pp. 319-320).

Seguidamente Garcilaso se hace intérprete de la amargura de lo que los conquistadores consideran una arbitrariedad injustificada contra ellos:

Para venir a parar en esto, mejor nos fuera haber sido ladrones, salteadores, adúlteros, homicidas, pues las ordenanzas no hablan con ellos, sino con los que hemos sido hombres de bien (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVIII, p. 320).

Se podría suponer, para salvar la objetividad del historiador, que Garcilaso, como todo historiador de tradición clásica, haya querido interpretar las pasiones de los conquistadores de su tiempo, para quienes las ordenanzas, o nuevas leyes, constituían una medida extrema e inaceptable, sin que esa interpretación de Garcilaso constituyese una adhesión a los sentimientos de los conquistadores afectados por las ordenanzas. Las quejas se referían también a las medidas impuestas por la cuarta ordenanza, con consecuencias de cambios radicales en el estilo de vida de muchos conquistadores:

Con otra tanta y mucha más libertad hablaban los que se hallaban condenados por la cuarta ley, que mandaba quitar los Indios a todos los que se hubiesen hallado en las dos parcialidades de los Pizarros y Almagros: por la qual ordenanza, como lo dice Diego Fernández, ninguno podía tener Indios ni hacienda en todo el Perú. Decían a esto, que qué culpa tenían los que habían obedecido a los gobernadores de S. M., pues ambos lo eran legítimamente, y les mandaban que hiciesen lo que hicieron. Y que ninguno de ellos era contra la corona real, sino que habían sido bandos y pasiones que el demonio había inventado entre ellos sobre la partija de sus gobernaciones: que si los unos habían delinquido para que les confiscasen los bienes, claro estaba que los otros quedaban libres por haber servido al rey; pero que condenar igualmente ambas las partes con general confiscación de bienes,

que más parecía tiranía de los de Nerón, y de otros tales, que deseo del aumento de los vasallos (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVIII, pp., 320-321).

La cuarta ordenanza o ley que confiscaba las encomiendas a todos aquellos que habían participado en la lucha entre pizarristas y almagristas se consideraba, desde el punto de vista de los conquistadores afectados, o sea, la vasta mayoría que habían contribuido a conquistar el imperio de los incas, una medida tiránica y contradictoria, pues no distinguía responsabilidades, sino parecía concebida para borrar de un golpe toda una clase que detenía el poder en la zona más rica de metales preciosos del imperio español. Las dos ordenanzas aquí enjuiciadas por los conquistadores, a quienes Garcilaso ofrece su elocuente y coherente análisis, sin que ello, como ya hemos observado, quiera necesariamente indicar adhesión de su parte a estas objeciones, se relacionan porque con la tercera se prohibía la encomienda a los más altos cargos del poder colonial y, con la cuarta se empobrecía la clase de los españoles y mestizos que tenía el poder efectivo en la colonia. Finalmente, Garcilaso se hace eco de las protestas contra una burocracia anónima que detrás de la autoridad de la corona quería controlar las nuevas colonias y sus riquezas:

Decían también maldades y blasfemias contra los que habían hecho las ordenanzas, y persuadido y forzado a S. M. que las firmase y mandase ejecutar con todo rigor, diciéndole que así convenía a su servicio y corona real (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVIII, p. 321).

Esta protesta analizada así por Garcilaso, parece denunciar un acto arbitrario cometido por una burocracia imperial que pretende imponer su ambición y codicia de poder al emperador, denuncia definida por el historiador como “maldades y blasfemias,” con lo cual se desentiende de la responsabilidad de esas exteriorizaciones, a pesar de su análisis que nos permite identificar entre las líneas del texto un tejido de juicio histórico lúcido y seductor que se va haciendo gradualmente más claro y evidente en los párrafos que siguen, como el siguiente:

Decían, que si ellos se hubieran hallado en la conquista del Perú, y pasaran los trabajos que pasaron los ganadores, no hicieran las leyes, antes fueran contra ellas. Traían para confirmación de sus dichos y blasfemias, historias antiguas y modernas, a semejanza de las guerras y pasiones de los Almagros y Pizarros (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVIII, p. 322).

Garcilaso recuerda que los que se opusieron a las nuevas leyes o ordenanzas, acusaban a los legisladores en España de hipocresía, pues ¿qué otra definición se podría dar a lo que ocurría que no hubiera ocurrido si los legisladores se hubiesen hallado ellos mismos en la conquista del Perú? Siempre prudente en su análisis,

Garcilaso califica de blasfemias las protestas de los conquistadores del Perú, pero ese mismo análisis revela claramente la contradicción de los legisladores y hace vislumbrar las consecuencias, como las que ocurrieron en la historia antigua y moderna. En otras palabras, no hay límites temporales a las pasiones humanas y a la codicia que genera la injusticia. Hay muchos ejemplos en la historia de Roma: el combate entre Horacios y Curiacios, aunque envuelto en la leyenda, nos ha dejado un buen ejemplo de dos ciudades enemigas que para resolver sus diferencias, en vez de hacerse una guerra que significaría muerte y destrucción para ambas comunidades, decidieron que tres hermanos de entre los Romanos y tres hermanos de entre los de Albalonga, se enfrentaran y que el bando vencedor acogiera al bando perdedor que incluía a toda la ciudadanía de Albalonga. Y Roma creció. No hubiera ocurrido eso si los vencedores, los Romanos, hubiesen confiscado tierras, casas y haberes a los de Albalonga. Y en el párrafo siguiente, Garcilaso le hace decir a los conquistadores del Perú ejemplos traídos de la historia reciente de España:

Decían, si en las guerras que en España tuvieron los dos reyes Don Pedro el cruel, y Don Enrique su hermano, a los cuales acudieron los señores de vasallos y los mayorazgos, y los sirvieron hasta la fin y muerte de uno de ellos, si algún rey sucesor, después de apaciguadas las guerras, mandara que les quitaran los estados y mayorazgos a todos los que de la una parte y de la otra se habían hallado ¿qué dijeran? ¿qué hicieran los hombres poderosos de toda España? Lo mismo decían de las guerras que hubo entre Castilla y Portugal sobre la herencia de la que llamaron Beltraneja, dos veces jurada princesa de Castilla, a cuyo bando decían que habían acudido muchos señores de Castilla; y que la reyna Doña Isabel, hablando de ellos, los llamaba traidores; y que el duque de Alba, oyéndola una vez le dixo: Ruegue vuesa alteza a Dios que venzamos nosotros, porque si ellos vencen, nosotros hemos de ser los traidores. Decían, trayéndolo a consecuencia: Si el sucesor quitara los estados a los señores que en aquella guerra se hallaron ¿qué hicieran los unos y los otros? (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVIII, pp., 322-323).

La finalidad de este análisis de Garcilaso es la de explicar, con comparaciones, que, a pesar del tiempo y del espacio que se interponen entre los ejemplos tomados de la historia antigua y moderna y la conquista del Perú, las pasiones y los resortes políticos que dictaron las nuevas leyes, no son tan diferentes de los que se habrían podido actuar en el pasado más o menos lejano, en Roma o en España, y que por suerte no ocurrieron, pero que las nuevas leyes aplicadas a los conquistadores del Perú pudieron tener graves consecuencias:

Otras muchas torpezas decían, que por no ofender los oyentes las dexaremos de escribir; con las cuales se indignaban unos a otros, hasta venir a lo que después vinieron (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVIII, pp., 323-324).

Con mucha discreción Garcilaso recorre la historia para demostrar las razones por las cuales las nuevas leyes han dividido a tal punto la colonia que el resultado ha sido lo que podríamos llamar la segunda fase de la guerra civil, o sea, ya no pizarristas contra almagristas, sino conquistadores contra las leyes nuevas o ordenanzas, lo cual significaba oposición y resistencia a legisladores, magistrados, burocratas que, escondiéndose algunos en el anonimato de ministerios y oficinas de gobierno y otros, abiertamente hostiles a los conquistadores, como el ejemplo del primer virrey al que se refiere el siguiente párrafo, aparecían como perseguidores y ajusticieros del pueblo:

Volviendo al visorey [Blasco Núñez Vela, primer virrey del Perú], que iba camino de los Reyes, es así que recibió con buen ánimo y mucho agradecimiento, los recaudos y mensajeros del lic. Vaca de Castro, respondió a ellos, y los despachó para que se volviesen a [en la ciudad de] los Reyes: los cuales luego que llegaron a aquella ciudad dieron larga cuenta del rigor con que se executaban las ordenanzas, de la aspereza y mala condición del visorey, y quan determinado iba de executarlas en todo el Perú, sin admitir suplicación ni dilación alguna. Con lo qual se encendió nuevo fuego en los Reyes, en el Cuzco y en todo el reyno. Trataban generalmente de no recibir al visorey, ni obedecer las ordenanzas; porque decían, que el día que el visorey entrase en los Reyes, y se pregonasen las ordenanzas, no tenían Indios ni otra hacienda alguna, porque sin la declaración de quitarse los Indios, decían que las ordenanzas llevaban tanta diversidad de cosas y mandatos, que por ninguna vía podían excusar que no les confiscasen todos los bienes, y que sus vidas también corrían riesgo; porque por el mismo caso que les quitaban sus Indios por haberse hallado en las guerras de los Pizarros y Almagros, también podían quitarles las cabezas, lo qual no era de sufrir aunque fueran esclavos. Con estos desatinos estuvieron los de la ciudad de los Reyes casi resueltos de no recibir al visorey; mas el factor Illen Suárez de Carvajal, y Diego de Agüero, que eran de los más principales de aquel cabildo, y muy bien quistos por sus virtudes y buena condición, los aplacaron con buenas razones que les dijeron: de manera que entre todos se determinó que lo recibiesen con toda la mayor pompa y solemnidad que pudiesen, por ver si con servicios y toda ostentación de humildad y vasallaje podían aplacarle a que les oyese de justicia, y la admitiese, y cumpliese las leyes que los reyes católicos, y el mismo Emperador habían hecho en favor de los conquistadores y ganadores del nuevo mundo: y en particular de los del Perú, porque estos fueron más favorecidos y regalados en aquellas leyes, como hijos más queridos, por haber ganado aquel riquísimo imperio. Con esta determinación se apercebieron todos de galas, arreos y de todo buen ornato para el día que el visorey entrase en aquella ciudad. El factor Illen Suárez de Carvajal, y el capitán Diego de Agüero no escaparon de las mormuraciones que sobre cada cosa había. Decían, que ellos por su interés habían solicitado y persudido el recibimiento del visorey; porque el uno por ser factor de la hacienda real, y el otro por haberse hallado en las guerras pasadas, y ambos por ser regidores, tenían perdidos los Indios, y que o hacían más por su interés que por servir al Emperador. Entre tanto el visorey seguía su camino, y donde quiera que llegaba executaba qualquiera cosa que hallaba que tocase a

las ordenanzas; y aunque sentía la alteración y quejas que por ello había, no dexaba de hacerlo; antes de día en día mostraba mayor rigor, por dar a entender que no les temía, y que había de ser buen ministro, como su rey se lo había mandado, a quien, como él decía a cada paso, había de respetar y no a otro. Caminando de esta manera llegó al valle que llaman Husura, en cuya venta y dormida no halló Indio alguno de servicio, ni cosa de bastimento; y aunque este descuido era principalmente del Cabildo de los Reyes, a quien tocaba la buena provisión de los caminos para el visorey, él lo tomó por particular delito de Antonio Solar, natural de Medina del Campo, y vecino de los Reyes, cuyo er aquel valle, y concibió grande enojo contra él, y mucho más, quando en una pared blanca de la venta, que, como dice el refrán, es papel de atrevidos, vio escrito un mote que decía: A quien viniere a echarme de mi casa y hacienda, procuraré yo echarle del mundo; porque sospechó que Antonio Solar, como era su casa, hubiese escrito o mandado escribir aquella desvergüenza, así concibió contra él grandísimo odio, aunque por entonces lo disimuló, y adelante lo mostró como se dirá (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVIII, pp. 324-329).

La llegada del primer virrey del Perú a los Reyes [Lima] no podía ser más simbólica: ordenanzas y primer virrey llegan juntos y las primeras impresiones que el virrey deja en la población es la de un personaje inflexible y muy fastidioso e intolerante, que no parece tener las condiciones de afabilidad y buena educación que se esperan en un virrey. Llegado al Perú para imponer una legislación muy impopular, en vez de tratar de conocer a sus súbditos y enterarse de las condiciones ambientales y sociales que se han establecido con la conquista y colonización del Perú, halla ocasión de enemistarse con el primer huésped de Lima, Antonio Solar. Con esta impresión negativa se abre el capítulo XXIX:

Con los enojos, pesadumbres y melancolías dichas, aunque procurando encubrir las, llegó el visorey a tres leguas de la ciudad de Rimac, donde fueron muchos caballeros principales, y entre ellos el lic, Vaca de Castro, y Don Gerónimo de Loaysa, obispo de ella, que después fue arzobispo, para entrar en la ciudad en su acompañamiento. Recibidos el visorey a todos con mucho gusto, particularmente al obispo y al lic. Vaca de Castro, y así fueron caminando, hablando el visorey en las excelencias de aquel valle, su fertilidad y hermosura. Quando llegaron al paso del río, hallaron que los estaban esperando Garci-Díaz de Arias, electo obispo de Quito, con el cabildo de aquella santa iglesia y demás clerecía, donde hubo mucho contento, fiesta y regocijo. Poco más adelante, a la entrada de la ciudad, hallaron el cabildo de ella con todos los vecinos y caballeros principales, donde salió, según todos los tres autores lo dicen,⁷⁷ el factor Illes Suárez de Carvajal, como persona principal del cabildo, y tomó juramento al visorey en nombre de la ciudad, que guardaría los privilegios, franquezas y mercedes que los conquistadores y pobladores del Perú tenían de S. M., y que los oiría de justicia sobre la suplicación de las ordenanzas. El visorey juró que haría todo aquello que conviniese al servi-

⁷⁷ Serían Zárate, Gómara y Fernández, el Palentino, autores citados en este capítulo.

cio del rey y bien de la tierra; por lo qual muchos dixeron y publicaron que había jurado con cautela y engaño. Hasta aquí es de Diego Fernández. De que el visorey jurase tan confuso sin mostrar alguna señal de hacer algo de lo que pedían, se entristecieron todos así eclesiásticos como seglares, y perdieron el regocijo que hasta allí habían traído, trocándolo en lágrimas y dolor interior: porque de aquel juramento decían que no podían esperar ningún bien, sino temer mucho mal, y que otro día se habían de ver desposeídos de sus Indios y hacienda, e imposibilitados de poder ganar otra para sustentar la vida, por su larga edad, y estar ya consumidos de los trabajos pasados; y aunque metieron al visorey debaxo de un palio de brocado, y los regidores que llevaban las varas iban con ropas que llaman rozagantes, de raso carmesí aforradas en damasco blanco; y aunque se repicaban las campanas de la catedral y de los demás conventos, y sonaban instrumentos musicales por las calles, y ellas estaban enramadas de mucha juncia, con muchos arcos triunfales, que, como hemos dicho, los Indios los hacen con mucha variedad de flores y hermosura, todo esto más parecía y semejava un entierro triste y lloroso, que a recibimiento de visorey, según el silencio y dolor interior que todos llevaban. Así fueron hasta la iglesia mayor, y hecha la adoración del Santísimo Sacramento, lo llevaron a las casas del marqués Don Francisco Pizarro, donde quedó aposentado el visorey con toda su familia. Luego otro día, habiendo entendido el virey (sic) el alboroto con que se fueron al Cozco los que de ella habían venido con el licenciado Vaca de Castro, sospechó, como lo dice Zárate, lib. 5, cap. 3, y los demás autores, que Vaca de Castro había entendido en aquel motín, y había sido el origen de él, y lo mandó prender y poner en la cárcel pública, y sequestrarle sus bienes.⁷⁸ Los de la ciudad, aunque no estaban bien con Vaca de Castro, fueron a suplicar al visorey no permitiese que una persona como Vaca de Castro, que era del Consejo de S. M., y había sido su gobernador, fuese echado en cárcel pública, pues aunque le hubiesen de cortar otro día la cabeza, se podía tener en prisión segura y honesta; y así lo mandó poner en la casa real con cien mil castellanos de seguridad, en que le fiaron los mismos vecinos de Lima. Vistos estos rigores, la gente andaba desabrida haciendo corrillos, y saliéndose pocos a pocos de la ciudad la vía del Cuzco, a donde el visorey no estaba recibido (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXIX, pp., 329-334).

Blasco Núñez Vela llega al colmo de su paranoia al ordenar la prisión de Vaca de Castro, por haber oído un alboroto en la calle y creer que fue el ex-gobernador a provocarlo, sin pruebas suficientes, como su actuación, en imponer las ordenanzas sin consultar, ni hallar el tiempo para explicar sus acciones, sus accesos de cólera si alguien trataba de verle para negociar una transacción de importancia, su uso del bastón para terminar la entrevista o la conversación. Garcilaso interpreta su com-

⁷⁸ Será bien recordar que Vaca de Castro logró poner fin a la lucha entre pizarristas y almagristas al derrotar a Diego de Almagro el Mozo y hacerlo degollar por haber encabezado los conspiradores que asesinaron a D. Francisco Pizarro en su casa y por ser el jefe de una rebelión armada contra el gobernador. Acusado y arrestado por el virrey Blasco Núñez de Vela, de quien Garcilaso relata la llegada a los Reyes en este texto, deportado a España, fue absuelto de todos los cargos y fue nombrado presidente del Consejo de Indias.

portamiento como resultado de la acción del demonio que quiere destruir al Perú y que ha encontrado en el virrey el medio de provocar un enfrentamiento que en un lugar que acababa de experimentar una guerra fratricida entre pizarristas y almagristas, se estaba ahora perfilando otra confrontación violenta, pero esta vez entre el virrey y los oidores y magistrados que no aprobaban su proceder:

Trataba el demonio de la caída del visorey con alterar la tierra; pero el demonio y la discordia, su principal ministra en la destrucción de los reynos e imperios, no se contentaron con encender sus fuegos entre el visorey y los conquistadores y ganadores de la tierra, mas también procuraron encenderlos entre el visorey y sus quatro oidores, que a bien o mal habían de ser todos a una, y salió con ello; porque como los oidores pretendían templar la cólera del virrey en la ejecución de aquellas ordenanzas, porque como hombres despasionados, cuerdos y prudentes, mirando a lejos, veían que según la alteración que las ordenanzas con sólo el sonido habían causado, sería mucho mayor la que causaría la ejecución de ellas; que un reyno que apenas había dexado las armas de las guerras pasadas, no podría sufrir un rigor tan grande, y que podría ser que se causase la pérdida de todos ellos, y la de aquel imperio. Con estos temores procuraban templar al visorey, si fuese posible; mas él, tomándolo a mal, y sospechando que estaban sobornados y cohechados, se indignó contra ellos; porque decía, que todo aquel que imaginase estorbarle la ejecución de lo que S. M. le mandaba, se tuviese por enemigo suyo, y así por mostrar su enojo, les envió a mandar que tomasen casa de por sí en que viviesen, y no estuviesen en casa de vecinos, y a costa de ellos. Sobre lo qual, y sobre los inconvenientes que los oidores ponían en la ejecución de las ordenanzas, habían algunas veces palabras de enojo; mas la continua comunicación que les era forzoso tener para tratar los negocios del gobierno, les templaba a que no descubriesen su pasión en público; pero como cada día se descubriese más y más la intención de executar las ordenanzas, al mismo paso crecía la confusión y alteración de los condenados por ellas; porque, como dice Diego Fernández, capítulo diez: por una parte consideraban, y veían la determinada voluntad del virey (sic) a cumplir de hecho las ordenanzas; por otra, que la magestad del Emperador estaba muy lejos para procurar remedio de sus agravios; y por otra temían, que siendo despojados de la posesión y señorío de los Indios que tenían, con dificultad después lo podrían conseguir; que cierto eran tres landres para sus entrañas, que cualquiera de ellas les causaba frenesí; y así todos andaban locos, confusos y desatinados. Y no solamente parecía haber esta enfermedad en la gente, pero aun en el mismo virey (sic); porque de ver levantado y alborotado el pueblo, y que muchos se huían de él, también se alborotaba, inquietaba, y tenía por esto mil desabrimientos; y por el consiguiente incitaba más el ánimo obstinado de los interesados, a que se determinasen a echar tras la hacienda, la vida y la honra, como después lo hicieron (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXIX, pp, 338-342).

Garcilaso recurre, como buen católico, a la teología. Según él, el Perú fue víctima del demonio y de la discordia, un esquema que ya habíamos visto en el *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, cuando la discordia, lanzada por Satanás,

irrumpe en el campo de Agramante. Pero en este caso, bajo esta escenografía ideológica, el historiador nos pinta cuadros y escenas de los que, víctimas de la discordia, se arrojan inevitablemente hacia el desastre. Las acciones del virrey no hacen más que agravar el estado de ánimo de la ciudadanía: la cárcel injustificada del corregidor Don Antonio Solar, del cual el virrey recuerda la inscripción en la pared de su posada—*A quien viniere a echarme de mi casa y hacienda, procuraré yo echarle del mundo*—y decide encarcelarlo sin observar las más elementales reglas del procedimiento judicial. Cuando el arzobispo se entera que lo quiere ahorcar le pide que piense en lo que hace y los oidores que se enteran del caso y visitan a Antonio Soler en la cárcel, disponen de su inmediata liberación. El caso de Antonio Soler tiene el efecto de un viento violento que sople sobre la paja y ramas secas de un bosque después que una chispa le haya prendido fuego. Para agravar aún más la tensión que el caso de Antonio Soler ha llevado a un nivel insostenible, cuando los oidores le preguntan al virrey que qué acusaciones o pruebas tenía de que Antonio Soler fuera el autor de la inscripción, el virrey contesta colérico que como virrey él tiene poder de vida y de muerte sobre la ciudadanía y que no es obligado a dar explicaciones. Finalmente, con la trágica muerte del príncipe Inca Manco que había acogido a unos españoles que habían logrado ganarse su confianza, evadidos de la cárcel del Cuzco por sus actividades ilegales, y que se entretenían jugando a los bolos con el príncipe, habiendo cobrado confianza por la acogida que el virrey había hecho a uno de ellos, llamado Gómez Pérez, que pretendía representar al príncipe y a su gente ante el virrey, jugando una vez a los bolos con el príncipe y tratándolo rudamente, el príncipe se resintió y le reprochó su rudeza y falta de respeto. La reacción de Gómez Pérez, así se llamaba el malhechor, fue coger una pelota y abrirle la cabeza al Inca Manco dejándolo por muerto. Después de esta tragedia, que el pueblo opina ser también el resultado de la ineptitud del virrey por su acogida de un malhechor como Gómez Pérez, cuatro ciudades—Huamanga, Arequipa, Chuquisaca y Cuzco—deciden reunir a sus cabildos y decidir cómo contrarrestar la tiranía del virrey, especialmente en el Cuzco, donde ochenta conquistadores acaban de ver confiscados sus bienes y encomiendas. Eligen a la ciudad del Cuzco para hallar un procurador general:

Con este acuerdo pusieron los ojos en Gonzalo Pizarro, porque no había otro en toda la tierra que con más razón pudiese aceptar el oficio: lo principal, porque era hermano del marqués Don Francisco Pizarro, que había ayudado a ganar aquella tierra, y pasado los trabajos tantos y tan grandes como se han dicho, aunque no bastantemente lo segundo, que por su calidad era nobilísimo y virtuoso, por su condición bien quisto y amado de todos; y que por todas estas causas, sin que le nombrase el reyno, estaba obligado a ser protector, defensa y amparo de los Indios y Españoles de aquel imperio. Con estas consideraciones escribieron los cabildos

de aquellas cuatro ciudades a Gonzalo Pizarro, que estaba en los Charcas en su repartimiento, suplicándole se llegase al Cuzco para mirar y tratar lo que en aquel caso a todos convenía, pues no interesaba él menos, antes era el principal de los perdidosos; porque de más de perder los Indios, según el virrey muchas veces había dicho, llevaba mandato de S. M. para cortarle la cabeza. Gonzalo Pizarro, habiendo leído las cartas, recogió los dineros que pudo de su hacienda, y de la de su hermano Hernando Pizarro, y con diez o doce amigos fue al Cozco, donde, como dice Zárate, lib. 5, cap. 4, todos le salieron a recibir, mostraron holgarse con su venida, y cada día llegaba al Cozco gente que se huía de la ciudad de los Reyes, y contaba lo que el visorey hacía, añadiendo siempre algo para que más se alterasen los vecinos. En el cabildo del Cozco se hicieron muchas juntas, así de los regidores, como de todos los vecinos en general, tratando sobre lo que se había de hacer acerca de la venida del visorey. Algunos decían que se recibiese, y que en lo tocante a las ordenanzas se enviaran procuradores a S. M. para que las remediase. Otros decían que recibéndole una vez, y executando él las ordenanzas, como lo hacía de hecho, les quitaría los Indios, y que después de desposeídos de ellos, con gran dificultad se les tornarían. Y últimamente se determinó, que Gonzalo Pizarro fuese elegido por la ciudad del Cozco, y que Diego Centeno, que estaba allí con poder de la villa de la Plata, le sustituyese; y que de esta manera fuese con título de procurador general a la ciudad de los Reyes a suplicar de las ordenanzas en la audiencia real. A los principios hubo diversos pareceres sobre si llevaría gente de guerra consigo: y en fin se determinó que la llevase, dando diversos colores en ello; y el primero era, que ya el visorey había tocado atambores en los Reyes, so color de venir a castigar la ocupación de la artillería; y también que decían, que era hombre áspero y riguroso, y que executaba aquellas ordenanzas sin admitir suplicaciones que de ellas ante él se interponían, y sin esperar la audiencia real, a quien también venía cometida la ejecución; y que había dicho el visorey muchas veces, que traía mandato de S. M. para cortar la cabeza a Gonzalo Pizarro (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXXI, pp., 360-364).

Las cuatro ciudades mencionadas escribieron a Gonzalo Pizarro, el cual, considerando que el virrey tenía mandato de cortarle la cabeza, decidió aceptar a condición de llevar gente de guerra para defender su persona. Muchos temieron que con llevar una fuerza armada a los Reyes para hablar al virrey, era una declaración de guerra contra S.M., y se arrepintieron de haber elegido a Gonzalo Pizarro, pero éste creía en su derecho al poder, pues tenía una cédula del emperador en que se declaraba que Gonzalo Pizarro tenía derecho a suceder al hermano Francisco Pizarro:

Como lo dicen todos tres historiadores,⁷⁹ tenía nombramiento del marqués Don Francisco Pizarro, su hermano, para ser gobernador después de los días del marqués, por una cédula que el Emperador le había hecho merced de la gobernación de aquel imperio por dos vidas, la suya y la de otro que él nombrase: así como tam-

⁷⁹ Serían Zárate, Gómara y el Palentino.

bién habían sido los repartimientos de los Indios por dos vidas (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXXII, p. 376).

26. *Las ordenanzas o nuevas leyes: desacuerdo en la colonia*

Entre los conquistadores del Perú se conocía la trayectoria del padre Bartolomé de las Casas como lo describe Gómara, autor citado y admirado por Garcilaso. En el cap. XXVII del Tomo VIII, al describir el desabrimiento que las ordenanzas generaron entre los conquistadores y sus familiares y amigos, el historiador recuerda que decían mil males de los consejeros y consultores de las ordenanzas “principalmente sabiendo que Fr. Bartolomé de las Casas había sido el solicitador y el inventor de ellas, de quien Diego Fernández dice, que era antiguo conquistador y poblador de las Indias” (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVII, p. 309). El texto de Gómara que Garcilaso incluye es muy negativo y presenta al padre las Casas como una especie de aventurero intrigante o pícaro:

Cap. 77 [de Gómara]: De la muerte de muchos Españoles cruzados que llevó Bartolomé de las Casas, clérigo, en Santo Domingo, al tiempo que florecían los monasterios de Cumaná y Chirivichi y oyó loar la fertilidad de aquella tierra, la mansedumbre de la gente, y abundancia de perlas. Vino a España, pidió al Emperador la gobernación de Cumaná: informóle, como los que gobernaban las Indias le engañaban; y prometió mejorar y acrecentar las rentas reales. José Rodríguez de Fonseca, el licenciado Luis Zapata y el secretario Lope de Conchillos, que entendían en las cosas de Indias, le contradixeron, con información que hicieron sobre ello, y lo tenían por incapaz del cargo, por ser clérigo y no bien acreditado, ni sabedor de la tierra y cosas que trataba. Él entonces favorecióse de Mosiur de Laxao, camarero del Emperador, y de otros Flamencos y Borgoñones, y alcanzó su intento (...). Diéronle a costa del Rey en Sevilla navio y matalotaje y lo que más quiso, y fue a Cumaná el año de [mil quinientos] veinte con obra de trescientos labradores, que llevaban cruces,⁸⁰ y llegó al tiempo que Gonzalo de Ocampo hacía Toledo.⁸¹ Pesóle de hallar allá tantos Españoles con aquel caballero, enviados por el almirante y audiencia, y de ver la tierra de otra manera que pensaba, ni dexara en corte. Presentó sus provisiones y requirió que le dexasen la tierra libre y desembargada (...). No pudo entrar en Toledo e hizo una casa de barro y palo junto a do fue el monasterio de Franciscos, y metio en ella sus labradores, las armas, rescate y bastimento que llevaba y fuese a querellar a Santo Domingo. El Gonzalo de Ocampo se fue también, no sé si por esto o por enojo que tenía de algunos de sus compañeros, y tras él se fueron todos, y así quedó Toledo desierto, y los labradores solos. Los Indios, que holgaban de aquellas pasiones y discordia de Españoles,

⁸⁰ Es decir que tenían cruces sobre su atavío, como cruzados.

⁸¹ Gonzalo de Ocampo fue enviado por la Audiencia de Santo Domingo en 1520, a Cumaná en Tierra Firme, con seis navíos y doscientos cincuenta hombres para neutralizar una rebelión entre los indios. Fundó Nueva Toledo, una colonia que él abandonó poco después.

combatieron la casa, y mataron casi todos los caballeros dorados. Los que huir pudieron, acogiéronse a una carabela; y no quedó Español vivo en toda aquella costa de perlas. Bartolomé de las Casas, como supo de la muerte de sus amigos, y pérdida de la hacienda del rey, metióse fraile dominico en Santo Domingo; y así no acrecentó las rentas reales, ni ennobleció los labradores, ni envió perlas a los Flamencos. Hasta aquí es de Gómara (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXVII, pp., 311-315).

Este pasaje es más revelador de lo que a Garcilaso le parecía la situación de la corte de Valladolid, más que por la breve referencia de Gómara al fracaso de las Casas en Venezuela. De ello surge una corte donde Flamencos y Borgoñones pueden influir sobre las decisiones del emperador. Por supuesto que en 1520 la corte de Valladolid, al filo de la Guerra de las Comunidades, sería distinta de la del tiempo de la llegada al Perú de Blasco Núñez Vela, pero este pasaje tomado de Gómara podría significar cierta insatisfacción con respecto a la corte que decretó las ordenanzas. Como veremos más adelante, después de la muerte del virrey Blasco Núñez Vela, el mismo Gómara, citado por Garcilaso como nota positiva, defiende la gobernación de Gonzalo Pizarro. Garcilaso relata con cuidado los alborotos que siguen a la elección que las cuatro ciudades hicieron de Gonzalo Pizarro como procurador general del Perú, a quien manifestaron su adhesión:

Acudieron muchos a él como fue venido, que temían ser privados de sus vasallos y esclavos, y otros muchos que deseaban novedades por enriquecer, y todos le rogaron se opusiese a las ordenanzas que Blasco Núñez traía, y executaba sin respeto de ninguno, por vía de apelación, y aun por fuerza, si necesario fuese, que ellos que por cabeza lo tomaban, lo defenderían y seguirían (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXXII, pp. 366-367).

Gonzalo, parte por prudencia y parte por tantear la resolución de los que lo querían por jefe, les hizo ver el peligro y gravedad de desobedecer al emperador y que eso podría llevarlos a la guerra. Como referencia fundamental, invocaron la tradición de la Reconquista:

... que siendo justa la conquista de Indios, lícitamente podían tener por esclavos los Indios tomados en guerra (...) que podían defender por armas sus vasallos y privilegios, como los hijosdalgos de Castilla sus libertades, las quales tenían por haber ayudado a los reyes a ganar sus reynos del poder de moros; como ellos por haber ganado el Perú de manos de idólatras (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXXII, p. 368).

Gonzalo Pizarro aceptó, con condición de tener un ejército con el que pudiese defenderse:

Así que lo eligieron por general procurador el cabildo de Cozco, cabeza del Perú, los cabildos de Guamaya, de la Plata, y otros lugares, y los soldados por capitán, dándole su poder cumplido y lleno, juró en la forma lo que en tal caso se requería (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXXII, p. 370).

Garcilaso explica que los representantes de las ciudades que acudieron a Gonzalo Pizarro, no percibieron las consecuencias de sus acciones:

...no tuvieron imaginación que fuese con armas, sino muy llanamente como procurador de vasallos leales, que habían ganado aquel imperio para aumento de la corona de España, y fiaban que si les oyesen de justicia, no se le había de negar aunque fuese en tribunal de bárbaros (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXXII, p. 371).

Pero Gonzalo quería protegerse contra un virrey que

era recio, ejecutivo, enemigo de ricos, almagrista, que había ahorcado en Tumbes un clérigo, y hecho quartos un criado de Gonzalo Pizarro porque fue contra Diego de Almagro, que traía espreso mandato para matar a Pizarro (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXXII, p. 369).

Todo esto había determinado que Gonzalo actuara como jefe militar:

Viéndose elegido procurador general de aquel imperio, considerando que para tratar con el visorey de la súplica de las ordenanzas, en cuya ejecución él se mostraba tan riguroso, y para asegurar su persona de que no le cortase la cabeza como era pública voz y fama que el visorey lo había dicho muchas veces, determinó hacer una compañía de doscientos soldados que fuesen como guarda de su persona (*Comentarios*, T. VIII, cap. XXXII, p. 372).

27. Defensa de Gonzalo Pizarro en los *Comentarios*

El virrey Blasco Núñez Vela decidido a destruir a Gonzalo Pizarro, marchó hacia Quito, donde creía sorprenderle, pero Gonzalo había salido de Quito para escoger el terreno para la batalla inminente. Cuando el virrey se enteró de la posición del ejército de Gonzalo Pizarro, disfrazado de indio para huir inobservado en caso de derrota, decidió jugarse su destino en una batalla campal, confiando en que al ver el pendón real, muchos soldados de Gonzalo Pizarro se pasarían a su bando. La batalla no le fue favorable y su disfraz le fue fatal:

El visorey andaba peleando entre su gente de caballo: había hecho muy buenas suertes, que del primer encuentro derribó a Alonso de Montalvo, e hizo otros lances con mucho ánimo y esfuerzo: andaba disfrazado, que sobre las armas tenía una camiseta de Indio, que fue causa de su muerte. Viendo los suyos ya perdidos quiso retirarse, mas no lo dexaron, porque un vecino de Arequepa llamado Hernando de Torres, se encontró con él; y no le conociendo, le dio a dos manos con una hacha

de armas un golpe en la cabeza, de que lo aturdió y dio con él en tierra. En este paso Agustín de Zárate, lib. 5, cap. 35, dice lo que se sigue sacado a la letra: El visorey y su caballo andaban tan cansados del trabajo de la noche pasada, en que no habían parado, ni dormido, ni comido, que no hubo mucha dificultad en caer; y aunque todavía la batalla andaba bien reñida entre la infantería, en viendo caído el visorey, los suyos, que lo conocían, aflojaron y fueron vencidos, y mucha parte de ellos muertos. Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Si Hernando de Torres conociera al visorey por el hábito de Santiago que llevara descubierto en los pechos, es cierto que no le hiriera para matarle, sino que procurara prenderle, apellidando y pidiendo favor a los suyos; pero como lo tuvo por un hombre particular, y aun pobre, por el hábito de Indio que llevaba, hizo lo que hizo, y causó su muerte. Culpan al visorey sobre el haberse disfrazado, pero él lo hizo con intención de no quedar preso si lo venciesen: quiso ir desconocido porque no le hiciesen honra como a visorey, sino que lo tratasen como a cualquiera particular soldado, y así acaeció la desgracia. El licenciado Carvajal, viendo vencidos los del visorey, anduvo con gran diligencia corriendo el campo en busca del visorey para satisfacer su ira y rencor sobre la muerte de su hermano: halló que el capitán Pedro de Puelles le quería matar, aunque estaba ya casi muerto, así de la caída como de un arcabuzazo que le habían dado. A Pedro de Puelles dio a conocer al visorey un soldado de los suyos, que si no fuera por el aviso que éste le dio, no le conociera según iba trocado de hábito. El licenciado Carvajal se quiso apear para acabarle de matar: estorbóselo Pedro de Puelles diciendo, que era bajeza poner las manos en un hombre ya casi muerto: entonces mandó el licenciado a un negro suyo que le cortase la cabeza: así se hizo, la llevaron a Quito, y la pusieron en la picota, donde estuvo poco espacio, hasta que lo supo Gonzalo Pizarro, de que se enojó mucho, la mandó quitar de allí, y juntarla con el cuerpo para enterrarlo. Un autor dice en este paso lo que sigue: Llevada pues la cabeza del visorey a la ciudad de Quito, la pusieron en el rollo de la plaza; do estuvo colgada algún poco de tiempo; y pareciendo esto a algunos cosa de gran fealdad, la quitaron y juntaron con el cuerpo, y lo amortajaron, y llevaron a enterrar. Sobre esto se ofrece decir, que este autor, por no decir que Gonzalo Pizarro mandó quitar la cabeza de la picota, dice, que pareciendo a algunos cosa de gran fealdad la quitaron: donde parece que hace culpado a Gonzalo Pizarro de que la mandase poner, o a lo menos consintiese que estuviese puesta en aquel lugar; lo qual no pasó así, sino que le pesó mucho de que la hubiesen puesto; y como lo dice Gómara, la mandó quitar luego que supo que estaba en la picota (*Comentarios*, T. IX, cap. XXVI, pp., 288-292).

En varias ocasiones Garcilaso toma la defensa de Gonzalo Pizarro cuando cree que sea necesario rectificar lo que el historiador considere como una de las muchas falsedades sobre su persona. En una ocasión, como hemos anticipado, utiliza el texto de Gómara:

De lo bien que en ausencia de Francisco de Carvajal gobernó Gonzalo Pizarro, y a la postre se quiso llamar rey, instigado de muchos. Nunca Pizarro en ausencia de Francisco de Carvajal, su maese de campo, mató ni consintió matar Español, sin que todos, o los más de su consejo lo aprobasen: y entonces con proceso, en

forma de derecho, y confesados primero. Mandó con provisiones que no cargasen Indios, que era una de las ordenanzas, ni rancheasen, que es tomar a los Indios su hacienda por fuerza, y sin dineros, so pena de muerte. Mandó asimismo, que todos los encomenderos tuviesen clérigos en sus pueblos, para enseñar a los Indios la doctrina christiana, so pena de privación del repartimiento. Procuró mucho el quinto y hacienda del rey, diciendo que así lo hacía su hermano Pizarro. Mandó que de diez se pagase uno solamente, y que pues ya no había guerra, muerto Blasco Núñez, que sirviesen todos al rey, porque revocase las ordenanzas, confirmase los repartimientos, y les perdonase lo pasado. (*Comentarios*, T. IX, cap. XXVII, p. 303).

28. Batalla de Huarina

Después que Gonzalo Pizarro fue elegido gobernador y capitán general, muchos de sus allegados y amigos le traicionaron y se pasaron al bando de S. M., donde el líder era el Presidente La Gasca, que había obtenido varios sucesos y apresado a muchos rebeldes en su intento de pacificar el Perú. Este es el resumen de Garcilaso:

La ciudad de los Reyes alza bandera por S. M. Lorenzo de Aldana sale a tierra. Gran alboroto que hubo en los Reyes. No se contentó la mala fortuna de perseguir a Gonzalo Pizarro con tantos como se le huyeron de su ejército, que habiendo tenido pocos días antes mil hombres de guerra en la ciudad de los Reyes, no tuviese ahora más de doscientos, sino que ordenó que los que él había dexado en esa ciudad por más amigos, y de quien más confianza tenía, así por las prendas que le había dado, como por el parentesco que con él tenían, le negasen, y se pasasen al bando del rey: que dos días después que Gonzalo Pizarro caminó ácia (sic) Arequepa, Don Antonio de Ribera, que había quedado en los Reyes por su teniente, y los alcaldes Martín Pizarro, Antonio de León, y otros vecinos, que unos con achaques de vejez, y otros con achaques de enfermedad, fingiendo más de lo que tenían, habían alcanzado licencia de Gonzalo Pizarro para quedarse, dando en precio y trueque de sus personas sus armas y caballos, éstos tan viejos y enfermos, viendo que el enemigo estaría doce o quince leguas de ellos, sacaron el estandarte de la ciudad en pública plaza, y recogiendo la gente que pudieron, alzaron la ciudad por S. M. y pregonaron la provisión del presidente y el perdón general de todos (*Comentarios*, T. X, cap. XV, p. 166-168).

Garcilaso cita a Agustín de Zárate que afirma que Lorenzo de Aldana, después de permanecer con sus navíos en la mar por miedo que le matasen los de Gonzalo Pizarro, volvió a tierra en la ciudad de los Reyes el 9 de septiembre de 1547, donde fue recibido con honores. Cuando se difundió la nueva que Gonzalo Pizarro estaba a unas quince leguas de la ciudad de los Reyes, los residentes huyeron, escondiéndose en lugares remotos para que no le prendiesen. Al mismo tiempo Juan de Acosta, teniente de Gonzalo Pizarro, se acercaba al Cuzco con trescientos sol-

dados (*Comentarios*, T. X, cap.XV, pp., 172-174). En el cap. XVI del mismo tomo X, Garcilaso sigue contando las dificultades que Gonzalo Pizarro tenía en mantener unidas sus fuerzas. Al acercarse con su ejército al Cuzco, Juan de Acosta no pudo esconder la realidad y sus soldados se dieron cuenta de las bajas entre las fuerzas de Gonzalo Pizarro. La consecuencia fue que dos de los jefes del ejército de Acosta meditaron matarle:

Mas quando ya se declaró la nueva por todos el maese de campo Paez de Sotomayor y el capitán Martín de Olmos, que yo conocí, determinaron cada uno de por sí matar a Juan de Acosta, sin osarse declarar el uno al otro, hasta que por conjeturas vinieron a entenderse, y lo trataron, y dieron parte a algunos de sus soldados de confianza. Mas no fue tan secreto que no lo sintiese Juan de Acosta, y se recatase de ellos, poniendo doblada guarda de sus amigos para su persona. De lo qual sospecharon mal los dos capitanes, y sabiendo que un día de aquellos estaba Juan de Acosta muy encerrado en su toldo hablando en secreto con el capitán Martín de Almendras y otro grande amigo suyo llamado Diego Gumiel, y temiendo que tratasen de matarlos, acordaron huirse ellos, ya que no podían matar a Juan de Acosta: y así luego al punto, pasando la palabra en secreto de unos a otros, se apercibieron treinta hombres, y puestos a caballo con sus armas salieron del real a vista de todos, y caminaron hacia los Reyes (*Comentarios*, T. X, cap.XVI, pp., 175-176).

Juan de Acosta los persiguió, alcanzó cuatro o cinco y los mató, pero desistió de la persecución por temer de perder más hombres. Volvió al Cuzco donde puso su alcalde. Allí recibió la orden de Gonzalo Pizarro de ir a Arequipa a reunirse con él. Salió luego y a marchas forzadas se dirigió a Arequipa, pero en el camino perdió más hombres:

...de manera que cuando llegó a juntarse con Gonzalo Pizarro en Arequepa, no llevaba más de cien hombres (*Comentarios*, T. X, cap.XVI, p., 178).

Garcilaso cita a Zárate que se refiere al estado de ánimo de los hombres que integraban el ejército de Gonzalo Pizarro, desesperados de salvar las vidas, habiendo perdido el honor “pues los llamaban traidores contra su rey y su hacienda estaba en poder de sus enemigos” (*Comentarios*, T. X, cap.XVI, p., 178). Reunidos en Arequipa, Gonzalo Pizarro y sus capitanes decidieron pasar hacia el levante, hacia la región andina, donde sobrevivir y conquistar alguna región o pasar a Chile y contribuir a pacificar esa gente belicosa, con la esperanza que si lo lograsen, les perdonarían los delitos anteriores. Mas, para salir hacia levante debían pasar por el camino ocupado por el general realista Centeno que, al enterarse que Gonzalo Pizarro avanzaba desde Arequipa, se adelantó y para bloquearle todas las salidas ordenó quemar la puente de desaguadero al lago Titicaca. Gonzalo Pizarro, informado de

la superioridad del ejército de Centeno, le escribió una carta, entregada a su soldado Francisco Voso, recordándole a Centeno que le había perdonado la vida contra la opinión de sus amigos y que le había hecho muchos beneficios y que le trataría como hermano si se acordasen. Centeno le contestó que apreciaba la memoria del pasado, pero le invitaba a rendirse que S. M. le trataría con justicia si renunciase a las armas y se sometiese a la justicia real. En esta parte Garcilaso utiliza a Zárate (*Comentarios*, T. X, cap XVI, pp., 178-183). En el capítulo siguiente, el XVII, se relata cómo Centeno utilizó el mismo mensajero de Gonzalo Pizarro, el soldado Francisco Voso, para comunicarse con el Presidente Gasca. Voso llevó la respuesta de Centeno a Gonzalo Pizarro, pero quedó con Centeno en llevarle al presidente Gasca toda la documentación: la carta de Gonzalo Pizarro, la respuesta de Centeno y la larga carta de Centeno a Gasca en que le informaba de la situación en que se hallaba Gonzalo Pizarro, bloqueado por todas partes, con un ejército menguado por las traiciones de muchos de sus hombres y reducido en armas. A Voso Centeno le dio mil pesos para que comprara una buena mula y llegase al real de Gasca. Gonzalo Pizarro le pidió a su maese de campo que examinara a Voso a su vuelta y obtuvo la información de la fuerza de Centeno, comunicándola a sus hombres: Centeno podía disponer de un ejército de 700 hombres y no de los 1.200 que se jactaba de tener. Llegado en la proximidad del valle de Sausa, en el que hallaría bastimento y la amenidad de la población, Gasca se fue enterando del estado del ejército de Gonzalo Pizarro:

...[Gasca] pasó adelante en su camino, y a pocas jornadas supo quan perdido iba Gonzalo Pizarro, que no llevaba más de doscientos hombres; que eran los que no se le habían podido huir; que Juan de Acosta iba asimismo roto y perdido, porque de trescientos soldados que sacó de los Reyes se le habían huido los doscientos con sus capitanes, que la ciudad de los Reyes había tomado la voz del rey, y que Lorenzo de Aldana la tenía a buen recaudo con la de la mar y sus navíos (*Comentarios*, T. X, cap. XVII, p, 191).

Gonzalo Pizarro, decidido a ir a la sierra, llega a Huarina, de donde la batalla tomó su nombre. Los dos ejércitos, el realista de Diego Centeno, y el rebelde de Gonzalo Pizarro, se enfrentaron en ese valle y la estrategia del maese de campo de Gonzalo Pizarro, Don Francisco de Carvajal, con llevar cada arcabucero tres y hasta cuatro arcabuces, para compensar el menor número de arcabuceros con respecto a la hueste realista, determinó la victoria de Gonzalo Pizarro, o sea, del ejército con menos soldados contra el que tenía más. Las bolas de ararbre con que los de Gonzalo Pizarro armaron sus arcabuces, hicieron estragos tanto en la caballería que en la infantería realistas, pues su eficacia letal consistía en el alambre de púa de que consistía la bala que al disparar el arcabuz, se abría en abanico y cortaba pier-

nas y vientres, por el orden que Carvajal había dado a sus arcabuceros de tirar del vientre abajo, pues el soldado con el vientre hecho pedazos y las piernas amputadas, aunque vivo, ya no servía en la batalla. Lo mismo sucedió con los caballos de los realistas, víctimas ellos también de los arcabuceros de Pizarro, que fueron los que le ganaron la batalla, como lo explica muy bien Garcilaso:

Este fue el encuentro de los caballos de Diego Centeno y Gonzalo Pizarro, que fue tan cruel, que otro día después de la batalla se contaron ciento y siete caballos muertos en el espacio donde fue el encuentro, que de ciento y ochenta y dos que eran de una parte y otra, quedaron muertos los ciento y siete en poco más espacio que dos hanegas de tierra, sin los que fueron a caer más lejos: mi padre fue el que los contó (*Comentarios*, T. X, cap. XVIII, pp., 221-222).

La noticia de la derrota de Diego Centeno llegó como una ducha fría al presidente La Gasca que se hallaba en Sausa ya anticipando y celebrando la victoria de su general. Todo hacía prever esa victoria: el informe de Francisco Vuso, la superioridad en hombres, caballos y armas del ejército de Diego Centeno sobre el de Gonzalo Pizarro, la demoralización de los rebeldes por las traiciones y defecciones en las filas de su ejército que ya hemos visto y que hacía bien esperar en una victoria fácil por parte de los realistas. Pero el coraje indomable de Gonzalo Pizarro, y la estrategia genial de su maese de campo Francisco Carvajal habían destabilizado la convicción de Centeno y de su ejército en una victoria fácil y rápida. Es verdad que los indios le habían advertido que sus hechiceros habían predicho la victoria de los rebeldes. Gasca hasta había preparado la disolución de su ejército, a tal punto había llegado su convicción de una victoria inminente. En este punto Garcilaso cita a Zárate:

Y en este tiempo le vinieron nuevas al presidente del desbarato de Diego Centeno; lo qual sintió mucho aunque en lo público mostraba no tenerlo en nada, con grande ánimo. Y todos los de su campo esperaban lo contrario de lo que sucedió; tanto que muchas veces habían sido de parecer que el presidente no juntase ejército, porque sólo el de Diego Centeno bastaba a desbaratar a Gonzalo Pizarro (*Comentarios*, T. X, cap. XXVI, pp. 283-284).

29. *La batalla de Sacsahuana*

A los seis meses de su victoria en Huarina, Gonzalo Pizarro, enterado del nuevo y poderoso ejército con el que el presidente Gasca quería tomarle preso, estando en el Cuzco, el gobernador rebelde a S. M., se preparó a enfrentar a su enemigo:

Volviendo al presidente, que nos conviene trocar muchas veces las manos de una parte a otra, como texedor, para que de ambas se haga la tela, decimos que

con la retirada del capitán Juan de Acosta quedó el campo libre para que el ejército real pudiese caminar sin recelo de enemigos; mas, por el mucho estorbo que llevaba con la artillería, munición y bastimento no pudo salir de aquel puesto hasta el cuarto día (...). El presidente mandó luego que caminasen, y pasasen adelante con mucha orden y diligencia (...) y a cada jornada paraban un día o dos hasta que llegaba la retaguardia. Entretanto Gonzalo Pizarro daba prisa a los suyos para salir del Cuzco, e ir a Sacsahuana a esperar a su enemigo y darle batalla. Sus capitanes, que todos eran mozos y valientes, no teniendo más atención que a su valentía y confiados en ella, daban prisa a la salida, por ver el fin de aquella jornada, que con ella se imaginaban ya ser señores del Perú. Empero a Francisco de Carvajal, y a los de su bando y opinión, que era la gente más considerada, y más allegada a razón de guerra, se le hacía muy de mal salir a recibir al enemigo, principalmente no llevando gente de quien fiar tan confiadamente la vida y todo el resto, como Gonzalo Pizarro lo fiaba de los que tenía consigo, siendo más de los trescientos de ellos de los de Diego Centeno, gente rendida de tan poco tiempo atrás, que muchos de ellos todavía traían parches en las heridas,⁸² los cuales como enemigos antes habían de procurar su destrucción que desear su aumento; para lo qual el día de la batalla, en lugar de pelear, habían de huir y quitar el ánimo y esfuerzo a los fieles amigos de Gonzalo Pizarro. Con esta consideración andaban muy descontentos; y el maese de campo Francisco de Carvajal siempre que se ofrecía volvía a disuadir a Gonzalo Pizarro, a ver si pudiese retraerle de su intención, a que non se pusiese en tan clara y manifiesta destrucción de su vida, hazañas, honra y todo su ser. Mas como Dios lo ordenase, según los contrarios decían, que las culpas de Gonzalo Pizarro lo llevasen al castigo merecido, no quiso seguir otro parecer sino el suyo (...). Gonzalo Pizarro, obstinado en su mal daño, salió de la ciudad del Cozco a los últimos de Marzo de mil quinientos quarenta y ocho años, y en dos días fue a Sacsahuana, aunque no hay más de quatro leguas (...), y aunque, como se dijo, hizo esta jornada contra la voluntad de los más de sus amigos, no osaron contradecírsela, porque vieron que estaba resuelto y determinado de hacerla (...), porque bien veían que él iba a entregarse a la muerte, que le estaba llamando muy aprieta en lo mejor y más felice de su vida, pues andaba en los quarenta y dos años de su edad, y había vencido quantas batallas Indios y Españoles le habían dado; y últimamente, seis meses antes, aún no cumplidos, había alcanzado la victoria de Huarina, con la qual estaba encumbrado sobre todos los famosos del Nuevo Mundo. Estas prosperidades, las que pudiese esperar, y su vida con ellas, llevó a enterrar al valle de Sacsahuana (*Comentarios*, T. X, cap. XXXIII, pp. 356-367).

La batalla se dio el 9 de abril de 1548. Según Garcilaso, que relata la serie de defecciones entre infantes, caballeros y arcabuceros de Gonzalo Pizarro, no hubo batalla:

Ésta fue la batalla de Sacsahuana, si se puede llamar batalla, en la que no hubo golpe de espada, ni encuentro de lanza, ni tiro de arcabuz de enemigos o amigos, ni otra más pelea que la que se ha referido. Y fue tan breve la ruina de Gonzalo

⁸² Se refiere a los heridos del ejército realista derrotado que se han pasado a Gonzalo Pizarro después de haber sido derrotados en Huarina.

Pizarro, que (...) de la parte de Pizarro, como lo dice Gómara, murieron diez o doce: estos murieron a manos de Pedro Martín de Don Benito, y de otros ministros semejantes, que atajaban los que se huían, que los del presidente no mataron ninguno de los enemigos; que aunque los historiadores dicen que estaban los escuadrones a tiro de arcabuz, era a tira más tira, que había más de quinientos pasos en medio. De la parte contraria murió sólo uno, por descuido de otro de los suyos que le dio un pelotazo (*Comentarios*, T. XI, cap. I-II, pp. 3-30).

30. Muerte de Gonzalo Pizarro y fin de la segunda fase de la guerra civil

Seis meses después de la victoria de Huarina Gonzalo Pizarro, traicionado por sus hombres, se arroja en los brazos de la muerte en una batalla suicida en el valle de Sacsahuana. El relato de la misma ya se ha visto. Lo que es difícil de entender y explicar es el motivo que empujó a Gonzalo Pizarro a ese fin tan dramático, tan inexplicable, tan diferente de lo que hasta ese momento había hecho. Con su pérdida y muerte se termina el relato de las guerras civiles, como el solemne texto de Garcilaso nos hace vislumbrar:

Resta por decir la muerte lastimera de Gonzalo Pizarro, el qual gastó todo aquel día en confesar, como atrás quedó apuntado; que lo dexamos confesando hasta mediodía: lo mismo hizo después que comieron los ministros, mas él no quiso comer, que se estuvo a solas, hasta que volvió el confesor, y se detuvo en la confesión hasta muy tarde. Los ministros de la justicia, yendo y viniendo, daban mucha prisa a la execución de su muerte (...). Poco después salió Gonzalo Pizarro, subió en una mula ensillada que le tenían apercebida: iba cubierto con una capa; y aunque un autor dice, con las manos atadas, no se las ataron: un cabo de una sogá echaron sobre el pescuezo de la mula por cumplimiento de la ley. Llevaba en las manos una imagen de nuestra Señora, cuyo devotísimo fue: iba suplicándole por la intercesión de su ánima. A medio camino pidió un crucifixo. Un sacerdote de diez o doce que le iban acompañando, que acertó a llevarlo, se lo dio. Gonzalo Pizarro lo tomó, y dio al sacerdote la imagen de nuestra Señora, besando con gran afecto lo último de la ropa de la imagen. Con el crucifixo en las manos, sin quitar los ojos de él, fue hasta el tablado que le tenían hecho para degollarle, do subió, y poniéndose a un canto de él, habló con los que le miraban, que eran todos los del Perú, soldados y vecinos, que no faltaban sino los magnates que le negaron, y aun de ellos había algunos disfrazados y rebozados: díxoles en alta voz: Señores, bien saben vuestas mercedes, que mis hermanos y yo ganamos este imperio: muchos de vuestas mercedes tienen repartimientos de Indios que se los dio el marqués mi hermano: otros muchos los tienen que se los di yo. Sin esto muchos de vuestas mercedes me deben dineros, que se los presté; otros muchos los han recibido de mí no prestados sino de gracia. Yo muero tan pobre, que aun el vestido que tengo puesto es del verdugo que me ha de cortar la cabeza; no tengo con qué hacer bien a mi ánima. Por tanto suplico a vuestas mercedes, que los que me deben dineros, de los que me deben, y los que no me los deben, de los suyos, me hagan limosna y caridad de todas las misas que pudieren que se digan por mi ánima: que espero en Dios que, por la sangre y pasión de nuestro Señor Jesu-Christo su Hijo, y median-

te la limosna que vuestas mercedes me hicieren, se dolerá de mí, y me perdonará mis pecados: quédense vuestas mercedes con Dios. No había acabado de pedir su limosna quando se sintió un llanto general con grandes gemidos y sollozos, y muchas lágrimas que derramaron los que oyeron palabras tan lastimeras: Gonzalo Pizarro se hincó de rodillas delante del crucifijo que llevó, que lo pusieron sobre una mesa que había en el tablado. El verdugo, que se decía Juan Enríquez, llegó a ponerle una benda sobre los ojos. Gomzalo Pizarro le dixo: No es menester, déxala. Y quando vio que sacaba el alfanje para cortarle la cabeza le dixo: Haz bien tu oficio hermano Juan! Quiso decirle que lo hiciese liberalmente, y no estuviese martirizándole como acaece muchas veces. El verdugo respondió: Yo se lo prometo a vuesa señoría. Diciendo esto, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía larga cerca de un palmo, y redonda, que se usaba entonces traerlas sin quitarles nada; y de un revés le cortó la cabeza, con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuza: se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algún espacio en caer en el suelo. Así acabó este buen caballero. El verdugo, como tal, quiso desnudarle por gozar de su despojo; mas Diego Centeno, que había venido a poner en cobro el cuerpo de Gonzalo Pizarro, mandó que no llegase a él, y le prometió una buena suma de dinero por el vestido; y así lo llevaron al Cozco, y lo enterraron con el vestido, porque no hubo quien se ofreciese a darle una mortaja (*Comentarios*, T. XI, cap. X, pp. 105-111).

Con su estilo claro y elegante, el Inca Garcilaso ha representado la épica, el mito, la utopía y la historia que se consignan en su obra. Desde sus memorias de niñez y adolescencia, aprendiendo en el hogar materno las tradiciones de los Incas del Perú, en su lengua nativa, hasta las guerras civiles, en sus dos fases, la primera de guerra entre conquistadores almagristas y pizarristas, por la gobernación del Perú, y la segunda entre conquistadores rebeldes encabezados por Gonzalo Pizarro, y el poder realista, sobre la aplicación e imposición de las ordenanzas en el Perú. Materia compleja y rica de información sobre una civilización extraordinaria que asombró a Montaigne y Campanella y, como se verá en el apéndice sobre fuentes del *Robinson Crusoe* de Defoe, siguió inspirando obras literarias desde Defoe a Voltaire.

31. Garcilaso y los antecedentes del Robinson Crusoe y de los relatos de los piratas ingleses en el Mar del Sur

Como parte complementaria de este trabajo sobre el descubrimiento, conquista y desarrollo colonial del Perú, he creído oportuno incluir al final la documentación relativa al influjo de Garcilaso en la composición de la obra *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe. Es este apéndice complemento de lo que se anticipó en el capítulo sobre el influjo de Cieza de León en la difusión de la información geográfica, náutica y topográfica, además de económica, sobre el Mar del Sur, para analizar las etapas de la verdadera invasión de las aguas territoriales y del territorio de las colo-

nias españolas del Pacífico. Además del influjo de Cieza de León, se debe considerar lo que la obra de Garcilaso significó, no sólo para los piratas ingleses, sino para los historiadores, y novelistas del Reino Unido, sobre todo Daniel Defoe y su *Robinson Crusoe*. El área geográfica del Caribe se ha caracterizado por la presencia de los marinos y exploradores europeos desde fines del siglo XV, siendo Cristóbal Colón el primer marino que desembarcó en una isla del Caribe la que él mismo bautizó San Salvador y que hoy es parte del archipiélago de las Bahamas. Desde los primeros decenios, después del descubrimiento de Colón, piratas y corsarios han navegado en el Mar Caribe hasta que se determinó una situación conflictual entre las potencias que miraban a conseguir la explotación de esta área geográfica: países como España, Inglaterra, Francia y Holanda enviaron flotas para asegurarse una parte de la explotación. Hacia el año 1526, un barco al mando del capitán español Pedro Serrano naufragó en su viaje desde Cuba a la Tierra Firme. De los ocho tripulantes sólo cuatro lograron llegar a una isleta que hoy se conoce con el nombre de Isla Serrana, en memoria del marino español que allí residió hasta que, después de unos cuatro años, fue rescatado por un barco español. Su historia extraordinaria ha sido contada por el Inca Garcilaso de la Vega, cuyo texto se reproduce a continuación. Es un claro antecedente de la famosa novela *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe (1719).

1. El episodio de Pedro Serrano en los Comentarios

Llegado al capítulo VII del tomo I, Garcilaso explica cómo Francis Drake fue el primer navegante que en el año 1579 descubrió que para navegar seguros había que alejarse hasta doscientas o trescientas leguas mar adentro para evitar los vientos contrarios (*Comentarios*, I, cap. VII, p. 42). Es la introducción al tema de los piratas y al de la sobrevivencia de naufragos en islas desiertas. En ese mismo capítulo, por primera vez, Garcilaso menciona la aventura de Pedro Serrano, naufrago en el mar Caribe, donde su navío se hundió después de chocar con los bajíos en el viaje de Cartagena de Indias a la Habana:

La isla Serrana, que está en el viage de Cartagena a La Habana, se llamó así por un español llamado Pedro Serrano, cuyo navío se perdió cerca de ella, y él solo escapó nadando, que era grandísimo nadador, y llegó aquella isla que es des poblada, inhabitable, sin agua, ni leña, donde vivió siete años con industria y buena maña que tuvo, para tener leña, agua y sacar fuego: es un caso historial de grande admiración (*Comentarios*, T. I, cap. VII, pp. 45-46).

Además de esta breve referencia sobre el episodio que, con toda probabilidad, contribuyó a que Daniel Defoe concibiera su célebre novela *Robinson Crusoe*

(1719),⁸³ Garcilaso, en el capítulo VIII, convierte el mismo episodio en un relato de aventuras, contado con esmero y lleno de detalles capaces de avivar el interés de muchos lectores. Defoe debe haber apreciado el relato de Garcilaso, pues hay varias coincidencias con su famosa novela, incluyendo la dieta de carne de tortugas, el uso de la caparazón para obtener agua de lluvia para beber, su industria en obtener fuego y mantenerlo vivo hasta lograr que un barco español, después de siete años de vivir en la isla, donde también encuentra a otro náufrago, al ver la humareda, los salva a los dos. El relato, que el mismo Garcilaso admite haber hallado entre los papeles del padre jesuita Blas Valera, constituye una verdadera novela de aventuras, escrita en un estilo digno de los mejores modelos en prosa del siglo de oro de la literatura hispánica:

Pedro Serrano salió a nado a aquella isla desierta que antes de él no tenía nombre; la qual, como él decía, tenía dos leguas de contorno, casi lo mismo dice la carta de marear porque pinta tres islas muy pequeñas con muchos bagíos a la redonda (...), por lo qual huyen los navíos de ellos, por no caer en peligro. A Pedro Serrano le cupo en suerte perderse en ellos y llegar nadando a la isla, donde se halló desconsoladísimo porque no halló en ella ni agua ni leña, ni una yerba que poder pacer, ni otra cosa alguna con que entretener la vida mientras pasase algún navío que de allí le sacase, para que no pereciese de hambre y de sed (...). Luego que amaneció volvió a pasear la isla, halló algún marisco que salía de la mar, como son cangrejos, camarones y otras sabandijas, de las cuales cogió las que pudo, y se las comió crudas, porque no había candela donde asarlas o cocerlas. Así se entretuvo hasta que vio salir tortugas; viéndolas lejos de la mar arremetió con una de ellas y la volvió de espaldas; lo mismo hizo de todas las que pudo, que para volverse a enderezar son torpes; y sacando su cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, que fue el medio para escapar de la muerte, la degolló y bebió la sangre en lugar de agua, lo mismo hizo de las demás; la carne puso al sol para comerla hecha tajajos, y para desembarazar las conchas para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella región, como es notorio, es muy lloviaosa. De esta manera se sustentó los primeros días, con matar todas las tortugas que podía, y algunas había tan grandes y mayores que las mayores adargas, otras como rodelas, y como broqueles, de manera que las había de todos tamaños. Con las muy grandes no se podía valer para volverlas de espaldas, porque le vencían de fuerzas, y aunque subía sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechaba nada, porque con él acuestas se iban a la mar; de manera que la experiencia le decía a cuales tortugas había de acometer, y a cuales se había de rendir. En las conchas recogió mucha agua, porque algunas había que cabían a dos arrobas, y de allí abaxo.

⁸³ En "The Real Robinson Crusoe," Bruce Selcraig, que se considera un descendiente del marinero escocés Alexander Selkirk (1671-1721), describe la Isla Crusoe, así nombrada por el gobierno chileno en 1966, como parte del archipiélago de Juan Fernández, al oeste de Valparaíso, a lo largo de la costa de Chile, donde Selkirk naufragó y vivió algunos años. Selcraig cree que Selkirk fue el modelo para la novela de Defoe. Véase *Smithsonian Magazine*, Julio 2005;

www.smithsonianmag.com/history/the-real-robinson-crusoe-74877644, pp. 1-8.

Viéndose Pedro Serrano con bastante recaudo para comer y beber, le pareció que si pudiese sacar fuego para siquiera asar la comida, y para hacer ahumadas quando viese pasar algún navío, que no le faltaría nada. Con esta imaginación (...) dio en buscar un par de guijarros que le sirviese de pedernal, porque del cuchillo pensaba hacer eslabón; para lo qual, no hallándolos en la isla, porque toda ella estaba cubierta de arena muerta, entraba en la mar nadando y se zambullía, y en el suelo con gran diligencia buscaba ya en unas partes, ya en otras lo que pretendía; y tanto porfió en su trabajo que halló guijarros, y sacó los que pudo, y dellos escogió los mejores: y quebrando los unos con los otros, para que tuviesen esquinas donde dar con el cuchillo, tentó su artificio, y viendo que sacaba fuego, hizo hilas de un pedazo de la camisa muy desmenuzadas, que parecían algodón carmenado, que le sirvieron de yesca, y con su industria y buena maña, habiéndolo porfiado muchas veces, sacó fuego. Quando se vio con él se dio por bien andante; y para sustentarlo recogió las orruras⁸⁴ que la mar echaba en tierra, y por horas las recogía donde hallaba mucha yerba que llaman ovas marinas, y madera de navíos que por la mar se perdían, conchas y huesos de pescados, y otras cosas con que alimentaba el fuego. Y para que los aguaceros no se lo apagaran hizo una choza de las mayores conchas que tenía de las tortugas que había muerto, y con grandísima vigilancia cevaba el fuego porque no se le fuese de las manos. Dentro de dos meses y aun antes se vio como nació, porque con las muchas aguas, color y humedad de la región se le pudrió la poca ropa que tenía. El sol con su gran calor le fatigaba mucho, porque no tenía ropa con que defenderse, ni había sombra a que ponerse. Quando se veía muy fatigado se entraba en el agua para cubrirse con ella. Con este trabajo y cuidado vivió tres años, y en este tiempo vio pasar algunos navíos, mas aunque él hacía su ahumada, que en la mar es señal de gente perdida, no echaban de ver en ella, o por temor de los bajíos no osaban llegar donde él estaba, y se pasaban de largo. De lo qual Pedro Serrano quedaba tan desconsolado, que tomara por partido el morir y acabar ya. Con las inclemencias del cielo le creció el bello de todo el cuerpo, tan escesivamente que parecía pellejo de animal, y no qualquiera, sino el de un jabalí: el cabello y la barba le pasaba de la cinta. Al cabo de los tres años, una tarde, sin pensarlo, vio Pedro Serrano un hombre en su isla, que la noche antes se había perdido en los bagíos de ella, y se había sustentado en una tabla del navío, y como luego que amaneció viese el humo del fuego de Pedro Serrano, sospechando lo que fue, se había ido a él, ayudado de la tabla y de su buen nadar. Quando se vieron ambos no se puede certificar cuál quedó más asombrado de cuál. Serrano imaginó que era el demonio que venía en figura de hombre para tentarle en alguna desesperación. El huésped entendió que Serrano era el demonio en su propia figura, según lo vio cubierto de cabellos, barbas y pelage. Cada uno huyó del otro, y Pedro Serrano fue diciendo: Jesús! Jesús! Líbrame, Señor, del demonio. Oyendo esto se aseguró el otro, y volviendo a él le dixo: no huyáis hermano de mí que soy christiano como vos, y para que se certificase, porque todavía huía, dixo a voces el credo: lo qual oído por Pedro Serrano, volvió a él y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura. Acomodaron su vida como mejor supieron, repartiendo las horas del día y de la noche en sus menesteres de buscar mariscos para comer,

⁸⁴ Horruras, escorias que son susceptibles de beneficio, como alimentar el fuego.

ovas, leña, huesos de pescado, o qualquier otra cosa que la mar echase para sustentar el fuego; y sobre todo la perpetua vigilia que sobre él habían de tener, velando por horas porque no se le apagase. Así vivieron algunos días, mas no pasaron muchos que no riñeron, y de manera que apartaron rancho que no faltó sino llegar a las manos (porque se vea cuán grande es la miseria de nuestras pasiones). La causa de la pendencia fue decir el uno al otro que no cuidaba como convenía de lo que era menester; y este enojo y las palabras que con él se dijeron, los descompusieron y apartaron. Mas ellos mismos cayendo en su disparate se pidieron perdón, se hicieron amigos, y volvieron a su compañía y en ella vivieron otros quatro años. En este tiempo vieron pasar algunos navíos, y hacían sus ahumadas, mas no les aprovechaba, de que ellos quedaban tan desconsolados que no les faltaba sino morir. Al cabo de este largo tiempo acertó a pasar un navío tan cerca de ellos que vio la ahumada, y les echó el batel para recogerlos. Pedro Serrano y su compañero, que se había puesto de su mismo pelage, viendo el batel cerca, porque los marineros que iban por ellos no entendiesen que eran demonios y huyesen de ellos, dieron en decir el credo, y llamar el nombre de nuestro Redentor a voces; y valiéronles el aviso, que de otra manera sin duda huyeran los marineros, porque no tenían figura de hombres humanos. Así los llevaron al navío, donde admiraron a quantos los vieron y oyeron sus trabajos pasados. El compañero murió en la mar viniendo a España. Pedro Serrano llegó acá y pasó a Alemania, donde el Emperador estaba entonces, llevó su pelage como lo traía para que fuese prueba de su naufragio, y de lo que en él había pasado. Por todos los pueblos que pasaba a la ida, si quisiera mostrarse ganaba muchos dineros. Algunos señores y caballeros principales que gustaron de ver su figura, le dieron ayudas de costa para el camino; y la Magestad Imperial, habiéndole visto y oído, le hizo merced de quatro mil pesos de renta, que son quatro mil y ochocientos ducados en el Perú. Yendo a ganarlos murió en Panamá, que no llegó a verlos. Todo este cuento, como se ha dicho, contaba un Caballero que se decía Garcí Sánchez de Figueroa, a quien yo se lo oí, que conoció a Pedro Serrano, y certificaba que se lo había oído a él mismo, y que después de haber visto al Emperador se había quitado el cabello y la barba, dexándola poco más corta que hasta la cinta. Y para dormir de noche se la entrenzaba, porque no entrenzándola, se tendía por toda la cama y le estorbaba el sueño (*Comentarios*, T. I, cap. VIII, pp. 48-62).

Este relato, contado por Garcilaso con estilo elegante y con lujo de detalles, es seguramente la fuente principal del *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe. Por la calidad de su prosa y la riqueza de imágenes los *Comentarios Reales* constituyen, aún hoy, una referencia constante de la literatura mundial.⁸⁵ Para la coherencia de este

⁸⁵ Hace unos años, el Profesor Michael Shinagel, decano de Extension School de Harvard University, desde 1975 hasta 2012, publicó una edición crítica del *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe (New York: Norton, 1994). En su edición, el profesor Shinagel incluyó las mismas fuentes aquí analizadas, o sea Dampier, Cooke, Rogers y Steele, que él consideraba que habían inspirado a Daniel Defoe a escribir *Robinson Crusoe*, refiriéndose a Alexander Silkirk. En su edición Shinagel no menciona los *Comentarios* de Garcilaso, ni el episodio de Pedro Serrano incluido por el Inca Garcilaso de la Vega, a pesar que dos de los piratas

aspecto poco estudiado, se transcriben a continuación los textos de piratas ingleses al servicio de la corona inglesa que la crítica hasta ahora ha considerado fuentes exclusivas del *Robinson Crusoe* de Defoe, con aparente olvido de los *Comentarios Reales* de Garcilaso y de otros cronistas hispánicos:

2. *El pirata inglés William Dampier*

Un relato de William Dampier (1651-1715), el famoso pirata inglés, al servicio de la corona inglesa, sobre un Indio Mosquito, naufragado cerca de la isla Juan Fernández, que sobrevivió allí más de tres años. El relato de Dampier está incluido en su obra *Voyages. Consisting of a New Voyage Round the World, a Supplement to the Voyage Round the World, Two Voyages to Campeachy, a Discourse of Winds, a Voyage to New Holland, and a Vindication, in answer to the Chimerical Relation of William Funnell, by Captain William Dampier. Published originally in London in 1703* [Que trata de un Nuevo viaje alrededor del mundo, un suplemento al Viaje alrededor del mundo, dos viajes a Campeche, un ensayo sobre vientos, un viaje a Nueva Holanda y una revindicación como respuesta a la relación ficticia de William Funnell, por el Capitán William Dampier. Publicado originalmente en Londres en 1703].

3. *El pirata inglés Edward Cooke*

Un breve relato del capitán Edward Cooke, también pirata al servicio de la corona inglesa, sobre Alexander Selkirk, abandonado en la isla de Juan Fernández, en el archipiélago del mismo nombre en el Pacífico meridional, frente a la costa chilena.

4. *El pirata inglés Woodes Rogers*

Un relato, escrito por otro pirata inglés, Woodes Rogers (1679-1732), incluido en su obra *A Cruising Voyage round the World* [Una navegación alrededor del mundo], Londres, 1712, donde cuenta la aventura de Alexander Selkirk que vivió durante más de cuatro años en la isla de Juan Fernández.

5. *El pirata inglés Richard Steele*

Un relato, escrito por otro pirata inglés, Richard Steele, que fue publicado póstumo en 1713.

autores de relatos de viaje, Cooke y Rogers, citados por el profesor Shinagel, mencionan en el título de sus obras que se han inspirado en manuscritos españoles. Para un miembro de la prestigiosa universidad de Harvard, y decano además, me parece extraño el silencio sobre las fuentes hispánicas.

A. Texto de Robinson Crusoe:

Al analizar las fuentes, incluyendo a la de Garcilaso, hay que tener en cuenta que Daniel Defoe indica una localidad que se puede identificar en el Mar del Norte, como entonces se llamaba el océano Atlántico, y que su referencia al naufragio, se limita a recordar una posición cerca de 12° 18' L. N., no lejos de la costa del Brasil, y a 22 grados de L. O., en el momento en que el capitán está estudiando la carta de navegación con el narrador y que otra tormenta se descarga sobre el navío haciéndolo zozobrar:

In this Distress, we had besides the Terror of the Storm, one of our Men dyed of the Calenture, and one Man and the Boy wash'd over board; about the 12th Day the Weather abating a little, the Master made an Observation as well as he could, and found that he was in about 11 Degrees North Latitude, but that he was 22 Degrees of Longitude difference West from Cape St. Augustino; so that he found he was gotten upon the Coast of Guinea, or the North Part of Brasil, beyond the River Amazonas, toward that of the River Oronoque, commonly call'd the Great River, and began to consult with me what Course he should take, for the Ship was leaky and very much disabled, and he was going directly back to the Coast of Brasil. I was positively against that, and looking over the Charts of the Sea-Coast of America with him, we concluded there was no inhabited Country for us to have recourse to, till we came within the Circle of Carribee-Islands (...). With this Design we chang'd our Couse and steer'd away N. W., by W., in order to reach some of our English Islands, where I hoped for Relief; but our Voyage was otherwise determined, for being in the Latitude of 12 Deg. 18 Min., a second Storm came upon us (...). We knew nothing where we were, or upon what Land it was we were driven, whether an Island or the Main, whether inhabited or not inhabited, and as the Rage of the Wind was still great, tho' rather less than at first, we could not so much a hope to have the Ship hold many Minutes without breaking in Pieces, unless the Winds by a kind of Miracle should turn immediately about. In a Word, we sat looking upon one another, and expecting Death every Moment, and every Man acting accordingly, as preparing for another World, for there was little or nothing more for us to do in this; that which was our present Comfort, and all the Comfort we had, was, that contrary to our Expectations, the Ship did not break yet, and that the Master said the Wind began to abate⁸⁶ [En esta confusion que sentíamos, además del miedo que nos producía la tormenta, uno de los maestros murió de fiebre y otro, con un muchacho, fueron arrastrados por las olas fuera de borda; después de doce días, el tiempo comenzó a mejorar un poco, el capitán hizo el mejor cálculo que pudo y pensó que nos encontrábamos cerca de los once grados de Lat. N., pero que estábamos a los 22 grados de Long. Oeste del Cabo de San Agustín; de manera que creyó hallarse cerca de la costa de Guinea, en la parte septentrional de Brasil, pasado el río Amazonas y cerca del Orinoco, al

⁸⁶ Véase Daniel Defoe, *Robinson Crusoe*, Editor Michael Shinagel, Harvard University; New York-London: Norton, 1994, pp. 32-33; referencias con la abreviación RC, seguida del número de las páginas entre paréntesis.

que llaman el Gran Río; pidió mi opinión sobre el rumbo que deberíamos tomar, porque el navío hacía agua y no podía navegar bien y así pensaba volver al Brasil. Yo me opuse y al mirar las cartas de marear de la costa americana con él llegamos a la conclusión que no había tierra poblada donde poder pedir ayuda hasta que llegamos al perímetro de las islas del Caribe (...) En esta situación cambiamos de rumbo en dirección Noroeste-Oeste, para llegar a alguna de nuestras islas inglesas, donde esperábamos hallar refugio; pero nuestro viaje tuvo otro destino, porque mientras habíamos alcanzado los 12 grados y 18 minutos de Lat. N., nos sorprendió otra tempestad. No sabíamos dónde estábamos o hacia qué tierra nos íbamos acercando, si era isla o tierra firme, si era habitada o despoblada, y por la violencia del viento tan grande, aunque menguada con respecto a la anterior, no teníamos ninguna esperanza que el navío pudiese resistir ni aun minutos antes que se estrellase en mil pedazos, a menos que por algún milagro el viento soplara inmediatamente en la dirección contraria. En breve, nos mirábamos y estábamos a la expectativa de una muerte inminente, y cada uno se preparaba a pasar al otro mundo, porque no podíamos hacer otra cosa para consolarnos y lo único bueno fue que el maestre nos dijo que, contra lo que nos esperábamos, el navío aun resistía y el viento estaba disminuyendo].

Esta referencia a las coordenadas del naufragio y la dirección del navío indica la zona del Caribe, lo cual contrasta con las coordenadas indicadas por Alexander Selkirk, naufrago en el archipiélago de Juan Fernández (33° L. S. 74° Long. O.), lo cual me parece relevante, pues el naufragio de Pedro Serrano ocurrió en una isla del Mar Caribe, no en la vecindad donde naufragó Alexander Selkirk cerca de la isla Juan Fernández en el océano Pacífico. De manera que esta clarificación geográfica y náutica debería tenerse en cuenta al considerar las fuentes del Robinson Crusoe, además de los detalles del relato de Garcilaso con respecto al uso de la caparazón de las tortugas para recoger el agua de lluvia en ambos, el relato de Pedro Serrano y el de *Robinson Crusoe* y la confirmación de la posición de su isla en las páginas finales del *Robinson Crusoe*, cuando el protagonista, teniendo nostalgia por su isla, decide ir de visita:

In this Voyage I visited my new Collony in the Island, saw my Successors the Spaniards, had the whole Story of their Lives, and of the Villains I left there; how at first they insulted the poor Spaniards, how they afterwards agreed, disagreed, united, separated, and how at last the Spaniards were oblig'd to use Violence with them, how they were subjected to the Spaniards, how honestly the Spaniards used them; a History, if it were entred into, as full of Variety and wonderful Accidents, as my own Part, particularly also as to their Battles with the Carribeans, who landed several times upon the Island, and as to the Improvement they made upon the Island it self, and how five of them made an Attempt upon the main Land, and brought away eleven Men and five Women Prisoners, by which, at my coming, I found about twenty young Children on the Island. Here I stay'd about 20 Days, left them Supplies of all necessary things, and particularly of Arms, Powder, Shot,

Cloaths, Tools, and two Workmen, which I brought from England with me, viz. a Carpenter and a Smith. Besides this, I shar'd the Island into Parts with 'em, reserv'd to my self the Property of the whole, but gave them such Parts respectively as they agreed on; and having settled all things with them, and engaged them not to leave the Place, I left them there. From thence I touch'd at the Brasils, from whence I sent a Bark, which I bought there, with more People to the Island, and in it, besides other Supplies, I sent seven Women, being such as I found proper for Service, or for Wives to such as would take them: As to the English Men, I promis'd them to send them some Women from England, with a good Cargoe of Necessaries, if they would apply themselves to Planting, which I afterwards perform'd. And the Fellows prov'd very honest and diligent after they were master'd, and that their Properties set apart for them. I sent them also from the Brasils five Cows, three of them being big with Calf, some Sheep, and some Hogs, which, when I came again, were considerably encreas'd (*RC*, pp. 219-220)

[En este viaje visité mi nueva colonia en la isla, conocí a mis sucesores, los españoles, aprendí toda la historia de sus vidas y la de los campesinos que dejé allí; cómo al principio ellos provocaban a los pobres españoles, cómo, con el tiempo, se pusieron de acuerdo, luego pelearon, se reconciliaron, se separaron y finalmente cómo los españoles se vieron obligados a usar la violencia contra ellos y los dominaron y cómo los españoles fueron justos en su tratamiento; sería ésta una historia, si se escribiese, tan variada y llena de hechos increíbles como la que acabo de escribir, en especial sobre la lucha con los caribes que desembarcaron varias veces en la isla y sobre las mejorías que [los españoles] han hecho en la isla y cómo cinco de ellos desembarcaron en tierra firme y trajeron como prisioneros a la isla desde allí a once hombres y cinco mujeres, por lo cual, a mi llegada vi cerca de veinte niños recién nacidos en la isla. Me quedé unos veinte días, antes de irme les dejé bastimentos para todo, en especial, armas, pólvora, cartuchos, ropa de vestir, herramientas y dos obreros que había traído conmigo de Inglaterra, un carpintero y un herrero. Fnalmente, subdividí la isla en parcelas, de común acuerdo, manteniendo para mí la propiedad de toda la isla, y les di aquellas parcelas que ellos eligieron y, después de haber arreglado las cosas con ellos y haber obtenido su compromiso a no abandonar la isla, los saludé. Desde allí llegué al Brasil, de donde envié un navío que compré allí, con más gente para la isla y, además de otros bastimentos, les envié siete mujeres que me parecieron capaces de servirles o de casarse con ellos. A los ingleses les prometí enviarles mujeres inglesas con un cargamento de cosas de primera necesidad, a condición que se pusieran a trabajar la tierra para sembrar y cultivar, y lo hice como prometido. Todos se mostraron muy honestos y diligentes, después que entendieron que les iba asignando su propiedad. También les mandé desde el Brasil cinco vacas, y de ellas tres estaban preñadas, algunas ovejas y otros puercos que, a mi vuelta, se habían reproducido].

En este texto del *RC* se menciona la proximidad de indios Caribes que atacan a los residentes de la isla, pero que son rechazados por los mismos. Volviendo a los once sobrevivientes, temerosos de zozobrar con el navío, bajan la lancha y se aprestan a remar hacia la costa, pero una gran ola los sumerge. Se ahogan todos,

menos el narrador, Robinson, que logra salir a flote y nadando trepa a un escollo, sufriendo heridas y escoriaciones y tragando mucha agua. Casi al límite de su resistencia física, Robinson se arrastra hasta un árbol porque ya está anocheciendo y, temeroso de lo que podría acaecer, trepa al árbol para pasar la noche. A la mañana siguiente se sube a un árbol que domina el panorama y se da cuenta que ha llegado a una isla desierta. Escrutando el horizonte avista el navío que, a pesar de la tormenta, aún está a flote. Utilizando el material que halla en el navío, Robinson construye una balsa para transportar a tierra cuantas más provisiones, jarcias, armas y pólvora encuentra aún en buen estado, además de alguna ropa, pues se había quedado medio desnudo:

However this put me upon rummaging for Clothes, of which I found enough, but took no more than I wanted for present use, for I had other things which my Eye was more upon, as first Tools to work with on Shore, and it was after long searching that I found out the Carpenter's Chest, which was indeed a very useful Prize to me, and much more valuable than a Ship Loading of Gold would have been at that time; I got it down to my Raft (...) My next Care was for some Ammunition and Arms, there were two very good Fowling-pieces in the great Cabbin, and two Pistols, these I secur'd first, with some Powder-horns, and a small Bag of Shot, and two old rusty Swords; I knew there were three Barrels of Powder in the Ship, but knew not where our Gunner had stow'd them, but with much search I found them, two of them dry and good, the third had taken Water, those two I got to my Raft, with the Arms, and now I thought my self pretty well freighted (...). I took all the Mens Clothes that I could find, and a spare Fore-top-sail, a Hammock, and some Bedding; and with this I loaded my second Raft, and brought them all safe on Shore to my very great Comfort (RC, pp. 38, 41) [De manera que esta situación me obligó a buscar vestidos, que hallé en cantidad, pero me limité a lo esencial porque tenía urgente necesidad de buscar otras cosas, como eran herramientas que me servirían en tierra y después de buscar por mucho tiempo hallé la caja de herramientas del carpintero, cuyo hallazgo fue muy útil para mí, de más valor que si hubiese sido un navío lleno de oro y la cargué sobre mi balsa (...). Lo que me ocupó en seguida después fue buscar armas y municiones, pues había dos escopetas muy buenas en la cabina principal y dos pistolas, que cogí inmediatamente con cuernos para la pólvora y un paquete de tiros y dos espadas oxidadas; sabía que en el navío quedaban tres barriles de pólvora, pero no conocía el lugar dónde el armero los había puesto, pero después de buscar los encontré, dos de ellos secos y el tercero mojado y los primeros dos llevé a mi balsa con las armas con lo cual me consideré bien proveído (...). Me llevé todos los vestidos de hombre que hallé y una vela de arriba, una hamaca y ropa de cama y con todo eso cargué mi otra balsa y logré llevar todo a salvo a la orilla con gran consuelo de mi parte].⁸⁷

⁸⁷ En el *De Orbe Novo* de Pedro Mártir se leen apreciaciones, por parte de los indios, sobre el hacha y el cuchillo que ellos consideran superiores a los metales preciosos. Y sobre el tópico de los

En este punto del relato y, a pesar de las referencias geográficas breves y aproximadas, hemos aprendido que el naufragio de Robinson ha ocurrido en una zona indicada aproximadamente mar adentro de la costa del norte de Brasil, o a la altura de la Guyana Británica:

About the 12th Day the Weather abating a little, the Master made an Observation as well as he could, and found that he was in about 11 Degrees North Latitude, but that he was 22 Degrees of Longitude difference West from Cape St Augustino; so that he found he was gotten upon the Coast of Guinea⁸⁸, or the North Part of Brasil (*RC*, p. 32) [Cerca de 12 días más tarde el tiempo comenzó a mejorar algo, y el maestro hizo una observación lo mejor que pudo y creyó que se hallaba cerca de 11 grados de latitud norte, pero que se hallaba a 22 grados de longitud al oeste de Cabo S. Agustín y entendimos que nos hallábamos cerca de la costa de Guiana, o del norte de Brasil].

Así parece evidente que si miramos a la geografía que interesa estos dos personajes, uno histórico, Alexander Selkirk, y otro ficticio, Robinson Crusoe, que el primero permaneció unos años en el archipiélago de Juan Fernández, en el Pacífico meridional, a unos 670 kilómetros al oeste de la costa de Chile a la altura de Santiago, y que el segundo sobrevivió al naufragio ocurrido en aguas del Atlántico septentrional y, más precisamente, en el mar Caribe. Esta distinción geográfica a mi parecer debería guiar la comparación con las fuentes que hasta ahora se han citado y que deberían incluir el relato de Garcilaso de la Vega, el Inca, sobre el naufragio de Pedro Serrano que, como hemos aprendido, sobrevivió varios años en una isla desierta del Caribe. Los textos de William Dampier, Edward Cooke, Woodes Rogers, todos marinos y piratas con patente de la corona inglesa, están escritos como diarios de a bordo, mientras que el texto de Richard Steele, un miembro Whig del parlamento y fundador, juntamente con Joseph Addison, de la revista *Spectator* en 1711, es parte de un artículo publicado en *The Englishman* (1713). A

naufragios, la obra del conquistador y explorador Alvar Núñez Cabeza de Vaca—*Naufragios y Comentarios* (1542—, traducida al inglés e incluida en la colección titulada *Pilgrimage*, por Samuel Purchas, en 1625-1626, en Londres, ofreció al público inglés, casi un siglo antes de que Defoe escribiera el *Robinson Crusoe*, situaciones y aventuras análogas a la novela de Daniel Defoe y también pudo influir, junto con el relato sobre Pedro Serrano en los *Comentarios Reales* de Garcilaso, en la composición y publicación, en los mismos años de la publicación del *Robinson Crusoe*, de los diarios de a bordo de los piratas con patente de la corona inglesa, de los varios Dampier, Cooke y Woodes Rogers, incluidos, más adelante, en este estudio. Véase mi artículo “Textos Fundacionales de América IV: Letrados y Caballeros,” en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid, N. 38, 2013, pp. 205-442.

⁸⁸ The editor in note: “Corrected to *Guiana* in the fourth and subsequent editions (*Robinson*, 32, n. 8).

continuación se incluyen selecciones de todos los textos originales de estos piratas ingleses con la traducción en español.

*B. Texto de William Dampier: La aventura de un Indiano Moskito
[Mosquito] en la isla de Juan Fernández*

March the 22d, 1684, we came in sight of the Island, and the next day got in and anchored in a Bay at the South end of the Island, in 25 fathom Water, not two Cables lengths from the shore. We presently got out our Canoa, and went ashore to see for a Moskito Indian, whom we left here when we were chased hence by 3 Spanish Ships in the year 1681, a little before we went to Africa; Capt. Watlin being then our Commander, after Capt. Sharp, was turned out. The Indian lived here alone above 3 years, and altho' he was several times sought after by the Spaniards, who knew he was left on the Island, yet they could never find him. He was in the Woods, hunting for Goats, when Capt. Watlin drew off his Men, and the Ship was under sail before he came back to shore. He had with him his Gun and a Knife, with a small Horn of Powder, and a few Shot; which being spent, he contrived a way by notching his Knife, to saw the Barrel of his Gun into small Pieces, wherewith he made Harpoons, Lances, Hooks and a long Knife; heating the pieces first in the fire, which he struck with his Gun-flint, and a piece of the Barrel of his Gun, which he hardened; having learnt to do that among the English. The hot pieces of Iron he would hammer out and bend as he pleased with Stones, and saw them with his jagged Knife, or grind them to an edge by long labour, and harden them to a good temper as there was occasion. All this may seem strange to those that are not acquainted with the sagacity of the Indians; but it is no more than these Moskito Men are accustomed to in their own Country, where they make their own Fishing and Striking Instruments, without either Forge or Anvil; tho' they spend a great deal of time about them. Other wild Indians who have not the use of Iron, which the Moskito Men have from the English, make Hatchets of a very hard Stone, with which they will cut down Trees, (the Cotton-Tree especially, which is a soft tender Wood) to build their Houses or make Canoas (...). But to return to our Moskito Man on the Isle of J. Fernando. With such Instruments as he made in that manner, he got such Provision as the Island afforded; either Goats or Fish. He told us that at first he was forced to eat Seal, which is very ordinary Meat, before he had made Hooks: but afterwards he never killed any Seals but to make Lines, cutting their Skins into Thongs. He had a little House or Hut half a Mile from the Sea, which was lin'd with Goats Skin; his Couch or Barbecu of Sticks lying along about 2 foot distant from the Ground, was spread with the same, and was all his Bedding. He had no Cloaths left, having worn out those he brought from Watlin's Ship, but only a Skin about his Waste. He saw our Ship the day before we came to Anchor, and did believe we were English, and therefore kill'd 3 Goats in the Morning, before we came to an Anchor, and drest them with Cabbage, to treat us when we came ashore. He came then to the Sea side to congratulate our safe Arrival. And when we landed, a Moskito Indian, named Robin, first leap'd ashore, and running to his Brother Moskito Man, threw himself flat on his face at his feet, who helping him up, and

embracing him, fell flat with his face on the ground at Robin's feet, and was by him taken up also. We stood with pleasure to behold the surprise, and tenderness, and solemnity of this interview, which was exceedingly affectionate on both sides⁸⁹ [A 22 de marzo de 1684 llegamos a vista de la isla, y al día siguiente surgimos y anclamos en la bahía al sur de la isla, en 25 brazas de profundidad, a menos de doscientos metros de la orilla. Lo primero bajamos al agua nuestra canoa y fuimos hasta la orilla para hallar el Indio Mosquito que dejamos aquí cuando tres navíos españoles nos persiguieron en 1681, poco antes que navegáramos a África, bajo el mando del capitán Watlin, que era nuestro jefe entonces, después que se fue el capitán Sharp. El indio vivió aquí solo durante más de tres años y, a pesar de que los españoles, que sabían que lo habíamos dejado aquí, lo buscaron varias veces, nunca lo pudieron hallar. Estaba en la selva, cazando cabras, cuando el capitán Watlin se fue con sus hombres en el barco que ya había zarpado cuando el indio volvió a la orilla. Tenía su escopeta y un cuchillo, con un cuerno de pólvora, y algunos cartuchos, que al terminarse, concibió un medio, al forjar dientes de sierra en el cuchillo y con este cortó el cañón de la escopeta haciendo pedazos pequeños con los que hizo arpones, puntas, ganchos y un cuchillo muy largo; calentando antes las piezas en el fuego, que luego machacó con el pedernal y con una pieza del cañón de la escopeta, que él había endurecido como había aprendido a hacer de los ingleses. Las piezas calientes de hierro machacó y dobló a su voluntad con piedras y luego las cortó con su cuchillo dentado, o afiló con mucho trabajo, fortaleciendo algunas con un buen temple, según lo creyó oportuno. Todo esto puede parecer extraño a quien no está acostumbrado a ver la sagacidad del indio, pero es muy normal entre los indios mosquitos en su tribu, donde manufacturan sus herramientas para pescar y golpear, sin fragua y yunque, aunque pasen mucho tiempo en su elaboración. Otros indios salvajes que no conocen el uso del hierro, como los indios Mosquitos que lo han aprendido de los ingleses, hacen hachas con piedras muy duras y con ellas cortan árboles (especialmente el árbol del algodón que es de una madera tierna) para construir sus casas y hacer canoas (...). Pero volviendo a nuestro indio Mosquito en la isla Fernández, con las herramientas que él hizo pudo obtener los víveres que la isla producía, sea las cabras o el pescado. Nos dijo que al principio debió comer focas, que tienen una carne de baja calidad, antes que hiciera ganchos, pero luego se limitaba a matar focas para hacer líneas para pescar y para cortar la piel en cintas. Tenía una cabaña a media milla de la orilla, forrada con piel de cabra, su cama y su parrilla de ramas a dos pies del suelo estaban cubiertos también con la piel de cabra y eso era su dormitorio. No tenía vestidos, pues había consumido los que había traído del navío de Watlin, sino que llevaba una piel de cabra alrededor de su cintura. Había visto nuestro navío el día antes que viniésemos a anclar y se dio cuenta que éramos ingleses y por eso mató tres cabras a la mañana, antes que ancláramos, y las adobó con repollos para ofrecernos una comida a nuestra llegada a la orilla. Vino a la orilla para felicitarnos de nuestra llegada. Y cuando llegó a la orilla otro indio Mosquito que se llamaba Robin,

⁸⁹ Véase *Dampier's Voyages. Consisting of a New Voyage Round the World, a Supplement to the Voyage Round the World, Two Voyages to Campeachy, a Discourse of Winds, a Voyage to New Holland ...* Londres, 1906, obra citada.

primero corrió a la orilla y corriendo hacia su hermano Mosquito cayó a tierra con su rostro contra el suelo a sus pies; el otro lo levantó y lo abrazó y luego cayó al suelo a los pies de Robin que a su vez lo levantó. Nos quedamos admirados por la sorpresa, el afecto y la solemnidad de sus saludos, llenos de cariño de los dos].

C. Texto de Edward Cooke en su obra *A voyage to the South Sea and round the world, perform'd in the years 1708, 1709, 1710 and 1711: containing a journal of all memorable transactions during the said voyage, the winds, currents, and variations of the compass, the taking of towns of Puna and Guayaquil, and several prizes, one of which a rich Acapulco ship: a description of the American coasts, from Tierra del Fuego in the South, to California in the north, (from the coasting-pilot, a Spanish manuscript): an historical account is given of Mr. Alexander Selkirk, his manner of living and taming some wild beasts during the four years and four month he liv'd upon the uninhabited island of Juan Fernández: illustrated with cuts and maps. London, 1712* [Un viaje al Mar del Sur y alrededor del Mundo, hecho en los años 1708, 1709, 1710 y 1711; incluye un diario de todos los hechos memorables de dicho viaje, los vientos, las Corrientes y las variaciones de la brújula, la toma de las ciudades de Puno y Guayaquil y del botín, además del rico navío de Acapulco; una descripción de las costas americanas desde la Tierra del Fuego al Sur hasta California al Norte, tomada del manuscrito español del piloto [del navío de Acapulco]. Se incluye un relato histórico del caballero Alexander Selkirk, su estilo de vida y su amaestramiento de algunos animales salvajes durante su estada de cuatro años y cuatro meses en que vivió en la isla desierta de Juan Fernández; con ilustraciones y mapas, en Londres, 1712].

Tuesday, February 1 [1709]. In the Morning tack'd and stood to the Westward; but the Wind shrinking, and blowing off the Island [Juan Fernández] in Squalls, could not get in till Eight in the Evening, when having little Wind, we row'd and tow'd into the great Bay, and came to an Anchor in 50 Fathom Water with our best Bower, carrying our Stream-Anchor in with the Shore. All this Day had a clear Ship, hoping to get some Purchase but saw no Vessel, only one Man ashore, with a white Ensign, which made us conclude, that some Men had been left there by some Ship, because the Island is not inhabited. The *Duke's* Boat went ashore, and found one Alexander Selkirk, who had been formerly Master of the Cinque Ports Galley, an English Privateer in those Parts; and having some Difference with the Captain of the said Ship, and she being leaky, he left the said Capt. Stradling, going ashore on this Island [Juan Fernández], where he continu'd four Years and four Months, living on Goats and Cabbages that grow on Trees, Turnips, Parsnips, etc. He told us a Spanish Ship or two which touch'd there, had like to have taken him, and fir'd some Shot at him. He was cloath'd in a Goat's Skin Jacket, Breeches, and Cap, sew'd together with thongs of the same. He tam'd some wild

Goats and Cats, whereof there are great Numbers⁹⁰ [Martes, 1º de febrero de 1709. Durante la mañana, navegamos a vela contraviento y siempre hacia el oeste, pero con el viento que disminuía y que soplaba desde la isla a ráfagas, no pudimos surgir hasta las ocho de la noche, cuando el viento amainó y nosotros pudimos remar y remolcar el navío dentro de la bahía y anclamos en cincuenta brazas de profundidad con nuestra proa y llevando el ancla hacia la orilla. Durante todo el día el navío estuvo a punto y esperábamos hacer algún comercio pero no vimos otros barcos, solamente un hombre en la orilla con una señal blanca que nos convenció que algún navío había dejado un hombre allí porque la isla era despoblada. El batel del *Duke* fue a la orilla y halló un Alexander Selkirk que había sido Maestre de la galera *Cinque Ports* del pirata inglés Stradling, ya mencionado, que se hallaba por esas partes y que había tenido diferencias con su capitán porque el navío hacía agua y había abandonado a su capitán e ido a esa isla de Juan Fernández donde había vivido durante cuatro años y cuatro meses, alimentándose de cabras y de repollos que allí crecen en los árboles, además de nabos y chirivías, etc. Nos dijo que uno o dos navíos españoles que andaban por ahí habían tratado de cogerlo y les habían disparado unos tiros. Llevaba una chaqueta de piel de cabra, con bragas y un sombrero cosidos con tiras del mismo cuero. Había domesticado algunas cabras y gatos de los que hay muchos allí].

D. Al avistar el archipiélago de Juan Fernández, el 2 de febrero de 1709, el capitán del navío *Duke*, Woodes Rogers, al mediodía, ordena que el batel del navío se acerque a la playa al mando del capitán Dover, que dirige un equipo formado por Master Frye y seis hombres, todos armados:

We sent our Yall ashore about Noon, with Capt. Dover, Mr Frye, and six Men, all arm'd; meanwhile we and the *Dutchess* kept turning to get in, and such heavy Flaws came off the Land, that we were forc'd to let fly our Topsail Sheer, keeping all Hands to stand by our Sails, for fear of the Wind's carrying 'em away: but when the Flaws we gone, we had little or no Wind. These Flaws proceeded from the Land, which is very high in the middle of the Island. Our Boat did not return, so we sent our Pinnace with the Men arm'd, to see what was the occasion of the Yall's stay; for we were afraid that the Spaniards had a Garrison there, and might have seiz'd 'em. We put out a Signal for our Boat, and the *Dutchess* showed a French Ensign. Immediately our Pinnace return'd from the shore, and brought abundance of Craw-fish, with a Man cloth'd in Goat-Skins, who looked wilder than the first Owners of them. He had been on the Island four Years and four Months, being left there by Capt. Stradling in the *Cinque Ports*; his Name was Alexander Selkirk a Scotch Man, who had been Master of the *Cinque Ports*, a Ship that came here last with Capt. Dampier, who told me that this was the best Man in her; so I immediately agreed with him to be a Mate on board our Ship. 'T was he that made the Fire last night when he saw our Ship, which he judg'd to be English. During his stay here, he saw several Ships pass by, but only two came in

⁹⁷Véase Edward Cooke, *A Voyage to the South Sea and round the world...* Londres, 1712, pp. 36-37. Referencias con la abreviación Cooke, seguida de las páginas en paréntesis.

to anchor. As he went to view them, he found 'em to be Spaniards, and retir'd from 'em; upon which they shot at him. Had they been French, he would have submitted; but chose to risk his dying alone on the Island, rather than fall into the hands of the Spaniards in those parts, because he apprehended they would murder him, or make a Slave of him in the Mines, for he fear'd they would spare no Stranger that might be capable of discovering the South-Sea. The Spaniards had landed, before he knew what they were, and they came so near him that he had much ado to escape; for they not only shot at him, but purs'd him into the Woods, where he climb'd to the top of a Tree, at the foot of which they made Water, and kill'd several Goats just by, but went off again without discovering him. He told us that he was born at Largo in the Country of Fife in Scotland, and was bred a Sailor from his Youth. The reason of his being left here was a difference betwixt him and his Captain; which, together with the Ship being leaky, made him willing rather to stay here, than go along with him at first; and when he was at last willing, the Captain would not receive him. He had been in the Island before to wood and water, when two of the Ships Company were left upon it for six Months till the Ship return'd, being chas'd thence by two French South-Sea Ships. He had with him his Clothes and Bedding, with a Firelock, some Powder, Bullets, and Tobacco, a Hatchet, a Knife, a Kettle, a Bible, some practical Pieces, and his Mathematical Instruments and Books. He diverted and provided for himself as well as he could; but for the first eight Months had much ado to bear up against Melancholy, and the Terror of being left alone in such a desolate place. He built two Hutts with Pimiento Trees, cover'd them with long Grass, and lin'd them with the Skins of Goats, which he kill'd with his Gun as he wanted, so long as his Powder lasted, which was but a pound; and that being near spent, he got fire by rubbing two Stick of Pimento Wood together upon his knee. In the lesser Hutt, at some distance from the other, he dress'd his Victuals, and in the larger he slept, and employ'd himself in reading, singing Psalms, and praying, so that he said he was a better Christian while in this Solitude than ever he was before, or than, he was afraid, he should ever be again. At first he never eat any thing till Hunger constrain'd him, partly for grief, and partly for want of Bread and Salt, nor did he go to bed till he could watch no longer; the Pimiento Wood, which burnt very clear, serv'd him both for Firing and Candle, and refresh'd him with its fragrant Smell. He might have had Fish enough, but could not eat 'em for want of Salt, because they occasion'd a Looseness; except Crawfish, which are there as large as our Lobsters, and very good: These he sometimes boil'd, and at other times broil'd, as he did his Goats Flesh, of which he made very good Broth, for they are not so rank as ours; he kept an Account of 500 that he kill'd while there, and caught as many more, which he mark'd on the Ear and let go. When his Powder fail'd, he took them by speed of foot; for his way of living and continual Exercise of walking and running, clear'd him of all gross Humours, so that he run with wonderful Swiftmess thro the Woods and up the Rocks and Hills, as we perceiv'd when we employ'd him to catch Goats for us. We had a Bull-Dog, which we sent with several of our nimblest Runners, to help him in catching Goats; but he distanc'd and tir'd both the Dog and the Men, catch'd the Goats, and brought 'em to us on his back. He told us that his Agility in pursuing a Goat alone like to have cost him his Life; he pursu'd it with so much Eagerness that he catch'd hold of it

on the brink of a Precipice, of which he was not aware, the Brushes having hid it from him; so that he fell with the Goat down the said Precipice a great height, and was so stun'd and bruis'd with the Fall, that he narrowly escap'd with his Life, and when he came to his Senses, found the Goat dead under him. He lay there about 24 hours, and was scarce able to crawl to his Hutt, which was about a mile distant, or to stir abroad again ten days. He came at last to relish his Meat well enough without Salt or Bread, and in the Season had plenty of good Turnips, which had been sow'd there by Captain Dampier's Men, and have now overspread some Acres of Ground. He had enough of good Cabbage from the Cabbage-Trees, and season'd his Meat with the Fruit of the Pimiento Tree, which is the same as the Jamaica Pepper, and smells deliciously. He found also a black Pepper call'd Maligita, which was very good to expel Wind and against Griping of the Guts. He soon wore out all his Shoes and Clothes by running thro the Woods; and at last being forc'd to shift without them, his Feet became so hard, that he run every where without Annoyance: and it was some time before he could wear Shoes after we found him; for not being us'd to any so long, his Feet swell'd when he came first to wear 'em again. After he had conquer'd his Melancholy, he diverted himself sometimes by cutting his Name on the Trees, and the Time of his being left and Continuance there. He was at first much pester'd with Cats and Rats, that had bred in great numbers from some of each Species which had got ashore from Ships that put in there to wood and water. The Rats gnaw'd his Feet and Clothes while asleep which oblig'd him to cherish the Cats with his Goats-flesh; by which many of them became so tame, that they would lie about him in hundreds, and soon deliver'd him from the Rats. He likewise tam'd some Kids, and to diverts himself would now and then sing and dance with them and his Cats; so that by the Care of Providence and Vigour of his Youth, being now but about 30 years old, he came at last to conquer all the Inconveniences of his Solitude, and to be very easy. When his Clothes wore out, he made himself a Coat and Cap of Goat-Skins, which he stich'd together with little Thongs of the same that he cut with his Knife. He had no other Needle but a Nail; and when his Knife was wore to the back, he made others as well as he could of some Icon Hoops that were left ashore, which he beat thin and ground upon Stones. Having some Linen Cloth by him, he sow'd himself Shirts with a Nail, and stich'd 'em with the Worsted of his old Stockings, which he pulled out on purpose. He had his last Shirt on when we found him on the Island. At his first coming on Board us, he had so much forgot his Language for want of Use, that we could scarce understand him, for he seem'd to speak his words by halves. We offer'd him a Dram, but he would not touch it, having drank nothing but Water since his being there, and 't was some time before he could relish our Victuals. He could give an account of no other Product of the Island than what we have mention'd; except small black Plums, which are very good, but hard to come at, the Trees which bear 'em growing on high Mountains and Rocks. Pimiento Trees are plenty here, and we saw some of 60 foot high, and about two yards thick; and Cotton Trees higher, and near four fathom round in the Stock. The Climate is so good, that the Trees and Grass are verdant all the Year. The Winter lasts no longer than June and July, and is not then severe, there being only a small Frost and a little Hail, but sometimes great Rains. The Heat of the Summer is equally moderate, and there 's not much Thunder or tempestuous Weather of

any sort. He saw no venomous or savage Creature on the Island, nor any other sort of Beast but Goats, etc., as above mentioned; the first of which had been put ashore there on purpose for a Breed by Juan Fernando a Spaniard, who settled there with some Families for a time, till the Continent of Chili began to submit to the Spaniards; which being more profitable, tempted them quit the Island, which is capable of maintaining a good number of People, and of being made so strong that they could not be easily dislodg'd. Ringrose in his Account of Capt. Sharp's Voyage and other Buccaneers, mentions one who had escap'd ashore here out of a Ship which was cast away with all the rest of the Company, and says he liv'd five years alone before he had the opportunity of another Ship to carry him off. Capt. Dampier talks of a Moskito Indian that belong'd to Capt Watlin, who being a hunting in the Woods when the Captin left the Island, liv'd here three years alone, and shifted much in the same manner as Mr. Selkirk did, till Capt. Dampier came hither in 1684, and carry'd him off. The first that went ashore was one of his Countrymen, and they saluted one another first by prostrating themselves by turns on the ground, and then embracing. But whatever there is in these Stories, this of Mr. Selkirk I know to be true; and his Behaviour afterwards gives me reason to believe the Account he gave me how he spent his time, and bore up under such an Affliction, in which nothing but the Divine Providence could have supported any Man. By this one may see that Solitude and Retirement from the World is not such an unsufferable State of Life as most Men imagine, especially when People are fairly call'd or thrown into it unavoidably, as this Man was; who in all probability must otherwise have perished in the Seas, the Ship that left him being cast away not long after, and few of the Company escap'd. We may perceive by this Story the Truth of the Maxim, that Necessity is the Mother of Invention, since he found means to supply his Wants in a very natural manner, so as to maintain his Life, tho not so conveniently, yet as effectually as we are able to do with the help of all our Arts and Society. It may likewise instruct us, how much a plain and temperate way of living conduces to the Health of the Body and the Vigour of the Mind, both which we are apt to destroy by Excess and Plenty, especially of strong Liquor, and the Variety as well as the Nature of our Meat and Drink: for this Man, when he came to our ordinary Method of Diet and Life, tho he was sober enough, lost much of his Strength and Agility⁹¹ [Alrededor del mediodía enviamos nuestro

⁹¹ Véase *A Cruising Voyage round the World: first to the South-Seas, thence to the East-Indies, and homewards by the Cape of Good Hope. Begun in 1708, and finish'd in 1711*. Containing a Journal of all the Remarkable Transactions; particularly, of the Taking of Puna and Guayaquil, of the Acapulco Ship, and other Prizes; An Account of Alexande Selkirk's living alone four Years and four Months in an Island; and A brief Description of several Countries in our Course noted for Trade, especially in the South-Sea. With Maps of all the Coast, from the best Spanish Manuscript Draughts. And an Introduction relating to the South-Sea Trade. By Captain Woodes Rogers, Commander in Chief on this Expedition, with the Ships Duke and Dutchess of Bristol. London, Printed for A. Bell at the Cross-Keys and Bible in Cornhil, and B. Lintot at the Ceoss-Keys between the two Temple-Gates, Fleetstreet. MVCCXII, pp. 124-131 [Un viaje de crucero alrededor del mundo, primero a los Mares del Sur, luego a las Indias Orientales y hacia el Puerto de donde zarpamos, rodeando el Cabo de Buena Esperanza, comenzado en 1708 y terminado en 1711. Se incluye un diario de todos los más extraordinarios acontecimientos, incluyendo la toma de Puno y Guayaquil y del navío de Acapulco y

batel a la orilla, al mando del capitán Dover, del señor Frye y de seis hombres, todos armados; mientras nosotros en el navío *Dutchess* navegábamos dando vueltas a la espera de atracar, pero de la tierra nos llegaban ráfagas de viento que nos vimos obligados a desplegar la vela de la gavia con los hombres listos a plegar las velas por temor que el viento nos las llevara; pero cuando las ráfagas terminaron apenas si teníamos viento. Estas ráfagas venían de la tierra que en el medio de la isla es muy elevada. Nuestro batel no había vuelto a tiempo y enviamos la lancha del navío con hombres armados para enterarnos de la razón de su demora, pues temíamos que los españoles tuviesen una guarnición allí y que podrían haberlos cogido. Pusimos una señal para nuestro batel y el navío *Dutchess* mostró una señal francesa. De inmediato la lancha volvió de la orilla con una cantidad abundante de langostas, con un hombre vestido de piel de cabra que parecía más salvaje de los animales que lo habían cubierto. Había vivido en la isla de Juan Fernández cuatro años y cuatro meses, porque allí lo había dejado el capitán Stradling del *Cinque Ports*. Su nombre es Alexander Selkirk, un escocés, que era el Maestre del *Cinque Ports*, un navío que la última vez que vino por aquí fue al mando del capitán Dampier que me confió que éste era el mejor hombre del barco; por ello estuve de acuerdo con él en nombrarle Maestre de nuestro navío. Fue él el que prendió el fuego la noche pasada cuando vio nuestro navío que le pareció inglés. Durante su estada aquí observó varios navíos de paso por aquí, y dos de ellos anclaron. Al acercarse para verlos mejor, descubrió que eran españoles y se alejó mientras le disparaban. Si hubiesen sido franceses se habría entregado, pero decidió arriesgar morir solo en la isla que juzgó mejor partido que caer en manos de los españoles por estas partes porque si lo tomaban preso lo habrían asesinado, o hecho esclavo en las minas porque temía que no habrían dejado vivo a un extranjero que sería capaz de revelar las riquezas del Mar del Sur. Los españoles habían llegado a tierra antes de que él se percatase de quiénes eran y llegaron tan cerca de donde él estaba que se escapó con dificultad porque no solamente le dispararon sino que le persiguieron en la selva donde él trepó a la cima de un árbol debajo del cual orinaron y mataron algunas cabras allí cerca y luego se fueron sin descubrirlo. Nos dijo que había nacido en Largo, en el condado de Fife en Escocia y que había sido marinero desde muy joven. La causa que determinó su abandono en la isla fue un desacuerdo con su capitán que, además de que el navío hacía agua, le persuadió a quedarse en la isla, pero cuando al final se había decidido a volver al navío, el capitán se rehusó a dejarle volver a bordo. Había estado en la isla antes para hacer aguada y recoger leña mientras dos de los navíos se quedaron allí por seis meses y el tercer navío volvió después que dos barcos franceses del mar del sur los habían perseguido. Poseía vestidos y ropa de

el botín; se incluye el relato de Alexander Selkirk que vivió solo por cuatro años y cuatro meses en la isla y una breve descripción de varios países en nuestra ruta comercial, en especial en el Mar del Sur. Se incluyen los mapas de todas las costas tomadas de los mejores manuscritos españoles. También se incluye una introducción que trata del comercio en el Mar del Sur, por el Capitán Woodes Rogers, comandante en jefe de esta expedición con los navíos *Duke* y *Dutchess* de Bristol. En Londres, impreso por A. Bell en Cross-Keys y Bible en Cornhill, B. Lintot en Cross-Keys entre las dos entradas del Templo, Londres, 1712. Referencias con la abreviación *Rogers*, seguida de los números de páginas entre paréntesis.

cama, con un pedernal, pólvora, balas, tabaco, una hacha, un cuchillo, una pava y una biblia, algunas herramientas y sus tablas matemáticas y libros. Se distraía como mejor podía, pero los primeros ocho meses tuvo que luchar contra la melancolía y el terror de sentirse abandonado en un lugar tan aislado. Construyó dos cabañas con árboles de pimienta, cubriéndolas con yerba alta y forrándolas con pieles de cabras que había matado con su escopeta, siempre que le quedara pólvora, pues lo que le quedaba era una libra y cuando hasta esa cantidad terminó aprendió a hacer fuego frotando dos palos sobre sus rodillas. En la cabaña más pequeña, puesta a cierta distancia de la otra, preparaba sus comidas, pero dormía en la más grande y allí pasaba el tiempo leyendo y cantando los salmos y orando, por lo cual decía que se había vuelto mejor cristiano durante su soledad que antes y temía que no lograría serlo jamás. Al principio, no comía hasta que el hambre no se hacía sentir, en parte por su tristeza y en parte por la falta de pan y de sal y nunca se acostaba hasta que su vista ya no le dejaba ver; la madera de pimienta que tiene una llama muy clara le servía de luz y de calefacción y le refrescaba con su fragancia aromática. Tenía pescado en abundancia, pero no podía comerlo sin sal pues le causaba diarrea, menos las langostas que eran tan grandes como las nuestras y muy buenas. A veces las hervía y otras las asaba como la carne de cabra de la que obtenía un caldo muy bueno, pues no tiene el sabor tan fuerte como las nuestras; calculaba en 500 las que había matado hasta entonces, además de las que había capturado, que eran aún más y que él había marcado en la oreja y había dejado en libertad. Cuando terminó la pólvora, comenzó a cazarlas a pie, superándolas corriendo más rápidamente que ellas, pues su estilo de vida y el ejercicio diario de caminar y correr le mantenía en forma al punto que podía correr a gran velocidad en la selva y sobre las rocas y las colinas, como pudimos ver al pedirle que nos cogiera algunas cabras. Teníamos un perro Bull-Dog que le acompañó junto con algunos de nuestros hombres corredores para que le ayudaran a coger las cabras, pero corrió tan velozmente que le vimos volver con las cabras a sus espaldas. Nos dijo que su velocidad en correr tras las cabras fue causa que casi le mató, pues corriendo con tanto deseo la agarró al borde de un precipicio que él no había podido ver por estar escondido por las matas y cayó con la cabra en el precipicio de una gran altura y la caída le causó tantos golpes y heridas que se salvó apenas y volvió en sí con la cabra muerta debajo de sí. Allí se quedó por 24 horas y apenas pudo arrastrarse a su cabaña, distante una milla de allí y fue incapaz de salir durante diez días. Fue entonces que se adaptó a comer sin sal ni pan y en la buena estación podía comer repollos de esas mismas plantas, sembradas allí por los hombres del capitán Dampier y que se habían extendido sobre unas hectáreas de tierra. Tenía bastantes repollos de los árboles y adobaba su carne con el fruto del árbol de pimienta que es el mismo de la pimienta de Jamaica y tiene un sabor delicioso. También descubrió pimienta negra que se llama Maligita que era muy eficaz para expulsar vientos y contra el dolor de vientre. Muy pronto consumió todos sus zapatos y vestidos con sus carreras en la selva y al tener que remediar su falta, sus pies se endurecieron al punto que corría por todas partes sin inconvenientes y, después que lo encontramos, debió pasar algún tiempo antes que pudiese calzar de nuevo zapatos porque sus pies al comienzo se hinchaban cada vez que se los ponía. Después que se repuso de su melancolía, se distraía a veces grabando su nombre en los árboles y grabando la fecha de su

estada allí. Mucho le molestaron al principio las ratas y los gatos que se habían multiplicado después que unos barcos pararon allí para hacer aguada y obtener leña. Las ratas le roían los pies mientras dormía y eso le persuadió a hacerse amigo de los gatos con la carne de cabra. Como consecuencia, centenares de gatos se acostumbraron a descansar junto a él y terminaron por liberarle de las ratas. Por su parte él domesticó varios cabritos y para divertirse a veces cantaba y bailaba con ellos y sus gatos; así que, por la gracia de la Providencia y el vigor de su juventud, a la edad de 30 años había logrado vencer todos los inconvenientes de la soledad y sentirse a sus anchas. Cuando sus vestidos se consumieron cortó una chaqueta y un sombrero de piel de cabra que cosió con tiras de piel de cabra que él había cortado con su cuchillo y cosido con un clavo que él había adaptado como aguja y el hilo obtenido de sus medias rotas. Cuando lo encontramos en la isla llevaba puesta su única camisa. Al subir a bordo se vio que casi había olvidado su lengua y teníamos dificultad en entenderle, pues pronunciaba solo la mitad de las palabras. Le ofrecimos una copa de cerveza, pero la rehusó, pues bebía solamente agua y pasó bastante tiempo antes que se acostumbrara a nuestra comida. Nos informó de la comida de la isla, además de unas ciruelas negras muy buenas, pero que son difíciles de coger pues crecen en árboles plantados entre rocas y en la altura de las montañas. Cerca veíamos muchos árboles de pimientos, algunos con 60 pies de alto, y con una circunferencia de casi dos metros. La bondad del clima es tal que los árboles y la hierba son verdes todo el año. El invierno dura sólo dos meses, junio y julio, y no es tan frío y solamente causa breves heladas y algún granizo, pero a veces mucha lluvia. El calor del verano es también templado y no se producen muchos truenos ni tormentas. Nunca vio animales venenosos ni salvajes en la isla y solamente cabras (y gatos), como hemos dicho ya, cuyos primeros ejemplares fueron traídos a la isla por Juan Fernández, un español que residió allí con algunas familias por un tiempo, hasta que el país de Chile fue conquistado por los españoles y, al ser más rico que las islas, les persuadió a abandonarlas, a pesar de que se habrían podido mantener más gentes que si hubiesen sido numerosas no habrían podido abandonarlas tan fácilmente. Ringrose, en su relato del viaje del capitán Sharp con otros bucaneros, menciona a uno que se había escapado aquí desde un navío que naufragó con toda su tripulación y dice que vivió durante cinco años antes que otro navío pudiese rescatarlo. El capitán Dampier menciona un indio Miskito de la tripulación del capitán Watlin que, al estar cazando en la selva cuando el capitán zarpó vivió allí solo durante tres años y sobrevivió allí en la misma manera que el marinero Selkirk, hasta que el capitán Dampier volvió en 1684 y lo salvó. El primero que llegó a la orilla fue otro indio Mosquito y se saludaron a turno postrándose al suelo y abrazándose. A parte de estos relatos, lo que yo puedo asegurar es que el de Selkirk es auténtico y su comportamiento después que se unió a nosotros lo confirma, pues resistió a las dificultades de tal manera que sólo la Divina Providencia hubiera podido ayudar a un ser humano. Su caso podría significar que la soledad y el aislamiento del mundo no son una condición tan insoportable como la mayoría de la gente podría pensar, especialmente cuando esa situación es el resultado de un accidente inevitable, como el que sufrió este hombre, que de otra manera casi seguramente habría muerto en el mar, junto con el barco que naufragó al poco tiempo de zarpar de la isla en que se salvaron muy pocos. En este relato

podemos comprobar la verdad del dicho que la necesidad es la madre de la invención, por el hecho que él logró remediar a su necesidad de una manera tan natural al punto de preservar su vida como nosotros en la sociedad gracias a nuestras artes. Otra lección que podemos sacar de este relato es cuánto deben a un estilo de vida templado la salud del cuerpo y el vigor de la mente que nosotros a menudo destruimos con los excesos y la abundancia, en especial por el alcohol y la abundancia de bebidas y de carne; de hecho, este hombre, cuando se adaptó a nuestra manera de vivir y a nuestra dieta, aunque trató de mantener su sobriedad, perdió mucha fuerza y agilidad].

E. Las referencias a Alexander Selkirk de Sir Richard Steele: la relación con Robinson Crusoe.

En *Memoirs of the Life and Writings of Sir Richard Steele, Soldier, Dramatist, Essayist, and Patriot* [Memorias de la vida y escritos de Sir Richard Steele, soldado, autor dramático, ensayista y patriota], de Henry R. Montgomery, publicado en Edinburgo en 1865, ciento treinta y seis años después de la muerte de Steele, acaecida en 1729, el editor, en el capítulo XIII, declara que la historia de Alexander Selkirk constituye la fuente del *Robinson Crusoe*:

It may be worth of mention that it was in this paper [The Englishman] that the history of Alexander Selkirk first appeared, which formed the groundwork of that romance by De Foe which has been the delight of boyhood since—*Robinson Crusoe*⁹² [Habría que tomar nota que fue en esta publicación que por primera vez apareció el relato sobre Alexander Selkirk, sobre el que se fundó la novela de De Foe—*Robinson Crusoe*—que desde entonces ha representado el entretenimiento favorito de los muchachos].

⁹² Véase Henry R. Montgomery, *Memoirs of the Life and Writings of Sir Richard Steele, Soldier, Dramatist, Essayist, and Patriot*, 2 volúmenes; Edinburgh, William P. Nimmo, 1865, Vol 2, p. 49. La similitud entre los diarios de William Dampier, Edward Cooke y Woodes Rogers es notable; los tres han dado la vuelta al mundo; además Cooke y Rogers han capturado y saqueado Puno, en el sur del Perú, sobre el lago Titicaca y Guayaquil, el más importante puerto de Ecuador y su ciudad más importante, pero que al tiempo de estos piratas ingleses aún hacían parte de la Nueva Castilla; además, ambos piratas han capturado el barco Acapulco. Según esto, muestran querer seguir el ejemplo de Sir Francis Drake que en 1572 había atacado Nombre de Dios, en Panamá y se había llevado un botín cuantioso a Inglaterra. El mismo Drake en 1580 había atacado Cádiz y los puertos de la Coruña, destruyendo más de 30 barcos de guerra españoles y un gran número de barriles para almacenar agua y otras provisiones necesarias a la Armada que se preparaba a invadir Inglaterra. Los arsenales españoles tuvieron que utilizar barriles nuevos sin estacionar que se rompieron durante la travesía hacia las costas inglesas y dejaron los tripulantes de los barcos españoles sin agua y otras provisiones de primera necesidad. Muchos enfermaron y murieron antes de la desastrosa batalla que destruyó la *Armada Invencible*. En 1588, los sobrevivientes se enfrentaron con una de las peores tempestades en las costas británicas. La flota de Drake hizo el resto. Como vicealmirante de la flota inglesa, Drake capturó la nave almirante de la flota española, la *Rosario*. Su ejemplo debió haber inspirado los piratas como Dampier, Cooke y Rogers a seguirle las huellas y dejar constancia de sus hazañas.

No puede haber dudas que Daniel Defoe haya leído el relato del Capitán Rogers sobre Alexander Selkirk, publicado en Londres y el de Edward Cooke, sobre el mismo naufragio, relatos también publicados en Londres en 1712. Es muy probable que el relato de Alexander Selkirk haya inspirado a Defoe. Pero es difícil que los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, aparecidos en Lisboa en 1617 y traducidos a varias lenguas, y en inglés en 1688,⁹³ no hayan solicitado la curiosidad de Defoe. En la obra del Inca Garcilaso de la Vega, como hemos visto, se cuenta el naufragio de Pedro Serrano y su vida en una isla del Caribe, en la misma región donde Defoe ubica a Robinson Crusoe y su isla. Lo notable de esta traducción al inglés, publicada en Londres y hecha por un humanista de la importancia e influjo de Sir Paul Ricaut, traductor del *Criticón* de Baltasar Gracián, cónsul británico en Turquía y Fellow de la Royal Society y hecho Lord en 1685, es que haya pasado desapercibida durante más de tres siglos, si aún en 1994, cuando el decano de Harvard, Michael Shinagel, editó para Norton el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, incluyó en el Apéndice una amplia selección de críticos sin mencionar los *Comentarios Reales*. Ninguno de esos críticos, ni el distinguido decano de Harvard, menciona a los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, a pesar de que la obra se había difundido en inglés durante más de tres siglos.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- Acosta, José de, S. I., *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla, 1590); en *Historiadores primitivos de Indias*; editor D. Enrique de Vedia. Madrid: BAE, 1947.
- Angleria, Pedro Mártir, *De Orbe Novo Petri Martiris de Angleria Mediolanensis protonotarii Cesaris Senatoris Decades*. Alcalá de Henares, Miguel Eguía, 1530.
- Ariosto Ludovico. *Orlando Furioso*, (Ferrara, 1532), en *Opere*. Editor Adriano Sironi, Milán, Mursia, 1970.
- Ascham, Roger. "The Schoolmaster," *Journal of the History of Ideas*, N. 69 (2008), pp. 517-532.
- Bataillon, Marcel. *Erasmus y España*. México: Fondo de Cultura Económica, 1966.

⁹³ Véase *The Royal Commentaries of Peru, in two parts. Treating of the original of their Incas or Kings, of their idolatry, of their laws and government both in peace and war, of the reigns and conquests of the Incas (...). The second part. Describing the manner by which that new world was conquered by the Spaniards. Also the civil wars between the Pizarristas and the Almagrians (...) and other particulars contained in that history*. Illustrated with sculptures. Written originally in Spanish, by the Inca Garcilaso de la Vega, and rendered into English, by Sir Paul Ricaut. London, Printed by M. Flesher, for J. Tonson, 1688.

- Betanzos, Juan de, *Suma y narración de los Incas*; editora Maria del Carmen Martín Rubio. Madrid: Ediciones Polifemo, 2004.
- Calendar and State Papers relating to English Affairs, preserved principally in the Archivo de Simancas*, editor Martin A. S. Hume; 4 volúmenes. Londres: Her Majesty's Stationary Office, 1892-1899, III.
- The Cambridge History of Latin America*. Ed. Leslie Bethell; Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote*, en *Obras Completas*; Barcelona: Editorial Juventud, 1964.
- Cieza de León, *Crónica del Perú* (Sevilla, 1553), en *Historiadores primitivos de Indias*, editor Don Enrique de Vedia; Madrid: BAE, 1947.
- _____, *Histora, ouero Cronica del gran regno del Perù*, tradotta nella [lingua] italiana per Agostino de Craualiz. Roma, 1555.
- _____, *La prima parte dell' historia del Perù, dove si trata l'ordine delle Provincie, delle città nuove in quel paese edificate i riti et costumi de li Indiani (...)*, in Venetia, appresso Giordano Ziletti all'insegna della Stella, appresso Domenico di Fanim tradotta da Agostino Craualiz, 1556.
- _____, *Cronica del gran regno del Perù con la descrizione di tutte le provincie, costumi e vita, con le nuove città edificate et altre strane e maravigliose notizie*, tradotta da Agostino Crevaliz in Venetia, per Francesco Lorenzini da Torino, 1560.
- _____, *Historia, ouer Cronica del gran regno del Perù*, tradotta nella [lingua] italiana da Agostino Craualiz, in Venetia per Giovanni Bonadio, 1564.
- _____, *Cronica del gran regno del Perù, con la descrizione di tute le provincia, costumi et riti (...)*, tradotta per Agostino di Craualiz. In Venetia, per Camillo Franceschini, 1576.
- Chisholm, Hugh. "Roger Ascham." *Encyclopedia Britannica*, 11ª Edición. Cambridge: Cambridge University Prss, 1911.
- Cooke, Edward, *A Voyage to the South Sea and Round the World Performed in the Years 1708, 1709, 1710 and 1711*. London, Printed by H. M. for B. Lintot and R. Gosling in Fleet-Street, A. Bettesworth on London Bridge and W. In-nys in St. Paul's Church-Yard, 1712.
- Cortés, Martín. *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar (...)*, sin lugar, sin fecha, sin nombre del editor.
- Corti, Martin. *The Art of Navigation*, translated by Richard Eden from the Italian *Breve compendio de la sphaera*. London, 1561.
- Crespy, David. www.rumbosdelperu.com.
- Cro, Stelio, "La Princeps y la cuestión del plagio del *De Orbe Novo*," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 28, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2003.
- _____, "Textos Fundacionales de América III: el Nuevo Occidente," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 36, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2011, pp. 13-191.

- _____, "Textos Fundacionales de América IV: Letrados y Caballeros," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 38, Madrid, 2013, pp. 205-442.
- _____, "Textos Fundacionales de América V: Primera Parte, Primera Sección: el Nuevo Occidente visto por el conquistador, Hernán Cortés," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 39, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2014, pp. 193-368.
- _____, "Textos Fundacionales de América VI: Primera Parte, Segunda Sección: la antropología del Nuevo Occidente: Bernal Díaz del Castillo," *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica*, N. 41, Madrid, FUE, 2015, pp. 141-318.
- _____, "Textos Fundacionales de América VII: las dos Repúblicas," *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica*, N. 42, Madrid, FUE, 2016, pp. 183-416.
- _____, "Textos Fundacionales de América VIII: la edad de oro del Humanismo en la Nueva España," *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica* (en imprenta).
- Dampier, William, *Voyages, Consisting of a New Voyage Round the World*. (Londres, 1703). Editor John Masefield, dos volúmenes. Londres E. Grant Richards, 7 Carlton Street, 1906.
- Defoe, Daniel. *Robinson Crusoe*. Editor Michael Shinagel. New York: Norton, 1994.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Editor Guillermo Serés; Madrid: Real Academia Española, 2011.
- Erickson, Carolly, *The First Elizabeth*; New York: Summit Books, 1983.
- Fox, Carlos Manuel. *Utopía y realidad en el Inca Garcilaso*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1965.
- Gómara, Francisco López de, *Historia de las Indias* (Zaragoza, 1552); *Historiadores primitivos de Indias*, editor Don Enrique de Vedia; Madrid: BAE, 1947.
- Hume, Martin A. S., editor. *Calendar of Letters and State Papers relating to English Affairs, preserved principally in the Aechives of Simancas*, 4 tomos. Londres: Her Majesty's Stationary Office 1892-1899.
- Inca Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú o Comentarios Reales de los Incas*, por el Inca Garcilaso de la Vega; Nueva edición; Madrid: Imprenta de Villalpando, 1800, trece tomos.
- _____, *The Royal Commentaries of Perú*, in two parts. Treating of the origins of their Incas or Kings, of their idolatry, of their laws and government both in peace and war, of the reign and conquest of the Incas. The second part. Describing the manner by which that new world was conquered by the Spaniards. Also the civil wars between the Pizarristas and the Almagristas (...) and other particulars contained in that history. Illustrated with sculptures. Written originally in Spanish by the Inca Garcilaso de la Vega, and rendered into English by Sir Paul Ricaut. Londres, impreso por M. Flasher para J. Tonson, 1688.

- Jérez, Francisco de. *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla, Historiadores primitivos de Indias*, Ed. Don Enrique de Vedia. Madrid: BAE, 1947.
- Jovellanos, Melchor Gaspar de. "Discurso leído por el autor en su recepción a la Real Academia de la Historia sobre la necesidad de unir al estudio de la legislación el de nuestra historia y antigüedades," en *Obras de Gaspar Melchor de Jovellanos*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1951, Tomo I.
- Lescarbot, Marc. *Histoire de la Nouvelle France*, à Paris, chez Jean Millot, 1609.
 ———, +*Nova Francia*, traducido al inglés por Pierre Erondelle. Londres: Eliot's Court Press for George Bishop, 1609.
- Logan, Oliver. *Venezia. Cultura e Società. 1470-1790*. Traducción italiana del inglés de Susanna Delfino. Roma, Il Veltro, 1980.
- Lope de Vega Carpio, Félix. *Jerusalén Conquistada*. Epopeya trágica. Edición y estudio crítico de Joaquín Entrambasaguas, Madrid: CSIC, 3 volúmenes, 1954.
- Montgomeery, Henry *Mémoires of the Life and Writings of Sir Richard Steele, Soldier, Dramatist, Essayist and Patriot*. Edinburgh: William P. Nimmo, 1865.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de. *Historia general y natural de las Indias* (Madrid, 1535); en *Historiadores primitivos de Indias*. Ed. D. Enrique de Vedia. Madrid: BAE, 1947.
- Palentino [Diego Fernández]. *Historia del Perú* (Sevilla, 1571).
- Phelan, John. *The Millennial Kingdom of the Franciscans in the New World*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1970.
 ———, "El imperio cristiano de Las Casas," *Revista de Occidente: Fray Bartolomé de Las Casas*, dirigido por J.A. Maravall. Madrid, N. 141, 1974, pp. 279-291.
- Poema del Çid / Cantar de Mio Çid*. Texto, gramática y vocabulario. Edición de Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Espasa-Calpe, 1964.
- Prescott, William H. *History of the Conquest of Peru*. Ed. Wilfred Harold Munro. Philadelphia and London: J. B. Lippincott Company, 1904.
- Pulman, Michael Barraclough. *The Elizabethan Privy Council in the Fifteen-Seventies*. Berkeley: Berkeley University Press, 1971.
- Rogers, Woodes. *A Cruising Voyage round the World first to the South Sea, thence to the East-Indies and homewards, by the Cape of Good Hope*, Begun in 1708, and finished in 1711. London: impressed for A. Bell in Cross-Keys and Bible in Cornhill and B. Lintot in Cross-Keys between the two Temple Gates, Fleetstreet, 1712.
- Selcraig, Bruce. "The Real Robinson Crusoe," *Smithsonian Magazine*, July 2005; www.smithsonianmag.com/history/the-real-robin-crusoe-74877644, pp. 1-8.
- Shinagel, Michael, Editor, *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe. New York: Norton, 1994.
- Stabler, Jordan Herbert. "Travel in Ecuador", *Bulletin of the Panamerican Union*, Vol. XLV, July-December, 1917.

- Vico, Giambattista. *La Scienza Nuova*, Editor Fausto Nicolini. Bari: Editori Laterza, 1974.
- Vilela, Sergio et al., *El último secreto de Machu Picchu*. Lima, Punto y Coma, 2011. www.rumbosdelperu.com/. Wikipedia machupicchu.pe/historia.
- Waters, David. "English Navigational Books, Charts and Globes, Printed Down to 1600," *Revista da Universidade de Coimbra*, Vol. XXXIII, Ano 1985, pp. 239-257.
- _____, "Elizabethan Navigation," *Sir Francis Drake and the Famous Voyage, 1577-1580*, Editor Norman J. W. Thrower. Berkeley: University of California Press, 1954, pp. 12-32.
- _____, *The Elizabethan Navy, and the Armada of Spain*. Maritime Monographs and Reprints. National Maritime Museum. London, 1975.
- Williamson, James Alexander. *The Cabot Voyages and Bristol Discovery under Henry VII*. Los Angeles: Hakluyt Society; University of California Press, 1962.
- Zárate, Agustín de. *Historia del Perú, Historiadores primitivos de Indias*. Ed. D. Enrique de Vedia, Madrid, BAE, 1947.
- _____, *The Strange and Delectable History of the Discovery and Conquest of the Province of Peru*, Translated by Thomas Nicholas. London: Richard Johnes, 1586.